

DRAMAS DE
GUILLERMO
SHAKESPEARE

EL MERCADER DE VENECIA
MACBETH
ROMEO Y JULIETA
OTELO

TRADUCCIÓN DE
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

BARCELONA
1881

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Sale a luz este primer tomo de la versión de Shakespeare, sin la biografía y juicio del autor que debían encabezarle. Ocupaciones y tareas de todo género, falta de reposo, y aun obstáculos literarios que fuera largo enumerar, nos hacen diferir para remate del último volumen lo que debió ir en el primero. Quizá con la tardanza resulte menos imperfecto nuestro estudio.

En la traducción he procurado, ante todo, conservar el sabor del original, sin mengua de la energía, propiedad y concisión de nuestra lengua castellana. Muchas veces he sido más fiel al sentido que a las palabras, creyendo interpretar así la mente de Shakespeare mejor que aquellos traductores que crudamente reproducen hasta los ápices del estilo del original, y las aberraciones contra el buen gusto, en que a veces incurría el gran poeta. Como la gloria de Shakespeare, el más grande de los dramáticos del mundo (aunque entren en cuenta Sófocles y Calderón), no consiste en estas pueriles menudencias, sino en el vigor y verdad de la expresión, y sobre todo en el maravilloso poder de crear caracteres y fisonomías humanas, reales y vivas, que es entre todas las facultades artísticas la que más acerca al hombre a su divino Hacedor, parecería mezquindad y falta de gusto entretenerse en recoger las migajas de la mesa del gran poeta, cuando nos brindan en el centro de ella los más sabrosos y fortificantes manjares. Mi traducción no es literal o interlineal, como puede hacerla quienquiera que sepa inglés, con seguridad o de no ser entendido o de adormecer a lectores españoles. Yo he querido hacer, bien o mal, una traducción literaria, en que comprendiendo a mi modo los personajes de Shakespeare, colocándome en las situaciones imaginadas por el gran poeta, y sin omitir a sabiendas ninguno de sus pensamientos, ninguno de los matices de pasión o de frase, que esmaltan el diálogo, he procurado decir a la española y en estilo de nuestro siglo lo que en inglés del siglo XVI dijo el autor. No he añadido ni un vocablo de mi cosecha, ni creo haber suprimido nada esencial, característico y bello. En conservar las rudezas de expresión y las brutalidades de color he puesto especial ahínco, como quiera que forman parte y muy esencial de la índole del poeta. Algo he moderado el pródigo lujo de su expresión, sobre todo cuando degenera en antítesis, conceptillos y phebús extravagante. Sírvame de disculpa el que lo mismo han hecho los alemanes que han traducido a Calderón, y por análogas razones los extraños que sólo ven en el gran poeta la alteza del pensamiento, y no la expresión casi

DRAMAS

siempre falsa y desconcertada, ponen a Calderón sobre su cabeza mucho más que los nuestros. Quizá me haya llevado demasiado lejos mi amor a la sencillez, a la sobriedad y al nervio del estilo. Por si fuere así, anticipadamente pido perdón, declarando que mi principal objeto ha sido hacer una traducción que pueda leerse seguida con facilidad y sin tropiezo de notas y comentarios, en suma, popularizar a Shakespeare en España.

De las cuatro obras dramáticas incluidas en este tomo hay excelentes traducciones castellanas. El Macbeth fue puesto en versos castellanos, algo duros y parafrásticos, pero fidelísimos y robustos, por D. José García de Villalta (que escribía el inglés con tanta facilidad como el castellano), y silbada estrepitosamente (para vergüenza nuestra debe decirse, aun que muy bajo y de modo que no lo oigan los extranjeros) por el público del teatro del Príncipe en 1835. Después le ha traducido con mayor fluidez y armonía D. Guillermo Macpherson, a quien debemos otra elegante versión de Julieta y Romeo. Villalta publicó también un fragmento de Oteló, y así ésta como el Mercader de Venecia y Julieta fueron bien interpretadas, con ciertas escabrosidades de dicción pero con mucho sabor shakesperiano, por el malogrado Jaime Clark. También hemos oído aplaudir, aunque sin llegar a verlas, las traducciones del Marqués de Dos Hermanas.

De todas las demás nos hemos aprovechado en la interpretación de los pasajes difíciles, así como de la comparación de algunos textos ingleses y de varios comentadores.

M. M. P.

EL MERCADER DE VENEZIA

EL MERCADER DE VENECIA

PERSONAS DEL DRAMA

EL DUX

EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

Pretendientes de Porcia

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN

Pretendientes de Porcia

ANTONIO, mercader de Venecia

BASANIO, su amigo SALANIO,

Amigos de Antonio

SALARINO, Amigos de Antonio

GRACIANO, Amigos de Antonio

SALERIO, Amigos de Antonio

LORENZO, amante de Jéssica

SYLOCK, judío

TÚBAL, otro judío, amigo suyo

LANZAROTE GOBBO, criado de Sylock

EL VIEJO GOBBO, padre de Lanzarote

LEONARDO, criado de Basanio

BALTASAR, Criados de Porcia

ESTÉFANO, Criados de Porcia

PORCIA, rica heredera

NERISSA, doncella de Porcia

JÉSSICA, hija de Sylock, S

ENADORES de Venecia,

OFICIALES del Tribunal de Justicia,

CARCELEROS, CRIADOS Y otros...

La escena es parte en Venecia, parte en Belmonte, quinta de Portia, en el continente

G. SHAKESPEARE

ACTO I
ESCENA PRIMERA

Venecia. Una calle.

ANTONIO, SALARINO Y SALANIO

ANTONIO

No entiendo la causa de mi tristeza. A vosotros y a mí igualmente nos fatiga, pero no sé cuándo ni dónde ni de qué manera la adquiriré, ni de qué origen mana. Tanto se ha apoderado de mis sentidos la tristeza, que ni aun acierto a conocerme a mí mismo.

SALARINO

Tu mente vuela sobre el Océano, donde tus naves, con las velas hinchadas, cual señoras o ricas ciudadanas de las olas, dominan a los pequeños traficantes, que cortésmente les saludan cuando las encuentran en su rápida marcha.

SALANIO

Créeme, señor; si yo tuviese confiada tanta parte de mi fortuna al mar, nunca se alejaría de él mi pensamiento. Pasaría las horas en arrancar el césped, para conocer de dónde sopla el viento; buscaría continuamente en el mapa los puertos, Al soplar en el caldo, sentiría dolores de fiebre intermitente, pensando que el soplo del viento puede embestir mi bajel. Cuando viera bajar la arena en el reloj, pensaría en los bancos de arena en que mi nave puede encallarse desde el tope a la quilla, como besando su propia sepultura. Al ir a misa, los arcos de la iglesia me harían pensar en los escollos donde puede dar de través mi pobre barco, y perderse todo su cargamento, sirviendo las especias orientales para endulzar las olas, y mis sedas para engalanarlas. Creería que en un momento iba a desvanecerse mi fortuna. Sólo el pensamiento de que esto pudiera suceder me pone triste. ¿No ha de estarlo Antonio?

ANTONIO

No, porque gracias a Dios no va en esa nave toda mi fortuna, ni depende mi esperanza de un solo puerto, ni mi hacienda de la fortuna de este año. No nace del peligro de mis mercaderías mi cuidado.

SALANIO

Luego, estás enamorado.

EL MERCADER DE VENECIA

ANTONIO

Calla, calla.

SALANIO

¡Conque tampoco estás enamorado! Entonces diré que estás triste porque no estás alegre, y lo mismo podías dar un brinco, y decir que estabas alegre porque no estabas triste. Os juro por Jano el de dos caras, amigos míos, que nuestra madre común la Naturaleza se divirtió en formar seres extravagantes. Hay hombres que al oír una estridente gaita, cierran estúpidamente los ojos y sueltan la carcajada, y hay otros que se están tan graves y serios como niños, aunque les digas los más graciosos chistes.

(Salen Basanio, Lorenzo y Graciano)

SALANIO

Aquí vienen tu pariente Basanio, Graciano y Lorenzo. Bien venidos. Ellos te harán buena compañía.

SALARINO

No me iría hasta verte desenojado, pero ya que tan nobles amigos vienen, con ellos te dejo.

ANTONIO

Mucho os amo, creedlo. Cuando os vais, será porque os llama algún negocio grave, y aprovecháis este pretexto para separaros de mí.

SALARINO

Adiós, amigos míos.

BASANIO

Señores, ¿cuándo estaréis de buen humor? Os estáis volviendo agrios e indigestos. ¿Y por qué?

SALARINO

Adiós: pronto quedaremos desocupados para servirlos.

(Vanse SALARINO y SALANIO) LORENZO

Señor Basanio, te dejamos con Antonio. No olvides, a la hora de comer, ir al sitio convenido.

BASANIO

Sin falta.

GRACIANO

Mala cara pones, Antonio. Mucho te apenan los cuidados del mundo. Caros te saldrán sus placeres, o no los gozarás nunca. Noto en ti cierto cambio desagradable.

ANTONIO

G. SHAKESPEARE

Graciano, el mundo me parece lo que es: un teatro, en que cada uno hace su papel. El mío es bien triste.

GRACIANO

El mío será el de gracioso. La risa y el placer disimularán las arrugas de mi cara. Abráseme el vino las entrañas, antes que el dolor y el llanto me hielen el corazón. ¿Por qué un hombre, que tiene sangre en las venas, ha de ser como una estatua de su abuelo en mármol? ¿Por qué dormir despiertos, y enfermar de capricho? Antonio, soy amigo tuyo. Escúchame. Te hablo como se habla a un amigo. Hombres hay en el mundo tan téticos que sus rostros están siempre, como el agua del pantano, cubiertos de espuma blanca, y quieren con la gravedad y el silencio adquirir fama de doctos y prudentes, como quien dice: «Soy un oráculo. ¿Qué perro se atreverá a ladrar, cuando yo hablo?» Así conozco a muchos, Antonio, que tienen reputación de sabios por lo que se callan, y de seguro que si despegasen los labios, los mismos que hoy los ensalzan serían los primeros en llamarlos necios. Otra vez te diré más sobre este asunto. No te empeñes en conquistar por tan triste manera la fama que logran muchos tontos. Vámonos, Lorenzo. Adiós. Después de comer, acabaré el sermón.

LORENZO

En la mesa nos veremos. Me toca el papel de sabio mudo, ya que Graciano no me deja hablar.

GRACIANO

Si sigues un año más conmigo, desconocerás hasta el eco de tu voz.

ANTONIO

Me haré charlatán, por complacerte.

GRACIANO

Harás bien. El silencio sólo es oportuno en lenguas en conserva, o en boca de una doncella casta e indomable.

(Vanse Graciano y Lorenzo) Antonio

¡Vaya una locura!

BASANIO

No hay en toda Venecia quien hable más disparatadamente que Graciano. Apenas hay en toda su conversación dos granos de trigo entre dos fanegas de paja: menester es trabajar un día entero para hallarlos, y aun después no compensan el trabajo de buscarlos.

ANTONIO

EL MERCADER DE VENECIA

Dime ahora, ¿quién es la dama, a cuyo altar juraste ir en devota peregrinación, y de quien has ofrecido hablarme?

BASANIO

Antonio, bien sabes de qué manera he malbaratado mi hacienda en alardes de lujo no proporcionados a mis escasas fuerzas. No me lamento de la pérdida de esas comodidades. Mi empeño es sólo salir con honra de los compromisos en que me ha puesto mi vida. Tú, Antonio, eres mi principal acreedor en dineros y en amistad, y pues que tan de veras nos queremos, voy a decirte mi plan para librarme de deudas.

ANTONIO

Dímelo, Basanio: te lo suplico; y si tus propósitos fueran buenos y honrados, como de hijo lo serán, siendo tuyos, pronto estoy a sacrificar por ti mi hacienda, mi persona y cuanto valgo.

BASANIO

Cuando yo era muchacho, y perdía el rastro de una flecha, para encontrarla disparaba otra en igual dirección, y solía, aventurando las dos, lograr entrambas. Pueril es el ejemplo, pero lo traigo para muestra de lo candoroso de mi intención. Te debo mucho, y quizá lo hayas perdido sin remisión; pero puede que si disparas con el mismo rumbo otra flecha, acierte yo las dos, o lo menos pueda devolvarte la segunda, agradeciéndote siempre el favor primero.

ANTONIO

Basanio, me conoces y es perder el tiempo traer ejemplos, para convenirme de lo que ya estoy persuadido. Todavía me desagradan más tus dudas sobre lo sincero de mi amistad, que si perdieras y malgastaras toda mi hacienda. Dime en que puedo servirte y lo haré con todas veras.

BASANIO

En Belmonte hay una rica heredera. Es hermosísima, y además un portento de virtud. Sus ojos me han hablado, más de una vez, de amor. Se llama Porcia, y en nada es inferior a la hija de Catón, esposa de Bruto. Todo el mundo conoce lo mucho que vale, y vienen de apartadas orillas a pretender su mano. Los rizos, que cual áureo vellocino penden de su sien, hacen de la quinta de Belmonte un nuevo Colcos ambicionado por muchos Jasones. ¡Oh, Antonio mío! Si yo tuviera medios para rivalizar con cualquiera de ellos, tengo el presentimiento de que había de salir victorioso.

ANTONIO

G. SHAKESPEARE

Ya sabes que tengo toda mi riqueza en el mar, y que hoy no puedo darte una gran suma. Con todo eso, recorre las casas de comercio de Venecia; empeña tú mi crédito hasta donde alcance. Todo lo aventuraré por ti: no habrá piedra que yo no mueva, para que puedas ir a la quinta de tu amada. Ve, infórmate de dónde hay dinero. Yo haré lo mismo y sin tardar. Malo será que por amistad o por fianza no logremos algo.

EL MERCADER DE VENECIA

ESCENA II

Belmonte. Gabinete en la quinta de Porcia

PORCIA Y NERISSA

NERISSA

Eso fuera, señora, si tus desgracias fueran tantas y tan prolijas como tus dichas. No obstante, tanto se padece por exceso de goces como por defecto. No es poca dicha atinar con el justo medio. Lo superfluo cría muy pronto canas. Por el contrario la moderación es fuente de larga vida.

PORCIA

Sanos consejos, y muy bien expresados.

NERISSA

Mejores fueran, si alguien los siguiese.

PORCIA

Si fuera tan fácil hacer lo que se debe, como conocerlo, las ermitas serian catedrales, y palacios las cabañas. El mejor predicador es el que, no contento con decantar la virtud, la practica. Mejor podría yo enseñársela a veinte personas, que ser yo una de las veinte y ponerla en ejecución. Bien inventa el cerebro leyes para refrenar la sangre, pero el calor de la juventud salta por las redes que le tiende la prudencia, fatigosa anciana. Pero si discurro de esta manera, nunca llegaré a casarme. Ni podré elegir a quien me guste ni rechazar a quien me enoje: tanto me sujeta la voluntad de mi difunto padre.

NERISSA

Tu padre era un santo, y los santos suelen acertar, como inspirados, en sus postreras voluntades. Puedes creer que sólo quien merezca tu amor acertará ese juego de las tres cajas de oro, plata y plomo, que él imaginó, para que obtuviese tu mano el que diera con el secreto. Pero, dime, ¿no te empalagan todos esos príncipes que aspiran a tu mano?

PORCIA

Vete nombrándolos, yo los juzgaré. Por mi juicio podrás conocer el cariño que les tengo.

NERISSA

Primero, el príncipe napolitano.

PORCIA

No hace más que hablar de su caballo, y cifra todo su orgullo en saber herrarlo por su mano. ¿Quién sabe si su madre se encapricharía de algún herrador?

NERISSA

Luego viene el conde Palatino.

PORCIA

Que está siempre frunciendo el ceño, como quien dice: «Si no me quieres, busca otro mejor». No hay chiste que baste a distraerle. Mucho me temo que quien tan femenilmente triste se muestra en su juventud, llegue a la vejez convertido en filósofo melancólico. Mejor me casaría con una calavera que con ninguno de esos. ¡Dios me libre!

PORCIA

Será hombre, pero sólo porque es criatura de Dios. Malo es burlarse del prójimo, pero de éste... Su caballo es mejor que el del napolitano, y su ceño todavía más arrugado que el del Palatino. Junta los defectos de uno y otro, y a todo esto añade un cuerpo que no es de hombre. Salta en oyendo cantar un mirlo, y se pelea hasta con su sombra. Casarse con él, sería casarse con veinte maridos. Le perdonaría si me aborreciese, pero nunca podría yo amarle.

NERISSA

¿Y Falconbridge, el joven barón inglés?

PORCIA

Nunca hablo con él, porque no nos entendemos. Ignora el latín, el francés y el italiano. Yo, puedes jurar que no sé una palabra de inglés. No tiene mala figura, pero ¿quién ha de hablar con una estatua? ¡Y qué traje más extravagante el suyo! Ropilla de Italia, calzas de Francia, gorra de Alemania, y modales de todos lados.

NERISSA

¿Y su vecino, el lord escocés?

PORCIA

Buen vecino. Tomó una bofetada del inglés, y juró devolvérsela. El francés dio fianza con otro bofetón.

NERISSA

¿Y el joven alemán, sobrino del duque de Sajonia?

PORCIA

Mal cuando está en ayunas, y peor después de la borrachera. Antes parece menos que hombre, y después más que bestia. Lo que es con ése, no

EL MERCADER DE VENECIA

cuento.

NERISSA

Si él fuera quien acertase el secreto de la caja, tendrías que casarte con él, por cumplir la voluntad de tu padre.

PORCIA

Lo evitarás, metiendo en la otra caja una copa de vino del Rin; no dudes que, andando el demonio en ello, la preferirá. Cualquier cosa, Nerissa, antes que casarme con esa esponja.

NERISSA

Señora, paréceme que no tienes que temer a ninguno de esos encantadores. Todos ellos me han dicho que se vuelven a sus casas, y no piensan importunarte más con sus galanterías, si no hay otro medio de conquistar tu mano que el de la cajita dispuesta por tu padre.

PORCIA

Aunque viviera yo más años que la Sibila, me moriría tan virgen como Diana, antes que faltar al testamento de mi padre. En cuanto a esos amantes, me alegro de su buena resolución, porque no hay entre ellos uno solo cuya presencia me sea agradable. Dios les depara buen viaje.

¿Te acuerdas, señora, de un veneciano docto en letras y armas que, viviendo tu padre, vino aquí con el marqués de Montferrato?

PORCIA

Sí. Pienso que se llamaba Basanio.

NERISSA

Es verdad. Y de cuantos hombres he visto, no recuerdo ninguno tan digno del amor de una dama como Basanio.

PORCIA

Mucho me acuerdo de él, y de que merecía bien tus elogios. (Sale un criado.) ¿Qué hay de nuevo?

EL CRIADO

Los cuatro pretendientes vienen a despedirse de vos, señora, y un correo anuncia la llegada del príncipe de Marruecos que viene esta noche.

PORCIA

¡Ojalá pudiera dar la bienvenida al nuevo, con el mismo gusto con que despido a los otros! Pero si tiene el gesto de un demonio, aunque tenga el carácter de un ángel, más quisiera confesarme que casar con él. Ven conmigo, Nerissa. Y tú, delante (al criado). Apenas hemos cerrado la puerta a un amante, cuando otro llama.

G. SHAKESPEARE

EL MERCADER DE VENECIA

ESCENA III

Plaza de Venecia

BASANIO Y SYLOCK

SYLOCK

Tres mil ducados. Está bien.

BASANIO

Sí, por tres meses.

SYLOCK

Bien, por tres meses.

BASANIO

Fiador Antonio.

SYLOCK

Antonio fiador. Está bien.

BASANIO

Tres mil ducados por tres meses: fiador Antonio.

BASANIO

¿Y qué decís a eso?

SYLOCK

Antonio es hombre honrado.

BASANIO

¿Y qué motivos tienes para dudarlo?

SYLOCK

No, no; motivo ninguno; quiero decir que es buen pagador, pero tiene muy en peligro su caudal. Un barco para Trípoli, otro para las Indias. Ahora me acaban de decir en el puente de Rialto, que prepara un navío para Méjico y otro para Inglaterra. Así tiene sus negocios y capital esparcidos por el mundo. Pero, al fin, los barcos son tablas y los marineros hombres. Hay ratas de tierra y ratas de mar, ladrones y corsarios, y además vientos, olas y bajíos. Pero repito que es buen pagador. Tres mil ducados... creo que aceptaré la fianza.

BASANIO

Puedes aceptarla con toda seguridad.

SYLOCK

¿Por qué? Lo pensaré bien. ¿Podré hablar con él mismo?

G. SHAKESPEARE

BASANIO

Vente a comer con nosotros.

SYLOCK

No, para no llenarme de tocino. Nunca comeré en casa donde vuestro profeta, el Nazareno, haya introducido sus diabólicos sortilegios. Compraré vuestros géneros: me pasearé con vosotros; pero comer, beber y orar... ni por pienso. ¿Qué se dice en Rialto? ¿Quién es éste?

(Sale Antonio)

BASANIO

El señor Antonio.

SYLOCK

(Aparte.) Tiene aire de publicano. Le aborrezco porque es cristiano, y además por el necio alarde que hace de prestar dinero sin interés, con lo cual está arruinando la usura en Venecia. Si alguna vez cae en mis manos, yo saciaré en él todos mis odios. Sé que es grande enemigo de nuestra santa nación, y en las reuniones de los mercaderes me llena de insultos, llamando vil usura a mis honrados tratos. ¡Por vida de mi tribu, que no le he de perdonar!

¿Oyes, Sylock?

SYLOCK

Pensaba en el dinero que me queda, y ahora caigo en que no puedo reunir de pronto los tres mil ducados. Pero ¿qué importa? Ya me los prestará Túbal, un judío muy rico de mi tribu. ¿Y por cuántos meses quieres ese dinero? Dios te guarde, Antonio. Hablando de ti estábamos.

ANTONIO

Aunque no soy usurero, y ni presto ni pido prestado, esta vez quebranto mi propósito, por servir a un amigo. Basanio, ¿has dicho a Sylock lo que necesitas?

SYLOCK

Lo sé: tres mil ducados.

ANTONIO

Por tres meses.

SYLOCK

Ya no me acordaba. Es verdad... Por tres meses... Pero antes decías que no prestabas a usura ni pedías prestado.

ANTONIO

EL MERCADER DE VENECIA

Sí que lo dije.

SYLOCK

Cuando Jacob apacentaba los rebaños de Labán... Ya sabes que Jacob, gracias a la astucia de su madre, fue el tercer poseedor después de Abraham... Sí, el tercero.

ANTONIO

¿Y Jacob prestaba dinero a usura?

SYLOCK

No precisamente como nosotros, pero fíjate en lo que hizo. Pactó con Labán que le diese como salario todos los corderos manchados de vario color que nacieran en el hato. Llegó el otoño, y las ovejas fueron en busca de los corderos. Y cuando iban a ayuntarse los lanudos amantes, el astuto pastor puso unas varas delante de las ovejas, y al tiempo de la cría todos los corderos nacieron manchados, y fueron de Jacob. Este fue su lucro y usura, y por él le bendijo el cielo, que bendice siempre el lucro honesto, aunque maldiga el robo.

ANTONIO

Eso fue un milagro que no dependía de su voluntad sino de la del cielo, y Jacob se expuso al riesgo. ¿Quieres con tan santo ejemplo canonizar tu abominable trato? ¿O son ovejas y corderos tu plata y tu oro?

SYLOCK

Atiende, Basanio. El mismo demonio, para disculpar sus maldades, cita ejemplos de la Escritura. El espíritu infame, que invoca el testimonio de las santas leyes, se parece a un malvado de apacible rostro o a una hermosa fruta comida de gusanos.

SYLOCK

Tres mil ducados... Cantidad alzada, y por tres meses... Suma la ganancia...

ANTONIO

¿Admitís el trato: sí o no, Sylock?

SYLOCK

Señor Antonio, innumerables veces me habéis reprendido en el puente de Rialto por mis préstamos y usuras, y siempre lo he llevado con paciencia, y he doblado la cabeza, porque ya se sabe que el sufrimiento es virtud de nuestro linaje. Me has llamado infiel y perro; y todo esto sólo por tu capricho, y porque saco el jugo a mi paciencia, como es mi derecho. Ahora me necesitas, y vienes diciendo: «Sylock, dame dineros». Y esto me lo dice

quien derramó su saliva en mi barba, quien me empujó con el pie como a un perro vagabundo que entra en casa extraña. ¿Y yo qué debía responder-te ahora? «No: ¿un perro cómo ha de tener hacienda ni dinero? ¿Cómo ha de poder prestar tres mil ducados?» o te diré en actitud humilde y con voz de siervo: «Señor, ayer te plugo escupirme al rostro: otro día me diste un puntapié y me llamaste perro, y ahora, en pago de todas estas cortesías, te voy a prestar dinero».

ANTONIO

Volveré a insultarte, a odiarte y a escupirte a la cara. Y si me prestas ese dinero, no me lo prestes como amigo, que si lo fueras, no pedirías ruin usura por un metal estéril e infecundo. Préstalo, como quien presta a su enemigo, de quien puede vengarse a su sabor si falta al contrato.

SYLOCK

¡Y qué enojado estáis! ¡Y yo que quería granjear vuestra amistad, olvidando las afrentas de que me habéis colmado! Pienso prestaros mi dinero sin interés alguno. Ya veis que el ofrecimiento no puede ser más generoso.

ANTONIO

Así parece.

SYLOCK

Venid a casa de un escribano, donde firmaréis un recibo prometiendo que si para tal día no habéis pagado, entregaréis en cambio una libra justa de vuestra carne, cortada por mí del sitio de vuestro cuerpo que mejor me pareciere.

ANTONIO

Me agrada el trato: le firmaré, y diré que por fin he encontrado un juicio generoso.

BASANIO

No firmarás, en ventaja mía, esa escritura: prefiero no salir nunca de mi desesperación.

SYLOCK

¡Oh, padre Abraham! ¡Qué mala gente son los cristianos! Miden a todos los demás con la vara de su mala intención. Decidme: si Antonio dejara de pagarme en el plazo convenido, ¿qué adelantaba yo con exigirle que cumpliera el contrato? Después de todo, una libra de carne humana vale menos que una de buey, carnero o cabra. Creedme, que si propongo tal condición, es sólo por ganarme su voluntad. Si os agrada, bien: si no, no me maltrates, siquiera por la buena amistad que te muestro.

EL MERCADER DE VENECIA

ANTONIO

Cierro el trato y doy la fianza.

SYLOCK

Pronto, a casa del notario. Dictad ese chistoso documento. Yo buscaré el dinero, pasaré por mi casa, que está mal guardada por un holgazán inútil, y en seguida soy con vosotros.

(Se va)

ANTONIO

Vete con Dios, buen judío. Este se va a volver cristiano. Me pasma su generosidad.

BASANIO

Sospechosas se me antojan frases tan dulces en boca de semejante malvado.

ANTONIO

No temas. El plazo es bastante largo, para que vuelvan mis navíos antes de cumplirse.

G. SHAKESPEARE

ACTO II
ESCENA PRIMERA

Sala en la quinta de Porcia

(Salen el Príncipe de Marruscos y su servidumbre: Porcia, Nerissa y sus doncellas.)

EL PRÍNCIPE

No os enoje, bella Porcia, mi color moreno, hijo del sol ardiente bajo el cual nací. Pero venga el más rubio de los hijos del frío Norte, cuyo hielo no deshace el mismo Apolo: y ábranse juntamente, en presencia vuestra, las venas de uno y otro, a ver cuál de los dos tiene más roja la sangre. Señora, mi rostro ha atemorizado a los más valientes, y juro por el amor que os tengo que han suspirado por él las doncellas más hermosas de mi tierra. Sólo por complaceros, dulce señora mía, consintiera yo en mudar de semblante.

PORCIA

No es sólo capricho femenino quien me aconseja y determina: mi elección no depende de mi albedrío. Pero si mi padre no me hubiera impuesto una condición y un freno, mandándome que tomase por esposo a quien acertara el secreto que os dije, tened por seguro, ilustre príncipe, que os juzgaría tan digno de mi mano como a cualquier otro de los que la

EL PRÍNCIPE

Mucho os lo agradece mi corazón. Mostradme las cajas: probemos el dudoso empeño. ¡Juro, señora, por mi alfanje, matador del gran Sofí y del príncipe de Persia, y vencedor en tres batallas campales de todo el poder del gran Solimán de Turquía, que con el relámpago de mis ojos haré bajar la vista al hombre más esforzado, desafiaré a mortífera lid al de más aliento, arrancaré a la osa o a la leona sus cachorros, sólo por lograr vuestro amor! Pero ¡ay! si el volver de los dados hubiera de decidir la rivalidad entre Alcides y Licas, quizás el fallo de la voluble diosa sería favorable al de menos valer, y Alcides quedaría siervo del débil garzón. Por eso es fácil que, entregada mi suerte a la fortuna, venga yo a perder el premio, y lo alcance otro rival que lo merezca mucho menos.

PORCIA

EL MERCADER DE VENEZIA

Necesario es sujetarse a la decisión de la suerte. O renunciad a entrar en la prueba, o jurad antes que no daréis la mano a otra mujer alguna si no salís airoso del certamen.

EL PRÍNCIPE

Lo juro. Probemos la ventura.

PORCIA

Ahora a la iglesia, y luego al festín. Después entraréis en la dudosa cueva. Vamos.

EL PRÍNCIPE

¿Qué me dará la fortuna: eterna felicidad o triste muerte?

ESCENA II

Una calle de Venecia

(Sale Lanzarote Gobbo)

LANZAROTE

¿Por qué ha de remorderme la conciencia cuando escapo de casa de mi amo el judío? Viene detrás de mi el diablo gritándome: «Gobbo, Lanzarote Gobbo, buen Lanzarote, o buen Lanzarote Gobbo, huye, corre a toda prisa». Pero la conciencia me responde: «No, buen Lanzarote, Lanzarote Gobbo, o buen Lanzarote Gobbo, no huyas, no corras, no te escapes»; y prosigue el demonio con más fuerza: «Huye, corre, aguja, ten ánimo, no te detengas». Y mi conciencia echa un nudo a mi corazón, y con prudencia me replica: «Buen Lanzarote, amigo mío, eres hijo de un hombre de bien...» o más bien, de una mujer de bien, porque mi padre fue algo inclinado a lo ajeno. E insiste la conciencia: «Detente, Lanzarote». Y el demonio me repite: «Escapa». La conciencia: «No lo hagas». Y yo respondo: «Conciencia, son buenos tus consejos... Diablo, también los tuyos lo son». Si yo hiciera caso de la conciencia, me quedaría con mi amo el judío, que es, después de todo, un demonio. ¿Qué gano en tomar por señor a un diablo en vez de otro? Mala debe de ser mi conciencia, pues me dice que guarde fidelidad al judío. Mejor me parece el consejo del demonio. Ya te obedezco y echo a correr.

(Sale el viejo Gobbo)

GOBBO

Decidme, caballero: ¿por dónde voy bien a casa del judío?

LANZAROTE

Gobbo

Decidme, joven, ¿dónde es la casa del judío?

LANZAROTE

Torced primero a la derecha; luego a la izquierda; tomad la callejuela siguiente, dad la vuelta, y luego torciendo el camino, toparéis la casa del judío.

GOBBO

A fe mía, que son buenas señas. Difícil ha de ser atinar con el camino. ¿Y sabéis si vive todavía con él un tal Lanzarote?

EL MERCADER DE VENECIA

LANZAROTE

¡Ah sí, Lanzarote, un caballero joven! ¿Habláis de ese?

GOBBO

Aquel de quien yo hablo no es caballero, sino hijo de humilde padre, pobre aunque muy honrado, y con buena salud a

Dios gracias.

LANZAROTE

Su padre será lo que quiera, pero ahora tratamos del caballero Lanzarote.

GOBBO

No es caballero, sino muy servidor vuestro, y yo también.

LANZAROTE

Ergo, oídme por Dios, venerable anciano..., ergo habláis del joven Lanzarote.

GOBBO

De Lanzarote sin caballero, por más que os empeñéis, señor.

LANZAROTE

Pues sí, del caballero Lanzarote. Ahora bien, no preguntéis por ese joven caballero, porque en realidad de verdad, el hado, la fortuna o las tres inexorables Parcas le han quitado de en medio, o dicho en términos más vulgares, ha muerto.

GOBBO

¡Dios mío! ¡Qué horror! Ese niño que era la esperanza y el consuelo de mi vejez.

LANZAROTE

¿Acaso tendré yo cara de báculo, arrimo o cayado? ¿No me conoces, padre?

GOBBO

Padre, ¿pero no me conoces?

GOBBO

No, caballero; soy corto de vista; perdonad.

LANZAROTE

Y aunque tuvieras buena vista, trabajo te había de costar conocerme, que nada hay más difícil para un padre que conocer a su verdadero hijo. Pero en fin, yo os daré noticias del pobre viejo. (Se pone de rodillas). Dame tu bendición: siempre acaba por descubrirse la verdad.

GOBBO

Levantaos, caballero. ¿Qué tenéis que ver con mi hijo Lanzarote?

LANZAROTE

No más simplezas: dame tu bendición. Soy Lantarote, tu hijo, un pedazo de tus entrañas.

GOBBO

No creo que seas mi hijo.

LANZAROTE

Eso vos lo sabéis, aunque no sé qué pensar; pero en fin, conste que soy Lanzarote, criado del judío, y que mi madre se llama Margarita, y es tu mujer.

GOBBO

Tienes razón: Margarita se llama. Luego, sí eres Lanzarote, estoy seguro de que eres mi hijo. ¡Pero qué barbas, más crecidas que las cerdas de la cola de mi rocín! ¡Y qué semblante tan diferente tienes! ¿Qué tal lo pasas con tu amo? Llevo por él un regalo.

LANZAROTE

No esta mal. Pero yo no pararé de correr hasta verme en salvo. No hay judío más judío que mi amo. Una cuerda para ahorcarle, y ni un regalo merece. Me mata de hambre. Dame ese regalo, y se lo llevaré al señor Basanio. ¡Ese sí que da flamantes y lucidas libreas! Si no me admite de criado suyo, seguiré corriendo hasta el fin de la tierra. Pero ¡felicidad nunca soñada! aquí está el mismísimo Basanio. Con él me voy, que antes de volver a servir al judío, me haría judío yo mismo.

(Salen Basanio, Leonardo y otros)

BASANIO

Haced lo que tengáis que hacer, pero apresuraos; la cena para las cinco. Llevad a su destino estas cartas, apercibid las libreas. A Graciano, que vaya luego a verme a mi casa.

(Se va un criado)

LANZAROTE

Padre, acerquémonos a él.

GOBBO

Buenas tardes, señor.

BasAnio

Buenas. ¿Qué se os ofrece?

GOBBO

Señor, os presento a mi hijo, un pobre muchacho.

EL MERCADER DE VENECIA

LANZAROTE

Nada de eso, señor: no es un pobre muchacho, sino criado de un judío opulentísimo, y ya os explicaré mi padre cuáles son mis deseos.

GOBBO

Tiene un empeño loco en serviros.

LANZAROTE

Dos palabras: sirvo al judío..., y yo quisiera..., mi padre os explicará.

GOBBO

Su amo y él (perdonad, señor, si os molesto) no se llevan muy bien que digamos.

LANZAROTE

Lo cierto es que el judío me ha tratado bastante mal, y esto me ha obligado... pero mi padre que es un viejo prudente y honrado, os lo dirá.

GOBBO

En esta cestilla hay un par de pichones, que quisiera regalar a vuestra señoría. Y pretendo...

LANZAROTE

Dos palabras: lo que va a decir es impertinente al asunto... Él, al fin, es un pobre hombre, aunque sea mi padre.

BASANIO

Hable uno solo, y entendámonos. ¿Qué queréis?

LANZAROTE

Serviros, caballero.

GOBBO

Ya te conozco, y te admito a mi servicio. Tu amo Sylock te recomendó a mí hace poco, y no tengas esto por favor, que nada ganas en pasar de la casa de un hebreo opulentísimo a la de un arruinado caballero.

LANZAROTE

Bien dice el refrán: mi amo tiene la hacienda, pero vuestra señoría la gracia de Dios.

BASANIO

No has hablado mal. Vete con tu padre: di adiós a Sylock, pregunta las señas de mi casa. (A los criados). Ponedle una librea algo mejor que las otras. Pronto.

LANZAROTE

Vámonos, padre. ¿Y dirán que no sé abrirme camino, y que no tengo lindo entendimiento? ¿A qué no hay otro en toda Italia que tenga en la pal-

ma de la mano rayas tan seguras y de buen agüero como éstas? (Mirándose las manos). ¡Pues no son pocas las mujeres que me están reservadas! Quince nada menos: once viudas y nueve doncellas... bastante para un hombre solo. Y además sé que he de estar tres veces en peligros de ahogarme y que he de salir bien las tres, y que estaré a punto de romperme la cabeza contra una cama. ¡Pues no es poca fortuna! Dicen que es diosa muy inconsecuente, pero lo que es conmigo, bien amiga se muestra.

(Vanse Lanzarote y Gobbo)

BASANIO

No olvides mis encargos, Leonardo amigo. Compra todo lo que te encargué, ponlo como te dije, y vuelve en seguida para asistir al banquete con que esta noche obsequio a mis íntimos. Adiós, no tardes.

LEONARDO

No tardaré.

(Sale Graciano)

GRACIANO

¿Dónde está tu amo?

LEONARDO

Allí está patente.

GRACIANO

¡Señor Basanio!

BASANIO

¿Qué me queréis, Graciano?

GRACIANO

Tenle por bien acogido.

GRACIANO

Permíteme acompañarte a Belmonte.

BASANIO

Vente, si es forzoso y te empeñas. Pero a la verdad, tú, Graciano, eres caprichoso, mordaz y libre en tus palabras: defectos que no lo son a los ojos de tus amigos, y que están en tu modo de ser, pero que ofenden mucho a los extraños, porque no conocen tu buena índole. Echa una pequeña dosis de cordura en tu buen humor: no sea que parezca mal en Belmonte, y vayas a comprometerme y a echar por tierra mi esperanza.

GRACIANO

Basanio, oye: si no tengo prudencia, si no hablo con recato, limitándome a maldecir alguna que otra vez aparte; si no llevo, con aire mojiga-

EL MERCADER DE VENECIA

to, un libro de devoción en la mano o el bolsillo; si al dar gracias después de comer, no me echo el sombrero sobre los ojos, y digo con voz sumisa: «amén»; si no cumplo, en fin, todas las reglas de urbanidad, como quien aprende un papel para dar gusto a su abuela, consentiré en perder tu aprecio y tu cariño.

BASANIO

Allá veremos.

GRACIANO

Pero no te fíes de lo que haga esta noche, porque es un caso excepcional.

BASANIO

Nada de eso: haz lo que quieras. Al contrario, esta noche conviene que alardees de ingenio más que nunca, porque mis comensales serán alegres y regocijados. Adiós: mis ocupaciones me llaman a otra parte.

GRACIANO

Voy a buscar a Lorenzo y a los otros amigos. Nos veremos en la cena.

ESCENA III

Habitación en casa de Sylock

JÉSSICA Y LANZAROTE

JÉSSICA

¡Lástima que te vayas de esta casa, que sin ti es un infierno! Tú, a lo menos, con tu diabólica travesura la animabas algo. Toma un ducado. Procura ver pronto a Lorenzo. Te será fácil, porque esta noche come con tu amo. Entrégale esta carta con todo secreto. Adiós. No quiero que mi padre nos vea.

LANZAROTE

¡Adiós! Mi lengua calla, pero hablan mis lágrimas. Adiós, hermosa judía, dulcísima gentil. Mucho me temo que algún

JÉSSICA

Con bien vayas, amigo Lanzarote. (Se va Lanzarote). ¡Pobre de mí! ¿Qué crimen habré cometido? ¡Me avergüenzo de tener tal padre, y eso que sólo soy suya por la sangre, no por la fe ni por las costumbres! Adiós, Lorenzo, guárdame fidelidad, cumple lo que prometiste, y te juro que seré cristiana y amante esposa tuya.

EL MERCADER DE VENECIA

ESCENA IV

Una calle de Venecia

GRACIANO, LORENZO, SALARINO Y SALANIO

LORENZO

Dejaremos el banquete sin ser notados: nos disfrazaremos en mi casa, volveremos dentro de una hora.

GRACIANO

Mal lo hemos arreglado.

SALARINO

Todavía no tenemos preparadas las hachas.

SALANIO

Para no hacerlo bien, vale más no intentarlo.

Lorenzo No son más que las tres. Hasta las seis sobra tiempo para todo. (Sale Lanzarote). ¿Qué noticias traes, Lanzarote? Lanzarote

Si abris esta carta, ella misma os lo dirá.

LORENZO

Bien conozco la letra, y la mano más blanca que el papel en que ha escrito mi ventura.

GRACIANO

Será carta de amores.

LANZAROTE

Me iré, con vuestro permiso.

LORENZO

¿A dónde vas?

LANZAROTE

Aguarda. Toma. Di a Jéssica muy en secreto, que no faltaré. (Se va Lanzarote). Amigos, ha llegado la hora de disfrazarnos para esta noche. Por mi parte, ya tengo paje de antorcha.

SALARINO

Yo buscaré el mío.

SALANIO

Y yo.

LORENZO

Nos reuniremos en casa de Graciano dentro de una hora.

G. SHAKESPEARE

SALARINO

Allá iremos.

(Vanse Salarino y Salanio)

GRACIANO

Dime por favor. ¿Esa carta no es de la hermosa judía?

LORENZO

Tengo forzosamente que confesarte mi secreto. Suya es la carta, y en ella me dice que está dispuesta a huir conmigo de casa de su padre, disfrazada de paje. Me dice también la cantidad de oro y joyas que tiene. Si ese judío llega a salvarse, será por la virtud de su hermosa hija, tan hermosa como desgraciada por tener de padre a tan vil hebreo. Ven, y te leeré la carta de la bella judía. Ella será mi paje de hacha.

EL MERCADER DE VENECIA

ESCENA V

Calle donde vive Sylock

(Salen SYLOCK y LANZAROTE)

SYLOCK

Ya verás, ya, la diferencia que hay de ese Basanio al judío. —Sal, Jéssica. —Por cierto que en su casa no devorarás como en la mía, porque tiene poco. —Sal, hija. —Ni te estarás todo el día durmiendo, ni tendrás cada mes un vestido nuevo. —Jéssica, ven, ¿cómo te lo he de decir?

LANZAROTE

Sal, señora Jéssica.

SYLOCK

¿Quién te manda llamar?

Siempre me habíais reñido, por no hacer yo las cosas hasta que me las mandaban.

(Sale Jéssica)

JÉSSICA

Padre, ¿me llamabais? ¿Qué queréis?

SYLOCK

Hija, estoy convidado a comer fuera de casa. Aquí tienes las llaves. Pero ¿por qué iré a ese convite? Ciertamente que no me convidan por amor. Será por adulación. Pero no importa, iré, aunque sólo sea por aborrecimiento a los cristianos, y comeré a su costa. Hija, ten cuidado con la casa. Estoy muy inquieto. Algún daño me amenaza. Anoche soñé con bolsas de oro.

LANZAROTE

No faltéis, señor. Mi amo os espera.

SYLOCK

Y yo también a él.

LANZAROTE

Y tienen un plan. No os diré con seguridad que veréis una función de máscaras, pero puede que la veáis.

SYLOCK

¿Función de máscaras? Oye, Jéssica. Echa la llave a todas las puertas, y si oyes ruido de tambores o de clarines, no te pongas a la ventana, ni saques la cabeza a la calle, para ver esas profanidades de los cristianos que

G. SHAKESPEARE

se untan los rostros de mil maneras. Tapa, en seguida, todos los oídos de mi casa: quiero decir, las ventanas, para que no penetre aquí ni aun el ruido de semejante bacanal. Te juro por el cayado de Jacob, que no tengo ninguna gana de bullicios. Iré, con todo eso, al convite. Tú delante para anunciarme.

LANZAROTE

Así lo haré. (Aparte a Jéssica). Dulce señora mía, no dejes de asomarte a la ventana, pues pasará un cristiano que bien te merece.

SYLOCK

¿Qué dirá entre dientes ese malvado descendiente de Agar?

JÉSSICA

No dijo más que adiós.

SYLOCK

En el fondo no es malo, pero es perezoso y comilón, y duerme de día más que un gato montés. No quiero zánganos en mi colmena. Por eso me alegro de que se vaya, y busque otro amo, a quien ayude a gastar en pocos días su improvisada fortuna. Ve dentro, hija mía. Quizá pueda yo volver pronto. No olvides lo que te he mandado. Cierra puertas y ventanas, que nunca está más segura la joya que cuando bien se guarda: máxima que no debe olvidar ningún

(Vase)

JÉSSICA

Mala ha de ser del todo mi fortuna para que pronto no nos encontremos yo sin padre y tú sin hija.

(Se va)

EL MERCADER DE VENECIA

ESCENA VI

GRACIANO Y SALARINO, de máscara

GRACIANO

A la sombra de esta pared nos ha de encontrar Lorenzo.

SALARINO

Ya es la hora de la cita. Mucho me admira que tarde.

GRACIANO

Sí, porque el alma enamorada cuenta las horas con más presteza que el reloj.

SALARINO

Las palomas de Venus vuelan con ligereza diez veces mayor cuando van a jurar un nuevo amor, que cuando acuden mantener la fe jurada.

GRACIANO

Necesario es que así suceda. Nadie se levanta de la mesa del festín con el mismo apetito que cuando se sentó a ella. ¿Qué caballo muestra al fin de la rápida carrera el mismo vigor que al principio? Así son todas las cosas. Más placer se encuentra en el primer instante de la dicha que después. La nave es en todo semejante al hijo pródigo. Sale altanera del puerto nativo, coronada de alegres banderolas, acariciada por los vientos, y luego torna con el casco roto y las velas hechas pedazos, empobrecida y arruinada por el vendaval.

(Sale Lorenzo)

SALARINO

Dejemos esta conversación. Aquí viene Lorenzo.

LORENZO

Amigos: perdón, si os he hecho esperar tanto. No me echéis la culpa: echádsela a mis bodas. Cuando para lograr esposa, tengáis que hacer el papal de ladrones, yo os prometo igual ayuda. Venid: aquí vive mi suegro Sylock.

(Llama)

(Jéssica disfrazada de paje asoma a la ventana)

JÉSSICA

Amor mío, soy Lorenzo, y tu fiel amante.

JÉSSICA

G. SHAKESPEARE

El corazón me dice que eres mi amante Lorenzo. Dime, Lorenzo, ¿y hay alguno, fuera de ti, que sospeche nuestros amores?

LORENZO

Testigos son el cielo y tu mismo amor.

JÉSSICA

Pues mira: toma esta caja, que es preciosa. Bendito sea el oscuro velo de la noche que no te permite verme, porque tengo vergüenza del disfraz con que oculto mi sexo. Pero al amor le pintan ciego, y por eso los amantes no ven las mil locuras a que se arrojan. Si no, el amor mismo se avergonzaría de verme trocada de tierna doncella en arriscado paje.

LORENZO

Baja: tienes que ser mi paje de antorcha.

JÉSSICA

¿Y he de descubrir yo misma, por mi mano, mi propia liviandad y ligereza, precisamente cuando me importa más ocultarme?

LORENZO

Bien oculta estarás bajo el disfraz de gallardo paje. Ven pronto, la noche vuela, y nos espera Basanio en su mesa.

JÉSSICA

Cerraré las puertas y recogeré más oro. Pronto estaré contigo.

(Vase)

GRACIANO

¡A fe mía que es gentil, y no judía!

LORENZO

¡Maldito sea yo si no la amo! Porque mucho me equivoco, o es discreta, y además es bella, que en esto no me engañan los ojos, y es fiel y me ha dado mil pruebas de constancia. La amaré eternamente por hermosa, discreta y fiel. (Sale Jéssica). Al fin viniste. En marcha, compañeros. Ya nos esperan nuestros amigos.

(Vanse todos menos Graciano)

(Sale Antonio)

GRACIANO

¡Señor Antonio!

ANTONIO

¿Solo estáis, Graciano? ¿Y los demás? Ya han dada las nueve, y todo el mundo espera. No habrá máscaras esta noche. El viento se ha levantado ya, y puede embarcarse Basanio. Más de veinte recados os he enviado.

EL MERCADER DE VENECIA

GRACIANO

¿Qué me decís? ¡Oh felicidad! ¡Buen viento! Ya siento ganas de verme embarcado.

ESCENA VII

Quinta de Porcia en Belmonte

PORCIA Y EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

PORCIA

Descorred las cortinas, y enseñad al príncipe los cofres; él elegirá.

EL PRÍNCIPE

El primero es de oro, y en él hay estas palabras: «Quien me elija, ganará lo que muchos desean». El segundo es de plata, y en él se lee: «Quien me elija, cumplirá sus anhelos». El tercero es de vil plomo, y en él hay esta sentencia tan dura como el metal: «Quien me elija, tendrá que arriesgarlo todo». ¿Cómo haré para no equivocarme en la elección?

PORCIA

En uno de los cofres está mi retrato. Si lo encontráis, soy vuestra.

EL PRÍNCIPE

Algún dios me iluminará. Volvamos a leer con atención los letreros. ¿Qué dice el plomo? «Todo tendrá que darlo y arriesgarlo el que me elija». ¡Tendrá que darlo todo! ¿Y por qué?... ¿Aventurarlo todo por plomo? Deslucido premio en verdad. Para aventurarlo todo, hay que tener esperanza de alguna dicha muy grande, porque a un alma noble no la seduce el brillo de un vil metal. En suma, no doy ni aventuro nada por el plomo. ¿Qué dice la plata del blanco cofrecillo? «Quien me elija logrará lo que merece...». Lo que merece... Despacio, príncipe: pensémoslo bien. Si atiendo a mi conciencia, yo me estimo en mucho. No es pequeño mi valor, aunque quizá lo sea para aspirar a tan excelsa dama. De otra parte, sería poquedad de ánimo dudar de lo que realmente valgo... ¿Qué merezco yo? Sin duda esta hermosa dama. Para eso soy de noble nacimiento y grandes dotes de alma y cuerpo, de fortuna, valor y linaje; y sobre todo la merezco porque la amo entrañablemente. Sigo en mis dudas. ¿Continuaré la elección o me pararé aquí? Voy a leer segunda vez el rótulo de la caja de oro: «Quien me elija logrará lo que muchos desean». Es claro: la posesión de esta dama; todo el mundo la desea, y de los cuatro términos del mundo vienen a postrarse ante el ara en que se venera su imagen. Los desiertos de Hircania, los arenales de Libia se ven trocados hoy en animados caminos, por donde acuden innumerables príncipes a ver a Porcia. No bastan a detenerlos playas

EL MERCADER DE VENECIA

apartadas, ni el salobre reino de las ondas que lanzan su espuma contra el cielo. Corren el mar, como si fuera un arroyo, sólo por el ansia de ver a Porcia. Una de estas cajas encierra su imagen, pero ¿cuál? ¿Estará en la de plomo? Necedad sería pensar que tan vil metal fuese sepulcro de tanto tesoro. ¿Estará en la plata que vale diez veces menos que el oro? Bajo pensamiento sería. Sólo en oro puede engastarse joya de tanto precio. En Inglaterra corre una moneda de oro, con un ángel grabado en el anverso. Allí está sólo grabado, mientras que aquí es el ángel mismo quien yace en tálamo de oro. Venga la llave: mi elección está hecha, sea cual fuere el resultado.

Tomad la llave, y si en esa caja está mi retrato, seré vuestra esposa.

EL PRÍNCIPE (abriendo el cofre)

¡Por vida del demonio! sólo encuentro una calavera, y en el hueco de sus ojos este papel: «No es oro todo lo que reluce así dice el refrán antiguo: tú verás si con razón. ¡A cuántos ha engañado en la vida una vana exterioridad! En dorado sepulcro habitan los gusanos. Si hubieras tenido tanta discreción y buen juicio como valor y osadía, no te hablaría de esta suerte mi hueca y apagada voz. Vete en buen hora, ya que te ha salido fría la pretensión». Sí que he quedado frío y triste. Toda mi esperanza huyó, y el fuego del amor se ha convertido en hielo. Adiós, hermosa Porcia. No puedo hablar. El desencanto me quita la voz. ¡Cuán triste se aleja el que ve marchitas sus ilusiones!

PORCIA

¡Oh felicidad! Quiera Dios que tengan la misma suerte todos los que vengan, si son del mismo color que éste.

ESCENA VIII

Calle de Venecia

SALARINO Y SALANIO

SALARINO

Ya se ha embarcado Basanio, y con él va Graciano, pero no Lorenzo.

SALANIO

El judío se quejó al Dux, e hizo que le acompañase a registrar la nave de Basanio.

SALARINO

Pero cuando llegaron, era tarde, y ya se habían hecho a la mar. En el puerto dijeron al Dux que poco antes hablan vista en una góndola a Lorenzo y a su amada Jéssica, y Antonio juró que no iba en la nave de Basanio.

SALANIO

Nunca he vista tan ciego, loco, incoherente y peregrino furor como el de este maldito hebreo. Decía a voces: « ¡Mi hija, mi dinero, mi hija... ha huido con un cristiano... y se ha llevado mi dinero... mis ducados... Justicia... mi dinero... una balsa... no... dos, llenas de ducados... Y además joyas y piedras preciosas... Me lo han robado todo... Justicia... Buscadla... Lleva consigo mi dinero y mis alhajas!»

SALARINO

Los muchachos le persiguen por las calles de Venecia, gritando como él: «Justicia, mis ducados, mis joyas, mi hija».

SALANIO

¡Pobre Antonio si no cumple el trato!

SALARINO

Y fácil es que no pueda cumplirlo. Ayer me dijo un francés que en el estrecho que hay entre Francia e Inglaterra había naufragado un barco veneciano. En seguida me acordé de Antonio, y por lo bajo hice votos a Dios para que no fuera

SALANIO

Bien harías en decírselo a Antonio, pero de modo que no le hiciera mala impresión la noticia.

SALARINO

EL MERCADER DE VENECIA

No hay en el mundo alma más noble. Hace poco vi cómo se despedía de Basanio. Díjole éste que haría por volver pronto, y Antonio le replicó: «No lo hagas de ningún modo, ni echas a perder, por culpa mía, tu empresa. Necesitas tiempo. No te apures por la fianza que di al judío. Estate tranquilo, y sólo pienses en alcanzar con mil delicadas galanterías y muestras de amor el premio a que aspiras». Apenas podía contener el llanto al decir esto. Apartó la cara, dio la mano a su amigo, y se despidió de él por última vez.

SALANIO

Él es toda su vida, según imagino. Vamos a verle, y tratemos de consolar su honda tristeza.

SALARINO

Vamos.

ESCENA IX

Quinta de Porcia en Belmonte

NERISSA (A un criado)

Anda, descorre las cortinas, que ya el infante de Aragón ha hecho su juramento y viene a la prueba.

(Sale el Infante de Aragón, Porcia y acompañamiento. Tocan cajas y clarines).

PORCIA

Egregio infante: ahí tenéis las cajas: si dais con la que contiene mi retrato, vuestra será mi mano. Pero si la fortuna os fuera adversa, tendréis que alejaros sin más tardanza.

EL INFANTE

El juramento me obliga a tres cosas: primero, a no decir nunca cuál de las tres cajas fue la que elegí. Segundo, si no acierto en la elección, me comprometo a no pedir jamás la mano de una doncella. Tercero, a alejarme de vuestra presencia, si la suerte me fuere contraria.

PORCIA

Esas son las tres condiciones que tiene que cumplir todo el que viene a esta dudosa aventura, y a pretender mi mano indigna de tanta honra.

EL INFANTE

Yo cumpliré las tres. Fortuna, dame tu favor, ilumíname. Aquí tenemos plata, oro y plomo. «Quien me elija, tendrá que darlo todo y aventurarlo todo». Para que yo dé ni aventure nada, menester será que el plomo se haga antes más hermoso. ¿Y qué dice la caja de oro? «Quien me elija, alcanzará lo que muchos desean». Estos serán la turba de necios que se fíe de apariencias, y no penetra hasta el fondo de las cosas: a la manera del pájaro audaz que puso su nido en el alero del tejado, expuesto a la intemperie y a todo género de peligros. No es mío pensar como piensa el vulgo. No elegiré lo que muchos desean. No seré como la multitud grosera y sin juicio. Vamos a ti, arca brillante de precioso metal: «Quien me elija, alcanzará lo que merece». Está bien, ¿qué alma bien nacida querrá obtener ninguna ventaja ni triunfar del hado, sin un mérito real? ¿A quién contentará un honor inmerecido? ¡Dichoso aquel día en que no por subterráneas intrigas, sino por las dotes reales del alma, se consigan los honores y premios! ¡Cuántas frentes, que ahora están humilladas, se cubrirán de gloria entonces! ¡Cuántos de

EL MERCADER DE VENECIA

los que ahora dominan querrían ser entonces vasallos! ¡Qué de ignominias descubriríamos al través de la púrpura de reyes, emperadores y magnates! ¡Y cuánta honra encontraríamos soterrada en el lodo de nuestra edad! Siga la elección: «Alcanzará lo que merece». Mérito tenga. Venga la llave, que esta caja encierra sin duda mi fortuna.

PORCIA

Mucho lo habéis pensado para tan corto premio como habéis de encontrar.

EL INFANTE

¿Qué veo? La cara de un estúpido que frunce el entrecejo y me presenta una carta. «Cuán diverso es su semblante del de la hermosísima Porcia! ¡Otra cosa aguardaban mis méritos y esperanzas! «Quien me elija, alcanzará lo que merece». ¿Y no merezco más? ¿La cara de un imbécil? ¿Ese es el premio que yo ambicionaba? ¿Tan poco valgo?

PORCIA

El juicio no es ofensa: son dos actos distintos.

EL INFANTE

¿Y qué dice ese papel? (Lee). «Siete veces ha pasado este metal por la llama: siete pruebas necesita el juicio para no equivocarse. Muchos hay que toman por realidad los sueños: natural es que su felicidad sea sueño también. Bajo este blanco metal has encontrado la faz de un estúpido. Muchos necios hay en el mundo que se ocultan así. Cásate a tu voluntad, pero siempre me tendrás por símbolo. Adiós». Todavía sería estupidez mayor, noirme ahora mismo. Como un necio vine a galantear, y ahora llevo dos cabezas nuevas, la mía y otra además. Quédate con Dios, Porcia: no faltaré a mi juramento.

PORCIA

Huye, como mariposa que se quema las alas escape del fuego. ¡Qué necios son por querer pasarse de listos!

NERISSA

Bien dice el proverbio: Sólo su mala fortuna lleva al necio al altar o a la horca.

UN CRIADO

¿Dónde está mi señora?

PORCIA

Aquí.

EL CRIADO

G. SHAKESPEARE

Se apea a vuestra puerta un joven veneciano, anunciando a su señor, que viene a ofrecer os sus respetos y joyas de gran valía. El mensajero parece serlo del amor mismo. Nunca amaneció en primavera, anunciadora del ardiente estío, tan risueña mañana como el rostro de este nuncio.

PORCIA

Silencio. ¡Por Dios! tanto me lo encareces, que recelo si acabarás por decirme que es pariente tuyo. Vamos, Nerissa:

NERISSA

Su señor es Basanio, o mucho me equivoco.

EL MERCADER DE VENECIA

ACTO III
ESCENA PRIMERA

Calle de Venecia

SALANIO Y SALARINO

SALANIO

¿Qué se dice en Rialto?

SALARINO

Corren nuevas de que una nave de Antonio, cargada de ricos géneros, ha naufragado en los estrechos de Goodwins, que son unos escollos de los más temibles, y donde han perecido muchas orgullosas embarcaciones. Esto es lo que sucede, si es que no miente la parlera fama, y se porta hoy como mujer de bien.

SALANIO

¡Ojalá que por esta vez mienta como la comadre más embustera de cuantas comen pan! Pero la verdad es, sin andarnos en rodeos ni ambages, que el pobre Antonio, el buen Antonio... ¡Oh si encontrara yo un adjetivo bastante digno de su bondad!

SALARINO

Al asunto, al asunto.

SALANIO

¿Al asunto dices? Pues el asunto es que ha perdido un barco.

SALARINO

¡Quiera Dios que no sea más que uno!

SALANIO

¡Ojalá! No sea que eche a perder el demonio mis oraciones, porque aquí viene en forma de judío. (Sale Sylock). ¿Cómo estás, Sylock? ¿Qué novedades cuentan los mercaderes?

SYLOCH

Vosotros lo sabéis. ¿Quién había de saber mejor que vosotros la fuga de mi hija?

SALARINO

Es verdad. Yo era amigo del sastre que hizo al pájaro las alas con que voló del nido.

SALANIO

Por eso la condenarán.

SALANIO

Es claro: si la juzga el demonio.

SYLOCK

¡Ser infiel a mi carne y sangre!

SALANIO

Más diferencia hay de su carne a la tuya que del marfil al azabache, y de su sangre a la tuya que del vino del Rin al vino tinto. Dinos: ¿sabes algo de la pérdida que ha tenido Antonio en el mar?

SYLOCK

¡Vaya otro negocio! ¡Un mal pagador, que no se atreve a comparecer en Rialto! ¡Un mendigo que hacía alarde de lujo, paseándose por la playa! A ver cómo responde de su fianza. Para eso me llamaba usurero. Que responda de su fianza. Decía que prestaba dinero por caridad cristiana. Que responda de su fianza.

SALARINO

De seguro que si no cumple el contrato, no por eso te has de quedar con su carne. ¿Para qué te sirve?

SYLOCK

Me servirá de cebo en la caña de pescar. Me servirá para satisfacer mis odios. Me ha arruinado. Por él he perdido medio millón: él se ha reído de mis ganancias y de mis pérdidas: ha afrentado mi raza y linaje, ha dado calor a mis enemigos y ha desalentado a mis amigos. Y todo ¿por qué? Porque soy judío. ¿Y el judío no tiene ojos, no tiene manos ni órganos ni alma, ni sentidos ni pasiones? ¿No se alimenta de los mismos manjares, no recibe las mismas heridas, no padece las mismas enfermedades y se cura con iguales medicinas, no tiene calor en verano y frío en invierno, lo mismo que el cristiano? Si le pican ¿no sangra? ¿No se ríe si le hacen cosquillas? ¿No se muere si le envenenan? Si le ofenden, ¿no trata de vengarse? Si en todo lo demás somos tan semejantes ¿por qué no hemos de parecernos en esto? Si un judío ofende a un cristiano ¿no se venga éste, a pesar de su cristiana caridad? Y si un cristiano a un judío, ¿qué enseña al judío la humildad cristiana? A vengarse. Yo os imitaré en todo lo malo, y para poco he de ser, si no supero a mis maestros.

UN CRIADO

Señores: mi amo Antonio os espera en su casa, para hablaros de negocios importantes.

EL MERCADER DE VENECIA

SALARINO

Largo tiempo hace que le buscamos.

(Sale Túbal)

(Vanse)

SYLOCK

Túbal, ¿qué noticias traes de Génova? ¿Qué sabes de mi hija?

TÚBAL

Oí noticias de ella en muchas partes, pero nunca la vi.

SYLOCK

Nunca ha caído otra maldición igual sobre nuestra raza. Mira: se llevó un diamante que me había costado dos mil ducados en la feria de Frankfurt. Dos mil ducados del diamante, y además muchas alhajas preciosas. Poco me importaría ver muerta a mi hija, como tuviera los diamantes en las orejas, y los ducados en el ataúd. ¿Pero nada, nada has averiguado de ellos? ¡Maldito sea yo! ¡Y cuánto dinero he gastado en buscarla! ¡Tanto que se llevó el ladrón, y tanto cómo llevo gastado en su busca, y todavía no me he vengado! Cada día me trae una nueva pérdida. Todo género de lástimas y miserias ha caído sobre mí.

TÚBAL

No eres tú el solo desgraciado. Me contaron en Génova que también Antonio...

SYLOCK

¿Qué, qué? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

TÚBAL

Se le ha perdido un barco que venía de Trípoli.

SYLOCK

¡Bendito sea Dios! ¿Pero eso es cierto?

TÚBAL

Me lo han contado algunos marineros escapados del naufragio.

SYLOCK

¡Gracias, amigo Túbal, gracias! ¡Qué felices nuevas! ¿Con qué en Génova, eh, en Génova?

TÚBAL

Dicen que tu hija ha gastado en Génova ochenta ducados en una noche.

SYLOCK

G. SHAKESPEARE

¿Qué daga me estás clavando en el corazón? ¡Pobre dinero mío! ¡En una noche sola ochenta ducados!

TÚBAL

Varios acreedores de Antonio, con quienes vengo desde Génova, tienen por inevitable su quiebra.

¡Oh, qué felicidad! Le atormentaré. Me he de vengar con creces.

TÚBAL

Uno de esos acreedores me mostró una sortija, con que tu hija le había pagado un mono que compró.

SYLOCK

¡Cállate, maldecido! ¿Quieres martirizarme? Es mi turquesa. Me la regaló Lia, cuando yo era soltero. No la hubiera yo cedido por todo un desierto henchido de monos.

TÚBAL

Pero no tiene duda que Antonio está completamente arruinado.

SYLOCK

Eso me consuela. Eso tiene que ser verdad. Túbal, avísame un alguacil para dentro de quince días. Si no paga la fianza, le sacaré las entrañas; si no fuera por él, haría yo en Venecia cuantos negocios quisiera. Túbal, nos veremos en la sinagoga. Adiós, querido Túbal.

EL MERCADER DE VENECIA

ESCENA II

Quinta de Porcia

BASANIO, PORCIA, GRACIANO, NESISSA y criados

PORCIA

Os ruego que no os deis prisa. Esperad siquiera un día o dos, porque si no acertáis en la elección, os pierdo para siempre. Hay en mi alma algo que me dice (no sé si será amor) que sería para mi un dolor que os fueseis. Odio ya veis que no puede ser. Si no os parecen bastantes claras mis palabras (porque una doncella sólo puede hablar de estas cosas con el pensamiento) os suplicaría que permanecieseis aquí uno o dos meses. Con esto tendré bastante tiempo para enseñaros el modo de no errar. Pero ¡ay! no puedo, porque sería faltar a mi juramento, y no he de ser perjura aunque os pierda. Si erráis, haréis que me lamente mucho de haber faltado a mi juramento. ¡Ojalá nunca hubiera yo visto vuestros ojos! Su fulgor me ha partido el alma: sólo la mitad es mía, la otra mitad vuestra... He querido decir mía, pero no es mía, vuestra es también, y toda yo os pertenezco. Este siglo infeliz en que vivimos pone obstáculos entre el poseedor y su derecho. Por eso, y a la vez, soy vuestra y no lo soy. El hado tiene la culpa, y él es quien debe pagarla e ir al infierno, yo no. Hablo demasiado, pero es por entretener el tiempo, y detenerle, y con él vuestra elección.

BASANIO

Permitid que la suerte decida. Estoy como en el tormento.

PORCIA

¿Basanio en el tormento? pues qué, ¿hay algún engaño en vuestro amor?

BASANIO

Hay un recelo, que me presenta como imposible mi felicidad. Antes harán alianza el fuego y el hielo, que mi amor y la traición.

Me temo que estéis hablando desde el tormento, donde el hombre, bien contra su voluntad, confiesa lo cierto.

BASANIO

Porcia, mi vida consiste en vos. Dádmela, y os diré toda la verdad.

PORCIA

Decídmela y viviréis.

BASANIO

Mejor hubierais dicho: «decídmela y amad», y con esto sería inútil mi confesión, ya que mi único crimen es amar, delicioso tormento en que sólo el verdugo puede salvar al reo. Vamos a las cajas, y que la suerte nos favorezca.

PORCIA

A las cajas, pues. En una de ellas está mi efigie. Si me amáis, la encontraréis de seguro. Atrás, Nerissa: atrás, todos vosotros y mientras elige, resuena la música. Si se equivoca, morirá entre armonías como el cisne, y para que sea mayor la exactitud de la comparación, mis ojos le darán sepulcro en las nativas ondas. Si vence (y no es imposible), oirá el son agudo de las trompetas, semejante al que saluda al rey que acaba de ser ungido y coronado, o a las alegres voces que, al despuntar la aurora, penetran en los oídos del extasiado novio. Vedle acercarse con más amor y más vigorosos alientos que Hércules, cuando fue a salvar a Troya del nefando tributo de la doncella que tenía que entregar a la voracidad del monstruo marino, en luctuoso día. Yo soy la víctima. Vosotros sois como las matronas dárdanas que con llorosos ojos han salido de Troya a contemplar el sacrificio. Adelante, noble Alcides: sal vencedor de la contienda. En tu vida está la mía. Todavía tengo yo más interés en el combate, que tú que vas a pelear, dando celos al mismo Ares. (Mientras Basanio elige, canta la música). « ¿Dónde nace el amor, en los ojos o en el alma? ¿Quién le da fuerzas para quitarnos el sosiego? Decídnoslo, decídnoslo. El amor nace en los ojos, se alimenta de miradas, y muere por desvíos en la misma cuna donde nace. Cantemos dulces himnos en alabanza del amor. ¡Viva el amor, viva el amor!»

BASANIO

Muchas veces engañan las apariencias. ¿Ha habido causa tan mala que un elocuente abogado no pudiera hacer probable, buscando disculpas para el crimen más horrendo? ¿Hay alguna herejía religiosa que no tenga sectarios, y que no pueda cubrirse con citas de la Escritura o con flores retóricas que disimulen su fealdad? ¿Hay vicio que no pueda disfrazarse con la máscara de la virtud? ¿No habéis visto muchos cobardes, tan falsos y movendizos como piedra sobre arena, y que por fuera muestran la belicosa faz de Hércules y las hispidas barbas de Marte, y por de dentro tienen los hígados tan blancos como la leche? Fingen valor, para hacerse temer. Medid la hermosura: se compra al peso, y son más ligeras las que se atavían con los más preciados arreos de la belleza. ¡Cuántas veces los áureos rizos, enro-

EL MERCADER DE VENECIA

scados como sierpes al rededor de una dudosa belleza, son prenda de otra hermosura que yace en olvidado sepulcro! Los adornos son como la playa de un mar proceloso; como el velo de seda que oculta el rostro de una hermosura india; como la verdad, cuya máscara toma la fraude para engañar a los más prudentes. Por eso desdén los fulgores del oro, alimento y perdición del avaro Midas, y también el pálido brillo de la mercenaria plata. Tu quebrado color, oh plomo que pasas por vil y anuncias más desdichas que felicidad, me atrae más que todo eso. Por ti me decido. ¡Quiera Dios cumplir mi amoroso deseo!

PORCIA

(Aparte). Como el viento disipa las nubes, así huyen de mi alma todos los celos, tristezas y desconfianzas. Cálmate, amor; ten sosiego: templa los ímpetus del alma, y dame el gozo con tasa, porque si no, el corazón estallará de alegría.

BASANIO

(Abre la caja de plomo). ¿Qué veo? ¡El mismo rostro de la hermosa Porcia! ¿Qué pincel sobrehumano pudo acercarse tanto a la realidad? ¿Pestañean estos ojos, o es que los mueve el reflejo de los míos? Exhalan sus labios un aliento más dulce que la miel. De sus cabellos ha tejido el pintor una tela de araña para enredar corazones. ¡Ay de las moscas que caigan en ellos! ¡Pero cómo habrá podido retratar sus ojos, sin cegar? ¿Cómo pudo acabar el uno sin que sus rayos le cegaran de tal modo que dejase sin acabar el otro? Toda alabanza es poca, y sería afrentar al retrato tanto como el retrato al original. Veamos lo que dice la letra, cifra breve de mi fortuna. (Lee). «Tú a quien no engañan las apariencias, consigues la rara fortuna de acertar. Ya que tal suerte tuviste, no busques otra mejor. Si te parece bien la que te ha dado la fortuna, vuélvete hacia ella, y con un beso de amor tómalala por tuya, siguiendo los impulsos de tu alma». ¡Hermosa leyenda! Señora, perdón. Es necesario cumplir lo que este papel ordena. A la manera que el gladiador, cuando los aplausos ensordecen el anfiteatro, duda si es a él a quien se dirigen, y vuelve la vista en torno suyo; así yo, bella Porcia, dudo si es verdad lo que miro, y antes de entregarme al gozo, necesito que lo confirmen vuestros labios.

PORCIA

Basanio, tal cual me veis, vuestra soy. No deseo para mi suerte mayor, pero en obsequio vuestro quisiera ser veinte veces más hermosa de lo que soy, y diez mil veces más rica. Yo quisiera exceder a todas en virtud, en bel-

leza, en bienes de fortuna y en amigos, para que me amaseis mucho más. Pero valgo muy poco; soy una niña ignorante y sin experiencia; sólo tengo una cosa buena, y es que todavía no soy vieja para aprender; y otra aún mejor, que no fue tan mala mi educación primera que no pueda aprender. Y aún tengo otra felicidad mejor, y es la de tener un corazón tan rendido que se humilla a vos como el siervo a su señor y monarca. Mi persona, y la hacienda que fue mía, son desde hoy vuestras. Hace un momento era yo señora de esta quinta y de estos criados, y de mí misma, pero desde ahora yo y mi quinta y mis criados os pertenecemos. Todo os lo doy con este anillo. Si algún día lo destruíis o perdéis, será indicio de que habéis perdido mi amor, y podré reprenderos por tan grave falta.

BASANIO

Señora, me habéis quitado el habla. Sólo os grita mi sangre alborotada en las venas. Tal trastorno habéis producido en mis sentidos, como el tumulto que estalla en una muchedumbre cuando oye el discurso de un príncipe adorado. Mil palabras incoherentes se confunden con gritos que no tienen sentido alguno, pero que expresan un júbilo sincero. Cuando huya de mis dedos ese anillo, irá con él mi vida, y podréis decir que ha muerto Basanio.

NERISSA

A nosotros, mudos espectadores de tal drama, sólo nos toca daros el parabién. Sed dichosos, amos y señores míos.

GRACIANO

Basanio, señor mío; y tú, hermosa dama, disfrutad cuanta ventura deseo para vosotros, ya que no ha de ser a mi costa. Y cuando os preparéis a cerrar solemnemente el contrato, dadme licencia para hacer lo mismo.

BASANIO

Con mucho gusto, si encuentras mujer.

GRACIANO

Mil gracias, Basanio. A ti lo debo. Mis ojos son tan avizores como los tuyos. Tú los pusiste en la señora; yo en la criada: tú amaste; yo también. Tu amor no consiente dilaciones; tampoco el mío. Tu suerte dependía de la buena elección de las cajas; también la mía. Yo ardiendo en amores perseguí a esta esquiva hermosura con tantas y tantas promesas y juramentos, que casi tengo seca la boca de repetirlos. Pero al fin (si las palabras de tal hermosura valen algo), me prometió concederme su amor, si tú acertabas a conquistar el de su señora.

EL MERCADER DE VENECIA

PORCIA

¿Es verdad, Nerissa?

Verdad es, señora, si no lo lleváis a mal.

BASANIO

¿Lo dices de veras, Graciano?

GRACIANO

De veras, señor.

BASANIO

Vuestro casamiento aumentará los regocijos del nuestro.

GRACIANO

¿Pero quién viene! ¿Lorenzo y la judía? ¿Y con ellos mi amigo, el veneciano Salerio?

(Salen Lorenzo, Jéssica y Salerio)

BASANIO

Con bien vengáis a esta quinta, Lorenzo y Salerio, si es que mi recién nacida felicidad me autoriza para saludaros en este lugar. ¿Me lo permites, bellísima Porcia?

PORCIA

Y lo repito: bien venidos sean.

LORENZO

Gracias por tanto favor. Mi intención no era visitarte, pero Salerio, a quien encontré en el camino, se empeñó tanto, que al cabo consentí en acompañarle.

SALERIO

Lo hice, es verdad, pero no sin razón, porque te traigo un recado del señor Antonio.

(Le da una carta)

BASANIO

Antes de abrir esta carta, dime cómo se encuentra mi buen amigo.

SALERIO

No está enfermo más que del alma; por su carta verás lo que padece.

GRACIANO

Querido Salerio, dame la mano. ¿Qué noticias traes de Venecia? ¿Qué hace el honrado mercader Antonio? ¿Cómo se alegrará al saber nuestra dicha! Somos los Jasones que han encontrado el vellocino de oro.

SALERIO

Malas nuevas debe traer la carta. Huye el color de las mejillas de Basanio. Sin duda acaba de saber la muerte de un amigo muy querido, porque ninguna otra mala noticia podría abatir un ánimo tan constante; malo, malo. Perdóname, Basanio, pero soy la mitad de tu alma, y justo es que me pertenezcan la mitad de las desgracias que anuncia ese pliego.

BASANIO

¡Amada Porcia! Leo en esta carta algunas de las frases más tristes que se han escrito nunca sobre el papel. Porcia hermosísima, cuando por primera vez te confesé mi amor, no tuve reparo en decirte que yo no tenía otra hacienda que la sangre de mis venas, pero que era noble y bien nacido, y te dije la verdad. Pero así y todo hubo jactancia en mis palabras, al decirte que mis bienes eran ningunos. Para ser enteramente veraz, debí añadir que mi fortuna era menos que nada, porque la verdad es que empeñé mi palabra a mi mejor amigo, dejándole expuesto a la venganza del enemigo más cruel, implacable y sin entrañas: todo para procurarme dineros. Esta carta me parece el cuerpo de mi amigo: cada línea es a modo de una herida, que arroja la sangre a borbotones. Pero ¿es cierto, Salerio? ¿Todo, todo lo ha perdido? ¿Todos sus negocios le han salido mal? ¿Ni en Trípoli, ni en Méjico, ni en Lisboa, ni en Inglaterra, ni en la India, ni en Berbería, escapó ningún barco suyo de esos escollos tan fatales al marino?

SALERIO

Ni uno. Y aunque a Antonio le quedara algún dinero para pagar al juicio, de seguro que éste no le recibiría. No parece ser humano: nunca he visto a nadie tan ansioso de destruir y aniquilar a su prójimo. Día y noche pide justicia al Dux, amenazando, si no se le hace justicia, con invocar las libertades del Estado. En vano han querido persuadirle los mercaderes más ricos, y el mismo Dux y los patricios. Todo en balde. Él persiste en su demanda, y reclama confiscación, justicia y el cumplimiento de su engañoso trato.

JÉSSICA

Cuando vivía yo con él, muchas veces le vi jurar a sus amigos Túbal y Chus que prefería la carne de Antonio a veinte veces el valor de la suma que le debía, y si las leyes y el gobierno de Venecia no protegen al infeliz Antonio, mala será su suerte.

PORCIA

¿Y en vuestro amigo recaen todas esas calamidades?

BASANIO

EL MERCADER DE VENECIA

En mi amigo, el mayor y más fiel, el de alma más honrada que hay en toda Italia. En su pecho arde la llama del honor de la antigua Roma.

PORCIA

¿Qué es lo que debe al judío?

BASANIO

Tres mil ducados que me prestó.

PORCIA

¿No más que tres mil? Dale seis mil, duplica, triplica la suma, antes que consentir que tan buen amigo pierda por ti ni un cabello. Vamos al altar, despedámonos, y luego corre a Venecia a buscar a tu amigo; no vuelvas al lado de

BASANIO

«Querido Basanio: mis barcos naufragaron; me acosan mis acreedores; he perdido toda mi hacienda; ha vencido el plazo de mi escritura con el judío, y claro es que si se cumple la cláusula del contrato, tengo forzosamente que morir. Toda deuda entre nosotros queda liquidada, con tal que vengas a verme en la hora de mi muerte. Sin embargo, haz lo que quieras; si nuestra amistad no te obliga a venir, tampoco te hará fuerza esta carta».

PORCIA

Amor mío, vete en seguida.

BASANIO

Volaré, si me lo permites. Entretanto que vuelvo, el reposo y la soledad de mi lecho serán continuos estímulos para que yo vuelva.

ESCENA III

Calle de Venecia

SYLOCK, SALANIO, ANTONIO Y EL CARCELERO

SYLOCK

Carcelero, no apartes la vista de él. No me digas que tenga compasión... Éste es aquel insensato que prestaba su dinero sin interés. No le pierdas de vista, carcelero.

ANTONIO

Oye, amigo Sylock.

SYLOCK

Pido que se cumplan las condiciones de la escritura. He jurado no ceder ni un ápice de mi derecho. En nada te había ofendido yo cuando ya me llamabas perro. Si lo soy, yo te enseñaré los dientes. No tienes escape. El Dux me hará justicia. No sé, perverso alcalde, por qué has consentido con tanto gusto en sacarle de la prisión.

ANTONIO

Óyeme: te lo suplico.

SYLOCK

No quiero oírte. Cúmpleme el contrato. No quiero oírte. No te empeñes en hablar más. No soy un hombre de buenas entrañas, de los que dan cabida a la compasión, y se rinden al ruego de los cristianos. No volváis a importunarme. Pido que se cumpla el contrato.

(Vase)

ANTONIO

Déjale. Nada de ruegos inútiles. Quiere mi vida y no atino por qué. Más de una vez he salvado de sus garras a muchos infelices que acudieron a mí, y por eso me aborrece.

SALANIO

No creo que el Dux consienta jamás en que se cumpla semejante contrato.

ANTONIO

El Dux tiene que cumplir la ley, porque el crédito de la República perdería mucho si no se respetasen los derechos del extranjero. Toda la riqueza, prosperidad y esplendor de esta ciudad depende de su comercio con

EL MERCADER DE VENECIA

los extranjeros. Ea, vamos. Tan agobiado estoy de pesadumbres, que dudo mucho que mañana tenga una libra de carne en mi cuerpo, con que hartar la sed de sangre de ese bárbaro. Adiós, buen carcelero. ¡Quiera Dios que Basanio vuelva a verme y pague su deuda! Entonces moriré tranquilo.

ESCENA IV

Quinta de Porcia en Belmonte

PORCIA, NERISSA, LORENZO, JÉSSICA Y BALTASAR

LORENZO

Señora (no tengo reparo en decirlo delante de vos), alto idea tenéis formada de la santa amistad, y buena prueba de ello es la resignación con que toleráis la ausencia de vuestro marido. Pero si supierais a quién favorecéis de este modo, y cuán buen amigo es del señor Basanio, más os enorgulleceríais de vuestra obra que de la natural cualidad de obrar bien, de que tantas muestras habíais dado.

PORCIA

Nunca me arrepentí de hacer el bien, ni ha de pesarme ahora. Entre amigos que pasan y gastan juntos largas horas, unidos sus corazones por el vínculo sagrado de la amistad, ha de haber gran semejanza de índole, afectos y costumbres. De aquí infiero que siendo Antonio el mejor amigo del esposo a quien adoro, ha de parecerse a él necesariamente. Y si es así, ¡qué poco me habrá costado librar del más duro tormento al fiel espejo del amor mío! Pero no quiero decir más, porque esto parece alabanza propia. Hablemos de otra cosa. En tus manos pongo, honrado Lorenzo, la dirección y gobierno de esta casa hasta que vuelva mi marido. Yo sólo puedo pensar en cumplir un voto que hice secretamente, de estar en oración, sin más compañía que la de Nerissa, hasta que su amante y el mío vuelvan. A dos leguas de aquí hay un convento, donde podremos encerrarnos. No rehuséis el encargo y el peso que hoy me obligan a echar sobre vuestros hombros mi confianza y la situación en que me encuentro.

LORENZO

Lo acepto con toda voluntad, señora, y cumpliré todo lo que me ordenéis.

PORCIA

Ya saben mi intención los criados. Vos y Jéssica seréis para ellos como Basanio y yo. Quedad con Dios. Hasta la vuelta.

JÉSSICA

¡Ojalá logréis todas las dichas que mi alma os desea!

EL MERCADER DE VENECIA

Mucho os agradezco la buena voluntad, y os deseo igual fortuna. Adiós, Jéssica. (Vanse Jéssica y Lorenzo). Oye, Baltasar. Siempre te he encontrado fiel. También lo has de ser hoy. Lleva esta carta a Padua, con toda la rapidez que cabe en lo humano, y dásela en propia mano a mi amigo el Dr. Belario. Él te entregará dos trajes y algunos papeles: llévalos a la barca que hace la travesía entre Venecia y la costa cercana. No te detengas en palabras. Corre. Estaré en Venecia antes que tú.

BALTASAR

Corro a obedecerte, señora. (Vase)

PORCIA

Oye, Nerissa: tengo un plan, que todavía no te he comunicado. Vamos a sorprender a tu esposo y al mío.

NERISSA

¿Sin que nos vean?

PORCIA

Nos verán, pero en tal arreo que nos han de atribuir cualidades de que carecemos. Apuesto lo que queráis a que cuando estemos vestidas de hombre, yo he de parecer el mejor mozo, y el de más desgarro, y he de llevar la daga mejor que tú. Hablaré recio, como los niños que quieren ser hombres y tratan de pendencias cuando todavía no les apunta el bozo. Inventaré mil peregrinas historias de ilustres damas que me ofrecieron su amor, y a quienes desdeñé, por lo cual cayeron enfermas y murieron de pesar. — ¿Qué hacer entonces?— Sentir en medio de mis conquistas cierta lástima de haberlas matado con mis desvíos. Y por este orden ensartaré cien mil desatinos, y pensarán los hombres que hace un año he salido del colegio y revuelvo en el magín cien mil fanfarronadas, que quisiera ejecutar.

NERISSA

Pero, señora, ¿tenemos que disfrazarnos de hombres?

Porcia

¿Y lo preguntas? Ven, ya nos espera el coche a la puerta del jardín. Allí te lo explicaré todo. Anda deprisa, que tenemos que correr seis leguas.

ESCENA V

Jardín de Porcia en Belmonte

LANZAROTE Y JÉSSICA

LANZAROTE

Sí, porque habéis de saber que Dios castiga en los hijos las culpas de los padres: por eso os tengo lástima. Siempre os dije la verdad, y no he de calarla ahora. Tened paciencia, porque a la verdad, creo que os vais a condenar. Sólo os queda una esperanza, y esa a medias.

JÉSSICA

La de que quizá no sea tu padre el judío.

JÉSSICA

Esa sí que sería una esperanza bastarda. En tal caso pagaría yo los pecados de mi madre.

LANZAROTE

Dices bien: témome que pagues los de tu padre y los de tu madre. Por eso huyendo de la Scyla de tu padre, doy en la Caribdis de tu madre, y por uno y otro lado estoy perdido.

JÉSSICA

Me salvaré por el lado de mi marido, que me cristianizó.

LANZAROTE

Bien mal hecho. Hartos cristianos éramos para poder vivir en paz. Si continúa ese empeño de hacer cristianos a los judíos, subirá el precio de la carne de puerco y no tendremos ni una lonja de tocino para el puchero.

(Sale Lorenzo)

JÉSSICA

Contaré a mi marido tus palabras, Lanzarote. Mírale, aquí viene.

LORENZO

Voy a tener celos de ti, Lanzarote, si sigues hablando en secreto con mi mujer.

JÉSSICA

Nada de eso, Lorenzo: no tienes motivo para encelarte, porque Lanzarote y yo hemos reñido. Me estaba diciendo que yo no tendría perdón de Dios, por ser hija de judío, y añade que tú no eres buen cristiano, porque, convirtiendo a los judíos, encareces el tocino.

EL MERCADER DE VENECIA

LORENZO

Más fácil me sería, Lanzarote, justificarme de eso, que tú de haber en-
gruesado a la negra mora, que está embarazada por ti, Lanzarote.

LANZAROTE

No me extraña que la mora esté más gorda de lo justo. Siempre será más
mujer de bien de lo que yo creía.

LORENZO

Todo el mundo juega con el equívoco, hasta los más tontos... Dentro
de poco, los discretos tendrán que callarse, y sólo merecerá alabanza en los
papagayos el don de la palabra. Adentro, pícaro: di a los criados que se di-
spongan para la comida.

LANZAROTE

¡Qué ganas de broma tienes! Diles que pongan la comida.

LANZAROTE

También está hecho. Pero mejor palabra sería «cubrir».

LORENZO

Pues que cubran.

LANZAROTE

No lo haré, señor: sé lo que debo.

LORENZO

Basta de juegos de palabras. No agotes de una vez el manantial de tus
gracias. Entiéndeme, ya que te hablo con claridad. Di a tus compañeros
que cubran la mesa y sirvan la comida, que nosotros iremos a comer.

LANZAROTE

Señor, la mesa se cubrirá, la comida se servirá, y vos iréis a comer o no,
según mejor cuadre a vuestro apetito. (Vase)

LORENZO

¡Oh, qué de necedades ha dicho! Tiene hecha sin duda provisión de
gracias. Otros bufones conozco de más alto ralea, que por decir un chi-
ste, son capaces de alterar y olvidar la verdadera significación de las cosas.
¿Qué piensas, amada Jéssica? Dime con verdad: ¿Te parece bien la mujer
de Basanio?

JÉSSICA

Más de lo que puedo darte a entender con palabras. Muy buena vida
debe hacer Basanio, porque tal mujer es la bendición de Dios y la felicidad
del paraíso en la tierra, y si no la estima en la tierra, no merecerá gozarla
en el cielo. Si hubiera contienda entre dos divinidades, y la una trajese por

G. SHAKESPEARE

apuesta una mujer como Porcia, no encontraría el otro dios ninguna otra que oponerla en este bajo mundo.

LORENZO

Tan buen marido soy yo para ti, como ella es buena mujer.

JÉSSICA

Pregúntamelo a mí.

LORENZO

Vamos primero a comer. Jéssica

LORENZO

No: déjalo; vamos a comer; a los postres dirás lo que quieras, y así digeriré mejor. (Vanse)

EL MERCADER DE VENECIA

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Tribunal de Venecia

DUX, SENADORES, ANTONIO, BASANIO, GRACIANO, SALARINO Y SALANTO Dux ¿Y Antonio?

ANTONIO

A vuestras órdenes, Alteza. Dux Te tengo lástima, porque vienes a responder a la demanda de un enemigo cruel y sin entrañas, en cuyo pecho nunca halló lugar la compasión ni el amor, y cuya alma no encierra ni un gramo de piedad.

ANTONIO

Ya sé que V. A. ha puesto empeño en calmar su feroz encono, pero sé también que permanece inflexible, y que no me queda, según las leyes, recurso alguno para salvarme de sus iras. A ellas sólo puedo oponer la paciencia y la serenidad. Mi alma tranquila y resignada soportará todas las durezas y ferocidades de la suya.

DUX

Decid que venga el judío ante el tribunal.

SALARINO

Ya viene, señor. Está fuera, esperando vuestras órdenes.

(Entra Sylock)

DUX

¡Haceos atrás! ¡Que se presente Sylock! Cree el mundo, y yo con él, que quieres apurar tu crueldad hasta las heces, y luego cuando la sentencia se pronuncie, haces alarde de piedad y mansedumbre, todavía más odiosas que tu crueldad primera. Cree la gente que en vez de pedir el cumplimiento del contrato que te concede una libra de carne de este desdichado mercader, desistirás de tu demanda, te moverás a lástima, le perdonarás la mitad de la deuda, considerando las grandes pérdidas que ha tenido en poco tiempo, y que bastarían a arruinar al más opulento mercader monarca, y a conmovir entrañas de bronce y corazones de pedernal, aunque fuesen de turcos o tártaros selváticos, ajenos de toda delicadeza y buen comedimiento. Todos esperamos de ti una cortés respuesta.

SYLOCK

Vuestra Alteza sabe mi intención, y he jurado por el sábado lograr cumplida venganza. Si me la negáis, ¡vergüenza eterna para las leyes y libertades venecianas! Me diréis qué ¿por qué estimo más una libra de carne de este hombre que tres mil ducados? Porque así se me antoja. ¿Os place esta contestación? Si en mi casa hubiera un ratón importuno, y yo me empeñara en pagar diez mil ducados por matarle, ¿lo llevaríais a mal? Hay hombres que no pueden ver en su mesa un lechón asado, otros que no resisten la vista de un gato, animal tan útil e inofensivo, y algunos que orinan, en oyendo el son de una gaita. Efectos de la antipatía que todo lo gobierna. Y así como ninguna de estas cosas tiene razón de ser, yo tampoco la puedo dar para seguir este pleito odioso, a no ser el odio que me inspira hasta el nombre de Antonio. ¿Os place esta respuesta?

BASANIO

No basta, cruel hebreo, para disculpar tu fiereza increíble.

SYLOCK

Ni yo pretendo darte gusto.

BASANIO

¿Y mata siempre el hombre a los seres que aborrece?

SYLOCK

¿Y quién no procura destruir lo que él odia?

BASANIO

No todo agravio provoca a tanta indignación desde luego.

SYLOCK

¿Consentirás que la serpiente te muerda dos veces?

ANTONIO

Mira que estás hablando con un judío. Más fácil te fuera arengar a las olas de la playa cuando más furiosas están, y conseguir que se calmen; o preguntar al lobo por qué devora a la oveja, y deja huérfano al cordero; o mandar callar a los robles de la selva, y conseguir que el viento no agite sus verdes ramas; en suma, mejor conseguirías cualquier imposible, que ablandar el durísimo corazón de este hebreo. No le ruegues más, no le importunes; haz que la ley se cumpla pronto, a su voluntad.

BASANIO

En vez de los tres mil ducados toma seis.

SYLOCK

Aunque dividieras cada uno de ellos en seis, no lo aceptaría. Quiero que se cumpla el trato.

EL MERCADER DE VENECIA

DUX

¿Y quién ha de tener compasión de ti, si no la tienes de nadie?

SYLOCK

¿Y qué he de temer, si a nadie hago daño? Tantos esclavos tenéis, que pueden servirlos como mulos, perros o asnos en los oficios más viles y groseros. Vuestros son; vuestro dinero os han costado. Si yo os dijera: dejadlos en libertad, casadlos con vuestras hijas, no les hagáis sudar bajo la carga, dadles camas tan nuevas como las vuestras y tan delicados manjares como los que vosotros coméis, ¿no me responderíais: «son nuestros»? Pues lo mismo os respondo yo. Esa libra de carne que pido es mía, y buen dinero me ha costado. Si no me la dais, maldigo de las leyes de Venecia, y pido justicia. ¿Me la dais? ¿Sí o no?

DUX

Usando de la autoridad que tengo, podría suspender el consejo, si no esperase al Dr. Belario, famoso jurisconsulto de Pisa, a quien deseo oír en este negocio.

SALARINO

Señor: fuera aguarda un criado que acaba de llegar de Padua con cartas del doctor.

DUX

Entregádmelas, y que pase el criado.

BASANIO

¡Valor, Antonio! Te juro por mi nombre, que he de dar al judío toda mi carne, y mi sangre, y mis huesos, antes que consentir que vierta una sola gota de la sangre tuya.

ANTONIO

Soy como la res apartada en medio de un rebaño sano. La fruta podrida es siempre la primera que cae del árbol. Dejadla caer; tú, Basanio, sigue viviendo, y con eso pondrás un epitafio sobre mi sepulcro.

(Sale Nerissa, disfrazada de pasante de procontador)

DUX

¿Vienes de Padua? ¿Traes algún recado del Dr. Belario?

NERISSA

Vengo de Padua, señor. Belario os saluda.

(Le entrega la carta)

BASANIO

Sylock, ¿por qué afilas tanto tu cuchillo?

SYLOCK

Para cortar a Antonio la carne que me debe.

GRACIANO

Ningún metal, ni aun el hierro de la segur del verdugo, te iguala en dureza, maldecido hebreo. ¿No habrá medio de amansarte?

SYLOCK

¡Maldición sobre ti, infame perro! ¡Maldita sea la justicia que te deja vivir! Cuando te veo, casi doy asenso a la doctrina pitagórica que enseña la transmigración de las almas de los brutos a los hombres. Sin duda tu alma ha sido de algún lobo, inmolado por homicida, y que desde la horca fue volando a meterse en tu cuerpo, cuando aún estabas en las entrañas de tu infiel madre; porque tus instintos son rapaces, crueles y sanguinarios como los del lobo.

SYLOCK

Como no logres quitar el sello del contrato, nada conseguirás con tus destempladas voces sino ponerte ronco. Graciano, modera tus ímpetus y no pierdas la razón. Yo sólo pido justicia.

DUX

Belario en esta carta recomienda al Consejo un joven bachiller, buen letrado. ¿Dónde está?

NERISSA

Muy cerca de aquí, aguardando vuestra licencia para entrar.

DUX

Y se la doy de todo corazón. Vayan dos o tres a recibirle de la manera más respetuosa. Entre tanto, leamos de nuevo la carta de Belario: «Alteza: cuando recibí vuestra carta me hallaba gravemente enfermo, pero dio la casualidad de que, en el momento de llegar el mensajero, estaba conmigo un joven doctor de Padua llamado Baltasar. Le conté el pleito entre Antonio y el judío; repasamos pronto muchos libros; le dije mi parecer, que es el que os expondrá, rectificado por su inmenso saber, para el cual no hay elogio bastante. Él hará lo que deseáis. No os fijéis en lo mozo que es, ni creáis que por eso vale menos, pues nunca hubo en cuerpo tan juvenil tan maduro entendimiento. Recíbidle, pues, y más que mi recomendación, han de favorecerle sus propias acciones». Esto es lo que Belario dice. Aquí viene el Doctor, si no me equivoco. (Sale Porcia, de abogado). Dadme la mano. ¿Venís por encargo de Belario?

Porcia

EL MERCADER DE VENECIA

Sí, poderoso señor.

DUX

Bien venido seáis. Tomad asiento. ¿Estáis enterado de la cuestión que ha de sentenciar el tribunal?

PORCIA

Perfectamente enterado. ¿Quiénes son el mercader y el judío?

DUX

Antonio y Sylock: acercaos.

PORCIA

¿Sois vos Sylock? SYLOCK

Raro litigio tenéis: extraña es vuestra demanda, y no se os puede negar, conforme a las leyes de Venecia. Corre mucho peligro vuestra víctima. ¿No es verdad?

ANTONIO

Verdad es.

PORCIA

¿Confesáis haber hecho ese trato?

ANTONIO

Lo confieso.

PORCIA

Entonces es necesario que el judío se compadezca de vos.

SYLOCK

¿Y por qué? ¿Qué obligación tengo? Decídmelo.

PORCIA

La clemencia no quiere fuerza: es como la plácida lluvia del cielo que cae sobre un campo y le fecunda; dos veces bendita porque consuela al que la da y al que la recibe. Ejerce su mayor poder entre los grandes; el signo de su autoridad en la tierra es el cetro, rayo de los monarcas. Pero aún vence al cetro la clemencia, que viva, como en su trono, en el alma de los reyes. La clemencia es atributo divino, y el poder humano se acerca al de Dios, cuando modera con la piedad la justicia. Hebreo, ya que pides no más que justicia, piensa que si sólo justicia hubiera, no se salvaría ninguno de nosotros. Todos los días, en la oración, pedimos clemencia, pero la misma oración nos enseña a perdonar como deseamos que nos perdonen. Te digo esto, sólo para moverte a compasión, porque como insistas en tu demanda, no habrá más remedio, con arreglo a las leyes de Venecia, que sentenciar el pleito en favor tuyo y contra Antonio.

G. SHAKESPEARE

SYLOCK

Yo cargo con la responsabilidad de mis actos. Pido que se ejecute la ley, y que se cumpla el contrato.

PORCIA

¿No puede pagar en dinero?

BASANIO

Yo le ofrezco en nombre suyo, y duplicaré la cantidad, y aun le pagaré diez veces, si es necesario, y daré en prenda las manos, la cabeza y hasta el corazón. Si esto no os parece bastante, será porque la malicia vence a la inocencia. Romped para este solo caso esa ley tan dura. Evitaréis un gran mal con uno pequeño, y contendréis la ferocidad de ese tigre.

PORCIA

Imposible. Ninguno puede alterar las leyes de Venecia. Sería un ejemplar funesto, una causa de ruina para el Estado.

SYLOCK

¡Es un Daniel quien nos juzga! ¡Sabio y joven juez, bendito seas!

PORCIA

Déjame examinar el contrato.

SYLOCK

Tómale, reverendísimo doctor.

PORCIA

Sylock, te ofrecen tres veces el doble de esa cantidad.

SYLOCK

¡No! ¡No!: lo he jurado, y no quiero ser perjuro, aunque se empeñe toda Venecia.

PORCIA

Ha espirado el plazo, y dentro de la ley puede el judío reclamar una libra de carne de su deudor. Ten piedad de él: recibe el triple, y déjame romper el contrato.

SYLOCK

Cuando en todas sus partes esté cumplido. Pareces juez íntegro; conoces la ley; has expuesto bien el caso; sólo te pido que con arreglo a esa ley, de la cual eres fiel intérprete, sentencies pronto. Te juro que no hay poder humano que me haga dudar ni vacilar un punto. Pido que se cumpla la escritura.

ANTONIO

Pido al tribunal que sentencie.

EL MERCADER DE VENECIA

PORCIA

Bueno: preparad el pecho a recibir la herida.

SYLOCK

¡Oh sabio y excelente juez!

PORCIA

La ley no tiene duda ni admite excepción en cuanto a la pena.

SYLOCK

¡Cierto, cierto! ¡Oh docto y severísimo juez! ¡Cuánto más viejo eres en jurisprudencia que en años!

PORTIA

Apercibid el pecho, Antonio.

SYLOCK

Sí, sí, ese es el contrato. ¿No es verdad, sabio juez? ¿No dice que ha de ser cerca del corazón?

PORCIA

Verdad es. ¿Tenéis una balanza para pesar la carne?

SYLOCK

Aquí la tengo.

PORCIA

Traed un cirujano que restañe las heridas, Sylock, porque corre peligro de desangrarse.

SYLOCK

¿Dice eso la escritura?

PORCIA

No entra en el contrato, pero debéis hacerlo como obra de caridad.

SYLOCK

No lo veo aquí: la escritura no lo dice.

PORCIA

¿Tenéis algo que alegar, Antonio?

ANOTONIO

Casi nada. Dispuesto esto a todo y armado de valor. Dame la mano, Basanio. Adiós, amigo. No te duelas de que he perecido por salvarte. La fortuna se ha mostrado conmigo más clemente de lo que acostumbra. Suele dejar que el infeliz sobreviva a la pérdida de su fortuna y contemplar con torvos ojos su desdicha y pobreza, pero a mi me ha libertado de esa miseria. Saluda en mi nombre a tu honrada mujer; cuéntale mi muerte; dile cuánto os quise; sé fiel a mi memoria; y cuando ella haya oído toda la historia,

podrá juzgar y sentenciar si fui o no buen amigo de Basanio. No me quejo del pago de la deuda: pronto la habré satisfecho toda, si la mano del judío no tiembla.

BASANIO

Antonio, quiero más a mi mujer que a mi vida, pero no te amo a ti menos que a mi mujer y a mi alma y a cuanto existe, y juro que lo daría todo por salvarte.

PORCIA

No te había de agradecer tu esposa tal juramento, si estuviera aquí.

GRACIANO

Ciertamente que adoro a mi esposa. ¡Ojalá que estuviese en el cielo para que intercediera con algún santo que calmase la ira de ese perro!

Gracias que no te oye tu mujer, porque con tales deseos no podría haber paz en vuestra casa.

SYLOCK

¡Qué cónyuges! ¡Y son cristianos! Tengo una hija, y preferiría que se casase con ella un hijo de Barrabás antes que un cristiano. Pero estamos perdiendo el tiempo. No os detengáis: prosiga la sentencia.

PORCIA

Según la ley y la decisión del tribunal, te pertenece una libra de su carne.

SYLOCK

¡Oh juez doctísimo! ¿Has oído la sentencia, Antonio? Prepárate.

PORCIA

Un momento no más. El contrato te otorga una libra de su carne, pero ni una gota de su sangre. Toma la carne que es lo que te pertenece; pero si derramas una gota de su sangre, tus bienes serán confiscados, conforme a la ley de Venecia.

GRACIANO

¿Lo has oído, Sylock?

SYLOCK

¡Oh juez recto y bueno! ¿Eso dice la ley?

PORCIA

Tú mismo lo verás. Justicia pides, y la tendrás tan cumplida como deseas.

GRACIANO

¡Oh juez íntegro y sapientísimo!

EL MERCADER DE VENECIA

SYLOCK

Me conformo con la oferta del triple: poned en libertad al cristiano.

BASANIO

Aquí está el dinero.

PORCIA

¡Deteneos! Tendrá el hebreo completa justicia. Se cumplirá la escritura.

GRACIANO

¡Qué juez tan prudente y recto!

PORCIA

¡Es un Daniel, es un Daniel! Al fin te hemos cogido.

PORCIA

¿Qué esperas? Cúmplase la escritura.

SYLOCK

Me iré si me dais el dinero.

BASANIO

Aquí está.

PORCIA

Cuando estabas en el tribunal, no quisiste aceptarlo. Ahora tiene que cumplirse la escritura.

GRACIANO

¡Es otro Daniel, otro Daniel! Frase tuya felicísima, Sylock.

SYLOCK

¿No me daréis ni el capital?

PORCIA

Te daremos lo que te otorga el contrato. Cóbralo, si te atreves, judío.

SYLOCK

¡Pues que se quede con todo, y el diablo le lleve! Adiós.

PORCIA

Espera, judío. Aun así te alcanzan las leyes. Si algún extraño atenta por medios directos o indirectos contra la vida de un súbdito veneciano, éste tiene derecho a la mitad de los bienes del reo, y el Estado a la otra media. El Dux decidirá de su vida. Es así que tú directa e indirectamente has atentado contra la existencia de Antonio; luego la ley te coge de medio a medio. Póstrate a las plantas del Dux, y pídele perdón.

GRACIANO

Y suplícale que te conceda la merced de que te ahorques por tu mano; aunque estando confiscados tus bienes, no te habrá quedado con que com-

prar una cuerda, y tendrá que ahorcarte el pueblo a su costa.

EL DUX

Te concede la vida, Sylock, aun antes que me la pidas, para que veas cuánto nos diferenciamos de ti. En cuanto a tu hacienda, la mitad pertenece a Antonio y la otra mitad al Estado, pero quizá puedas condonarla mediante el pago de

PORCIA

La parte del Estado, no la de Antonio.

SYLOCK

¿Y para qué quiero la vida? ¿Cómo he de vivir? Me dejáis la case, quitándome los puntales que la sostienen.

PORCIA

¿Qué puedes hacer por él, Antonio?

GRACIANO

Regálale una soga, y baste.

ANTONIO

Si el Dux y el tribunal le dispensan del pago de la mitad de su fortuna al Erario, yo le perdono la otra media, con dos condiciones: la primera, que abjure sus errores y se haga cristiano; la segunda, que por una escritura firmada en esta misma audiencia instituya herederos de todo a su hija y a su yerno Lorenzo.

DUX

Juro que así lo hará, o, si no, revocaré el poder que le he concedido.

PORCIA

¿Aceptas, judío? ¿Estás satisfecho?

SYLOCK

Estoy satisfecho y acepto.

PORCIA

Hágase, pues, la donación en forma.

SYLOCK

Yo me voy, si me lo permitís, porque estoy enfermo. Enviadme el acta, y yo la firmaré.

DUX

Vete, pero lo harás.

GRACIANO

Tendrás dos padrinos, cuando te bautices. Si yo fuera juez, habías de tener diez más, para que te llevasen a la horca y no al bautismo.

EL MERCADER DE VENECIA

(Se va Sylock)

DUX (A Porcia). Os convidó con mi mesa.

PORCIA

Perdone V. A., pero hoy mismo tengo que ir a Padua, y no me es lícito detenerme.

DUX

¡Lástima que os detengáis tan poco tiempo! Antonio, haz algún obsequio al forastero que, a mí entender, algo merece.

(Vase al Dux, y con él los Senadores)

BASANIO

Digno y noble caballero, gracias a vuestra agudeza y buen entendimiento, nos vemos hoy libres mi amigo y yo de una calamidad gravísima. En pago de tal servicio, os ofrecemos los 3.000 ducados que debíamos al judío.

ANTONIO

Y será eterno nuestro agradecimiento en obras y en palabras.

PORCIA

Bastante paga es para mí el haberos salvado. Nunca fue el interés norte de mis acciones. Si alguna vez nos encontramos, reconocedme: no os pido más. Adiós.

BASANIO

Yo no puedo menos de insistir, hidalgo. Admitid un presente, un recuerdo, no como paga. No rechazéis nuestras ofertas. Perdón.

PORCIA

Necesario es que ceda. (A Antonio). Llevaré por memoria vuestros guantes. (A Basanio). Y en prenda de cariño vuestra sortija. No apartéis la mano: es un favor que no podéis negarme.

BASANIO

¡Pero si esa sortija nada vale! Vergüenza tendría de dárosla.

PORCIA

Por lo mismo la quiero, y nada más aceptaré. Tengo capricho de poseerla.

BASANIO

Vale mucho más de lo que ha costado. Os daré otra sortija, la de más precio que haya en Venecia. Echaré público pregón para encontrarla. Pero ésta no puede ser... perdonadme.

PORCIA

G. SHAKESPEARE

Sois largo en las promesas, caballero. Primero me enseñasteis a mendigar, y ahora me enseñáis cómo se responde a un mendigo.

BASANIO

Pretexto fútil, que sirve a muchos para negar lo que se les pide. Aunque vuestra mujer fuera loca, me parece imposible que eternamente le durara el enojo por un anillo, mucho mas sabiendo la ocasión de este regalo. Adiós.

(Se van Porcia y Nerissa)

ANTONIO

Basanio, dale el anillo, que tanto como la promesa hecha a tu mujer valen mi amistad y el servicio que nos ha prestado.

BASANIO

Corre, Graciano, alcánzale, dale esta sortija, y si puedes, llévale a casa de Antonio. No te detengas. (Vase Graciano). Dirijámonos hacia tu casa, y mañana al amanecer volaremos a Belmonte. En marcha, Antonio.

EL MERCADER DE VENECIA

ESCENA II

Una calle de Venecia

PORCIA Y NERISSA

PORCIA

Averigua la casa del judío, y hazle firmar en seguida esta acta. Esta noche nos vamos, y llegaremos así un día antes que nuestros maridos. ¡Cuánto me agradecerá Lorenzo la escritura que le llevo!

GRACIANO

Grande ha sido mi fortuna en alcanzaros. Al fin, después de haberlo pensado bien, mi amo el señor Basanio os manda esta sortija, y os convida a comer hoy.

PORCIA

No es posible. Pero acepto con gusto la sortija. Decídselo así, y enseñad a este criado mío la casa de Sylock.

GRACIANO

Así lo haré.

Nerissa Señor, oídme un instante. (A Porcia). Quiero ver si mi esposo me da el anillo que juró conservar siempre.

PORCIA

De seguro lo conseguirás. Luego nos harán mil juramentos de que a hombres y no a mujeres entregaron sus anillos, pero nosotras les desmentiremos, y si juran, juraremos más que ellos. No te detengas, te espero donde sabes.

NERISSA

Ven, mancebo, enséñame la casa.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Alameda que conduce a la casa de campo de Porcia en Belmonte

(Sale Lorenzo y Jéssica)

LORENZO

¡Qué hermosa y despejada brilla la luna! Sin duda en una noche como esta en que el céfiro besaba mansamente las hojas de los árboles, escaló el amante Troilo las murallas de Troya, volando su alma hacia las tiendas griegas donde aquella noche reposaba Créssida.

JÉSSICA

Y, en otra noche como ésta, Tisbe, con temerosos pasos fue marchando sobre la mojada yerba, y viendo la espantosa sombra del león, se quedó aterrada.

LORENZO

Y en otra noche como esta, la reina Dido, armada su diestra con una vara de sauce, bajó a la ribera del mar, y llamó hacia Cartago al fugitivo Eneas.

JÉSSICA

En otra noche así, fue cogiendo Medea las mágicas yerbas con que rejuveneció al viejo Esón.

LORENZO

Y en otra noche por el mismo estilo, abandonó Jéssica la casa del rico judío de Venecia, y con su amante huyó a Belmonte.

JÉSSICA

En aquella noche juró Lorenzo que la amaba con amor constante, y la engañó con mil falsos juramentos.

LORENZO

En aquella noche, Jéssica, tan pérfida como hermosa, ofendió a su amante, y él le perdonó la ofensa.

JÉSSICA

No me vencerías en esta contienda, si estuviéramos solos, pero viene gente.

(Sale Estéfano)

LORENZO

EL MERCADER DE VENECIA

¿Quién viene en el silencio de la noche?

ESTÉFANO

Un amigo.

LORENZO

Soy Estéfano. Vengo a deciros que, antes que apunte el alba, llegará mi señora a Belmonte. Ha venido arrodillándose y haciendo oración al pie de cada cruz que hallaba en el camino, para que fuese feliz su vida conyugal.

LORENZO

¿Quién viene con ella?

ESTÉFANO

Un venerable ermitaño y su doncella. Dime, ¿ha vuelto el amo?

LORENZO

Todavía no, ni hay noticia suya. Vamos a casa, amigo, a hacer los preparativos para recibir al ama como ella merece.

(Sale Lanzarote)

LANZAROTE

¡Hola, ea!

LORENZO

¿Quién?

LANZAROTE

¿Habéis visto a Lorenzo o a la mujer de Lorenzo?

LORENZO

No grites. Aquí estamos.

LANZAROTE

¿Dónde?

LORENZO

Aquí.

LANZAROTE

Decidle que aquí viene un nuncio de su amo, cargado de buenas noticias. Mi amo llegará al amanecer.

(Se va)

LORENZO

Vamos a casa, amada mía, a esperarlos. ¿Pero ya para qué es entrar? Estéfano, te suplico que vayas a anunciar la venida del ama, y mandes a los músicos salir al jardín. (Se va Estéfano). ¡Qué mansamente resbalan los rayos de la luna sobre el césped! Recostémonos en él: prestemos atento oído a esa música suavísima, compañera de la soledad y del silencio. Siéntate,

Jéssica: mira la bóveda celeste tachonada de astros de oro. Ni aun el más pequeño deja de imitar en su armonioso movimiento el canto de los ángeles, uniendo su voz al coro de los querubines. Tal es la armonía de los seres inmortales; pero mientras nuestro espíritu está preso en esta oscura cárcel, no la entiende ni percibe. (Salen los músicos). Tañed las cuerdas, despertad a Diana con un himno, halagad los oídos de vuestra señora y conducidla a su casa entre música.

JÉSSICA

Nunca me alegran los sonos de la música.

LORENZO

Es porque se conmueve tu alma. Mira en el campo una manada de alegres novillos o de ardientes y cerriles potros: míralos correr, agitarse, mugir, relinchar. Pero en llegando a sus oídos son de clarín o ecos de música, míralos inmóviles, mostrando dulzura en sus miradas, como rendidos y dominados por la armonía. Por eso dicen los poetas que el tracio Orfeo arrastraba en pos de sí árboles, ríos y fieras: porque nada hay tan duro, feroz y selvático que resista el poder de la música. El hombre que no siente ningún género de armonía, es capaz de todo engaño y alevosía, fraude y rapiña; los instintos de su alma son tan oscuros como la noche, tan lóbregos como el Tártaro. ¡Ay de quien se fíe de él! Oye, Jéssica.

(Salen Porcia y Nerissa)

PORCIA

En mi sala hay luz. ¡Cuán lejos llegan sus rayos! Así es el resplandor de una obra buena en este perverso mundo.

NERISSA

No hemos visto la luz, al brillar los rayos de la luna.

PORCIA

Así oscurece a una gloria menor, otra más resplandeciente. Así brilla el ministro hasta que aparece el monarca, pero entonces desaparece su pompa, como se pierde en el mar un arroyo. ¿No oyes música?

NERISSA

Debe de ser en tu puerta.

PORCIA

Suena aún más agradable que de día.

NERISSA

Efecto del silencio, señora.

PORCIA

EL MERCADER DE VENECIA

El cantar del cuervo es tan dulce como el de la alondra, cuando no atendemos a ninguno de los dos, y de seguro que si el ruiseñor cantara de día. Cuando graznan los patos, nadie la tendría por tan buen cantor. ¡Cuánta perfección tienen las cosas hechas a tiempo! ¡Silencio! Duerme Diana en brazos de Endimión, y no tolera que nadie turbe su sueño.

(Calla la música)

Es voz de Porcia, o me equivoco mucho.

PORCIA

Me conoce como conoce el ciego al cuco: en la voz.

LORENZO

Señora mía, bien venida seáis a esta casa.

PORCIA

Hemos rezado mucho por la salud de nuestros maridos. Esperamos que logren buena fortuna gracias a nuestras oraciones. ¿Han vuelto?

LORENZO

Todavía no, pero delante de ellos vino un criado a anunciar su venida.

PORCIA

Nerissa, vete y di a los criados que no cuenten nada de nuestra ausencia. Vosotros haced lo mismo, por favor.

LORENZO

¿No oís el son de una trompa de caza? Vuestro esposo se acerca. Fíad en nuestra discreción, señora.

PORCIA

Esta noche me parece un día enfermo: está pálida: parece un día anubarrado.

(Salen Basanio, Antonio, Graciano y acompañamiento) Basanio

Si amanecierais vos, cuando él se ausenta, sería de día aquí al mismo tiempo que en el hemisferio contrario.

PORCIA¹

¡Dios nos ayude! ¡Bien venido seáis a esta casa, señor mío!

BASANIO

Gracias, señora. Esa bienvenida dádsela a mi amigo. Éste es aquel Antonio a quien tanto debo.

PORCIA

1 Suprimo un juego de palabras intraducible.

Grande debe ser la deuda, pues si no he entendido mal, por vos se vio en gran peligro.

ANTONIO

Por grande que fuera, está bien pagada.

PORCIA (A Nerissa).

Te juro por la luna, que no tienes razón y que me agravias. Ese anillo se lo di a un pasante de letrado. ¡Muerto le viera yo, si hubiera sabido que tanto lo sentirías, amor mío!

PORCIA

¿Qué cuestión es esa?

GRACIANO

Todo es por un anillo, un mal anillo de oro que ella me dio, con sus letras grabadas que decían: «Nunca olvides mi amor».

NERISSA

No se trata del valor del anillo, ni de la inscripción, sino que cuando te lo di, me juraste conservarlo hasta tu muerte y llevarlo contigo al sepulcro. Y ya que no fuera por amor mío, a lo menos por los juramentos y ponderaciones que hiciste, debías haberlo guardado como un tesoro. Dices que lo diste al pasante de un letrado. Bien sabe Dios que a ese pasante nunca le saldrán las barbas.

GRACIANO

Sí que le saldrán, si llega a ser hombre y a tenerlas. Con esta mano se le di. Era un rapazuelo, sin boto, tan bajo como tú, pasante de un abogado, grande hablador. Me pidió el anillo en pago de un favor que me había hecho, y no supe negárselo.

PORCIA

Pues hiciste muy mal (si he de decirte la verdad) en entregar tan pronto el primer regalo de tu esposa, que ella colocó en tu dedo con tantos juramentos y promesas. Yo di otro anillo a mi esposo, y le hice jurar que nunca le perdería ni entregaría a nadie. Estoy segura que no lo hará ni por todo el oro del mundo. Graciano, mucha razón tiene tu mujer para estar enojada contigo. Yo me volvería loca.

BASANIO

¿Qué podré hacer? ¿Cortarme la mano izquierda y decir que perdí el anillo defendiéndome?

GRACIANO

EL MERCADER DE VENECIA

Pues también a mi amo Basanio le pidió su anillo el juez, y él se lo dio. Luego, el pasante, que nos había servido bien en su oficio, me pidió el mío, y yo no supe cómo negárselo, porque ni el señor ni el criado quisieron recibir más galardón que los dos anillos.

PORCIA

¿Y tú qué anillo le diste, Basanio? Creo que no sería el que yo te entregué.

BASANIO

Si yo tuviera malicia bastante para acrecentar mi pecado con la mentira, te lo negaría, Porcia. Pero ya ves, mi dedo está vacío. He perdido el anillo.

No: lo que tienes vacía de verdad es el alma. Y juro a Dios que no he de ocupar tu lecho, hasta que me muestres el anillo.

NERISSA

Ni yo el de éste, hasta que me presente el suyo.

BASANIO

Amada Porcia, si supieras a quién se lo di, y por qué, y con cuánto dolor de mi alma, y sólo porque no quiso recibir otra cosa que el anillo, tendrías lástima de mí.

PORCIA

Y si tú supieras las virtudes de ese anillo, o el valor de quién te lo dio, o lo que te importaba conservarle, nunca le hubieras dado. ¿Por qué había de haber hombre tan loco, que defendiéndolo tú con alguna insistencia, se empeñara en arrebatarle un don tan preciado? Bien dice Nerissa: ella está en lo cierto; sin duda diste el anillo a alguna dama.

BASANIO

¡No, señora! lo juro por mi honor, por mi alma, se lo di a un doctor en derecho que no quería aceptar 3.000 ducados, y que me pidió el anillo. Se lo negué bien a pesar mío, porque se fue desairado el hombre que había salvado la vida de mi mejor amigo. ¿Y qué he de añadir, amada Porcia? Tuve que dárselo: la gratitud y la cortesía me mandaban hacerlo. Perdóname, señora; si tú misma hubieras estado allí (pongo por testigos a estos lucientes astros de la noche), me hubieras pedido el anillo para dárselo al juez.

PORCIA

¡Nunca se acerque él a mi casa! Ya que tiene la prenda que yo más quería, y que me juraste por mi amor guardar eternamente, seré tan liberal como tú: no le negaré nada, ni siquiera mi persona ni tu lecho. De seguro que le conoceré. Ten cuidado de dormir todas las noches en casa, y de velar como

G. SHAKESPEARE

Argos, porque si no, si me dejas sola, te prometo por mi honra (pues todavía la conservo) que he de dormir con ese abogado.

NERISSA

Y yo con el pasante. ¡Conque, ojo!

GRACIANO

Bueno, haz lo que quieras, pero si cojo al pasante, he de cortarle la pluma.

ANTONIO

Por mí son todas estas infaustas reyertas.

PORCIA

No os alarméis, pues a pesar de todo, seréis bien recibido.

BASANIO

Perdón, Porcia, si te he ofendido, y aquí, delante de estos amigos, te juro por la luz de esos divinos ojos en que me miro...

¡Fijaos bien! Dice que se mira en sus ojos, que ve un Basanio en cada uno de ellos. Juras por la doblez de tu alma, y juras con verdad.

BASANIO

¡Perdóname, por Dios! Te juro que en mi vida volveré a faltar a ninguna palabra que te dé.

ANTONIO

Una vez empeñé mi cuerpo en servicio suyo, y hubiera yo perdido la vida, a no ser por el ingenio de aquel hombre a quien vuestro marido galardónó con el anillo. Yo empeño de nuevo mi palabra de que Basanio no volverá a faltar a sus promesas, a lo menos a sabiendas.

PORCIA

Está bien. Saldréis por fiador suyo. Dadle la joya, y pedidle que la tenga en más estima que la primera.

ANTONIO

Toma, Basanio, y jura que nunca dejarás este anillo.

BASANIO

¡Dios santo! ¡El mismo que di al juez!

PORCIA

Él me lo entregó. ¡Perdón, Basanio! Yo le concedí favores por ese anillo.

NERISSA

¡Perdón, Graciano! El rapazuelo del pasante me gozó ayer, en pago de este anillo.

EL MERCADER DE VENECIA

GRACIANO

Esto es como allanar las sendas en verano. ¿Ya tenemos cuernos, sin merecerlos?

PORCIA

No decís mal. Pero voy a sacaros de la duda. Leed esta carta cuando queráis. En ella veréis que el letrado fue Porcia y el pasante Nerissa. Lorenzo podrá dar testimonio de que apenas habíais pasado el umbral de esta casa, salí yo, y que he vuelto ahora mismo. Bien venido seas, Antonio. Tengo buenas nuevas para ti. Lee esta carta. Por ella sabrás que tres de tus barcos, cargados de mercaderías, han llegado a puerto seguro. No he de decirte por qué raros caminos ha llegado a mis manos esta carta.

ANTONIO

No sé qué decir.

BASANIO

¿Tú, señora, fuiste el letrado, y yo no te conocía?

GRACIANO

Sí, pero un pasante que no piensa engalanar tu frente, mientras fuere tu mujer.

BASANIO

Amado doctor, partiréis mi lecho, y cuando yo falte de casa, podréis dormir con mi mujer.

ANTONIO

Bellísima dama, me habéis devuelto la salud y la fortuna. Esta carta me dice que mis bajeles han llegado a puerto de salvación.

PORCIA

Y para ti, Lorenzo, también tiene alguna buena noticia mi pasante.

NERISSA

Y se la daré sin interés. Toma esta escritura. Por ella os hace donación el judío de toda su hacienda, para cuando el fallezca.

LORENZO

Tus palabras, señora, son como el maná para los cansados israelitas.

PORCIA

Ya despunta el alba, y estoy segura de que todavía no os satisface lo que acabo de deciros. Entrémonos en casa y os responderé a cuanto me preguntéis.

GRACIANO

G. SHAKESPEARE

Sea. Y lo primero a que me ha de responder Nerissa, es si quiere más acostarse ahora o esperar a la noche siguiente, puesto que ya está tan cercana la aurora. Si fuera de día, yo sería el primero en desear que apareciese la estrella de la tarde, para acostarme con el pasante del letrado. Lo juro por mi honor: mientras viva, no perderé el anillo de Nerissa.

MACBETH

G. SHAKESPEARE

PERSONAJES

El rey de Escocia, DUNCAN.

Sus hijos: MALCOLM y DONALBAIN

Lady MACBETH

MACBETH

BANQUO

MACDUFF

LÉNNOX señores escoceses

ROSS

ANGUS

MENTEITH

CAITHNESS

Lady MACDUFF

FLEANCIO, hijo de Banquo

SUARDO, señor de Northumberland

Su hijo SETON, oficial de Macbeth

Un niño hijo de Macduff

Un doctor inglés

Otro escocés

Un sargento

Un viejo

Un portero

Una dama de lady Macbeth

Nobles, guerreros, asesinos, criados, espías, etc.

Hécate

Tres brujas

Varios fantasmas

MACBETH

ACTO I
ESCENA PRIMERA

Tarde tempestuosa

TRES BRUJAS

BRUJA 1.ª

¿Cuándo volvemos a juntarnos, cuando relampaguee, cuando truene o cuando llueva?

BRUJA 2.ª

Cuando acabe el estruendo de la batalla, y unos la pierdan y otros la ganen.

BRUJA 3.ª

Entonces será antes de ponerse el sol.

BRUJA 1.ª

¿Dónde hemos de encontrarnos?

BRUJA 2.ª

En el yermo.

BRUJA 3.ª

Allí toparemos con Macbeth.

BRUJA 1.ª

Me llama Morrongo.

BRUJA 2.ª

Y a mí el Sapo.

LAS TRES JUNTAS

El mal es bien, y el bien es mal: cortemos los aires y la niebla.

ESCENA II

Campamento

DUNCAN, MALCOLM, UN ESCUDERO, UN SARGENTO, LÉ-
NNOX Y ROSS

DUNCAN

¿Quién es aquel herido? Quizá nos traiga nuevas del campamento.

MALCOLM

Es el escudero que puso en peligro su vida por salvar la mía. ¡Buenas tardes, amigo! Cuenta tú al Rey el estado del combate.

ESCUADERO

Sigue indeciso, semejante a una lucha entre dos nadadores que quieren mutuamente sofocarse. Con el traidor Macdonwald, en quien se juntan todas las infamias, van unidos muchos caballeros y gente plebeya de las islas de Occidente. La fortuna, como ramera, les otorga sus favores, pero en vano, porque el fuerte Macbeth, hijo predilecto de la victoria, penetra entre las filas hasta encontrarle, y le taja la cabeza, y la clava sobre nuestras empalizadas.

DUNCAN

¡Bravo caballero, ornamento de mi linaje!

ESCUADERO

Así como el sol de la mañana produce a veces tempestad y torbellinos, así de esta victoria resultaron nuevos peligros. Óyeme, Rey. Cuando el valor, brazo de la justicia, había logrado ahuyentar a aquella muchedumbre allegadiza, he aquí que se rehace el de Noruega, y arroja nuevos campeones a la lid.

SARGENTO

¡Desalentarse! ¡Bueno es eso! Como el águila viendo gorriones, o el león liebres. Son cañones de doble carga. Con tal ímpetu menudearon sus golpes sobre los contrarios, que pensé que querían reproducir el sacrificio del Calvario. Pero estoy perdiendo sangre, y necesito curar mis heridas.

DUNCAN

Tan nobles son como tus palabras. Buscad un cirujano. ¿Pero quién viene?

MALEOLM

MACBETH

El señor de Ross.

LENNOX

Grande es la ansiedad que su rostro manifiesta. Debe ser portador de grandes nuevas.

(Entra Ross)

ROSS

¡Salud al Rey!

DUNCAN

¿De dónde vienes, noble señor?

ROSS

Poderoso monarca, vengo de Fife, donde el aire agita en mengua nuestra los estandartes noruegos. Su Rey, con lucida hueste y con ayuda del traidor señor de Cádor, renovó la lucha, pero el terrible esposo de Belona, cubierto de espesa malla, les resistió brazo a brazo, y hierro a hierro, y logré domeñar su altivez y postrarla por tierra. Al fin, logramos la victoria.

DUNCAN

¡Felicidad suprema!

ROSS

El rey Suenon de Noruega quería capitular, pero no le permitimos ni aun enterrar sus muertos, sin que pagara antes en la isla de Colme la contribución de guerra.

DUNCAN

Nunca volverá el de Cádor a poner en peligro la seguridad de mis Estados. Manda tú poner a precio su cabeza, y saluda a Macbeth con el título que el otro tenía.

ROSS

Cumpliré tu voluntad.

DUNCAN

Macbeth goce desde hoy lo que Cádor perdió.

ESCENA III

Un páramo

TRES BRUJAS, MACBETH Y BANQUO

BRUJA 1.ª

¿Qué has hecho, hermana?

BRUJA 2.ª

Matar puercos.

BRUJA 3ª

¿Dónde has estado, hermana?

BRUJA 1.ª

La mujer del marinero tenía castañas en su falda, y estaba mordiéndolas. Yo le dije: «Dame alguna», y la asquerosa, harta de bazofia, me contestó: «Vade retro, condenada bruja». Su marido se fue a Alepo, mandando el Tigre. Yo, como rata sin cola, navegaré en una tela de cedazo, donde cabe bien mi cuerpo. Así lo haré, así lo haré.

BRUJA 2ª

Yo te ayudaré con un viento desfavorable.

BRUJA 1.ª

Gracias.

BRUJA 3.ª

Yo con otro.

BRUJA 1.ª

De los demás yo soy señora. ¿Qué puerta quedará segura, cuando de todos los puntos de la rosa soplen los vientos? Ni una vez podrá conciliar el sueño. Su vida será la del precito, y las tormentas agitarán sin cesar su nave. ¡Ved!

BRUJA 2.ª

¿Qué es eso?

BRUJA 3.ª

El dedo de un marinero, que se ahogó al volver de su viaje.

BRUJA 3.ª

¡Tambor, tambor! Ya llega Macbeth.

Juntemos las manos, hagamos una rueda, como hermanas enviadas del cielo y de la tierra. Tres vueltas por ti, tres por ti, tres por mi: son nueve,

MACBETH

cuenta justa. ¡Silencio! Ya ha llegado el término del conjuro.

(Llega. Macbeth y Banguo)

MACBETH

¡Día de sangre, pero hermoso más que cuantos he visto!

BANQUO

¿Está lejos el castillo de Forres? ¿Quiénes serán aquellas mujeres arrugadas y de tan extraño aspecto? No parecen seres humanos. ¿Sois vivientes? ¿Puedo haceros una pregunta? Debéis de entenderme, porque las tres, al mismo tiempo, ponéis en los labios vuestros dedos, que semejan los de un cadáver. No me atrevo a llamaros mujeres, por las barbas.

MACBETH

Si tenéis lengua, decidnos quiénes sois.

BRUJA 1.ª

¡Salud, Macbeth, señor de Glamis!

BRUJA 2.ª

¡Salud, Macbeth, señor de Cádor!

BRUJA 3.ª

¡Salud, Macbeth, tú serás rey!

BANQUO

¿De qué nace ese terror, amigo Macbeth? ¿Por qué te asustan tan gratas nuevas? Decidme: ¿sois fantasmas o seres reales? Habéis saludado a mi amigo con títulos de gloria y anuncio de grandezas futuras y pampas reales. Decidme algo a mí, si es que sabéis qué granos han de germinar o morir en la serie de los tiempos. No temo de vosotras ni odio ni favor.

BRUJAS

¡Salud!

BRUJA 1.ª

Serás más grande que Macbeth y menos.

BRUJA 2.ª

Más feliz y menos feliz.

BRUJA 3.ª

No rey, pero padre de reyes. ¡Salud, Macbeth y Banquo!

¡Salud!

MACBETH

No os vayáis, oscuras mensajeras. Ya sé que soy señor de Glamis por muerte de Sinel, pero ¿cómo he de serlo de Cádor, si el señor vive próspera y felizmente? Tan absurdo es llamarme señor de Cádor como rey. ¿Quién

os dio esas noticias? ¿Por qué me habéis venido a sorprender en este desierto con tales presagios?

BANQUO

Son sin duda espíritus vaporosos que engendra la tierra, como los produce también el agua. ¿Por dónde habrán desaparecido?

MACBETH

Los cuerpos se han disuelto en el aire, como se pierde en el aire la respiración. ¡Ojalá se hubieran quedado!

BANQUO

¿Será verdad lo que hemos visto? ¿O habremos probado alguna yerba de las que trastornan el juicio?

MACBETH

Tus hijos han de ser reyes.

BANQUO

Lo serás tú mismo.

MACBETH

¡Y también señor de Cádor! ¿No lo dijeron así?

BANQUO

¿Quién llega?

ROSS

Macbeth, el Rey ha oído tus hazañas. Incierto entre la admiración y el aplauso, no sabe cómo elogiarte, por el valor con que has lidiado contra los noruegos, sin percartarte tú mismo del estrago que en ellos hacías. Van llegando tan densos como el granizo los mensajeros de la victoria, y todos se hacen lenguas de tu heroísmo.

ANGUS

El Rey nos envía a darte las gracias y a llevarte a su presencia.

ROSS

Él me encarga que te salude con el título de señor de Cádor.

BANQUO

¡Conque también el diablo dice verdad!

Si vive el de Cádor ¿por qué me atavían con ropas ajenas?

ANGUS

Vive el que llevaba ese título, pero debe perder la vida, y se ha fulminado contra él dura sentencia. No afirmo que se uniera con los noruegos contra su patria, pero está convicto y confeso de traidor.

MACBETH

MACBETH

(Aparte). ¡Ya soy señor de Glamis, y señor de Cádor! Falta lo demás. (A Ross y Angus). Gracias. (A Banquo). ¿Crees que tus hijos serán reyes, conforme a la promesa de los que me han hecho señor de Cádor?

BANQUO

Esa promesa quizá te haga ambicionar el solio. Pero mira que a veces el demonio nos engaña con la verdad, y nos trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes. Oídme dos palabras, amigos míos.

MACBETH

¡Con dos verdades se abre la escena de este drama, que ha de terminar con una corona regia! ¿Es un bien o un mal este pensamiento? Si es un mal, ¿por qué empieza a cumplirse, y soy ya señor de Cádor? Si es un bien, ¿por qué me aterran horribles imágenes, y palpita mi corazón de un modo inusitado? El pensamiento del homicidio, más horroroso que la realidad misma, comienza a dominarme y a oscurecer mi albedrío. Sólo tiene vida en mí lo que aún no existe.

BANQUO

¡Qué absorto y embebecido está nuestro compañero!

MACBETH

Si los hades quieren hacerme rey, lo harán sin que yo busque la corona.

BANQUO

¡El nuevo honor le viene como vestido nuevo: no se le ajusta bien, por falta de costumbre!

MACBETH

Corra el tiempo, y suceda lo que quiera.

BANQUO

A tus órdenes, generoso Macbeth.

MACBETH

Perdón, amigos. Estaba distraído con antiguas memorias. Agradezco y recordaré siempre vuestros favores. Cabalguemos a ver al Rey. (A Banquo). Medita tú lo que nos ha sucedido. Luego hablaremos con toda libertad.

BANQUO

Así lo deseo.

Hasta después. Ni una palabra más. Vamos, caballeros.

ESCENA IV

Habitación de palacio

DUNCAN, MALCOLM, BANQUO Y MACBETH

DUNCAN

¿Está ajusticiado Cáudor? ¿Han vuelto ya los que fueron a su castillo?

MALCOLM

No han vuelto todavía, pero he hablado con uno que le vio morir, y dice que se arrepintió de sus pecados y pidió vuestro perdón. La muerte ha sido lo mejor de su vida. Murió como si en vida hubiese aprendido a renunciar y tener por cosa vana lo que antes juzgaba de mayor aprecio.

DUNCAN

¿Quién adivina el alma por el semblante? ¿Quién me hubiera dicho que ese caballero no era el más fiel de todos los míos? (A Macbeth que entra). Primo mío, ya me sentía yo pesaroso de mi ingratitud. Pero estabas tan lejos, que ni siquiera las alas del premio podían alcanzarte. Ojalá hubieras hecho menos, porque entonces serían menos inferiores a tus méritos mis galardones y mercedes. Larga deuda, que nunca podré pagar, tengo contigo.

MACBETH

Bastante pago de mi lealtad es ella misma. Mis servicios son como hijos y criados del trono: hacen lo que deben, y nada más.

DUNCAN

Eres planta que arraiga en mi corazón. Yo la haré crecer. ¡Ilustre Banquo! No son menores tus méritos. Así lo reconozco, y te estrecho contra mi corazón.

BANQUO

En él germine, que para vos será la cosecha.

DUNCAN

¡Hijos, parientes, caballeros, sabed que nombro heredero de mis Estados a mi hijo Malcolm, que desde hoy se llamará príncipe de Cumberland! Pero este honor no puede venir solo, y para celebrarle haré que caigan, como estrellas, títulos de nobleza sobre todos los que los merezcan. Ahora vamos a Inverness, que los negocios apremian.

MACBETH

MACBETH

¿Cuándo descansaréis? Quiero adelantarme en el camino y alegrar los oídos de mi mujer con tan grata nueva. Permitídmelo.

DUNCAN

¡Noble señor de Cádor!

(Aparte). ¡Príncipe heredero Malcolm! Obstáculo nuevo en mi camino. He de saltar por él o rendirme. No brilléis, estrellas: no aclare vuestra luz el negro deseo que abriga mi corazón. Ojos míos, la mano hará lo que vosotros no queréis ver. Entre tanto, miradla de soslayo.

DUNCAN

¿Verdad, Banquo, que Macbeth es un egregio vasallo? No hay para mi banquete tan grato como el oír de boca de las gentes sus alabanzas. Sigámosle, ya que quiere festejarnos. Es el mejor de mis parientes.

ESCENA V

Habitación en el castillo de Macbeth, en Inverness

LADY MACBETH, UN CRIADO Y MACBETH

LADY MACBETH

(Leyendo una carta de su marido). «Las brujas me salieron al encuentro el día de la victoria. Su ciencia es superior a la de los mortales. Quise preguntarlas más, pero se deshicieron en niebla. Aún no había salido yo de mi asombro, cuando llegan nuncios del Rey saludándome como a señor de Glamis y de Cádor, lo mismo que las hechiceras, pero éstas dijeron además: «Salve, Macbeth: tu serás rey». He querido, esposa amada, confiarte este secreto, para que no dejes por ignorancia, ni un solo momento, de gozar la dicha que nos está profetizada. Piénsalo bien. Adiós». ¡Ya eres señor de Glamis y de Cádor! Lo demás se cumplirá también, pero desconfío de tu carácter criado con la leche de la clemencia. No sabes ir por atajos sino por el camino recto. Tienes ambición de gloria, pero temes el mal. Quisieras conseguir por medios lícitos un fin injusto, y coger el fruto de la traición sin ser traidor. Te espanta lo que vas a hacer, pero después de hecho, no quisieras que se deshiciese. ¡Ven pronto! Infundiré mi alma en tus oídos, y mi lengua será azote que espanto y disipe las nieblas que te impiden llegar a esa corona, que el hado y el influjo de las estrellas aparezcan para tus sienas.

UN CRIADO

Esta noche llega el Rey.

LADY MACBETH

¿Estás en ti? ¿No ves que tu señor no está en el castillo, ni nos ha avisado?

UN CRIADO

También él se acerca. Un compañero mío vino casi sin aliento a traer la noticia.

LADY MACBETH

Cuidad bien al mensajero. Es portador de grandes nuevas. (Aparte). El cuervo se enronquece de tanto graznar, anunciando que el rey Duncan llega al castillo. ¡Espíritus agitadores del pensamiento, despojadme de mi sexo, haced más espesa mi sangre, henchidme de crueldad de pies a cabeza,

MACBETH

ahogad los remordimientos, y ni la compasión ni el escrúpulo sean parte a detenerme ni a colocarse entre el propósito y el golpe! ¡Espíritus del mal, inspiradores de todo crimen, incorpóreos, invisibles, convertid en hiel la leche de mis pechos! Baja, hórrida noche: tiende tu manto, roba al infierno sus densas humaredas, para que no vea mi puñal el golpe que va a dar, ni el cielo pueda apartar el velo de la niebla, y contemplarme y decirme a voces: «Detente». (Llega Macbeth). ¡Noble señor de Glamis y de Cádor, aún más ilustre que uno y otro por la profética salutación de las hechiceras! tu carta me ha hecho salir de lo presente, y columbrar lo futuro, y extasiarme con él.

LADY MACBETH

¿Y cuándo se va?

MACBETH

Dice que mañana.

LADY MACBETH

¡Nunca verá el sol de mañana! En tu rostro, esposo mío, leo como en un libro abierto lo que esta noche va a pasar. Disimula prudente; oculte tu semblante lo que tu alma medita. Den tu lengua, tus manos y tus ojos la bienvenida al rey Duncan; debes esconder el áspid entre las flores. Yo me encargo de lo demás. El trono es nuestro.

MACBETH

Ya hablaremos despacio.

LADY MACBETH

Muéstrate alegre.

ESCENA VI

Entrada del castillo de Macbeth. Sus criados alumbran con antorchas

DUNCAN, BANQUO Y LADY MACBETH

DUNCAN

¡Qué hermosamente situado está el castillo! ¡Cómo alegra los sentidos esta apacible brisa de la tarde!

BANQUO

La golondrina, eterna huésped del verano, moradora de las iglesias, pone en la arquitectura de sus nidos un vago recuerdo del cielo. De todo pilar, alero o ángulo suspende su prolífico lecho, y donde ellas anidan, parece que vive la alegría.

DUNCAN

¡Ved! ¡Ya sale la noble castellana! (A Macbeth). Muchas veces tenemos por amor lo que es verdadera desgracia. Pedid a Dios que os premie vuestro trabajo, y haga recaer en mí vuestros favores.

LADY MACBETH

Todo nuestro obsequio es poco para pagar tan altos beneficios y mercedes, y sobre todo la de haber honrado con vuestra presencia esta casa. Pedimos a Dios, en agradecimiento, todo género de favores presentes y futuros para vos.

DUNCAN

¿Dónde está Macbeth? Corrimos tras él para anticiparnos, pero la veloz carrera de su caballo y su amor, todavía más poderoso que su corcel, le dieron la ventaja, y llegó mucho antes que nosotros. Hermosa castellana, por esta noche reclamamos vuestra hospitalidad.

Criados vuestros somos: cuanto tenemos os pertenece.

DUNCAN

Dadme la mano, y guíadme a donde esté mi huésped, objeto perenne de mi gracia.

MACBETH

ESCENA VII

Galería en el castillo de Macbeth

MACBETH Y LADY MACBETH

MACBETH

¡Si bastara hacerlo... pronto quedaba terminado! ¡Si con dar el golpe, se atajaran las consecuencias, y el éxito fuera seguro... yo me lanzaría de cabeza desde el escollo de la duda al mar de una existencia nueva! ¿Pero cómo hacer callar a la razón que incesante nos recuerda sus máximas importunas, máximas que en la infancia aprendió y que luego son tortura del maestro? La implacable justicia nos hace apurar hasta las heces la copa de nuestro propio veneno. Yo debo doble fidelidad al rey Duncan. Primero, por pariente y vasallo. Segundo, porque le doy hospitalidad en mi castillo, y estoy obligado a defenderle de extraños enemigos, en vez de empuñar yo el hierro homicida. Además, es tan buen rey, tan justo y clemente, que los ángeles de su guarda irán pregonando eterna maldición contra su asesino. La compasión, niño recién nacido, querubín desnudo, irá cabalgando en las invisibles alas del viento, para anunciar el crimen a los hombres, y el llanto y agudo clamor de los pueblos sobrepujará a la voz de los roncospedrales. La ambición me impele a escalar la cima, ¿pero rodaré por la pendiente opuesta? (A Lady Macbeth). ¿Qué sucede?

LADY MACBETH

La cena está acabada. ¿Por qué te retiraste tan pronto de la sala del banquete?

MACBETH

¿Me has llamado?

LADY MACBETH

¿No lo sabes?

MACBETH

Tenemos que renunciar a ese horrible propósito. Las mercedes del Rey han llovido sobre mí. Las gentes me aclaman honrado y vencedor. Hoy he visto los arreos de la gloria, y no debo mancharlos tan pronto.

LADY MACBETH

¿Qué ha sido de la esperanza que te alentaba? ¿Por ventura ha caído en embriaguez o en sueño? ¿O está despierta, y mira con estúpidos y pasma-

dos ojos lo que antes contemplaba con tanta arrogancia? ¿Es ese el amor que me mostrabas? ¿No quieres que tus obras iguallen a tus pensamientos y deseos? ¿Pasarás por cobarde a tus propios ojos, diciendo primero: «lo haría» y luego «me falta valor»? Acuérdate de la fábula del gato.

MACBETH

¡Calla, por el infierno! Me atrevo a hacer lo que cualquiera otro hombre haría, pero esto no es humano.

LADY MACBETH

¿Pues es alguna fiera la que te lo propuso? ¿No eras hombre, cuando te atrevías, y buscabas tiempo y lugar oportunos? ¡Y ahora que ellos mismos se te presentan, tiemblos y desfalleces! Yo he dado de mamar a mis hijos, y se cómo se les ama; pues bien, si yo faltara a un juramento como tú has faltado, arrancarí el pecho de las encías de mi hijo cuando mis risueño me mirara, y le estrellaría los sesos contra la tierra.

MACBETH

¿Y si se frustra nuestro plan?

LADY MACBETH

¡Imposible, si aprietas los tornillos de tu valor! Duncan viene cansado del largo viaje, y se dormirá: yo embriagaré a sus dos servidores, de modo que se anuble en ellos la memoria y se reduzca a humo el juicio. Quedarán en sueño tan profundo como si fuesen cadáveres. ¿Quién nos impide dar muerte a Duncan, y atribuir el crimen a sus embriagados compañeros?

MACBETH

Tú no debías concebir ni dar a luz más que varones. Mancharemos de sangre a los dos guardas ebrios, y asesinaremos a Duncan con sus puñales.

LADY MACBETH

¿Y quién no creerá que ellos fueron los matadores, cuando oiga nuestras lamentaciones y clamoreo después de su muerte?

MACBETH

Estoy resuelto. Todas mis facultades se concentran en este solo objeto. Oculte, con traidora máscara, nuestro semblante lo que maquina el alma.

MACBETH

ACTO II
ESCENA PRIMERA

Patio en el castillo de Macbeth

BANQUO, FLEANCIO Y MACBETH

BANQUO

Hijo, ¿qué hora es?

FLEANCIO

No he oído el reloj, pero la luna va descendiendo.

BANQUO

Será media noche.

FLEANCIO

Quizá más tarde.

Toma la espada. El cielo ha apagado sus candiles, sin duda por economía. Me rinde el sueño con mano de plomo, pero no quiero dormir. ¡Dios mío! contén la ira que viene a perturbarme en medio del reposo. Dame la espada. ¿Quién es?

MACBETH

Un amigo tuyo.

BANQUO

¿Todavía estás en pie? El Rey se ha acostado más alegre que nunca, y ponderando mucho tu hospitalidad. Manda un diamante para tu mujer, a quien llama su linda huésped.

MACBETH

Por imprudencia quizás haya caído mi voluntad en faltas que, a disponer de su libre albedrío, hubiera evitado.

BANQUO

No sé que hayas cometido ninguna falta. Ayer soñé con las brujas. Por cierto que contigo han andado verídicas.

MACBETH

No me cuido de eso. Ya hablaremos otra vez con más espacio, si eso te complace.

BANQUO

Cuando quieras.

MACBETH

G. SHAKESPEARE

Si te guías por mi consejo, ganarás honra y favor.

BANQUO

Siempre que sea sin menoscabo de la lealtad que reina en mi pecho.

MACBETH

Vete a descansar.

BANQUO

Gracias.

(Vase con su hijo)

MACBETH

(A su criado). Di a la señora que me llame cuando tenga preparada mi copa. Tú, acuéstate. ¡Me parece estar viendo el puño de una daga vuelta hacia mí! ¡Ven a mis manos, puñal que toco aunque no veo! ¿O eres acaso sueño de mi delirante fantasía? Me pareces tan real como el que en mi mano resplandece. Tú me enseñas el arma y el camino. La cuchilla y el mango respiran ya sangre. ¡Vana ilusión! Es el crimen mismo el que me habla así. La Naturaleza reposa en nuestro hemisferio. Negros ensueños agitan al que ciñe real corona. Las brujas en su nefando sábado festejan a la pálida Hécate, y el escuálido homicidio, temeroso de los aullidos del lobo centinela suyo, camina con silencioso pie, como iba Tarquino a la mansión de la casta Lucrecia. ¡Tierra, no sientas el ruido de mis pies, no le adivines! ¡No pregonen tus piedras mi crimen! ¡Da tregua a los terrores de estas horas nocturnas! Pero, ¿a qué es detenerme en vanas palabras que hielan la acción? (Oyese una campana). ¡Ha llegado la hora! ¡Duncan, no oigas el tañido de esa campana, que me invita al crimen, y que te abre las puertas del cielo o del infierno!

MACBETH

ESCENA II

LADY MACBETH Y MACBETH

LADY MACBETH

La embriaguez en que han caído me da alientos. ¡Silencio! Es el chillido del búho, severo centinela de la noche. Abiertas están las puertas. La pócima que administré a los guardas los tiene entre la vida y la muerte.

MACBETH

(Dentro). ¿Quién es?

LADY MACBETH

Temo que se despierten, antes que esté consumado el crimen, y sea peor el amago que el golpe... Yo misma afilé los puñales... Si su sueño no se hubiera parecido al de mi padre, yo misma le hubiera dado muerte. Pero aquí está mi marido...

MACBETH

Ya está cumplido. ¿Has sentido algún rumor?

LADY MACBETH

No más que el canto del grillo y el chillido del búho. ¿Hablaste algo?

MACBETH

¿Cuándo?

LADY MACBETH

Ahora.

MACBETH

¿Cuando bajé?

LADY MACBETH

Sí.

MACBETH

¿Quién está en el segundo aposento?

LADY MACBETH

Donalbain.

¡Qué horror!

LADY MACBETH

¡Qué necesidad! ¿Por qué te parece horrible?

MACBETH

El uno se sonreía en sueños, el otro se despertó y me llamó: ¡asesino! Los miré fijo y con estupor; después rezaron y se quedaron dormidos.

LADY MACBETH

Como una piedra.

MACBETH

El uno dijo: «Dios nos bendiga», y el otro: «Amén». Yo no pude repetirlo.

LADY MACBETH

Calma ese terror.

MACBETH

¿Por qué no pude responder «Amén»? Yo necesitaba bendición, pero la lengua se me pegó al paladar.

LADY MACBETH

Si das en esas cavilaciones, perderás el juicio.

MACBETH

Creí escuchar una voz que me decía: «Macbeth, tú no puedes dormir, porque has asesinado al sueño». ¡Perder el sueño, que desteje la intrincada trama del dolor, el sueño, descanso de toda fatiga: alimento el más dulce que se sirve a la mesa de la vida!

LADY MACBETH

¿Por qué esa agitación?

MACBETH

Aquella voz me decía alto, muy alto: «Glamis ha matado al sueño; por eso no dormiré Cádor, ni tampoco Macbeth».

LADY MACBETH

¿Pero qué voz era esa? ¡Esposo mío! no te domine así el torpe miedo, ni ofusque el brillo de tu razón. Lava en el agua la mancha de sangre de tus manos. ¿Por qué quitas de su lugar las dagas? Bien están ahí. Vete y ensucia con sangre los centinelas.

MACBETH

No me atrevo a volver ni a contemplar lo que hice.

¡Cobarde! Dame esas dagas. Están como muertos. Parecen estatuas. Eres como el niño a quien asusta la figura del diablo. Yo mancharé de sangre la cara de esos guardas.

(Suenan golpes)

MACBETH

MACBETH

¿Quién va? El más leve rumor me horroriza. ¿Qué manos son las que se levantan, para arrancar mis ojos de sus órbitas? No bastaría todo el Océano para lavar la sangre de mis dedos. Ellos bastarían para enrojecerle y mancharle.

LADY MACBETH

También mis manos están rojas, pero mi alma no desfallece como la tuya. Llaman a la puerta del Mediodía. Lavémonos, para evitar toda sospecha. Tu valor se ha agotado en el primer ímpetu. Oye... Siguen llamando... Ponte el traje de noche. No vean que estamos en vela. No te pierdas en vanas meditaciones.

MACBETH

¡Oh, si la memoria y el pensamiento se extinguiesen en mí, para no recordar lo que hice!

(Siguen los golpes)

ESCENA III

EL PORTERO

¡Qué estrépito! Ni que fuera uno portero del infierno. ¿Quién será ese maldito? Algún labrador que se habrá ahorcado descontento de la mala cosecha... Y sigue alborotando... Será algún testigo falso, pronto a jurar en cualquiera de los platillos de la balanza. ¡Entra, malvado! ¡Y sigue dando! Será algún sastre inglés que ha sisado tela de unos calzones franceses. ¡Qué frío hace aquí aunque estamos en el infierno! Ya se acabó mi papel de diablo. A otra gente más lucida pensé abrir. No os olvidáis del portero.

MACBETH

ESCENA IV

MACDUFF, UN PORTERO, LÉNNOX Y MACBETH

MACDUFF

¿Cómo te levantas tan tarde? ¿Te acostaste tarde por ventura?

PORTERO

Duró la fiesta hasta que cantó por segunda vez el gallo.

MACDUFF

¿Se ha levantado tu señor?... Pero aquí viene. Sin duda le despertamos con los golpes.

LÉNNOX

(A Macbeth). ¡Buenos días! Macbeth

MACDUFF

¿Está despierto el Rey?

MACBETH

Todavía no.

MACDUFF

Me dijo que le llamara a esta hora.

MACBETH

Os quiero guiar a su habitación.

MACDUFF

Molestia inútil, por más que os agrade.

MACBETH

Esta es su puerta.

MACDUFF

Mi deber es entrar. (Vase)

LÉNNOX

¿Se va hoy el Rey?

MACBETH

Así lo tiene pensado.

LÉNNOX

¡Mala noche! El viento ha echado abajo nuestra chimenea, se han oído extrañas voces, gritos de agonía, cantos proféticos de muerte y destrucción. Las aves nocturnas no han cesado de graznar. Hay quien dice que la tierra misma se estremecía.

MACBETH

Tremenda ha sido, en verdad, la noche.

LÉNNOX

No recuerdo otra semejante. Verdad que soy joven.

MACDUFF MACBETH Y LÉNNOX

¿Qué?

MACDUFF

Una traición horrible. Un sacrilegio... El temple de la vida del Rey ha sido profanado.

MACBETH

¿Su vida?

LÉNNOX

¿La del Rey?

MACDUFF

Entrad en la alcoba, y lo veréis, si es que no ciegan vuestros ojos de espanto. No puedo hablar. Vedlo vosotros mismos... ¡A las armas! ¡Traición, malvados! ¡Donalbain, Banquo, Malcolm, alerta! ¡Lejos de vosotros ese sueño tan pesado como la muerte! Ved la muerte misma... Pronto... ¡Banquo, Malcolm! Dejad el lecho, venid, animados fantasmas, a contemplar esta escena de duelo.

LADY MACBETH

¿Qué es eso? ¿Por qué despertáis con tales gritos a la gente de la casa que aún duerme?

MACDUFF

En vuestros oídos, hermosa dama, no deben sonar otra vez nuestros lamentos. No es tanto horror para oídos de mujer. (Entra Banquo). ¡Banquo, Banquo! Nuestro Rey ha sido asesinado.

LADY MACBETH

¡Dios mío, y en mi casa!

BANQUO

Aquí y en todas sería horrible. Dime que no es verdad. Dímelo por Dios.

MACBETH

¡Ojalá hubiera muerto yo pocas horas antes! Mi vida hubiera sido del todo feliz. Ya han muerto para mí la gloria y la esperanza. He agotado el vino de la existencia, y sólo me que dan las heces en el vaso.

DONALBAIN

¿Qué es esto?

MACBETH

MACBETH

¿Y tú me lo preguntas? Se ha secado la fuente de la vida. Tu padre ha sido muerto.

MALCOLM LÉNNOX

Sin duda sus guardias, porque tienen manchadas de sangre las manos y la cara, y los ensangrentados puñales junto al lecho. En sus miradas se retrataba el delirio.

MACBETH

¡Cuánto siento que mi furor me llevara a darles instantánea muerte!

MACDUFF

¿Por qué lo hiciste?

MACBETH

¿Y quién se contiene en tal arrebato? ¿Cuándo se unió el furor con la prudencia, la lealtad con el sosiego? Mi amor al Rey venció a mi tranquila razón. Yo veía a Duncan teñido en su propia sangre, y cerca de él a los asesinos con el color de su oficio; veía sus puñales manchados también... ¿Quién podía dudar? ¿Quién que amase al Rey, hubiera podido de tener sus iras?

LADY MACBETH

Llebadme lejos de aquí.

MALCOLM

¿Y callamos! aunque no pocos pueden achacarnos el crimen.

DONALBAIN

Más vale callarnos y atajar nuestras lágrimas. Vamos.

MALCOLM

Disimulemos nuestra pena.

BANQUO

Cuidad a la señora. Después que nos vistamos, hemos de examinar más despacio este horrible suceso. En la mano de Dios están mis actos. Desde allí desafío toda sospecha traidora. Juro que soy inocente.

MACDUFF

Y yo también.

TODOS

Y todos.

MACBETH

Juntémonos luego en el estrado.

Así lo haremos.

G. SHAKESPEARE

MALCOLM

¿Qué haces? Nada de tratos con ellos. Al traidor le es fácil simular la pena que no siente. Iré a Inglaterra.

DONALBAIN

Y yo a Irlanda. Separados estamos más seguros. Aquí las sonrisas son puñales, y derraman sangre los que por la sangre están unidos.

MALCOLM

La bala de su venganza no ha estallado todavía. Nos conviene esquivarla. A caballo, y partamos sin despedirnos. Harta razón tenemos para escondernos.

MACBETH

ESCENA V

Exterior del Castillo

UN VIEJO, ROSS Y MACDUFF

UN VIEJO

En mis setenta años he visto cosas peregrinas y horrendas, pero nunca como esta noche.

ROSS

¡Venerable anciano! ¡Con qué cólera mira el cielo la trágica escena de los hombres! Ya ha amanecido, pero todavía la noche se resiste a abandonar su dominio. Quizá se avergüenza el día, y no se atreve a derramar su pura lumbre.

EL VIEJO

No es natural nada de lo que sucede. El martes un generoso halcón cayó en las garras de una lechuza.

ROSS

Los caballos de Duncan, los mejores de su casta, han quebrantado sus establos, y vueltos al estado salvaje, son terror de los palafreneros.

EL VIEJO

Ellos mismos se están devorando.

ROSS

Así es, ¡Qué horror miran mis ojos!... Pero aquí se acerca el buen Macduff. ¿Cómo están las cosas, amigo?

MACDUFF

Ya lo veis.

ROSS MACDUFF

Los que mató Macbeth.

ROSS

¿Y qué interés tenían?

MACDUFF

Eran pagados por los dos hijos del Rey difunto.

ROSS

¡Horror contra naturaleza! ¡La ambición se devora a sí misma! Y Macbeth sucederá en el trono.

MACDUFF

G. SHAKESPEARE

Ya le han elegido rey, y va a coronarse a Esconia.

ROSS

¿Y el cuerpo del rey Duncan?

MACDUFF

Lo llevan a enterrar a la montaña de San Colme, sepulcro de sus mayores.

ROSS

¿Te vas a Esconia, primo?

MACDUFF

A Fife.

ROSS

Yo a Esconia.

MACDUFF

Felicidad en todo. Adiós. Gusto más de la ropa nueva, que de la antigua.

ROSS

Adiós, buen viaje.

EL VIEJO

Quien saque como vosotros bien del mal, y haga amigo al enemigo, llevará la bendición de Dios.

MACBETH

ACTO III
ESCENA I

Palacio de Forres

BANQUO, MACBETH, UN CRIADO Y DOS SICARIOS

BANQUO (solo)

Ya eres rey, Macbeth, y señor de Glamis y de Cádor. Está cumplido en todas sus partes el vaticinio de las hechiceras, pero ¿quién sabe si la traición te habrá allanado el camino? Ni ha de quedar el cetro en tu linaje Si es verdad lo que nos dijeron, reyes han de ser mis hijos. ¿Por qué los oráculos que fueron veraces contigo no han de ser también propicios a mi ambición? Pero disimulemos.

MACBETH

Ya tenemos aquí a nuestro principal convidado.

LADY MACBETH

Grande hubiera sido su falta en el banquete.

MACBETH

Te convido a un gran festín que he de dar esta noche.

BANQUO

Vuestra Majestad puede mandarme, en vez de convidarme. Mi voluntad está indisolublemente unida a la vuestra.

MACBETH

¿Sales a caballo esta tarde?

BANQUO

Sí.

MACBETH

Si no, podrías ayudarme con tu consejo en la junta de esta tarde. Mañana será. ¿Vas lejos?

BANQUO

Pasearé hasta la hora de cenar. Si mi caballo no aprieta el peso, pediré prestadas a la noche una o dos horas.

MACBETH

No faltes.

BANQUO

No faltaré.

MACBETH

Tengo nuevas de que mis revoltosos deudos están refugiados en Inglaterra y en Irlanda. No confiesan su parricidio, y

BANQUO

Sí, y vendrá pronto, porque ya es hora.

MACBETH

Dios guíe con bien vuestros caballos y os vuelva pronto. Hasta la noche. (Vase Banquo). Vosotros haced lo que queráis hasta las siete. Vuestra compañía me será más grata a la hora de cenar, si en este momento me dejáis solo. Adiós, mis caballeros.

(Vanse todos)

MACBETH

(A un criado). ¿Me esperan ya esos hombres?

CRIADO

Están a la puerta de palacio.

MACBETH

Diles que entren. (Se va el criado). ¿De qué me sirve el poder sin la seguridad? Banquo es mi amenaza perpetua: su altiva condición me infunde miedo. Junta a su valor el ingenio y la prudencia. Me reconozco inferior a él como Marco Antonio a César. Él fue quien se atrevió a dirigir la palabra a las brujas cuando me aclamaron Rey, y a preguntarlas por su suerte futura, y ellas con fatídica voz le contestaron: «Tus hijos serán reyes». A mí me otorgan una corona estéril, un cetro irrisorio, que no pasará a mis hijos sino a los de un extraño. Yo vendré a ser el bienhechor de la familia de Banquo. Por servirla asesiné al Rey Duncan, y llené de hiel el cáliz de mi vida; y vendí al diablo el tesoro de mi alma. ¡Todo para hacer reyes a los hijos de Banquo! ¡Fatal destino mío, sálvame: lidia por mí esta batalla! ¿Quién es? (Entran los sicarios). (Al criado). Espera a la puerta hasta que llame. (Vase el criado). (A los sicarios). Ya oísteis ayer lo que deseo.

SICARIO 1. °

Sí, rey.

MACBETH

¿Habéis pensado bien lo que os dije? Él y no yo ha sido hasta ahora la causa de vuestros males. Ya os expliqué cómo se había burlado de vosotros: quiénes le ayudaron. En suma el más necio hubiera podido decir: «Tuvo la culpa Banquo.»

SICARIO 2. °

MACBETH

Verdad es lo que dices.

MACBETH

Y añado más, y vengo al objeto de este coloquio. ¿Hasta cuándo durará vuestra paciencia? ¿Manda el Evangelio que recéis a Dios por ese hombre y por su linaje, cuando os está empobreciendo y esquilmando y os tiene casi a punto de muerte?

SICARIO 1. °

También son perros los galgos y los mastines y los lebreles, y los de aguas y los de caza, pero se distinguen unos de otros por tener más o menos valor y fortaleza, y mejor o peor olfato. La naturaleza reparte con igualdad sus dones, y por eso las diversas castas tienen nombres distintos. Lo mismo sucede con los hombres. Si no queréis ser de los últimos y más abyectos, yo os daré un consejo que os libre para siempre de esa opresión y tiranía, y os haga acreedores a mi gratitud eterna, porque no puedo vivir en paz, si él no muere.

SICARIO 1. °

Señor, yo soy un hombre de esos tan maltratados por la suerte, que me arrojaré a cualquier cosa, por vengarme del mundo.

SICARIO 2. °

Tan mala ha sido mi fortuna, que para mejorarla o acabar de una vez, arriesgaré mi vida en cualquier lance.

MACBETH

Está bien. Banquo es enemigo vuestro.

SICARIO 2. °

Verdad, señor.

MACBETH

Y mío, a tal extremo que cada minuto de su vida es un tormento para mí. Yo podría sin cargo de conciencia deshacerme de él, pero tiene amigos que también lo son míos, y no quiero perderlos. Por eso acudo a vosotros, ya que hay poderosos motivos para que el golpe sea secreto.

SICARIO 2. °

Se hará vuestra voluntad, oh Rey.

SICARIO 1. °

Aunque perezcamos en la demanda.

MACBETH

Conozco vuestro denuedo. Pronto os diré en qué sitio habéis de emboscaros, y cuándo; porque esta misma noche ha de darse el golpe. Conviene

G. SHAKESPEARE

que sea lejos de palacio, para alejar de mí toda sospecha. No dejéis indicio alguno del crimen. Le acompaña su hijo Fleancio, que me estorba tanto como su padre. Por consiguiente, matadle también. Quedaos solos. Volveré luego.

LOS DOS SICARIOS

Estamos resueltos.

MACBETH

Volveré pronto... Entrad. .. ¡Oh, Banquo! esta noche o nunca subirá tu alma a los cielos.

MACBETH

ESCENA II

LADY MACBETH, MACBETH Y UN CRIADO

LADY MACBETH

¿Esté en palacio Banquo?

CRIADO

No, señora, pero esta noche vendrá.

LADY MACBETH

Di al Rey, que quiero hablarle un momento.

CRIADO

Así lo haré...

LADY MACBETH

¿De qué nos sirve haber logrado nuestros deseos, si no alcanzamos placer ni reposo? Es preferible la paz de nuestras víctimas, al falso goce que precede del crimen. (Entra Macbeth). Esposo mío, ¿por qué te atormentan siempre tan tristes recuerdos? Olvida lo pasado.

MACBETH

Hemos herido a la serpiente, pero no la hemos matado. Volverá a acometernos, mientras estemos cerca de sus dientes. ¡Húndase la tierra, arda el universo, antes que yo coma ni duerma en medio de tales espantos nocturnos! ¡Ojalá estuviera yo con mis víctimas, más bien que entregado a la tortura de mi pensamiento! Duncan no teme ya ni el hierro matador ni el veneno, ni la discordia, ni la guerra.

LADY MACBETH

Esposo mío, alegra ese semblante, para que nuestros huéspedes no adviertan esta noche tu agitación.

MACBETH

Así lo haré, amada mía. Fíjate en Banquo: muéstrate risueña con él, en la mirada y en las palabras. Todavía no estamos seguros; es preciso lavar nuestra honra en el río de la adulación, y convertir nuestros semblantes en hipócrita más cara.

LADY MACBETH

¡Oh, baste, baste!

MACBETH

Mi alma es un nido de sierpes... ¡Todavía respiran Banquo y Fleancio!

LADY MACBETH

G. SHAKESPEARE

No son inmortales.

MACBETH

¿Qué quieres decir?

MACBETH

Vale más que lo ignores, hasta que esté cumplido, y puedas regocijarte en ello. Ven, ciega noche, véndale los ojos al clemente día. Rompa tu mano invisible y ensangrentada la atroz escritura que causa mis terrores... Va creciendo la oscuridad: retorna el cuervo a la espesura del bosque: las aves nocturnas descienden anhelosas de presa... ¡Te horrorizan mis palabras! ¿Y por qué? Sólo el crimen puede consumir lo que ha empezado el crimen. Ven conmigo.

MACBETH

ESCENA III

Bosque de la entrada del palacio

ASESINOS, BANQUO Y SU HIJO FLEANCIO

ASESINO 1. °

¿Quién te ha enviado?

ASESINO 3. °

Macbeth.

ASESINO 2. °

No debemos dudar de él, puesto que sabe nuestro fin y propósito.

ASESINO 1. °

Ya muere el sol en occidente, y el pasajero aguija su caballo para llegar a la posada. Ya está cerca el que esperamos.

ASESINO 3. °

Suenan las herraduras de sus caballos.

Banquo (Dentro). ¡Luz!

ASESINO 2. °

¡Ahí está! Le aguardan en la llanura.

ASESINO 1. °

Se llevan los caballos.

ASESINO 3. °

Él, como los demás, se encamina a pie a palacio.

¡Luz, luz!

ASESINO 3. °

¡Ahí está!

ASESINO 1. °

Aguarda.

(Entran Banquo, su hijo Fleancio, un criado con antorcha)

BANQUO

Va a llover esta noche.

ASESINO 1. °

¡Muera!

(Le hierve)

BANQUO

¡Traición! Huye, hijo, y si puedes, venga mi muerte.

G. SHAKESPEARE

(Cae)

ASESINO 3. °

¿Por qué mataste la luz?

ASESINO 1. °

¿No hice bien?

ASESINO 3. °

Ha muerto uno solo. El hijo huye.

ASESINO 2. °

Hemos perdido la mitad de la pago.

ASESINO 1. °

Vamos a dar cuenta a Macbeth.

MACBETH

ESCENA IV

Sala de palacio. Mesa preparada para un festín

MACBETH, LOS CONVIDADOS, , ASESINO 1. ° y LENNOX

LENNOX

Sentaos, según vuestra categoría y nobleza. Bienvenidos seáis todos.

LOS CONVIDADOS

Gracias.

MACBETH

Siéntese la reina en el trono, y démosle la bienvenida.

LADY MACBETH

Gracias. Dádsela a nuestros convidados. Os saludo de todo corazón, señores.

MACBETH

Con todo el alma te lo agradecen. (A Lady Macbeth). Los dos lados iguales: yo en medio. Alegraos, brindaremos juntas. (Se presenta el asesino 1. °). Traes manchada la cara de sangre.

ASESINO 1. °

Sangre de Banquo.

MACBETH

Más vale que sea la suya que la tuya. ¿Queda muerto?

ASESINO 1. °

Le degollé, señor.

MACBETH

¡Matador excelente te debo apellidar, y mas, si acabaste también con Fleancio!

ASESINO 1. °

¡Oh rey! huyó.

MACBETH

¡Y siguen mis temores! Si él hubiera muerto, yo sería feliz, duro como el mármol y las rocas, libre como el aire. Pero ahora me veo receloso, inquieto, entre dudas y temores. ¿Y Banquo murió de veras?

ASESINO 1. °

Cayó en una zanja profundísima, con veinte heridas en la cabeza, la menor de ellas mortal.

G. SHAKESPEARE

MACBETH

Gracias infinitas. Muerta está la serpiente, pero ese retoño fugitivo ha de envenenarnos con el tiempo. Todavía no ha echado dientes. Vuelve mañana. Aun tenemos que hablar.

(Se va el asesino)

LADY MACBETH

Esposo, anima con tu presencia y tus palabras la languidez del festín. Si no has de hacerlo, más valdrá comer solos. La alegría es la salsa de las cenas.

MACBETH

¡Dulce maestra mía! La buena digestión venga hoy después del apetito, y tras ellos la salud.

LÉNNOX

Tomad asiento, rey.

MACBETH

Congregada tendríamos esta noche la flor de la monarquía, si no nos faltase el ilustre Banquo. Quiero culpar su negligencia, más bien que imaginar que le haya acontecido alguna desgracia.

(El espectro de Banquo ocupa el sitio de Macbeth).

LÉNNOX

Honradnos, señor, tomando asiento.

MACBETH

¿Dónde? No le encuentro.

LÉNNOX

Aquí le tenéis, señor.

MACBETH

¿Dónde?

LENNOX

Señor, aquí. ¿Pero qué agitación es la vuestra?

MACBETH

¿Quién de vosotros ha hecho esto?

LENNOX

¿Qué, señor?

MACHETH

Yo no...yo no lo hice... no me mires agitando tu cabellera tinta en sangre.

ROSS

MACBETH

Levantaos: el rey está enfermo.

No, no, continuad sentados. Son accidentes que desde joven padece mi marido. No os levantéis. Es cosa de un momento. Veréis cuál se repone en seguida. No os fijéis en él, porque se aumentará su delirio. (Aparte a Macbeth). ¡Y dices que eres hombre!

MACBETH

Y hombre fuerte, pues que me atrevo a mirar de hito en hito lo que pondría espanto al mismo Satanás.

LADY MACBETH

¡Necedad insigne! ¡Sombras que finge el miedo! Es como aquel puñal que decías que te guiaba por el aire, cuando mataste al rey Duncan. ¡Consejas, tolerables sólo en boca de una anciana, al amor de la lumbre! ¡Vergüenza para ti! ¡Y aún sigues turbado! ¡No ves que tu asiento está vacío!

MACBETH

¡No, no...Mira, mira!... ¿No lo ves?... ¿Qué dices ahora?... Pero ¿qué importa lo que digas? ¿Mueves la cabeza en signo de incredulidad?... Habla, habla... Si los sepulcros nos arrojan su presa, los palacios se trocarán en festín de buitres.

(Se va la sombra)

LADY MACBETH

¿Estás loco?

MACBETH

Te juro, por mi alma, que le he visto.

LADY MACBETH

¿Y no te avergüenzas?

MACBETH

Siempre se ha derramado sangre. Desde que el mundo es mundo, ha habido crímenes atroces. Pero antes el muerto muerto se quedaba. Ahora las sombras vuelven y nos arrojan de nuestros sitios.

LADY MACBETH

Tus caballeros reclaman tu presencia.

MACBETH

No me acordaba de ellos. ¡Amigos! ¡Míos nobles caballeros! no hagáis caso de mí. Si me conocierais bien no os extrañaría este súbito accidente. ¡Salud, amigos! Brindemos a la salud de nuestro amigo Banquo, único que nos falta. ¡Ojalá llegue pronto! ¡Brindo por vosotros, y por él y por todos!

LOS CONVIDADOS

Nosotros repetimos el brindis.

(Vuelve a aparecer la sombra)

MACHETH

¡Lejos, lejos de mí!... Que la tierra te trague... Mi sangre se hiela: falta a mis huesos el tuétano... la lumbre de mis ojos se oscurece.

LADY MACBETH

El accidente vuelve: no es grave, pero descompone la fiesta.

MACBETH

Yo no temo nada de lo que puedan temer los hombres. Ven a mí en forma de tigre de Hircania, de oso o de rinoceronte: no se agitarán mis nervios. O vuelve a la vida, y rétame a lid campal, hierro a hierro, y si tiemblo al ir a encontrarte, llámame hijo de mi nodriza... Pero no vengas como sombra. ¡Huye de mí, formidable espectro! (Desaparece la sombra). Ya se retira, y vuelvo a ser hombre. Sentaos otra vez: os lo suplico.

LADY MACBETH

Con ese delirio has turbado la alegría del convite.

MACBETH

¿Y cómo no asombrarnos, cuando estalla esa borrascosa nube de verano? Ahora dudo de mi razón viendo que podéis contemplar tales apariciones sin que vuestro rostro palidezca.

ROSS

¿De qué apariciones hablas?

LADY MACBETH

¡Silencio! La contradicción le molesta. Podéis retiraros sin ceremonia. Idos pronto.

LOS CONVIDADOS

Buenas noches, y descanse el Rey.

LADY MACBETH

Buenas noches.

MACBETH

¡Sangre pide! La sangre clama por sangre; ya lo dice el proverbio. Hasta los árboles hablan a la voz del agorero, o por natural virtud. Y a veces la voz de la urraca, del cuervo, o del grajo, ha delatado al asesino. ¿Qué hora es?

LADY MACBETH

La noche combate con las primeras horas del día.

MACBETH

Macduff se niega a obedecerme, y a reconocer mi autoridad.

MACBETH

MACBETH

No, pero tengo noticias ciertas de él por mis numerosos espías. Mañana temprano iré a ver a las brujas. Quiero apurarlo todo, y averiguar el mal, aunque sea por medios torcidos. Todo debe rendirse a mi voluntad. Estoy nadando en un mar de sangre, y tan lejos ya de la orilla, que me es indiferente bogar adelante o atrás. Es tiempo de obras y no de palabras. Descienda el pensamiento a las manos.

LADY MACBETH

Te falta la sal de la vida, el sueño.

MACBETH

Pues a dormir. ¡Mi terror, nacido de la falta de costumbre, me quite el sueño! ¡Soy novicio en el crimen!

ESCENA V

Un páramo. Tempestad

BRUJA 1.ª

Oh Hécate, tu semblante muestra a las claras tu enojo.

HÉCATE

¿Y no tengo razón, impertinentes viejas? ¿Por qué, siendo yo la fuente de vuestro poder y de todos los males humanos, habéis osado, sin pedirme consejo, ni acudir a mi ciencia, tratar con Macbeth por enigmas? ¡Y todo en provecho de un ingrato, de un ambicioso, que sólo mira a su interés, y no se acuerda de vosotras! Antes que el sol se ponga, venid a los antros tartáreos; no dejéis de traer ninguna de vuestras redomas, encantos y conjuros. Ahora, a volar. Esta noche ha de cumplirse una evocación tremenda. De la luna pende una gota de vapor que he de coger esta misma noche antes que caiga. Yo la destilaré con mi ciencia maravillosa, y evocaré genios de tal virtud que le traigan lisonjeramente engañado hasta el abismo. No temerá la muerte: confiará en su estrella; podrá más su esperanza que su buen juicio o sus temores, y ya veis que hombre excesivamente confiado está medio perdido.

(Se oye dentro una voz). ¡Venid, venid!

HÉCATE

¿Oís la voz del genio? Camina en esa transparente nube.

LAS BRUJAS

Vámonos, que pronto volverá.

MACBETH

ESCENA VI

Palacio de Forres

LÉNNOX Y EL SEÑOR

LÉNNOX

Te asombra lo que he dicho. Pero, sigue tú discurrendo. Macbeth mostró mucho sentimiento por la muerte de Duncan... ¡Es claro, como que estaba muerto! Banquo salió a pasear muy tarde, y quizá le mataría su hijo, puesto que huyó en seguida. ¿Y a quién se le ocurre salir a pasear de noche?... ¿No fue cosa monstruosa el parricidio de Malcolm y Donalbain?!Cómo le angustió a Macbeth!... Tanto que en seguida mató a los guardas, dominados por el sueño y el vino... ¡Lealtad admirable!... o gran prueba de talento. Hizo bien, porque ¿quién hubiera podido oír con calma que negaban el crimen? A fe mía que si cayeran en manos de Macbeth (lo cual no es fácil, ni Dios permita) los hijos de Duncan, ya habían de ver lo que es matar a su padre, y lo mismo el hijo de Banquo. Pero callemos, que por hablar demasiado y por huir de la mesa del Rey, anda perseguido Macduff. ¿Sabes dónde está?

EL SEÑOR

Malcolm, el heredero del trono de Duncan, usurpado por ese tirano, vive en Inglaterra, al amparo del santo rey Eduardo, y dando brillantes muestras de lo claro de su estirpe. Macduff ha ido a aquella corte, a solicitar el auxilio del valeroso duque Suardo. Con su ayuda, y sobre todo con la del Dios de los ejércitos, no volverá el puñal a turbar nuestros sueños, y vivirán seguros los leales. La indignación del Rey, al saberlo, ha sido tanta, que va a declarar la guerra.

LÉNNOX

¿Y no llamó antes a Macduff?

EL SEÑOR

Sí le llamó, pero él contestó rotundamente que no, volvió la espalda al mensajero, y parecía decir entre dientes: «Muy cara os ha de costar mi respuesta».

LÉNNOX

Será un aviso para que proceda con cautela, y no se exponga a nuevas asechanzas. Vaya a Inglaterra un ángel con la noticia de todo lo ocurrido,

G. SHAKESPEARE

antes que Macduff vuelva. Caigan de nuevo las bendiciones de Dios sobre esta tierra infeliz oprimida por un tirano.

EL SEÑOR

Óigate el cielo.

MACBETH

ACTO IV

SCENA PRIMERA

El antro de las brujas. En media de una caldera hirviendo. Noche de tempestad

BRUJAS, HÉCATE, MACBETH, VARIAS BRUJAS Y LÉNNOX

BRUJA 1.^a

Tres veces ha mayado el gato.

BRUJA 2.^a

Tres veces se ha lamentado el erizo.

BRUJA 3.^a

La arpía ha dado la señal de comentar el encanto.

BRUJA 1.^a

Aumente el trabajo: crezca la labor: hierva la caldera.

BRUJA 3.^a

Lancemos en ella la piel de la víbora, la lana del murciélago amigo de las tinieblas, la lengua del perro, el dardo del escorpión, ojos de lagarto, músculos de rana, alas de lechuza... Hierva todo esto, obedeciendo al infernal conjuro.

BRUJAS

Aumente el trabajo: crezca la labor: hierva la caldera.

BRUJA 3.^a

Entren en ella colmillos de lobo, escamas de serpiente, la abrasada garganta del tiburón, el brazo de un sacrílego judío, la nariz de un turco, los labios de un tártaro, el hígado de un macho cabrío, la raíz de la cicuta, las hojas del abeto iluminadas por el tibio resplandor de la luna, el dedo de un niño arrojado por su infanticida madre al pozo... Unamos a todo esto las entrañas de un tigre salvaje.

TODAS LAS BRUJAS

Aumente el trabajo: crezca la labor: hierva la caldera.

BRUJA 2.^a

Para aumentar la fuerza del hechizo, humedecedlo todo con sangre de mono.

HÉCATE

G. SHAKESPEARE

Alabanza merece vuestro trabajo; y yo le remuneraré. Danzad en torno de la caldera, para que quede consumado el encanto.

BRUJA 2.^a

Ya me pican los dedos: indicio de que el traidor Macbeth se aproxima. Abríos ante él, puertas.

MACBETH

Misteriosas y astutas hechiceras, ¿en qué os ocupáis?

LAS BRUJAS

En un maravilloso conjuro.

MACBETH

En nombre de vuestra ciencia os conjuro. Aunque la tempestad se desate contra los templos, y rompa el mar sus barreras para inundar la tierra, y el huracán arranque de cuajo las espigas, y derribe alcázares y torres; aunque el mundo todo perezca y se confunda, responded a mis interrogaciones.

BRUJA 1.^a

BRUJA 2.^a

Pregúntanos.

BRUJA 3.^a

A todo te responderemos.

BRUJA 1.^a

¿Quieres que hablemos nosotras o que contesten los genios, señores nuestros?

MACBETH

Invocad a los genios, para que yo los vea.

BRUJA 1.^a

Verted la sangre del cerdo: avivad la llama con grasa resudada del patíbulo.

LAS BRUJAS

Acudid a mi voz, genios buenos y malos. Haced ostentación de vuestro arte.

(En medio de la tempestad, aparece una sombra, armada, con casco)

MACBETH

Respóndeme, misterioso genio.

BRUJA 1.^a

Él adivinará tu pensamiento. Óyele y no le hables.

LA SOMBRA

Recela tú de Macduff, recela de Macduff. Adiós... Dejadme.

MACBETH

MACBETH

No sé quién eres, pero seguiré tu consejo, porque has sabido herir la cuerda de mi temor. Oye otra pregunta.

BRUJA 2.^a

No te responderá, pero ahora viene otra sombra.

(Aparece la sombra de un niño cubierto de sangre)

La sombra

Si eres cruel, implacable y sin entrañas, ninguno de los humanos podrá vencerte.

Macbeth

Entonces ¿por qué he de temer a Macduff?... Puede vivir seguro... Pero no... es más seguro que perezca, para tener esta nueva prenda contra el hado... No le dejaré vivir; desmentiré así a los espectros que finge el miedo, y me dormiré al arrullo de los truenos.

(La sombra de un niño, con corona y una rama de árbol en la mano)

¿Quién es ese niño que se ciñe altanero la corona real?

BRUJAS

Óyele en silencio.

LA SOMBRA

Sé fuerte como el león; no desmaye un punto tu audacia; no cedas ante los enemigos. Serás invencible, hasta que venga contra ti la selva de Birnam, y cubra con sus ramas a Dunsmania.

MACBETH

¡Eso es imposible! ¿Quién puede mover de su lugar los árboles y ponerlos en camino? Favorables son los presagios. ¡Sedición, no alces la cabeza, hasta que la selva de Birnam se mueva! Ya estoy libre de todo peligro que no sea el de pagar en su día la deuda que todos tenemos con la muerte. Pero decidme, si es que vuestro saber penetra tanto: ¿reinarán los hijos de Banquo?

LAS BRUJAS

Nunca podrás averiguarlo.

MACBETH

Decídmelo. Os conjuro de nuevo y os maldeciré, si no me lo reveláis. Pero ¿por qué cae en tierra la caldera?... ¿Qué ruido siento?

LAS BRUJAS

Mira. ¡Sombras, pasad rápidas, atormentando su corazón y sus oídos!

G. SHAKESPEARE

(Pasan ocho reyes, el último de ellos con un espejo en la mano. Después la sombra de Banquo)

MACBETH

¡Cómo te asemejas a Banquo!... Apártate de mí... Tu corona quema mis ojos... Y todos pasáis coronados... ¿Por qué tal espectáculo, malditas viejas?... También el tercero... Y el cuarto... ¡Saltad de vuestras órbitas, ojos míos!... ¿Cuándo, cuándo dejaréis de pasar?... Aún viene otro... el séptimo... ¿Por qué no me vuelvo ciego?... Y luego el octavo... Y trae un espejo, en que me muestra otros tantos reyes, y algunos con doble corona y triple cetro... Espantosa visión... Ahora lo entiendo todo... Banquo, pálido por la reciente herida, me dice sonriéndose que son de su raza esos monarcas... Decidme, ¿es verdad lo que miro?

Verdad es, pero ¿a qué tu espanto?... Venid, alegraos, ya se pierde en los aires el canto del conjuro; gozad en misteriosa danza; hagamos al Rey el debido homenaje.

(Danzan y desaparecen)

MACBETH

¿Por dónde han huido?... ¡Maldita sea la hora presente!

LÉNNOX

¿Qué hay?

MACBETH

¿No has visto a las brujas?

LÉNNOX

No.

MACBETH

¿No han pasado por donde tú estabas de guardia?

LÉNNOX

No.

MACBETH

¡Maldito sea el aire que las lleva! ¡Maldito quien de ellas se fía! Siento ruido de caballos; ¿quiénes son?

LÉNNOX

Mensajeros que traen la noticia de que Macduff huye a Inglaterra.

MACBETH

¿A Inglaterra?

LÉNNOX

Así dicen.

MACBETH

MACBETH

El tiempo se me adelanta. La ejecución debe seguir al propósito, el acto al pensamiento. Necesito entrar en Fife, y degollar a Macduff, a su mujer y a sus hijos y a toda su parentela... Y hacerlo pronto, no sea que el propósito se frustre, y quede en vana amenaza. Basta de agujeros y sombras.

ESCENA II

Castillo de Macduff

LADY MACDUFF

¿Por qué esa inesperada fuga?

ROSS

Tranquilízate, señora.

LADY MACDUFF

¡Qué locura hizo! El miedo nos hace traidores.

ROSS

¿Quién sabe si fue miedo o prudencia?

LADY MACDUFF

¿Prudencia dejar su mujer, sus hijos y su hacienda, expuestos a la venganza de un tirano?... No creo en su cariño... El ave más pequeña y débil de todas resiste a la lechuza, cuando se trata de defender su prole... En Macduff ha habido temor sobrado y ningún amor. Su fuga es cobardía y locura.

ROSS

Tranquilízate, prima mía. Tu marido es bueno y prudente, y sabe bien lo que hace. Pero vivimos en tan malos tiempos que a veces somos traidores hasta sin saberlo, y tememos y recelamos sin causa, como quien cruza un mar incierto y proceloso. Adiós. Volveré pronto. Quizá se remedie todo y luzca de nuevo el sol de la esperanza. Adiós, hermosa prima. Dios te bendiga.

LADY MACDUFF

Mi hijo está huérfano aunque tiene padre.

ROSS

No puedo detenerme más. Sería en daño vuestro y mío.

LADY MACDUFF (A su hijo).

Y ahora que estás sin padre, ¿cómo vivirás, hijo mío? Hijo

Madre mía, como los pájaros del cielo.

LADY MACDUFF

¿Con insectos y moscas?

HIJO

Con lo que encuentre, como hacen ellas.

¡Infeliz! ¿Y no temerás redes, liga ni cazadores?

MACBETH

HIJO

¿Y por qué he de temerlos, madre? Nadie caza a los pájaros pequeños. Y además, mi padre no ha muerto.

LADY MACDUFF

¿Qué harías por tener padre?

HIJO

¿Y tú por tener marido?

LADY MACDUFF

Compraría veinte en cualquier parte.

HIJO

Para venderlos después.

LADY MACDUFF

Muy agudo eres para tus años.

HIJO

Dices que mi padre fue traidor.

LADY MACDUFF

Sí.

HIJO

¿Y qué es ser traidor?

LADY MACDUFF

Faltar a la palabra y al juramento.

HIJO

¿Eso se llama traición?

LADY MACDUFF

Y quien la comete merece ser ahorcado.

HIJO

¿Todo el que la comete?

LADY MACDUFF

Todos.

HIJO

¿Y quién Los ha de ahorcar?

LADY MACDUFF

La gente honrada.

HIJO

Entonces bien necios son los traidores, porque, siendo tantos, parece que habrían de ser ellos los que ahorcasen a la gente de bien.

LADY MACDUFF

¿Qué harías por tener padre?

HIJO

Si hubiera muerto de veras, tú estarías llorando, y si no llorabas, era indicio claro de que pronto tendría yo otro padre.

LADY MACDUFF

Gracioso estás, pobre hijo mío.

UN MENSAJERO

Dios te bendiga y salve, hermosa castellana. No te conozco, pero el honor me obliga a avisarte que se acerca a ti un inminente peligro. Sigue mi consejo. Huye en seguida con tus hijos. Quizá te parezca rudo mi aviso, pero sería cruel dejarte en las garras de los asesinos. Adiós. No puedo detenerme.

LADY MACDUFF

¿Y a dónde voy? ¿Qué pecado he cometido? Estoy en un mundo donde a veces se tiene por locura hacer el bien, y se tributan elogios a la maldad. ¿De qué me sirve la pueril excusa de no haber hecho mal a nadie?... Pero ¿qué horribles semblantes son los que miro?...

ASESINOS

¿Dónde está tu marido?

LADY MACDUFF

No en parte tan infame donde tus ojos puedan verle.

ASESINO 1.º

(Al niño). Eres un traidor.

HIJO

Mentira, vil sicario.

Muere, pollo en cascarón.

(Le hiere)

HIJO

Me ha matado. Huye, madre, sálvate.

MACBETH

ESCENA III

Palacio real en Inglaterra

MALCOLM, MACDUFF, UN DOCTOR Y ROSS

MALCOLM

Busquemos sitio apartado donde poder llorar.

MACDUFF

Eso no: empuñemos el hierro de la venganza, en defensa de la patria oprimida. Cada día suben al cielo nuevos clamores de viudas y huérfanos, acompañando el duelo universal de Escocia.

MALCOLM

Mucho lo lamento, pero no creo más que lo que sé. Remediaré lo que pueda y cuando pueda. Tendrás razón en todo lo que dices. Pero acuérdate que ese tirano, cuyo nombre mancha la lengua al pronunciarlo, parecía bueno, y tú mismo le tu viste por tal. Y además a vosotros no os ha hecho mal ninguno. ¿Si querréis engañarme, sacrificándome como un cordero en las aras de ese ídolo?

MACDUFF

Nunca he sido traidor.

MALCOLM

Pero lo fue Macbeth... Perdóname... no me atrevo a adivinar lo

que eres. Mira si resplandecen y son puros los ángeles, y sin embargo, el más luciente de ellos cayó. Muchas veces el crimen toma la máscara de la virtud.

MACDUFF

¡Perdí toda esperanza!

MALCOLM

Siempre me quedan mis dudas. ¿Por qué has dejado abandonados a tu mujer y a tus hijos, a cuanto quieres en el mundo? Perdóname. Quizá te ofendan mis recelos. Puede ser también que tengas razón. Pero yo con esos recelos me defiendo.

MACDUFF

¡Llora sin tregua, pobre Escocia! Horrible tiranía pesa sobre ti: los buenos se callan, y nadie se atreve a resistirla. Has de sufrir en calma tus males, ya que tu Rey vacila y tiembla. Señor, me juzgas mal. No sería yo traidor ni aun a precio

MALCOLM

No he querido ofenderte, ni desconfío de ti en absoluto. Sé que nuestra pobre Escocia suda llanto y sangre, oprimida por ese bárbaro. Sé que cada día aumentan y se enconan sus heridas. Creo también que a mi voz muchos brazos se levantarían. Ahora mismo Inglaterra me ofrece miles de combatientes. Pero cuando llegase yo a pisotear la cabeza del tirano o a llevarla en mi lanza, no sería más feliz la patria bajo el reinado del sucesor de Macbeth, antes crecerían sus infortunios.

MACDUFF

¿De qué sucesor hablas?

MALCOLM

De mí mismo. Llevo de tal manera en mí las semillas de todos los vicios, que cuando fructifiquen, parecerán blancas como la nieve las ensangrentadas sombras de las víctimas de Macbeth, y quizá bendigan su memoria los súbditos, al contemplar mi horrenda vida.

MACDUFF

¡Pero si en los infiernos mismos no hay un ser más perverso que Macbeth!

MALCOLM

Te concedo de buen grado que es cruel, lascivo, hipócrita, falso, avaro, iracundo, y que se juntan en él todas las maldades del mundo. Pero también es atroz mi lujuria; no bastarían a saciarla todas vuestras hijas y espo-

MACBETH

sas; no habría dique que pudiera oponerse a mi deseo... No... no... prefiero que reine Macbeth.

MACDUFF

Terrible enemigo del cuerpo es la incontinenencia, y de ella han sido víctimas muchos reyes, y por ella han sido asolados florecientes imperios. Pero no temáis, señor. El campo del placer es espacioso. No faltan bellezas frágiles, y aunque tu voracidad sea como la del buitre, has de acabar por cansarte de tantas como acudirán, ufanas de su pomposa deshonra.

MALCOLM

Además, ruge en mi pecho condición tan indomable, que si fuera rey, no tendría yo reparo en matar a un noble por despojarle de sus heredades y castillos, o condenarle por falsas acusaciones, aunque él fuera espejo de lealtad, para enriquecerme con sus despojos.

MACDUFF

La lujuria es viento de estío, pero la codicia echo raíces mucho más profundas en el alma. Ella ha sido la espada matadora de muchos reyes nuestros. Pero no importa. Los tesoros de Escocia han de colmar tu deseo. Si no tienes otros vicios que esos, aún son tolerables.

MALCOLM

Es que no tengo ninguna cualidad buena. No conozco, ni aun de lejos, la justicia, la templanza, la serenidad, la constancia, la clemencia, el valor, la firmeza en los propósitos, la generosidad. No hay vicio alguno de que yo carezca. Si yo llegara a reinar, echaría al infierno la miel de la concordia, y asolaría y confundiría el orbe entero.

MALCOLM

Así soy. Di si me crees digno de reinar.

MACDUFF

No, ni tampoco de vivir sobre la tierra. ¡Pobre patria mía, vil despojo de un tirano que mancha en sangre el cetro que usurpó! ¿Cómo restaurar tu antigua gloria, si el vástago de tus reyes está maldiciendo de sí mismo, y de todo su linaje? Tu padre, señor, era un santo: tu madre vivía muerta para el mundo, y pasaba de hinojos y en oración el día. Adiós, señor, los vicios de que habláis me arrojan de Escocia. Muerta está mi última esperanza.

MALCOLM

No... muerta no... Esa noble indignación que muestras, es un grito de tu alma generosa, y viene a disipar todos mis temores. Veo claras tu lealtad y

tu inocencia. Macbeth ha querido más de una vez engañarme con artificios parecidos, y por eso me guardo de la nimia credulidad. ¡Sea Dios juez entre nosotros! Me pongo en tus manos: me arrepiento de haber sospechado de ti, bien contra mi natural instinto, y de haberme calumniado, atribuyéndome los vicios que aborrezco más. Soy continente. Nunca he faltado a mi palabra. No he codiciado lo ajeno ni aun lo propio. No haría una traición al mismo Lucifer, y amo la verdad tanto como la vida. Hoy es la primera vez que he faltado a ella, y eso en contra mía. Tal como soy verdaderamente, me ofrezco a ti y a nuestra Escocia oprimida... Cuando tú has llegado, el viejo Suardo preparaba una expedición de diez mil guerreros. Todos iremos juntos. ¡Dios nos proteja, pues tan santa y justa es nuestra causa! Di, ¿por qué callas?

MACDUFF

¿Y quién no queda absorto al ver unidos tan faustos y tan infelices sucesos?

(Entra un médico)

MALCOLM

Ya hablaremos. (Al doctor). ¿Viene el Rey?

DOCTOR

Ya le espera un tropel de enfermos, que aguarda de sus manos la salud. Él los cura con el tacto de sus benditas manos.

MALCOLM

Gracias, doctor.

MACDUFF

¿Y de qué enfermedad cura el Rey?

MALCOLM

De las escrófulas. Es un milagro patente. Desde que estoy en Inglaterra, lo he visto muchas veces. No se sabe cómo logra tal favor del cielo, pero a los enfermos más desesperados, llenos de úlceras y llagas, los cura con sólo colgarles medallas del cuerpo, y pronunciar alguna devota oración. Dicen que esta sobrenatural virtud pasa de unos a otros reyes de Inglaterra. Tiene además el don de profecía, y otras mil bendiciones celestes, prueba no dudosa de su santidad.

MACDUFF

De mi tierra es, pero no le conozco.

(Entra Ross)

MACDUFF

MACBETH

Con bien vengas, ilustre pariente mío.

MALCOLM

Te recuerdo. ¡Oh, Dios mío, haz que no volvamos a mirarnos como extraños!

ROSS

Dios te oiga, señor.

MACDUFF

¿Sigue en el mismo estado nuestra patria?

ROSS

¡Oh, desdichada Escocia! Ya no es nuestra madre, sino nuestro sepulcro. Sólo quien no tenga uso de razón, puede sonreír allí. No se oyen más que suspiros y lamentos. El dolor se convierte en locura. Banquo ha muerto, sin que nadie pregunte por qué. Las almas puras se marchitan como las flores.

MACDUFF

Esa narración quizá tenga más de poética que de verdadera.

MALCOLM

¿Y cuáles son los crímenes más recientes?

ROSS

Uno nuevo a cada hora.

MACDUFF

¿Qué es de mi mujer?

ROSS

¿Tu mujer?... Está bien.

MACDUFF

¿Y mis hijos?

MACDUFF

¿El tirano ha intentado algo contra ellos?

ROSS

En paz los dejé cuando salí de Escocia.

MACDUFF

No seas avaro de palabras. Dime la verdad.

ROSS

Quando vine a traeros estas noticias, decíase que se habían levantado numerosas huestes contra el tirano, y que éste se aprestaba a combatirlos. La ocasión se presenta favorable. Si acudes pronto, hasta las mujeres se alzarán para romper sus cadenas.

G. SHAKESPEARE

MALCOLM

Pronto iremos a salvarlos. Inglaterra nos ayuda con diez mil hombres mandados por el valiente Suardo, el mejor caudillo de la cristiandad.

ROSS

¡Ojalá que yo pudiera consolarme como tú, pero mis desdichas son de tal naturaleza que debo confiarlas a los vientos, y no donde las oiga nadie.

MACDUFF

¿Es desdicha pública o privada?

ROSS

Todo hombre de bien debe lamentarse de ellas, pero a ti te toca la mayor parte.

MACDUFF

Entonces no tardes en decírmela.

ROSS

No se enojen tus oídos contra mi lengua, aunque se vea forzada a pronunciar las más horrendas palabras que nunca oíste.

MACDUFF

¡Dios mío! Casi lo adivino.

ROSS

Tu castillo fue saqueado: muertos tu esposa y tus hijos. No me atrevo a referirte cómo, para no añadir una más a las víctimas.

¡Dios poderoso! Habla. No ocultes tu rostro. Es más tremendo el dolor que no se expresa con palabras.

MACDUFF

¿Y mis hijos también?

ROSS

Percieron tu esposa y tus hijos y tus criados, y cuantos estaban allí.

MACDUFF

¿Por qué no estaba yo? ¿Y también mi mujer?...

ROSS

También.

MALCOLM

¡Serenidad! La venganza, única medicina de nuestros males, ha de ser tremenda.

MACDUFF

¡Pero Macbeth no tiene hijos!... Hijos míos... ¿Todos perecieron?... ¿Todos?... ¿Y su madre también?... ¿Y de un solo golpe?

MACBETH

MALCOLM

Véngate como un hombre.

MACDUFF

Sí que me vengaré, pero soy hombre, y siento y me atormenta la memoria de lo que más quise en el mundo. ¡Y lo vio el cielo y no se apiadó de ellos! ¡Ah, pecador Macduff, tú tienes la culpa de todo! Por ti han perecido aquellos inocentes. ¡Dios les dé la gloria eterna!

MALCOLM

Tu dolor afile tu espada e inflame tu brío. Sírdate de aguijón y no de freno.

MACDUFF

Aunque lloraran mis ojos como los de una mujer, mi lengua hablaría con la audacia de un varón. ¡Dios mío, ponme enfrente de ese demonio, y si se libra de mi espada, consentiré hasta que el cielo le perdone!

MALCOLM

Esas ya son palabras dignas de ti. Vamos a despedirnos del Rey de Inglaterra. Sólo nos falta su permiso. Macbeth está a la orilla del precipicio. El cielo se declare en favor nuestro. Tregua a vuestro dolor. No hay noche sin aurora.

ACTO V ESCENA PRIMERA

UN MÉDICO , UNA DAMA Y LADY MACBETH

EL MÉDICO

Aunque hemos permanecido dos noches en vela, nada he visto que confirme vuestros temores. ¿Cuándo la visteis levantarse por última vez?

LA DAMA

Después que el Rey se fue a la guerra, la he visto muchas veces levantarse, vestirse, sentarse a su mesa, tomar papel, escribir una carta, cerrarla, sellarla, y luego volver a acostarse: todo ello dormida.

EL MÉDICO

Grave trastorno de su razón arguye el ejecutar en sueños los actos de la vida. ¿Y recuerdas que haya dicho alguna palabra?

LA DAMA

Si, pero nunca las repetiré.

EL MÉDICO

A mí puedes decírmelas.

LA DAMA

Ni a ti, ni a nadie, porque no podría yo presentar testigos en apoyo de mi relato.

(Entra Lady Macbeth, sonámbula, y con una luz en la mano)

Aquí está, como suele, y dormida del todo. Acércate y repara.

EL MÉDICO

¿Dónde tomó esa luz?

LA DAMA

La tiene siempre junto a su lecho. Así lo ha mandado.

EL MÉDICO

Tiene los ojos abiertos.

LA DAMA

Pero no ve.

EL MÉDICO

Mira cómo se retuerce las manos.

Es su ademán más frecuente. Hace como quien se las lava.

LADY MACBETH

Todavía están manchadas.

EL MÉDICO

MACBETH

Oiré cuanto hable, y no lo borraré de la memoria.

LADY MACBETH

¡Lejos de mí esta horrible mancha!... Ya es la una... Las dos... Ya es hora... Qué triste está el infierno... ¡Vergüenza para ti, marido mío!... ¡Guerrero y cobarde!... ¿Y qué importa que se sepa, si nadie puede juzgarnos?... ¿Pero cómo tenía aquel viejo tanta sangre?

EL MÉDICO

¿Oyes?

LADY MACBETH

¿Dónde está la mujer del señor Fife?... ¿Pero por qué no se lavan nunca mis manos?... Calma, señor, calma... ¡Qué dañosos son esos arrebatos!

EL MÉDICO

Oye, oye: ya sabemos lo que no debíamos saber.

LA DAMA

No tiene conciencia de lo que dice. La verdad sólo Dios la sabe.

LADY MACBETH

Todavía siento el olor de la sangre. Todos los aromas de Oriente no bastarían a quitar de esta pequeña mano mía el olor de la sangre.

EL MÉDICO

¡Qué oprimido está ese corazón!

LA DAMA

No le llevaría yo en el pecho, por toda la dignidad que ella pueda tener.

EL MÉDICO

No sé curar tales enfermedades, pero he visto sonámbulos que han muerto como unos santos.

LADY MACBETH

Lávate las manes. Vístete. Vuelva el color a tu semblante. Macbeth está bien muerto, y no ha de volver de su sepulcro... A la cama, a la cama... Llamen a la puerta... Ven, dame la mano... ¿Quién deshace lo hecho?... A la cama.

¿Se acuesta ahora?

LA DAMA

En seguida.

EL MÉDICO

Ya la murmuración pregona su crimen. La maldad suele trastornar el entendimiento, y el ánimo pecador divulga en sueños su secreto. Necesita

G. SHAKESPEARE

confesor y no médico. Dios la perdone, y perdone a todos. No te alejes de su lado: aparta de ella cuanto pueda molestarla. Buenas noches. ¡Qué luz inesperada ha herido mis ojos! Pero más vale callar.

LA DAMA

Buenas noches, doctor.

MACBETH

ESCENA II

Campamento

MENTEITH, ANGUSS, CAITHNESS Y LÉNNOX

MENTEITH

Los ingleses, mandados por Malcolm, Suardo y Macduff, se adelantan a rápidas jornadas. El genio de la venganza los impele, y su belicoso ardor debe animar al más tibio.

ANGUS

Los encontraremos en el bosque de Birnam: esa es la dirección que traen.

CAITHNESS

¿Donalbain está con sus hermanos?

ANGUS

No, porque yo tengo la lista de todos los que vienen con Suardo, entre ellos su propio hijo y otros jóvenes que quieren hacer hoy sus primeros alardes varoniles.

MENTEITH

¿Y qué hace Macbeth?

CAITHNESS

Fortificar a Dunsinania. Dicen algunos que está loco, pero los que le quieren mejor afirman que está cegado por el furor de la pelea. No puede ya estrechar con el cinturón de su imperio el cuerpo de su desesperada causa.

ANGUSS

Ni borrar de sus manos las huellas de sangre de su oculto crimen. Cada día le abandonan sus parciales, y si alguno le obedece no es por cariño. Todo el mundo conoce que la púrpura real de su grandeza oculta un cuerpo raquítico y

MENTEITH

¿Y cómo no ha de temblar, si en el fondo de su alma se siente ya condenado?

CAITHNESS

Vamos a prestar homenaje al legítimo monarca, y a ofrecer nuestra sangre para que sirva de medicina a la patria oprimida.

G. SHAKESPEARE

LÉNNOX

Ofrezcámosla toda, o la que baste a regar el tronco y las ramas. Vamos al bosque de Birnam.

MACBETH

ESCENA III

Castillo de Dunsinania

MACBETH, UN CRIADO, SETON Y UN MÉDICO

MACBETH

¡No quiero saber más nuevas! Nada he de temer hasta que el bosque de Birnam se mueva contra Dunsinania. ¿Por ventura ese niño Malcolm no ha nacido de mujer? A mí dijeron los genios que conocen lo porvenir: «no temas a ningún hombre nacido de mujer». Huyan en buen hora mis traidores caballeros: júntense con los epicúreos de Inglaterra. Mi alma es de tal temple, que no vacilará ni aún en lo más deshecho de la tormenta. (Llega un criado). ¡El diablo te ennegrezca a fuerza de maldiciones esa cara blanca! ¿Quién te dio esa mirada de liebre?

CRIADO

Vienen diez mil.

MACBETH

¿Liebres?

CRIADO

No, soldados.

MACBETH

Aráñate la cara con las manos, para que el rubor oculte tu miedo. ¡Rayos y centellas! ¿Por qué palideces, cara de leche? ¿Qué guerreros son esos?

CRIADO

Ingleses.

MACBETH

¿Por qué no ocultas tu rostro, antes de pronunciar tales palabras?... ¡Seton, Seton! Este día ha de ser el último de mi poder, o el primero de mi grandeza. Demasiado tiempo he vivido. Mi edad se marchita y amarillea como las hojas de otoño. Ya no puedo confiar en amigos, ni vivir de esperanzas. Sólo me resta oír enconadas maldiciones, o el vano susurro de la lisonja.

SETON

Rey, tus órdenes aguardo.

MACBETH

¿Cuáles son las últimas noticias?

SETON

Exactas parecen las que este mensajero ha traído.

MACBETH

Lidiaré, hasta que me arranquen la piel de los huesos. ¡Pronto mis armas!

SETON

No es necesario aún, señor.

MACBETH

Quiero armarme, y correr la tierra con mis jinetes. Ahorcaré a todo el que hable de rendirse. ¡Mis armas! Doctor (al médico) ¿cómo está mi mujer?

MÉDICO

No es grave su dolencia, pero mil extrañas visiones le quitan el sueño.

MACBETH

Cuídala bien. ¿No sabes curar su alma, borrar de su memoria el dolor, y de su cerebro las tenaces ideas que le agobian? ¿No tienes algún antídoto contra el veneno que hierve en su corazón?

MÉDICO

Estos males sólo puede curarlos el mismo enfermo.

MACBETH

¡Echa a los perros tus medicinas! ¡Pronto, mis armas, mi cetro de mando! ¡Seton, convoca a tus guerreros! Los nobles me abandonan. Si tú, doctor, lograras volver a su antiguo lecho las aguas del río, descubrir el verdadero mal de mi mujer, y devolverle la salud, no tendrían tasa mis aplausos y mercedes. Cúrala por Dios. ¿Qué jarabes, qué drogas, qué ruibarbo conoces que nos libre de los ingleses?... Iré a su encuentro, sin temer la muerte, mientras no se mueva contra nosotros el bosque de Dunsinania.

MÉDICO (Aparte)

Si yo pudiera huir de Dunsinania, no volvería aunque me ofreciesen un tesoro.

MACBETH

ESCENA IV

Campamento a la vista de un bosque

MALCOLM, CAITHNESS, UN SOLDADO, SUARDO Y MACDUFF Amigos, ha llegado la hora de volver a tomar posesión de nuestras casas. ¿Qué selva es esta?

CAITHNESS

La de Birnam.

MALCOLM

Corte cada soldado una rama, y delante cúbrase con ella, para que nuestro número parezca mayor, y podamos engañar a los espías.

SOLDADO

Así lo haremos.

SUARDO

Dicen que el tirano está muy esperanzado, y nos aguarda en Dunsinania.

MALCOLM

Hace bien en encerrarse, porque sus mismos parciales le abandonan, y los pocos que le ayudan, no lo hacen por cariño.

MACDUFF

Dejemos tales observaciones para cuando esté acabada nuestra empresa. Ahora conviene pensar sólo en el combate.

SUARDO

Pronto hemos de ver el resultado y no por vanas conjeturas.

ESCENA V

Alcázar de Dunsinania

MACBETH, SETON Y UN ESPÍA

MACBETH

Tremolad mi enseña en los muros. Ya suenan cerca sus clamores. El castillo es inexpugnable. Pelearán en nuestra ayuda el hambre y la fiebre. Si no nos abandonan los traidores, saldremos al encuentro del enemigo, y le derrotaremos frente a frente. ¿Pero qué ruido siento?

SETON

Son voces de mujeres.

MACBETH

Yo soy inaccesible al miedo. Tengo estragado el paladar del alma. Hubo tiempo en que me aterraba cualquier rumor nocturno, y se erizaban mis cabellos, cuando oía referir alguna espantosa tragedia, pero después llegué a saciarme de horrores: la imagen de la desolación se hizo familiar a mi espíritu, y ya no me conmueve nada. ¿Pero qué gritos son esos?

La reina ha muerto.

MACBETH

¡Ojalá hubiera sido más tarde! No es oportuna la ocasión para tales nuevas. Esa engañosa palabra mañana, mañana, mañana nos va llevando por días al sepulcro, y la falaz lumbre del ayer ilumina al necio hasta que cae en la fosa. ¡Apágate ya, luz de mi vida! ¿Qué es la vida sino una sombra, un histrión que pasa por el teatro, y a quien se olvida después, o la vana y ruidosa fábula de un necio? (Llega un espía). Habla que ese es tu oficio.

ESPÍA

Señor, te diré lo que he visto, pero apenas me atrevo.

MACBETH

Di sin temor.

ESPÍA

Señor, juraría que el bosque de Birnam se mueve hacia nosotros. Lo he visto desde lo alto del collado.

MACBETH

¡Mentira vil!

ESPÍA

MACBETH

Mátame, si no es cierto. El bosque viene andando, y está a tres millas de aquí.

MACBETH

Si mientes, te colgaré del primer árbol que veamos, y allí morirás de hambre. Si dices verdad, ahórcame tú a mí. Ya desfallece mi temeraria confianza. Ya empiezo a dudar de esos genios que mezclan mentiras con verdades. Ellos me dijeron: «Cuando la selva de Birnam venga a Dunsinania»; y la selva viene marchando. ¡A la batalla, a la batalla! Si es verdad lo que dices, inútil es quedarse. Ya me ahoga la vida, me hastía la luz del sol. Anhele que el orbe se confunda. Rujan los vientos desatados. ¡Sonad las trompetas!

G. SHAKESPEARE

ESCENA VI

Explanada delante del castillo de Dunsinania

MALCOLM, SUARDO Y MACDUFF

MALCOLM

Hemos llegado. Dejad el verde escudo de esas ramas, y apercibíos al combate. Amado pariente mío, Suardo, tú dirigirás el ataque con tu noble hijo y mi primo. El valiente Macduff y yo cuidaremos de lo restante.

SUARDO

Está bien, señor. Sea vencido quien no lidie esta noche bizarramente contra las huestes del tirano.

MACBETH

ESCENA VII

Otra parte del campo

MACBETH, EL JOVEN SUARDO, MACDUFF, MALCOLM, SUARDO, ROSS Y CABALLEROS

MACBETH

Estoy amarrado a mi corcel. No puedo huir. Me defenderé como un oso.
¿Quién puede vencerme, como no sea el que no haya nacido de madre?

EL JOVEN SUARDO

¿Quién eres?

MACBETH

Temblarás de oír mi nombre.

EL JOVEN SUARDO

No, aunque sea el más horrible de los que suenan en el infierno.

MACBETH

Soy Macbeth.

EL JOVEN SUARDO

Ni el mismo Satanás puede proferir nombre más aborrecible.

MACBETH

Ni que infunda más espanto.

EL JOVEN SUARDO

Mientes, y te lo probaré con mi hierro.

(Combaten, y Suardo cae herido por Macbeth)

MACBETH

Tú naciste de madre, y ninguno de los nacidos de mujer puede conmigo.

MACDUFF

Por aquí se oye ruido. ¡Ven, tirano! Si mueres al filo de otra espada que la mía, no me darán tregua ni reposo las sombras de mi mujer y de mis hijos. Yo no peleo contra viles mercenarios, que alquilan su brazo al mejor postor. O mataré a Macbeth, o no teñirá la sangre el filo de mi espada. Por allí debe estar. Aquellos clamores indican su presencia. ¡Fortuna! déjame encontrarle.

SUARDO

¿Por qué he de morir neciamente como el romano, arrojándome sobre mi espada? Mientras me quede un soplo de vida, no dejaré de amontonar cadáveres.

MACDUFF

Detente, perro de Satanás.

MACBETH

He procurado huir de ti. Huye tú de mí. Estoy harto de tu sangre.

MACDUFF

Te respondo con la espada. No hay palabras bastantes para maldecirte.

MACBETH

¡Tiempo perdido! Más fácil te será cortar el aire con la espada que herirme a mí. Mi vida está hechizada: no puede matarme quien haya nacido de mujer.

MACDUFF

¿De qué te sirven tus hechizos? ¿No te dijo el genio a quien has vendido tu alma, que Macduff fue arrancado, antes de tiempo, de las entrañas de su madre muerta?

MACBETH

¡Maldita sea tu lengua que así me arrebató mi sobrenatural poder! ¡Qué necio es quien se fía en la promesa de los demonios que nos engañan con equívocas y falaces palabras! ¡No puedo pelear contigo!

MACDUFF

Pues ríndete, cobarde, y serás el escarnio de las gentes, y te ataremos vivo a la picota, con un rótulo que diga: «Este es el tirano».

MACBETH

Nunca me rendiré. No quiero besar la tierra que huelle Malcolm, ni sufrir las maldiciones de la plebe. Moriré batallando, aunque la selva de Birnam se haya movido contra Dunsinania, y aunque tú no seas nacido de mujer. Mira. Cubro mi pecho con el escudo. Hiéreme sin piedad, Macduff. ¡Maldición sobre quien diga «basta»!

(Combaten)

MALCOLM

¡Quiera Dios que vuelvan los amigos que nos faltan!

SUARDO

Algunos habrán perecido, que no puede menos de pagarse cara la gloria de tal día.

MALCOLM

MACBETH

Faltan Macduff y tu hijo.

ROSS

Tu hijo murió como soldado. Vivió hasta ser hombre, y con su heroica muerte probó que era digno de serlo.

SUARDO

¿Dices que ha muerto?

ROSS

Cayó entre los primeros. No iguales tu dolor al heroísmo que él mostró, porque entonces no tendrán fin tus querellas.

SUARDO

¿Y fue herido de frente?

ROSS

De frente.

SUARDO

Dios le habrá recibido entre sus guerreros. ¡Ojalá que tuviera yo tantos hijos como cabellos, y que todos murieran así! Llegó su hora.

MALCOLM

Honroso duelo merece, y yo me encargo de tributárselo.

SUARDO

Saldó como honrado sus cuentas con la muerte. ¡Dios le haya recibido en su seno!

MACDUFF

(Que se presenta con la cabeza de Macbeth). Ya eres rey. Mira la cabeza del tirano. Libres somos. La flor de tu reino te rodeo, y yo en nombre de todos, seguro de que sus voces responderán a las mías, te aclamo rey de Escocia.

TODOS

¡Salud al Rey de Escocia!

MALCOLM

No pasará mucho tiempo sin que yo pague a todos lo que al afecto de todos debo. Nobles caballeros, parientes míos, desde hay seréis condes, los primeros que en Escocia ha habido. Luego haré que vuelvan a sus casas los que huyeron del hierro de los asesinos y de la tiranía de Macbeth, y de su diabólica mujer que, según dicen, se ha suicidado. Estas cosas y cuantas sean justas haré con la ayuda de Dios. Os invito a asistir a mi coronación en Esconia.

ROMEO Y JULIETA

ROMEO Y JULIETA

PERSONAJES

ESCALA, príncipe de Verona

PARIS, pariente del Príncipe

MONTESCO

CAPULETO

Un viejo de la familia Capuleto

ROMEO, hijo de Montesco

MERCUTIO, amigo de Romeo

BENVOLIO, sobrino de Montesco

TEOBALDO, sobrino de Capuleto

FR. LORENZO, de la Orden de S. Francisco

Fr. JUAN, de la Orden de S. Francisco

BALTASAR, criado de Romeo

SANSÓN, criados de Capuleto

GREGORIO, criados de Capuleto

PEDRO, criado del ama de Julieta

ABRAHAM, criado de Montesco

Un boticario

Tres músicos

Dos pajes de Paris

Un oficial

La señora de Montesco

La señora de Capuleto

JULIETA, hija de Capuleto

El Ama de Julieta

CIUDADANOS DE VERONA, ALGUACILES, GUARDIAS

ENMASCARADOS, etc. CORO

La escena pasa de verona y en mantua

PRÓLOGO

CORO

En la hermosa Verona, donde acaecieron estos amores, dos familias rivales igualmente nobles habían derramado, por sus odios mutuos, mucha inculpada sangre. Sus inocentes hijos pagaron la pena de estos rencores, que trajeron su muerte y el fin de su triste amor. Sólo dos horas va a durar en la escena este odio secular de razas. Atended al triste enredo, y suplíreis con vuestra atención lo que falte a la tragedia.

ROMEO Y JULIETA

ACTO I

ESCENA PRIMERA

Una plaza de Verona

SANSÓN Y GREGORIO, CON ESPADAS Y BROQUELES

SANSÓN

A fe mía, Gregorio, que no hay por qué bajar la cabeza.

GREGORIO

Eso sería convertirnos en bestias de carga.

SANSÓN

Quería decirte que, si nos hostigan, debemos responder. Gregorio Sí: soltar la albarda

SANSÓN

Yo, si me pican, fácilmente salto.

GREGORIO

Pero no es fácil picarte para que saltes.

SANSÓN

Basta cualquier gozquejo de casa de los Montescos para hacerme saltar.

GREGORIO

Quien salta, se va. El verdadero valor está en quedarse firme en su puesto. Eso que llamas saltar es huir.

SANSÓN

Los perros de esa casa me hacen saltar primero y me paran después. Cuando topo de manos a boca con hembra o varón de casa de los Montescos, pongo pies en pared.

GREGORIO

¡Necedad insigne! Si pones pies en pared, te caerás de espaldas.

SANSÓN

Cierto, y es condición propia de los débiles. Los Montescos al medio de la calle, y sus mozas a la acera.

GREGORIO

Esa discordia es de nuestros amos. Los criados no tenemos que intervenir en ella.

SANSÓN

G. SHAKESPEARE

Lo mismo da. Seré un tirano. Acabaré primero con los hombres y luego con las mujeres.

GREGORIO

¿Qué quieres decir?

SANSÓN

Lo que tú quieras. Sabes que no soy rana.

GREGORIO

No eres ni pescado ni carne. Saca tu espada, que aquí vienen dos criados de casa Montesco.

SANSÓN

Ya está lista la espada: entra tú en lid, y yo te defenderé.

GREGORIO

¿Por qué huyes, volviendo las espaldas?

SANSÓN

Por no asustarte.

GREGORIO

¿Tú asustarme a mí?

SANSÓN

Procedamos legalmente. Déjalos empezar a ellos.

GREGORIO

Les haré una mueca al pasar, y veremos cómo lo toman.

SANSÓN

Veremos si se atreven. Yo me chuparé el dedo, y buena vergüenza será la suya si lo toleran.

(Abraham y Baltasar)

ABRAHAM

Hidalgo, ¿os estáis chupando el dedo porque nosotros pasarnos?

SANSÓN

Hidalgo, es verdad que me chupo el dedo.

ABRAHAM

Hidalgo, ¿os chupáis el dedo porque nosotros pasamos?

SANSÓN. (A Gregorio)

¿Estamos dentro de la ley, diciendo que sí?

GREGORIO (A Sansón)

No por cierto.

SANSÓN

ROMEO Y JULIETA

Hidalgo, no me chupaba el dedo porque vosotros pasabais, pero la verdad es que me lo chupo.

GREGORIO

¿Queréis armar cuestión, hidalgo?

ABRAHAM

Ni por pienso, señor mío.

SANSÓN

Si queréis armarla, aquí estoy a vuestras órdenes. Mi amo es tan bueno como el vuestro.

ABRAHAM

Pero mejor, imposible.

SANSÓN

Está bien, hidalgo.

GREGORIO (A Sansón)

Dile que el nuestro es mejor, porque aquí se acerca un pariente de mi amo.

SANSÓN

Es mejor el nuestro, hidalgo.

ABRAHAM

Mentira.

SANSÓN

Si sois hombre, sacad vuestro acero. Gregorio: acuérdate de tu sabia escotada. (Pelean).

(Llegan Benvolio, y Teobaldo)

BENVOLIO

Envainad, majaderos. Estáis peleando, sin saber por qué.

TEOBALDO

¿Por qué desnudáis los aceros? Benvolio, ¿quieres ver tu muerte?

BENVOLIO

Los estoy poniendo en paz. Envaina tú, y no busques quimeras.

TEOBALDO

¡Hablarme de paz, cuando tengo el acero en la mano! Más odiosa me es tal palabra que el infierno mismo, más que Montesco, más que tú. Ven, cobarde.

(Reúne gente de uno y otro bando. Trábase la riña)

CIUDADANOS

Venid con palos, con picas, con hachas. ¡Mueran Capuletos y Montescos!

(Entran Capuleto y la señora de Capuleto)

CAPULETO

¿Qué voces son esas? Dadme mi espada.

SEÑORA

¿Qué espada? Lo que te conviene es una muleta.

CAPULETO

Mi espada, mi espada, que Montesco viene blandiendo contra mí la suya tan vieja como la mía.

(Entran Montesco y su mujer)

MONTESCO

¡Capuleto infame, déjame pasar, aparta!

SEÑORA

No te dejaré dar un paso más.

(Entra el Príncipe y su séquito)

PRÍNCIPE

¡Rebeldes, enemigos de la paz, derramadores de sangre humana! ¿No queréis oír? Humanas fieras que apagáis en la fuente sangrienta de vuestras venas el ardor de vuestras iras, arrojad en seguida a tierra las armas fraticidas, y escuchad mi sentencia. Tres veces, por vanas quimeras y fútiles motivos, habéis ensangrentado las calles de Verona, haciendo a sus habitantes, aun los más graves e ilustres, empuñar las enmohecidas alabardas, y cargar con el hierro sus manos envejecidas por la paz. Si volvéis a turbar el sosiego de nuestra ciudad, me responderéis con vuestras cabezas. Basta por ahora; retiraos todos. Tú, Capuleto, vendrás conmigo. Tú, Montesco, irás a buscarte dentro de poco a la Audiencia, donde te hablaré más largamente. Pena de muerte a quien permanezca aquí.

(Vase)

MONTESCO

¿Quién ha vuelto a comenzar la antigua discordia? ¿Estabas tú cuando principió, sobrino mío?

BENVOLIO

Los criados de tu enemigo estaban ya lidiando con los nuestros cuando llegué, y fueron inútiles mis esfuerzos para separarlos. Teobaldo se arrojó sobre mí, blandiendo el hierro que azotaba el aire despreciador de sus furros. Al ruido de las estocadas acorre gente de una parte y otra, hasta que

ROMEO Y JULIETA

el Príncipe separó a unos y otros.

SEÑORA DE MOTESCO

¿Ir has visto a Romeo? ¡Cuánto me alegro de que no se hallara presente!

BENVOLIO

Sólo faltaba una hora para que el sol amaneciese por las doradas puertas del Oriente, cuando salí a pasear, solo con mis cuidados, al bosque de sicomoros que crece al poniente de la ciudad. Allí estaba tu hijo. Apenas le vi me dirigí a él, pero se internó en lo más profundo del bosque. Y como yo sé que en ciertos casos la compañía estorba, seguí mi camino y mis cavilaciones, huyendo de él con tanto gusto como él de mí.

SEÑORA DE MONTESCO

Dicen que va allí con frecuencia a juntar su llanto con el rocío de la mañana y contar a las nubes sus querellas, y apenas el sol, alegría del mundo, descorre los sombríos pabellones del tálamo de la aurora, huye Romeo de la luz y torna a casa, se encierra sombrío en su cámara, y para esquivar la luz del día, crea artificialmente una noche. Mucho me apena su estado, y sería un dolor que su razón no llegase a dominar sus caprichos.

BENVOLIO

¿Sospecháis la causa, tío?

MONTESCO

No la sé ni puedo indagarla.

BENVOLIO

¿No has podido arrancarle ninguna explicación?

MONTESCO

Ni yo, ni nadie. No sé si pienso bien o mal, pero él es el único consejero de sí mismo. Guarda con avaricia su secreto y se consume en él, como el germen herido por el gusano antes de desarrollarse y encantar al sol con su hermosura. Cuando yo sepa la causa de su mal, procuraré poner remedio.

BENVOLIO

Aquí está. O me engaña el cariño que le tengo, o voy a saber pronto la causa de su mal.

MONTESCO

¡Oh si pudieses con habilidad descubrir el secreto! Ven, esposa.

(Entra Romeo)

BENVOLIO

Muy madrugador estás.

ROMEO

¿Tan joven está el día?

BENVOLIO

Aún no han dado las nueve.

ROMEO

¡Tristes horas, cuán lentamente camináis! ¿No era mi padre quien salía ahora de aquí?

BENVOLIO

Sí por cierto. Pero ¿qué dolores son los que alargan tanto las horas de Romeo?

ROMEO

El carecer de lo que las haría cortas.

BENVOLIO

¿Cuestión de amores?

ROMEO

Desvíos.

BENVOLIO

¿De amores?

ROMEO

Mi alma padece el implacable rigor de sus desdenes.

BENVOLIO

¿Por qué el amor que nace de tan débiles principios, impera luego con tanta tiranía?

ROMEO

¿Por qué, si pintan ciego al amor, sabe elegir tan extrañas sendas a su albedrío? ¿Dónde vamos a comer hoy? ¡Válgame Dios! Cuéntame lo que ha pasado. Pero no, ya lo sé. Hemos encontrado el amor junto al odio; amor disorde, odio amante; rara confusión de la naturaleza, caos sin forma, materia grave a la vez que ligera, fuerte y débil, humo y plomo, fuego helado, salud que fallece, sueño que vela, esencia incógnita. No puedo acostumbrarme a tal amor. ¿Te ríes? ¡Vive Dios!...

BENVOLIO

No, primo. No me río, antes lloro.

ROMEO

¿De qué, alma generosa?

BENVOLIO

De tu desesperación.

ROMEO Y JULIETA

ROMEO

Es prenda de amor. Se agrava el peso de mis penas, sabiendo que tú también las sientes. Amor es fuego aventado por el aura de un suspiro; fuego que arde y centellea en los ojos del amante. O más bien es torrente desbordado que las lágrimas acrecen. ¿Qué más podré decir de él? Diré que es locura sabia, hiel que emponzoña, dulzura embriagadora. Quédate adiós, primo.

BENVOLIO

Quiero ir contigo. Me enojaré si me dejas así, y no te enojés.

ROMEO

Calla, que el verdadero Romeo debe andar en otra parte.

BENVOLIO

Dime el nombre de tu amada.

ROMEO

¿Quieres oír gemidos?

BENVOLIO

¡Gemidos! ¡Donosa idea! Dime formalmente quién es.

ROMEO

¡Dime formalmente?... ¡Oh, qué frase tan cruel! Decid que haga testamento al que está padeciendo horriblemente. Primo, estoy enamorado de una mujer.

BENVOLIO

Hasta ahí ya lo comprendo.

ROMEO

Has acertado. Estoy enamorado de una mujer hermosa.

BENVOLIO

¿Y será fácil dar en ese blanco tan hermoso?

ROMEO

Vanos serían mis tiros, porque ella, tan casta como Diana la cazadora, burlará todas las pueriles flechas del rapaz alado. Su recato la sirve de armadura. Huye de las palabras de amor, evita el encuentro de otros ojos, no la rinde el oro. Es rica, porque es hermosa. Pobre, porque cuando muera, sólo quedarán despojos de su perfección soberana.

BENVOLIO

¿Está ligada a Dios por algún voto de castidad?

ROMEO

G. SHAKESPEARE

No es ahorro el suyo, es desperdicio, porque esconde avaramente su belleza, y priva de ella al mundo. Es tan discreta y tan hermosa, que no debiera complacerse en mi tormento, pero aborrece el amor, y ese voto es la causa de mi muerte.

BENVOLIO

Déjate de pensar en ella.

ROMEO

Enséñame a dejar de pensar.

BENVOLIO

Hazte libre. Fíjate en otras.

ROMEO

Así brillará más y más su hermosura. Con el negro antifaz resalta más la blancura de la tez. Nunca olvida el don de la vista quien una vez la perdió. La beldad más perfecta que yo viera, sólo sería un libro donde leer que era mayor la perfección de mi adorada. ¡Adiós! No sabes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO

Me comprometo a destruir tu opinión.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA II

Calle

CAPULETO, PARIS Y UN CRIADO

CAPULETO

La misma orden que a mí obliga a Montesco, y a nuestra edad no debía ser difícil vivir en paz. Paris Los dos sois iguales en nobleza, y no debierais estar discordes. ¿Qué respondéis a mi petición? Capuleto Ya he respondido. Mi hija acaba de llegar al mundo. Aún no tiene más que catorce años, y no estará madura para el matrimonio, hasta que pasen lo menos dos veranos. Paris Otras hay más jóvenes y que son ya madres. Capuleto Los árboles demasiado tempranos no prosperan. Yo he confiado mis esperanzas a la tierra y ellas florecerán. De todas suertes, Paris, consulta tú su voluntad. Si ella consiente, yo consentiré también. No pienso oponerme a que elija con toda libertad entre los de su clase. Esta noche, según costumbre inmemorial, recibo en casa a mis amigos, uno de ellos vos. Deseo que piséis esta noche el modesto umbral de mi casa, donde veréis brillar humanas estrellas. Vos, como joven lozano, que no holláis como yo las pisadas del invierno frío, disfrutaréis de todo. Allí oiréis un coro de hermosas doncellas. Oídlas, vedlas, y elegid entre todas la más perfecta. Quizá después de maduro examen, os parecerá mi hija una de tantas. Tú (al criado) vete recorriendo las calles de Verona, y a todos aquellos cuyos nombres verás escritos en este papel, invítalos para esta noche en mi casa.

(Vanse Capuleto y Paris)

CRIADO

¡Pues es fácil encontrarlos a todos! El zapatero está condenado a usar la horma, el sastre la vara, el pintor el pincel, el pescador las redes, y yo a buscar a todos aquellos cuyos nombres son los que aquí están escritos. Denme su favor los sabios. Vamos.

BENVOLIO

No digas eso. Un fuego apaga otro, un dolor mata otro dolor, a una pena antigua otra nueva. Un nuevo amor puede curarte del antiguo.

ROMEO

Curarán las hojas del plátano.

BENVOLIO

¿Y qué curarán?

ROMEO

Las desolladuras.

BENVOLIO

¿Estás loco?

ROMEO

¡Loco! Estoy atado de pies y manos como los locos, encerrado en cárcel asperísima, hambriento, azotado y atormentado.—Buenos días, hombre.

(Al criado)

CRIADO

Buenos días. ¿Sabéis leer, hidalgo?

ROMEO

Ciertamente que sí.

CRIADO

¡Raro alarde! ¿Sabéis leer sin haberlo aprendido? ¿Sabréis leer lo que ahí dice?

ROMEO

Si el concepto es claro y la letra también.

CRIADO

¿De verdad? Dios os guarde.

ROMEO

Espera, que probaré a leerlo. «El señor Martín, y su mujer e hijas, el conde Anselmo y sus hermanas, la viuda de Viturbio, el señor Plasencio y sus sobrinas, Mercutio y su hermano Valentín, mi tío Capuleto con su mujer e hijas, Rosalía mi sobrina, Livia, Valencio y su primo Teobaldo, Lucía y la hermosa Elena». ¡Lucida reunión! ¿Y dónde es la fiesta?

CRIADO

Allí.

ROMEO

¿Dónde?

CRIADO

En mi casa, a cenar.

ROMEO

¿En qué casa?

CRIADO

En la de mi amo.

ROMEO

ROMEO Y JULIETA

Lo primero que debí preguntarte es su nombre.

CRIADO

Os lo diré sin ambages. Se llama Capuleto y es generoso y rico. Si no sois Montesco, podéis ir a beber a la fiesta. Id, os lo ruego.

(Vase) BENVOLIO

Rosalía a quien adoras, asistirá a esta fiesta con todas las bellezas de Verona. Allí podrás verla y compararla con otra que yo te enseñaré, y el cisne te parecerá grajo.

RoMeo

No permite tan indigna traición la santidad de mi amor. Ardan mis verdaderas lágrimas, ardan mis ojos (que antes se ahogaban) si tal herejía cometen. ¿Puede haber otra más hermosa que ella? No la ha visto desde la creación del mundo, el sol que lo ve todo.

BENVOLIO

Tus ojos no ven más que lo que les halaga. Vas a pesar ahora en tu balanza a una mujer más bella que esa, y verás cómo tu señora pierde de los quilates de su peso, cotejada con ella.

ROMEO

Iré, pero no quiero ver tal cosa, sino gozarme en la contemplación de mi cielo.

ESCENA III

En casa de Capuleto

LA SEÑORA DE CAPULETO Y EL AMA

SEÑORA

Ama, ¿dónde está mi hija?

AMA

Sea en mi ayuda mi probada paciencia de doce años. Ya la llamé. Cordero, Mariposa. Válgame Dios. ¿Dónde estará esta niña? Julieta...

JULIETA

¿Quién me llama?

AMA

Tu madre.

JULIETA

Señora, aquí estoy. Dime qué sucede.

Señora Sucede que... Ama, déjanos a solas un rato... Pero no, quédate. Deseo que oigas nuestra conversación. Mi hija está en una edad decisiva.

AMA

Ya lo creo. No me acuerdo qué edad tiene exactamente.

SEÑORA

Todavía no ha cumplido los catorce.

AMA

Apostaría catorce dientes (¡ay de mí, no tengo más que cuatro!) a que no son catorce. ¿Cuándo llega el día de los Ángeles?

SEÑORA

Dentro de dos semanas.

AMA

Sean pares o nones, ese día, en anocheciendo, cumple Julieta años. ¡Válgame Dios! La misma edad tendrían ella y mi Susana. Pero Susana está en el cielo. No merecía yo tanta dicha. Pues como iba diciendo, cumplirá catorce años la tarde de los Ángeles. ¡Vaya si los cumplirá! Me acuerdo bien. Hace once años, cuando el terremoto, la quitamos el pecho. Jamás confundo aquel día con ningún otro del año. Debajo del palomar, sentada al sol, unté mi pecho con acíbar. Vos y mi amo estabais en Mantua. ¡Me acuerdo tan bien! Pues como digo, la tonta de ella, apenas probó el pecho

ROMEO Y JULIETA

y lo halló tan amargo, ¡qué furiosa se puso contra mí! ¡Temblaba el palomar! Once años van de esto. Ya se tenía en pie, ya corría... tropezando a veces. Por cierto que el día antes se había hecho un chichón en la frente, y mi marido (¡Dios le tenga en gloria!) ¡Con qué gracia levantó a la niña; y le dijo: «Vaya, ¿te has caído de frente? No caerás así cuando te entre el juicio. ¿Verdad, Julieta?» Sí, respondió la inocente limpiándose las lágrimas. El tiempo hace verdades las burlas. Mil años que viviera, me acordaría de esto. «¿No es verdad, Julieta?» y ella lloraba y decía que sí.

SEÑORA

Basta ya. Cállate, por favor te lo pido.

AMA

Me callaré, señora; pero no puedo menos de reírme, acordándome que dijo sí, y creo que tenía en la frente un chichón tamaño como un huevo, y lloraba que no había consuelo para ella.

JULIETA

Cállate ya; te lo suplico.

AMA

Bueno, me callaré. Dios te favorezca, porque eres la niña más hermosa que he criado nunca. ¡Qué grande sería mi placer en verla casada!

JULIETA

Aún no he pensado en tanta honra.

AMA

¡Honra! Pues si no fuera por haberte criado yo a mis pechos, te diría que habías mamado leche de discreción y sabiduría.

SEÑORA

Ya puedes pensar en casarte. Hay en Verona madres de familia menores que tú, y yo misma lo era cuando apenas tenía tu edad. En dos palabras, aspira a tu mano el gallardo París.

AMA

¡Niña mía! ¡Vaya un pretendiente! Si parece de cera.

SEÑORA

No tiene flor más linda la primavera de Verona.

AMA

¡Eso una flor! Sí que es flor, ciertamente.

SEÑORA

Quiero saber si le amarás. Esta noche ha de venir. Verás escrito en su cara todo el amor que te profesa. Fíjate en su rostro y en la armonía de sus

G. SHAKESPEARE

facciones. Sus ojos servirán de comentario a lo que haya de confuso en el libro de su persona. Este libro de amor, desencuadernado todavía, merece una espléndida cubierta. La mar se ha hecho para el pez. Toda belleza gana en contener otra belleza. Los áureos broches del libro esmaltan la áurea narración. Todo lo que él tenga será tuyo. Nada perderás en ser su mujer.

AMA

¿Nada? disparate será el pensarlo.

SEÑORA

Di si podrás llegar a amar a Paris.

JULIETA

Lo pensaré, si es que el ver predispone a amar. Pero el dardo de mis ojos sólo tendrá la fuerza que le preste la obediencia.

(Entra un criado)

CRIADO

Los huéspedes se acercan. La cena está pronta. Os llaman. La señorita hace falta. En la cocina están diciendo mil pestes del ama. Todo está dispuesto. Os suplico que vengáis en seguida.

SEÑORA

Vámonos tras ti, Julieta. El Conde nos espera. Ama Niña, piensa bien lo que haces.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA IV

ROMEO, MERCUTIO, BENVOLIO, Y MÁSCARAS CON TEAS
ENCENDIDAS

ROMEO

¿Pronunciaremos el discurso que traíamos compuesto, o entraremos sin preliminares?

BENVOLIO

Nada de rodeos. Para nada nos hace falta un amorcillo de latón con venda por pañuelo, y con arco, espantapájaros de doncellas. Para nada repetir con el apuntador, en voz medrosa, un prólogo inútil. Mídanos por el compás que quieran, y hagamos nosotros unas cuantas mudanzas de baile.

ROMEO

Dadme una tea. No quiero bailar. El que está a oscuras necesita luz.

MERCUTIO

Nada de eso, Romeo; tienes que bailar.

ROMEO

No por cierto. Vosotros lleváis zapatos de baile, y yo estoy como tres en un zapato, sin poder moverme.

MERCUTIO

Pídele sus alas al amor, y con ellas te levantarás de la tierra.

ROMEO

Sus flechas me han herido de tal modo, que ni siquiera sus plumas bastan para levantarme. Me ha atado de tal suerte, que no puedo pasar la raya de mis dolores. La pesadumbre me ahoga.

MERCUTIO

No has debido cargar con tanto peso al amor, que es muy delicado.

ROMEO

¡Delicado el amor! Antes duro y fuerte y punzante como el cardo.

MERCUTIO

Si es duro, sé tú duro con él. Si te hiere, hiérole tú, y verás cómo se da por vencido. Dadme un antifaz para cubrir mi rostro. ¡Una máscara sobre otra máscara!

BENVOLIO

Llamad a la puerta, y cuando estemos dentro, cada uno baile como pueda.

ROMEO

¡Una antorcha! Yo, imitando la frase de mi abuelo, seré quien lleve la luz en esta empresa, porque el gato escaldado huye del agua.

MERCUTIO

De noche todos los gatos son pardos, como decía muy bien el Condestable. Nosotros te sacaremos de esa caldera de amor en que te escaldaste. ¡Vamos, que la luz se va acabando!

ROMEO

No por cierto.

MERCUTIO

Mientras andamos en vanas palabras, se gastan las antorchas. Entiende tú bien lo que quiero decir.

ROMEO

¿Tienes ganas de entrar en el baile? ¿Crees que eso tiene sentido?

MERCUTIO

¿Y lo dudas?

ROMEO

Tuve anoche un sueño.

MERCUTIO

Y yo otro esta noche.

ROMEO

¿Y a qué se reduce tu sueño?

MERCUTIO

Comprendí la diferencia que hay del sueño a la realidad.

ROMEO

En la cama fácilmente se sueña.

MERCUTIO

Sin duda te ha visitado la reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña como el ágata que brilla en el anillo de un regidor. Su carroza va arrastrada por caballos leves como átomos, y sus radios son patas de tarántula, las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna; huesos de grillo e hilo de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura librea, dos veces más pequeño que el insecto que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro

ROMEO Y JULIETA

discurre de noche y día por cabezas enamoradas, y les hace concebir vanos deseos, y anda por las cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados, y sueñan con procesos. Recorre los labios de las damas, y sueñan con besos. Anda por las narices de los pretendientes, y sueñan que han alcanzado un empleo. Azota con la punta de un rabo de puerco las orejas del cura, produciendo en ellas sabroso cosquilleo, indicio cierto de beneficio o canonjía cercana. Se adhiere al cuello del soldado, y le hace soñar que vence y triunfa de sus enemigos y los degüella con su truculento acero toledano, hasta que oyendo los sones del cercano tambor, se despierta sobresaltado, reza un padrenuestro, y vuelve a dormirse. La reina Mab es quien enreda de noche las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, e infecta el lecho de la cándida virgen, y despierta en ella por primera vez impuros pensamientos.

ROMEO

Basta, Mercutio. No prosigas en esa charla impertinente.

MERCUTIO

De sueños voy hablando, fantasmas de la imaginación dormida, que en su vuelo excede la ligereza de los aires, y es más mudable que el viento.

BENVOLIO

Tú sí que estás arrojando viento y humo por esa boca. Ya nos espera la cena, y no es cosa de llegar tarde.

ROMEO

Demasiado temprano llegaréis. Téme que las estrellas están de mal talante, y que mi mala suerte va a empezarse en este banquete, hasta que llegue la negra muerte a cortar esta inútil existencia. Pero en fin, el piloto de mi nave sabrá guiarla. Adelante, amigos míos.

BENVOLIO

A son de tambores.

ESCENA V

Sala en casa de Capuleto

MÚSICOS Y CRIADOS

CRIADO 1.º

¿Dónde anda Cacerola, que ni limpia un plato, ni nos ayuda en nada?

CRIADO 2.º

¡Qué pena me da ver la cortesía en tan pocas manos, y éstas sucias!

CRIADO 1.º

Fuera los bancos, fuera el aparador. No perdáis de vista la plata. Guardadme un pedazo de pastel. Decid al portero que deje entrar a Elena y a Susana la molinera. ¡Cacerola!

CRIADO 2.º

Aquí estoy, compañero.

CRIADO 1.º

Todos te llaman a comparecer en la sala.

CRIADO 2.º

No puedo estar en dos partes al mismo tiempo. Compañeros, acabad pronto, y el que quede sano, que cargue con todo.

(Entran Capuleto, su mujer, Julieta, Teobaldo, y convidados sin máscaras)

CAPULETO

Celebro vuestra venida. Os invitan al baile los ligeros pies de estas damas. A la danza, jóvenes. ¿Quién se resiste a tan imperiosa tentación? Ni siquiera la que por melindre dice que tiene callos. Bien venidos seáis. En otro tiempo también yo gustaba de enmascararme, y decir al oído de las hermosas secretos que a veces no les desagradaban. Pero el tiempo llevó consigo tales flores. Celebro vuestra venida. Comience la música. ¡Que pasen delante las muchachas! (Comienza el baile). ¡Luz, más luz! ¡Fuera las mesas! Nada de fuego, que harto calor hace. ¡Cómo te agrada el baile, picarillo! Una silla a mi primo, que nosotros no estamos para danzas. ¿Cuándo hemos dejado la máscara?

EL PRIMO DE CAPULETO

¡Dios mío! Hace más de 30 años.

CAPULETO

ROMEO Y JULIETA

No tanto, primo. Si fue cuando la boda de Lucencio. Por Pentecostés hará 25 años.

EL PRIMO DE CAPULETO

Más tiempo hace, porque su hijo ha cumplido los treinta.

CAPULETO

¿Cómo, si, hace dos años, aún no había llegado a la mayor edad?

Romeo (A su criado). Dime, ¿qué dama es la que enriquece la mano de ese galán con tal tesoro? Criado

No la conozco.

ROMEO

El brillo de su rostro afrenta al del sol. No merece la tierra tan soberano prodigio. Parece entre las otras como paloma entre grajos. Cuando el baile acabe, me acercaré a ella, y estrecharé su mano con la mía. No fue verdadero mi antiguo amor, que nunca belleza como ésta vieron mis ojos.

TEOBALDO

Por la voz parece Montesco. (Al criado). Tráeme la espada. ¿Cómo se atreverá ese malvado a venir con máscara a perturbar nuestra fiesta? Juro por los huesos de mi linaje que sin cargo de conciencia le voy a quitar la vida.

CAPULETO

¿Por qué tanta ira, sobrino mío?

TEOBALDO

Sin duda es un Montesco, enemigo jurado de mi casa, que ha venido aquí para burlarse de nuestra fiesta.

CAPULETO

¿Es Romeo?

TEOBALDO

El infame Romeo.

CAPULETO

No más, sobrino. Es un perfecto caballero, y todo Verona se hace lenguas de su virtud, y aunque me dieras cuantas riquezas hay en la ciudad, nunca le ofendería en mi propia casa. Así lo pienso. Si en algo me estimas, ponle alegre semblante, que esa indignación y esa mirada torva no cuadran bien en una fiesta.

TEOBALDO

Cuadra, cuando se introduce en nuestra casa tan ruin huésped. ¡No lo consentiré!

CAPULETO

Si lo consentirás. Te lo mando. Yo sólo tengo autoridad aquí. ¡Pues no faltaba más! ¡Favor divino! ¡Maltratar a mis huéspedes dentro de mi propia casa! ¡Armar quimera con ellos, sólo por echárselas de valiente!

TEOBALDO

Tío, esto es una afrenta para nuestro linaje.

CAPULETO

Lejos, lejos de aquí. Eres un rapaz incorregible. Cara te va a costar la desobediencia. ¡Ea, basta ya! Manos quedas...

Traed luces... Yo te haré estar quedo. ¡Pues esto sólo faltaba! ¡A bailar, niñas!

TEOBALDO

Mis carnes se estremecen en la dura batalla de mi repentino furor y mi ira comprimida. Me voy, porque esta injuria que hoy paso, ha de traer amargas hieles.

ROMEO

(Cogiendo la mano de Julieta). Si con mi mano he profanado tan divino altar, perdonadme. Mi boca borrará la mancha, cual peregrino ruboroso, con un beso.

JULIETA

El peregrino ha errado la senda aunque parece devoto. El palmero sólo ha de besar manos de santo.

ROMEO

¿Y no tiene labios el santo lo mismo que el romero?

JULIETA

Los labios del peregrino son para rezar.

ROMEO

¡Oh, qué santa! Truequen pues de oficio mis manos y mis labios. Rece el labio y concededme lo que pido.

JULIETA

El santo oye con serenidad las súplicas.

ROMEO

Pues oídme serena mientras mis labios rezan, y los vuestros me purifican.

(La besa)

JULIETA

En mis labios queda la marca de vuestro pecado.

ROMEO

ROMEO Y JULIETA

¿Del pecado de mis labios? Ellos se arrepentirán con otro beso.

(Torna a besarla)

JULIETA

Besáis muy santamente.

AMA

Tu madre te llama.

ROMEO

¿Quién es su madre?

AMA

La señora de esta casa, dama tan sabia como virtuosa. Yo crié a su hija, con quien ahora poco estabais hablando.

Mucho dinero necesita quien haya de casarse con ella.

ROMEO

¿Conque es Capuleto? ¡Hado enemigo!

BENVOLIO

Vámonos, que se acaba la fiesta.

ROMEO

Harta verdad es, y bien lo siento.

CAPULETO

No os vayáis tan pronto, amigos. Aún os espera una parca cena ¿Os vais? Tengo que daros a todos las gracias.

Buenas noches, hidalgos. ¡Luces, luces, aquí! Vámonos a acostar. Ya es muy tarde, primo mío. Vámonos a dormir.

(Quedan solas Julieta y el Ama)

JULIETA

Ama, ¿sabes quién es este mancebo?

AMA

El mayorazgo de Fiter.

JULIETA

¿Y aquel otro que sale?

AMA

El joven Petrucio, si no me equivoco.

JULIETA

¿Y el que va detrás... aquel que no quiere bailar?

AMA

Lo ignoro.

JULIETA

G. SHAKESPEARE

Pues trata de saberlo. Y si es casado, el sepulcro será mi lecho de bodas.

AMA

Es Montesco, se llama Romeo, único heredero de esa infame estirpe.

JULIETA

¡Amor nacido del odio, harto pronto te he visto, sin conocerte! ¡Harto tarde te he conocido! Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al único hombre a quien debo aborrecer.

AMA

¿Qué estás diciendo?

JULIETA

Versos, que me dijo uno bailando.

AMA

Te están llamando. Ya va. No te detengas, que ya se han ido todos los huéspedes.

EL CORO

Ved cómo muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y cómo la sustituye una pasión nueva. Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. Él, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el cebo sabroso del amor. Ni él ni ella pueden declarar su anhelo. Pero la pasión buscará medios y ocasión de manifestarse.

ROMEO Y JULIETA

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Plaza pública, cerca del jardín de Capuleto.

ROMEO, BENVOLIO Y MERCUTIO

ROMEO

¿Cómo me he de ir de aquí, si mi corazón queda en esas tapias, y mi cuerpo inerte viene a buscar su centro?

BENVOLIO

¡Romeo, primo mío!

MERCUTIO

Sin duda habrá recobrado el juicio e ídose a acostar.

BENVOLIO

Para acá viene: le he distinguido a lo lejos saltando la tapia de una huerta. Dadle voces, Mercutio.

MERCUTIO

Le voy a exorcizar como si fuera el diablo. ¡Romeo, amante insensato, esclavo de la pasión! Ven en forma de suspiro amoroso: respóndeme con un verso solo en que aconsonen bien los desdenes, y donde eches un requiebro a la madre del amor y al niño ciego, que hirió con sus dardos al rey Cofetua, y le hizo enamorarse de una pobre zagala. ¿Ves? no me contesta ni da señales de vida. Conjúrote por los radiantes ojos, y por la despejada frente, y por los róseos labios, y por el breve pie y los llenos muslos de Rosalía, que te aparezcas en tu verdadera forma.

BENVOLIO

Se va a enfadar, si te oye.

MERCUTIO

Verás cómo no; se enfadaría, si me empeñase en encerrar a un demonio en el círculo de su dama, para que ella le conjurase; pero ahora veréis cómo no se enfada con tan santa y justa invocación, como es la del nombre de su amada.

BENVOLIO

Sígueme; se habrá escondido en esas ramas para pasar la noche. El amor como es ciego, busca tinieblas. Mercutio Si fuera ciego, erraría casi siempre

G. SHAKESPEARE

sus tiros^{1*}. Buenas noches, Romeo. Voyme a acostar, porque la yerba está demasiado fría para dormir. ¿Vámonos ya?

BENVOLIO

Vamos, ¿a qué empeñarnos en buscar al que no quiere ser encontrado?

1*

ROMEO Y JULIETA

ESCENA II

Jardín de Capuleto

ROMEO

¡Qué bien se burla del dolor ajeno quien nunca sintió dolores...! (Pónese Julieta a la ventana). ¿Pero qué luz es la que asoma por allí? ¿El sol que sale ya por los balcones de oriente? Sal, hermoso sol, y mata de envidia con tus rayos a la luna, que está pálida y ojeriza porque vence tu hermosura cualquier ninfa de tu coro. Por eso se viste de amarillo color. ¡Qué necio el que se arree con sus galas marchitas! ¡Es mi vida, es mi amor el que aparece! ¿Cómo podría yo decirle que es señora de mi alma? Nada me dijo. Pero ¿qué importa? Sus ojos hablarán, y yo responderé. ¡Pero qué atrevimiento es el mío, si no me dijo nada! Los dos más hermosos luminares del cielo la suplican que les sustituya durante su ausencia. Si sus ojos resplandecieran como astros en el cielo, bastaría su luz para ahogar los restantes como el brillo del sol mata el de una antorcha. Tal torrente de luz brotaría de sus ojos, que haría despertar a las aves a media noche, y entonar su canción como si hubiese venido la aurora! Ahora pone la mano en la mejilla. ¿Quién pudiera tocarla como el guante que la cubre?

JULIETA

¡Ay de mí!

ROMEO

¡Habló! Vuelvo a sentir su voz. ¡Ángel de amores que en medio de la noche te me apareces, cual nuncio de los cielos a la atónita vista de los mortales, que deslumbrados le miran traspasar con vuelo rapidísimo las esferas, y mecerse en las alas de las nubes!

JULIETA

¡Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? ¿Por qué no reniegas del nombre de tu padre y de tu madre? Y si no tienes valor para tanto, ámame, y no me tendré por Capuleto.

ROMEO

¿Qué hago, seguirla oyendo o hablar?

JULIETA

No eres tú mi enemigo. Es el nombre de Montesco, que llevas. ¿Y qué quiere decir Montesco? No es pie ni mano ni brazo, ni semblante

ni pedazo alguno de la naturaleza humana. ¿Por qué no tomas otro nombre? La rosa no dejaría de ser rosa, y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo. De igual suerte mi querido Romeo, aunque tuviese otro nombre, conservaría todas las buenas cualidades de su alma, que no le vienen por herencia. Deja tu nombre, Romeo, y en cambio de tu nombre, que no es cosa alguna sustancial, toma toda mi alma.

ROMEO

Si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo, y que he perdido el nombre de Romeo.

JULIETA

¿Y quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?

ROMEO

No sé de cierto mi nombre, porque tú aborreces ese nombre, amada mía, y si yo pudiera, lo arrancarí de mi pecho.

JULIETA

Pocas palabras son las que aún he oído de esa boca, y sin embargo te reconozco. ¿No eres Romeo? ¿No eres de la familia de los Mostescos?

ROMEO

No seré ni una cosa ni otra, ángel mío, si cualquiera de las dos te enfada.

JULIETA

¿Cómo has llegado hasta aquí, y para qué? Las paredes de esta huerta son altas y difíciles de escalar, y aquí podrías tropezar con la muerte, siendo quien eres, si alguno de mis parientes te hallase.

ROMEO

Las paredes salté con las alas que me dio el amor, ante quien no resisten aun los muros de roca. Ni siquiera a tus parientes temo.

JULIETA

Si te encuentran, te matarán.

ROMEO

Más homicidas son tus ojos, diosa mía, que las espadas de veinte parientes tuyos. Mírame sin enojos, y mi cuerpo se hará invulnerable.

JULIETA

Yo daría un mundo porque no te descubrieran.

ROMEO

ROMEO Y JULIETA

De ellos me defiende el velo tenebroso de la noche. Más quiero morir a sus manos, amándome tú, que esquivarlos y salvarme de ellos, cuando me falte tu amor.

JULIETA

¿Y quién te guió aquí?

ROMEO

El amor que me dijo dónde vivías. De él me aconsejo, él guió mis ojos que yo le había entregado. Sin ser nauchero, te juro que navegaría hasta la playa más remota de los mares por conquistar joya tan preciada.

JULIETA

Si el manto de la noche no me cubriera, el rubor de virgen subiría a mis mejillas, recordando las palabras que esta noche me has oído. En vano quisiera corregirlas o desmentirlas... ¡Resistencias vanas! ¿Me amas? Sé que me dirás que sí, y que yo lo creeré. Y sin embargo podrías faltar a tu juramento, porque dicen que Jove se ríe de los perjuros de los amantes. Si me amas de veras, Romeo, dílo con sinceridad, y si me tienes por fácil y rendida al primer ruego, dímelo también, para que me ponga esquivada y ceñuda, y así tengas que rogarme. Mucho te quiero, Montesco, mucho, y no me tengas por liviana, antes he de ser más firme y constante que aquellas que padecen desdeñosas porque son astutas. Te confesaré que más disimulo hubiera guardado contigo, si no me hubieses oído aquellas palabras que, sin pensarlo yo, te revelaron todo el ardor de mi corazón. Perdóname, y no juzgues ligereza este rendirme tan pronto. La soledad de la noche lo ha hecho.

ROMEO

Júrote, amada mía, por los rayos de la luna que platean la copa de estos árboles...

JULIETA

No jures por la luna, que en su rápido movimiento cambia de aspecto cada mes. No vayas a imitar su inconstancia.

ROMEO

¿Pues por quién juraré?

JULIETA

No hagas ningún juramento. Si acaso, jura por ti mismo, por tu persona que es el dios que adoro y en quien he de creer.

ROMEO

¡Ojalá que el fuego de mi amor...!

JULIETA

No jures. Aunque me llene de alegría el verte, no quiero esta noche oír tales promesas que parecen violentas y demasiado rápidas. Son como el rayo que se extingue, apenas aparece. Aléjate ahora: quizá cuando vuelvas haya llegado a abrirse, animado por las brisas del estío, el capullo de esta flor. Adiós, y ojalá aliente tu pecho en tan dulce calma como el mío!

ROMEO

¿Y no me das más consuelo que ése?

JULIETA

¿Y qué otro puedo darte esta noche?

ROMEO

Tu fe por la mía.

JULIETA

Antes te la di que tú acertaras a pedírmela. Lo que siento es no poder dártela otra vez.

ROMEO

¿Pues qué? ¿Otra vez quisieras quitármela?

JULIETA

Sí, para dártela otra vez, aunque esto fuera codicia de un bien que tengo ya. Pero mi afán de dártelo todo es tan profundo y tan sin límite como los abismos de la mar. ¡Cuanto más te doy, más quisiera darte!... Pero oigo ruido dentro. ¡Adiós! no engañes mi esperanza... Ama, allá voy... Guárdame fidelidad, Montesco mío. Espera un instante, que vuelvo en seguida.

ROMEO

¡Noche, deliciosa noche! Sólo temo que, por ser de noche, no pase todo esto de un delicioso sueño.

JULIETA

(Asomada otra vez a la ventana). Sólo te diré dos palabras. Si el fin de tu amor es honrado, si quieres casarte, avisa mañana al mensajero que te enviaré, de cómo y cuándo quieres celebrar la sagrada ceremonia. Yo te sacrificaré mi vida e iré en pos de ti por el mundo.

AMA (Llamando dentro). ¡Julieta!

JULIETA

ROMEO Y JULIETA

Ya voy. Pero si son torcidas tus intenciones, suplíctote que...

AMA

¡Julieta!

JULIETA

Ya corro... Suplíctote que desistas de tu empeño, y me dejes a solas con mi dolor. Mañana irá el mensajero...

ROMEO

Por la gloria...

JULIETA

Buenas noches.

ROMEO

No. ¿Cómo han de ser buenas sin tus rayos? El amor va en busca del amor como el estudiante huyendo de sus libros, y el amor se aleja del amor como el niño que deja sus juegos para tornar al estudio.

JULIETA

(Otra vez a la ventana). ¡Romeo! ¡Romeo! ¡Oh, si yo tuviese la voz del cazador de cetrería, para llamar de lejos a los halcones! Si yo pudiera hablar a gritos, penetraría mi voz hasta la gruta de la ninfa Eco, y llegaría a ensordecerla repitiendo el nombre de mi Romeo.

ROMEO

¡Cuán grato suena el acento de mi amada en la apacible noche, protectora de los amantes! Más dulce es que música en oído atento.

JULIETA

¡Romeo!

ROMEO

¡Alma mía!

JULIETA

¿A qué hora irá mi criado mañana?

ROMEO

A las nueve.

JULIETA

No faltará. Las horas se me harán siglos hasta que esa llegue. No sé para qué te he llamado.

ROMEO

¡Déjame quedar aquí hasta que lo pienses!

JULIETA

G. SHAKESPEARE

Con el contento de verte cerca me olvidaré eternamente de lo que pensaba, recordando tu dulce compañía.

ROMEO

Para que siga tu olvido no he de irme.

JULIETA

Ya es de día. Vete... Pero no quisiera que te alejaras más que el breve trecho que consiente alejarse al pajarillo la niña que le tiene sujeto de una cuerda de seda, y que a veces le suelta de la mano, y luego le coge ansiosa, y le vuelve a soltar...

ROMEO

¡Ojalá fuera yo ese pajarillo!

JULIETA

¿Y que quisiera yo sino que lo fueras? aunque recelo que mis caricias habían de matarte. ¡Adiós, adiós! Triste es la ausencia y tan dulce la despedida, que no sé cómo arrancarme de los hierros de esta ventana.

ROMEO

¡Qué el sueño descanse en tus dulces ojos y la paz en tu alma! ¡Ojalá fuera yo el sueño, ojalá fuera yo la paz en que se duerme tu belleza! De aquí voy a la celda donde mora mi piadoso confesor, para pedirle ayuda y consejo en este trance.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA III

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y ROMEO

FRAY LORENZO

Ya la aurora se sonríe mirando huir a la oscura noche. Ya con sus rayos dora las nubes de oriente. Huye la noche con perezosos pies, tropezando y cayendo como un beodo, al ver la lumbre del sol que se despierta y monta en el carro de Titán. Antes que tienda su dorada lumbre, alegrando el día y enjugando el llanto que vertió la noche, he de llenar este cesto de bien olientes flores y de yerbas primorosas. La tierra es a la vez cuna y sepultura de la naturaleza, y su seno educa y nutre de varia condición, pero ninguno tan falto de virtud que no de alimento o remedio o solaz al hombre. Extrañas son las virtudes que derramó la pródiga mano de la naturaleza, en piedras, plantas y yerbas. No hay ser inútil sobre la tierra, por vil y despreciable que parezca. Por el contrario, el ser más noble, si se emplea con mal fin, es dañino y abominable. El bien mismo se trueca en mal y el valor en vicio, cuando no sirve a un fin virtuoso. En esta flor que nace duermen escondidos a la vez medicina y veneno: los dos nacen del mismo origen, y su olor comunica deleite y vida a los sentidos, pero si se aplica al labio, esa misma flor tan aromosa mata el sentido. Así es el alma humana; dos monarcas imperan en ella, uno la humildad, otro la pasión; cuando ésta predomina, un gusano roedor consume la planta.

ROMEO

Buenos días, padre.

FRAY LORENZO

Él sea en tu guarda. ¿Quién me saluda con tan dulces palabras, al apuntar el día? Levantado y a tales horas, revela sin duda intranquilidad de conciencia, hijo mío. En las pupilas del anciano viven los cuidados veladores, y donde reina la inquietud ¿cómo habitará el sosiego? Pero en lecho donde reposa la juventud ajena de todo pesar y duelo, infunde en los miembros deliciosa calma el blanco sueño. Tu visita tan de mañana me indica que alguna triste ocasión te hace abandonar tan pronto el lecho. Y si no... será que has pasado la noche desvelado.

ROMEO

¡Eso es, y descansé mejor que dormido!

FRAY LORENZO

Perdónete Dios. ¿Estuviste con Rosalía?

ROMEO

¿Con Rosalía? Ya su nombre no suena dulce en mis oídos, ni pienso en su amor.

FRAY LORENZO

Bien haces. Luego ¿dónde estuviste?

ROMEO

Te lo diré sin ambages. En la fiesta de nuestros enemigos los Capuletos, donde a la vez herí y fui herido. Sólo tus manos podrán sanar a uno y otro contendiente. Y con esto verás que no conservo rencor a mi adversario, puesto que intercedo por él como si fuese amigo mío.

FRAY LORENZO

Dime con claridad el motivo de tu visita, si es que puedo ayudarte en algo.

ROMEO

Pues te diré en dos palabras que estoy enamorado de la hija del noble Capuleto, y que ella me corresponde con igual amor. Ya está concertado todo: sólo falta que vos bendigais esta unión. Luego os diré con más espacio dónde y cómo nos conocimos y nos juramos constancia eterna. Ahora lo que importa es que nos caséis al instante.

FRAY LORENZO

¡Por vida de mi padre San Francisco! ¡Qué pronto olvidaste a Rosalía, en quien cifrabas antes tu cariño! El amor de los jóvenes nace de los ojos y no del corazón; ¡Cuánto lloraste por Rosalía! y ahora tanto amor y tanto enojo se ha disipado como el eco. Aún no ha disipado el sol los vapores de tu llanto. Aún resuenan en mis oídos tus quejas. Aún se ven en tu rostro las huellas de antiguas lágrimas. ¿No decías que era más bella y gentil que ninguna? y ahora te has mudado. ¡Y luego acusáis de inconstantes a las mujeres! ¿Cómo buscáis firmeza en ellas, si vosotros les dais el ejemplo de olvidar?

ROMEO

¿Pero vos no reprobabais mi amor por Rosalía?

FRAY LORENZO

Yo no reprobaba tu amor, sino tu idolatría ciega.

ROMEO Y JULIETA

ROMEO

¿Y no me dijisteis que hiciera todo lo posible por ahogar ese amor?

FRAY LORENZO

Pero no para que de la sepultura de ese amor brotase otro amor nuevo y más ardiente.

ROMEO

No os enojéis conmigo, porque mi señora me quiere tanto como yo a ella y con su amor responde al mío, y la otra no.

FRAY LORENZO

Es que Rosalía quizás adivinara la ligereza de tu amor. Ven conmigo, inconstante mancebo. Yo te ayudaré a conseguir lo que deseas para que esta boda sea lazo de amistad que extinga el rencor de vuestras familias.

ROMEO

Vamos, pues, sin detenernos.

FRAY LORENZO

Vamos con calma para no tropezar.

ESCENA IV

Calle

BENVOLIO Y MERCUTIO

MERCUTIO

¿Dónde estará Romeo? ¿Pareció anoche por su casa?

BENVOLIO

Por casa de su padre no estuvo. Así me lo ha dicho su criado.

MERCUTIO

¡Válgame Dios! Esa pálida muchachuela, esa Rosalía de duras entrañas acabará por tornarle loco.

BENVOLIO

Teobaldo, el primo de Capuleto, ha escrito una carta al padre de Romeo.

MERCUTIO

Sin duda será cartel de desafío.

BENVOLIO

Pues Romeo es seguro que contestará.

MERCUTIO

Todo el mundo puede responder a una carta.

BENVOLIO

Quiero decir que Romeo sabrá tratar como se merece al dueño de la carta.

MERCUTIO

¡Pobre Romeo! Esa rubia y pálida niña le ha atravesado el corazón a estocadas, le ha traspasado los oídos con una canción de amor, y el centro del alma con las anchas flechas del volador Cupido... ¿Y quién resistirá a Teobaldo?

BENVOLIO

¿Quién es Teobaldo?

MERCUTIO

Algo más que el rey de los gatos; es el mejor y más diestro esgrimidor. Maneja la espada como tú la lengua, guardando tiempo, distancia y compás. Gran cortador de ropillas. Espadachín, espadachín de profesión, y muy enterado del inmortal passato, del punto reverso y

ROMEO Y JULIETA

del par.

BENVOLIO

¿Y qué quieres decir con eso?

MERCUTIO

Mala landre devore a esos nuevos elegantes que han venido con gestos y cortesías a reformar nuestras antiguas costumbres. «¡Qué buena espada, qué buen mozo, qué hermosa mujer!» Decidme, abuelos míos, ¿no es mala vergüenza que estemos llenos de estos moscones extranjeros, estos pardonez moi, tan ufanos con sus nuevas galas y tan despreciadores de lo antiguo? ¡Oh, necedad insigne!

(Sale Romeo)

BENVOLIO

¡Aquí tienes a Romeo! ¡Aquí tienes a Romeo!

MERCUTIO

Bien roma trae el alma. No eres carne ni pescado. ¡Oh materia digna de los versos del Petrarca! Comparada con su amor Laura era una fregona, sino que tuvo mejor poeta que la celebrese; Dido una zagala, Cleopatra una gitana, Hero y Elena dos rameras, y Tisbe, a pesar de sus negros ojos, no podría competir con la suya. Bon jour, Romeo. Saludo francés corresponde a vuestras calzas francesas. Anoche nos dejaste en blanco.

ROMEO

¿Qué dices de dejar en blanco?

MERCUTIO

Que te despediste a la francesa. ¿Lo entiendes ahora?

ROMEO

Perdón. Mercutio. Tenía algo que hacer, y no estaba el tiempo para cortesías.

MERCUTIO

¿De suerte que tú también las usas a veces y doblas las rodillas?

ROMEO

Luego no soy descortés, porque eso es hacer genuflexiones.

MERCUTIO

Dices bien.

ROMEO

Pero aquello de que hablábamos es cortesía y no genuflexión.

MERCUTIO

G. SHAKESPEARE

Es que yo soy la flor de la cortesía.

ROMEO

¿Cómo no dices la flor y nata?

MERCUTIO

Porque la nata la dejo para ti^{2*}.

ROMEO

Cállate.

MERCUTIO

¿Y no es mejor esto que andar en lamentaciones exóticas? Ahora te reconozco: eres Romeo, nuestro antiguo y buen amigo. Andabas hecho un necio con ese amor insensato.

(Salen Pedro y el Ama)

MERCUTIO

Vela, vela.

BENVOLIO

Y son dos: una saya y un sayal.

AMA

¡Pedro!

PEDRO

¿Qué?

AMA

Tráeme el abanico.

MERCUTIO

Dáselo, Pedro, que siempre será más agradable mirar su abanico que su cara.

AMA

Buenas tardes, señores.

MERCUTIO

Buenas tardes, hermosa dama.

AMA

¿Pues hemos llegado a la tarde?

MERCUTIO

No, pero la mano lasciva del reloj está señalando las doce.

AMA

^{2*} Siguen otros juegos de palabras difíciles de poner en castellano so pena de sustituir otros.

ROMEO Y JULIETA

¡Jesús, qué hombre!

MERCUTIO

Un hombre que Dios crió, para que luego echase él mismo a perder la obra divina.

AMA

Bien dicho. Para que echase su obra a perder... ¿Pero me podría decir alguno de vosotros dónde está el joven Romeo?

ROMEO

Yo te lo podré decir, y por cierto que ese joven será ya más viejo cuando le encontreis, que cuando empezabais a buscarlo. Yo soy Romeo, a falta de otro más joven.

AMA

¿Lo decís de veras?

MERCUTIO

¿Conque a falta de otro mejor, os parece joven? Discretamente lo entendéis.

AMA

Si verdaderamente sois Romeo, tengo que deciros secretamente una palabra.

BENVOLIO

Si querrá citarle para esta noche...

MERCUTIO

¿Es una alcahueta, una perra?... ¡Oh, oh!...

ROMEO

¿Qué ruido es ese?

MERCUTIO

No es que haya encontrado yo ninguna liebre, ni es cosa de seguir la liebre, aunque como dice el cantar: «En cuaresma bien se puede comer una liebre vieja, pero tan vieja llega a podrirse, si se la guarda, que no hay quien la pueda mascar». ¿Vas a casa de tu padre, Romeo? Allá iremos a comer.

ROMEO

Voy con vosotros.

MERCUTIO

Adiós, hermosa vieja; hermosa, hermosa, hermosa.

(Vanse él y Benvolio)

AMA

G. SHAKESPEARE

Bendito sea Dios, que ya se fue éste. ¿Me podríais decir (a Romeo) quién es este majadero, tan pagado de sus chistes?

ROMEO

Ama, es un amigo mío que se escucha a sí mismo y gusta de reírse sus gracias y que habla más en una hora que lo que escuchas tú en un mes.

AMA

Pues si se atreve a hablar mal de mí, él me lo pagará, aunque vengan en su ayuda otros veinte de su calaña. Y si yo misma no puedo, otros sacarán la cara por mí. Pues no faltaba más. ¡El grandísimo impertinente! ¿Si creerá que yo soy una mujer de esas?... Y tú (a Pedro) que estás ahí tan reposado, y dejas que cualquiera me insulte.

PEDRO

Yo no he visto que nadie os insulte, porque si lo viera, no tardaría un minuto en sacar mi espada. Nadie me gana en valor cuando mi causa es justa, y cuando me favorece la ley.

AMA

¡Válgame Dios! todavía me dura el enojo y las carnes me tiemblan... Una palabra sola, caballero. Corno iba diciendo, mi señorita me manda con un recado para vos. No voy a repetiros todo lo que me ha dicho. Pero si vuestro objeto es engañarla, ciertamente que será cosa indigna, porque mi señorita es una muchacha joven, y el engañarla sería muy mala obra, y no tendría perdón de Dios.

ROMEO

Ama, puedes jurar a tu señora que...

AMA

¡Bien, bien, así se lo diré, y ha de alegrarse mucho!...

ROMEO

¿Y qué le va a decir, si todavía no me has oído nada?

AMA

Le diré que protestáis, lo cual, a fe mía, es obrar como caballero.

ROMEO

Dile que invente algún pretexto para ir esta tarde a confesarse al convento de fray Lorenzo, y él nos confesará y casará. Toma este regalo.

AMA

No aceptaré ni un dinero, señor mío.

ROMEO Y JULIETA

ROMEO

Yo te lo mando.

AMA

¿Conque esta tarde? Pues no faltará.

ROMEO

Espérame detrás de las tapias del convento, y antes de una hora, mi criado te llevará una escala de cuerdas para poder yo subir por ella hasta la cima de mi felicidad. Adiós y seme fiel. Yo te lo premiaré todo. Mis recuerdos a Julieta.

AMA

Bendito seáis. Una palabra más.

ROMEO

¿Qué, ama?

AMA

¿Es de fiar vuestro criado? ¿Nunca oísteis que a nadie fía sus secretos el varón prudente?

ROMEO

Mi criado es fiel como el oro.

AMA

Bien, caballero. No hay señorita más hermosa que la mía. ¡Y si la hubierais conocido cuando pequeña!... ¡Ah! Por cierto que hay en la ciudad un tal Paris que de buena gana la aboraría. Pero ella, bendita sea su alma, más quisiera a un sapo feísimo que a él. A veces me divierto en enojarla, diciéndole que Paris es mejor mozo que vos, y ¡si vierais cómo se pone entonces! Más pálida que la cera. Decidme ahora: ¿Romero y Romeo no tienen la misma letra inicial?

ROMEO

Verdad es que ambos empiezan por R.

AMA

Eso es burla. Yo sé que vuestro nombre empieza con otra letra menos áspera... ¡Si vierais qué graciosos equívocos hace con vuestro nombre y con Romero! Gusto os diera oírlo.

ROMEO

Recuerdos a Julieta.

AMA

Sí que se los daré mil veces. ¡Pedro!

PEDRO

G. SHAKESPEARE

¡Qué!

AMA

Torna el abanico, y guíame.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA V

Jardín de Capuleto

JULIETA Y EL AMA

JULIETA

Las nueve eran cuando envié al ama, y dijo que antes de media hora volvería. ¿Si no lo habrá encontrado? ¡Pero sí! ¡Qué torpe y perezosa! Sólo el pensamiento debiera ser nuncio del amor. Él corre más que los rayos del sol cuando ahuyentan las sombras de los montes. Por eso pintan al amor con alas. Ya llega el sol a la mitad de su carrera. Tres horas van pasadas desde las nueve a las doce, y no vuelve todavía. Si ella tuviese sangre juvenil y alma, volvería con las palabras de su boca; pero la vejez es pesada como un plomo. (Salen el Ama y Pedro). ¡Gracias a Dios que viene! Ama mía, querida ama... ¿Qué noticias traes? ¿Hablaste con él? Que se vaya Pedro.

AMA

Vete, Pedro.

JULIETA

Y bien, ama querida. ¡Qué triste estás! ¿Acaso traes malas noticias? Dímelas, a lo menos, con rostro alegre. Y si son buenas, no las eches a perder con esa mirada torva.

AMA

Muy fatigada estoy. ¡Qué quebrantados están mis huesos!

JULIETA

¡Tuvieras tus huesos tú y yo mis noticias! Habla por Dios, ama mía.

AMA

¡Señor, qué prisa! Aguarda un poco. ¿No me ves sin aliento?

JULIETA

¿Cómo sin aliento, cuándo te sobra para decirme que no lo tienes? Menos que en volverlo a decir, tardarías en darme las noticias. ¿Las traes buenas o malas?

AMA

¡Qué mala elección de marido has tenido! ¡Vaya, que el tal Romeo! Aunque tenga mejor cara que los demás, todavía es mejor su pie y su

mano y su gallardía. No diré que la flor de los cortesanos, pero tengo para mí que es humilde como una oveja. ¡Bien has hecho, hija! y que Dios te ayude. ¿Has comido en casa?

JULIETA

Calla, calla; eso ya me lo sabía yo. ¿Pero qué hay de la boda? dímelo.

AMA

¡Jesús! ¡Qué cabeza la mía! Pues, y la espalda... ¡Cómo me mortifican los riñones! ¡La culpa es tuya que me haces andar por esos andurriales, abriéndome la sepultura antes de tiempo. Julieta Mucho, siento tus males, pero acaba de decirme, querida ama, lo que te contestó mi amor. Ama Habló como un caballero lleno de discreción y gentileza; puedes creerme. ¿Dónde está tu madre? Julieta ¿Mi madre? Allá dentro. ¡Vaya una pregunta! Ama ¡Válgame Dios! ¿Te enojas conmigo? ¡Buen emplasto para curar mis quebraduras! Otra vez vas tú misma a esas comisiones.

JULIETA

Pero ¡qué confusión! ¿Qué es en suma lo que te dijo Romeo?

AMA

¿Te dejarán ir sola a confesar?

JULIETA

Sí.

AMA

Pues allí mismo te casarás. Vete a la celda de fray Lorenzo. Ya se cubren de rubor tus mejillas con tan sencilla nueva.

Vete al convento. Yo, iré por otra parte a buscar la escalera, con que tu amante ha de escalar el nido del amor. A la celda, pues, y yo a comer.

JULIETA

¡Y yo a mi felicidad! ama mía.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA VI

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y ROMEO

FRAY LORENZO

¡El cielo mire con buenos ojos la ceremonia que vamos a cumplir, y no nos castigue por ella en adelante!

ROMEO

¡Así sea, así sea! Pero por muchas penas que vengan no bastarán a destruir la impresión de este momento de ventura. Junta nuestras manos, y con tal que yo pueda llamarla mía, no temeré ni siquiera a la muerte, verdugo del amor.

FRAY LORENZO

Nada violento es duradero: ni el placer ni la pena: ellos mismos se consumen como el fuego y la pólvora al usarse. La excesiva dulcedumbre de la miel empalaga al labio. Ama, pues, con templanza. Aquí está la dama: (sale Julieta) su piel es tan leve que no desgastará nunca la eterna roca; tan ligera que puede correr sobre las telas de araña sin romperlas.

JULIETA

Buenas tardes, reverendo confesor.

FRAY LORENZO

Romeo te dará las gracias en nombre de los dos.

JULIETA

Por eso le he incluido en el saludo. Si no, pecaría él de exceso de cortesía.

ROMEO

¡Oh, Julieta! Si tu dicha es como la mía y puedes expresarla con más arte, alegría con tus palabras el aire de este aposento y deja que tu voz proclame la ventura que hoy agita el alma de los dos.

JULIETA

El verdadero amor es más pródigo de obras que de palabras: más rico en la esencia que en la forma. Sólo el pobre cuenta su caudal. Mi tesoro es tan grande que yo no podría contar ni siquiera la mitad.

FRAY LORENZO

G. SHAKESPEARE

Acabemos pronto. No os dejaré solos hasta que os llegue la bendición nupcial.

ROMEO Y JULIETA

ACTO III ESCENA PRIMERA

Plaza de Verona

MERCUTIO, BENVOLIO

BENVOLIO

Amigo Mercutio, pienso que debíamos refrenarnos, porque hace mucho calor, y los Capuletos andan encalabrados, y ya sabes que en verano hierve mucho la sangre.

MERCUTIO

Tú eres uno de esos hombres que cuando entran en una taberna, ponen la espada sobre la mesa, como diciendo: «ojalá que no te necesite», y luego, a los dos tragos, la sacan, sin que nadie les provoque.

BENVOLIO

¿Dices que yo soy de éstos?

MERCUTIO

Y de los más temibles espadachines de Italia, tan fácil de entrar en cólera como de provocar a los demás.

BENVOLIO

¿Por qué dices eso?

MERCUTIO

Si hubiera otro como tú, pronto os mataríais. Capaz eres de reñir por un solo pelo de la barba. Donde nadie vería ocasión de camorra, la ves tú. Llena está de riña tu cabeza, como de yema un huevo, y eso que a porrazos te han puesto tan blanda como una yema, la cabeza. Reñiste con uno porque te vio en la calle y despertó a tu perro que estaba durmiendo al sol. Y con un sastre porque estrenó su ropa nueva antes de Pascua, y con otro porque ataba sus zapatos con cintas viejas. ¿Si vendrás tú a enseñarme moderación y prudencia?

BENVOLIO

Si yo fuera tan camorrista como tú, ¿quién me aseguraría la vida ni siquiera un cuarto de hora?... Mira, aquí vienen los

CAPULETOS.

Mercutio

¿Y qué se me da a mí, vive Dios?

G. SHAKESPEARE

(Teobaldo y otros)

TEOBALDO

Estad cerca de mí, que tengo que decirles dos palabras. Buenas tardes, hidalgos. Quisiera hablar con uno de vosotros.

MERCUTIO

¿Hablar sólo? Más valiera que la palabra viniese acompañada de algo, v. g., de un golpe.

TEOBALDO

Hidalgo, no dejaré de darle si hay motivo.

MERCUTIO

¿Y no podéis encontrar motivo sin que os lo den?

TEOBALDO

Mercutio, tú estás de acuerdo con Romeo.

MERCUTIO

¡De acuerdo! ¿Has creído que somos músicos? Pues aunque lo seamos, no dudes que en esta ocasión vamos a desafinar. Yo te haré bailar con mi arco de violín. ¡De acuerdo! ¡Válgame Dios!

BENVOLIO

Estamos entre gentes. Buscad pronto algún sitio retirado, donde satisfaceros, o desocupad la calle, porque todos nos están mirando.

MERCUTIO

Para eso tienen ojos. No me voy de aquí por dar gusto a nadie.

TEOBALDO

Adiós, señor. Aquí está el doncel que buscábamos.

(Entra Romeo)

MERCUTIO

Mátenme si él lleva los colores de vuestro escudo. Aunque de fijo os seguirá al campo, y por eso le llamáis doncel.

TEOBALDO

Romeo, sólo una palabra me consiente decirte el odio que te profeso. Eres un infame.

ROMEO

Teobaldo, tales razones tengo para quererte que me hacen perdonar hasta la bárbara grosería de ese saludo. Nunca he sido infame. No me conoces. Adiós.

TEOBALDO

ROMEO Y JULIETA

Mozuelo imberbe, no intentes cobardemente excusar los agravios que me has hecho. No te vayas, y defiéndete.

ROMEO

Nunca te agravié. Te lo afirmo con juramento. Al contrario hoy te amo más que nunca, y quizá sepas pronto la razón de este cariño. Vete en paz, buen Capuleto, nombre que estimo tanto como el mío.

MERCUTIO

¡Qué extraña cobardía! Decídanlo las estocadas. Teobaldo, espada-chín, ¿quieres venir conmigo?

TEOBALDO

¿Qué me quieres?

MERCUTIO

Rey de los gatos, sólo quiero una de tus siete vidas, y luego aporrearte a palos las otras seis. ¿Quieres tirar de las orejas a tu espada, y sacarla de la vaina? Anda presto, porque si no, la mía te calentará tus orejas antes que la saques.

TEOBALDO

Soy contigo.

ROMEO

Detente, amigo Mercutio.

MERCUTIO

Adelante, hidalgo. Enseñadme ese quite.

(Se baten)

ROMEO

Saca la espada, Benvolio. Separémoslos. ¡Qué afrenta, hidalgos! ¡Oíd, Teobaldo! ¡Oye, Mercutio! ¿No sabéis que el Príncipe ha prohibido sacar la espada en las calles de Verona? Deteneos, Teobaldo y Mercutio.

(Se van Teobaldo y sus amigos)

MERCUTIO

Mal me han herido. ¡Mala peste a Capuletos y Montescos! Me hirieron y no los herí.

ROMEO

¿Te han herido?

MERCUTIO

Un arañazo, nada más, un arañazo, pero necesita cura. ¿Dónde está mi paje, para que me busque un cirujano?

G. SHAKESPEARE

(Se va el paje)

ROMEO

No temas. Quizá sea leve la herida.

MERCUTIO

No es tan honda como un pozo, ni tan ancha como el pórtico de una iglesia, pero basta. Si mañana preguntas por mí, verásme tan calado como un muerto. Ya estoy escabechado para el otro mundo. Mala landre devore a vuestras dos familias. ¡Vive Dios! ¡Qué un perro, una rata, un ratón, un gato mate así a un hombre! Un matón, un pícaro, que pelea contra los ángulos y reglas de la esgrima. ¿Para qué te pusiste a separarnos? Por debajo de tu brazo me ha herido.

ROMEO

Fue con buena intención.

MERCUTIO

Llévame de aquí, Benvolio, que me voy a desmayar. ¡Mala landre devore a entrambas casas! Ya soy una gusanera. ¡Maldita sea la discordia de Capuletos y Montescos!

(Vanse)

ROMEO

Por culpa mía sucumbe este noble caballero, tan cercano deudo del Príncipe. Estoy afrentado por Teobaldo, por Teobaldo que ha de ser mi pariente dentro de poco. Tus amores, Julieta, me han quitado el brío y ablandado el temple de mi acero.

BENVOLIO

(Que vuelve). ¡Ay, Romeo! Mercutio ha muerto. Aquella alma audaz, que hace poco despreciaba la tierra, se ha lanzado ya a las nubes.

ROMEO

Y de este día sangriento nacerán otros que extremarán la copia de mis males.

BENVOLIO

Por allí vuelve Teobaldo.

ROMEO

Vuelve vivo y triunfante. ¡Y Mercutio muerto! Huye de mí, dulce templanza. Sólo la ira guíe mi brazo. Teobaldo, ese mote de infame que tú me diste, yo te le devuelvo ahora, porque el alma de Mercutio está desde las nubes llamando a la tuya, y tú o yo o los dos hemos de seguirle forzosamente.

ROMEO Y JULIETA

TEOBALDO

Pues vete a acompañarle tú, necio, que con él ibas siempre.

ROMEO

Ya lo decidirá la espada.

(Se baten, y cae herido Teobaldo)

BENVOLIO

Huye, Romeo. La gente acude y Teobaldo está muerto. Si te alcanzan, vas a ser condenado a muerte. No te detengas como pasmado. Huye, huye.

ROMEO

Soy triste juguete de la suerte.

BENVOLIO

Huye, Romeo.

(Acude gente)

CIUDADANO 1.º

¿Por dónde habrá huido Teobaldo, el asesino de Mercutio?

BENVOLIO

Ahí yace muerto Teobaldo.

CIUDADANO 1.º

Seguidme todos. En nombre del Príncipe lo mando.

(Entran el Príncipe con sus guardias, Montescos, Capuletos, etc.)

EL PRÍNCIPE

¿Dónde están los promovedores de esta reyerta?

BENVOLIO

Ilustre Príncipe, yo puedo referiros todo lo que aconteció. Teobaldo mató al fuerte Mercutio, vuestro deudo, y Romeo mató a Teobaldo.

LA SEÑORA DE CAPULETO

¡Teobaldo! ¡Mi sobrino, hijo de mi hermano! ¡Oh, Príncipe! un Montesco ha asesinado a mi deudo. Si sois justo, dadnos sangre por sangre. ¡Oh, sobrino mío!

PRÍNCIPE

Dime con verdad, Benvolio. ¿Quién comenzó la pelea?

BENVOLIO

Teobaldo, que luego murió a manos de Romeo. En vano Romeo con dulces palabras le exhortaba a la concordia, y le traía al recuerdo vuestras ordenanzas: todo esto con mucha cortesía y apacible ademán. Nada bastó a calmar los furores de Teobaldo, que ciego de ira, arre-

metió con el acero desnudo contra el infeliz Mercutio. Mercutio le resiste primero a hierro, y apartando de sí la suerte, quiere arrojarla del lado de Teobaldo. Éste le esquivo con ligereza. Romeo se interpone, clamando: «Paz, paz, amigos». En pos de su lengua va su brazo a interponerse entre las armas matadoras, pero de súbito, por debajo de ese brazo, asesta Teobaldo una estocada que arrebató la vida al pobre Mercutio; Teobaldo huye a toda prisa, pero a poco rato vuelve, y halla a Romeo, cuya cólera estalla. Arrójanse como rayos al combate, y antes de poder atravesarme yo, cae Teobaldo y huye Romeo. Esta es la verdad lisa y llana, por vida de Benvolio.

LA SEÑORA DE CAPULETO

No ha dicho verdad. Es pariente de los Montescos, y la afición que les tiene le ha obligado a mentir. Más de veinte espadas se desvanecieron cordra mi pobre sobrino. Justicia, Príncipe. Si Romeo mató a Teobaldo, que muera Romeo.

PRÍNCIPE

Él mató a Mercutio, según se infiere del relato. ¿Y quién pide justicia, por una sangre tan cara?

MONTESCO

No era Teobaldo el deudor, aunque fuese amigo de Mercutio, ni debía haberse tomado la justicia por su mano, hasta que las leyes decidiesen.

PRÍNCIPE

En castigo, yo te destierro. Vuestras almas están cegadas por el encono, y a pesar vuestro he de haceros llorar la muerte de mi deudo. Seré inaccesible a lágrimas y a ruegos. No me digáis palabra. Huya Romeo; porque si no huye, le alcanzará la muerte. Levantad el cadáver. No sería clemencia perdonar al homicida.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA II

Jardín en casa de Capuleto

JULIETA Y EL AMA

JULIETA

Corred, corred a la casa de Febo, alados corceles del sol. El látigo de Faetón os lance al ocaso. Venga la dulce noche a tender sus espesas cortinas. Cierra ¡oh sol! tus penetrantes ojos, y deja que en el silencio venga a mí mi Romeo, e invisible se lance en mis brazos. El amor es ciego y ama la noche, y a su luz misteriosa cumplen sus citas los amantes. Ven, majestuosa noche, matrona de humilde y negra túnica, y enséñame a perder en el blando juego, donde las vírgenes empeñan su castidad. Cubre con tu manto la pura sangre que arde en mis mejillas. Ven, noche; ven, Romeo, tú que eres mi día en medio de esta noche, tú que ante sus tinieblas pareces un copo de nieve sobre las negras alas del cuervo. Ven, tenebrosa noche, amiga de los amantes, y vuélveme a mi Romeo. Y cuando muera, convierte tú cada trozo de su cuerpo en una estrella relumbrante, que sirva de adorno a tu manto, para que todos se enamoren de la noche, desenamorándose del sol. Ya he adquirido el castillo de mi amor, pero aún no le poseo. Ya estoy vendida, pero no entregada a mi señor. ¡Qué día tan largo! tan largo como víspera de domingo para el niño que ha de estrenar en él un traje nuevo. Pero aquí viene mi ama, y me traerá noticias de él. (Llega el ama con una escala de cuerdas). Ama, ¿qué noticias traes? ¿Esa es la escala que te dijo Romeo?

AMA

Sí, esta es la escala.

JULIETA

¡Ay, Dios! ¿Qué sucede? ¿Por qué tienes las manos cruzadas?

AMA

¡Ay, señora! murió, murió. Perdidas somos. No hay remedio... Murió. Le mataron... Está muerto.

JULIETA

¿Pero cabe en el mundo tal maldad?

AMA

En Romeo cabe. ¿Quién pudiera pensar tal cosa de Romeo?

JULIETA

¿Y quién eres tú, demonio, que así vienes a atormentarme? Suplicio igual sólo debe de haberle en el infierno. Dime, ¿qué pasa? ¿Se ha matado Romeo? Dime que sí, y esta palabra basta. Será más homicida que mirada de basilisco. Di que sí o que no, que vive o que muere. Con una palabra puedes calmar o serenar mi pena.

AMA

Sí: yo he visto la herida. La he visto por mis ojos. Estaba muerto: amarillo como la cera, cubierto todo de grumos de sangre cuajada. Yo me desmayé al verle.

JULIETA

¡Estalla, corazón mío, estalla! ¡Ojos míos, yaceréis desde ahora en prisión tenebrosa, sin tornar a ver la luz del día!

¡Tierra, vuelve a la tierra! Sólo resta morir, y que un mismo túmulo cubra mis restos y los de Romeo.

AMA

¡Oh, Teobaldo amigo mío, caballero sin igual, Teobaldo! ¿Por qué he vivido yo para verte muerto?

JULIETA

Pero ¿qué confusión es esta en que me pones! ¿Dices que Romeo ha muerto, y que ha muerto Teobaldo, mi dulce primo? Toquen, pues, la trompeta del juicio final. Si esos dos han muerto, ¿qué importa que vivan los demás?

AMA

A Teobaldo mató Romeo, y éste anda desterrado.

JULIETA

¡Válgame Dios! ¿Conque Romeo derramó la sangre de Teobaldo? ¡Alma de serpe, oculta bajo capa de flores! ¿Qué dragón tuvo jamás tan espléndida gruta? Hermoso tirano, demonio angelical, cuervo con plumas de paloma, cordero rapaz como lobo, materia vil de forma celeste, santo maldito, honrado criminal, ¿en qué pensabas, naturaleza de los infiernos, cuando encerraste en el paraíso de ese cuerpo el alma de un condenado? ¿Por qué encuadernaste tan bellamente un libro de tan perversa lectura? ¿Cómo en tan magnífico palacio pudo habitar la traición y el dolo?

AMA

ROMEO Y JULIETA

Los hombres son todos unos. No hay en ellos verdad, ni fe, ni constancia. Malvados, pérfidos, trapaceros... ¿Dónde está mi escudero? Dame unas gotas de licor. Con tantas penas voy a envejecer antes de tiempo. ¡Qué afrenta para Romeo!

JULIETA

¡Maldita la lengua que tal palabra osé decir! En la noble cabeza de Romeo no es posible deshonra. En su frente reina el honor como soberano monarca. ¡Qué necia yo que antes decía mal de él!

AMA

¿Cómo puedes disculpar al que mató a tu primo?

JULIETA

¿Y cómo he de decir mal de quien es mi esposo? Mató a mi primo, porque si no, mi primo le hubiera matado a él. ¡Atrás, lágrimas mías, tributo que erradamente ofrecí al dolor, en vez de ofrecerle al gozo! Vive mi esposo, a quien querían dar muerte, y su matador yace por tierra. ¿A qué es el llanto? Pero creo haberte oído otra palabra que me angustia mucho más que la muerte de Teobaldo. En vano me esfuerzo por olvidarla. Ella pesa sobre mi conciencia, como puede pesar en el alma de un culpable el remordimiento. Tú dijiste que Teobaldo había sido muerto y Romeo desterrado. Esta palabra desterrado me pesa más que la muerte de diez mil Teobaldos. ¡No bastaba con la muerte de Teobaldo, o es que las penas se deleitan con la compañía y nunca vienen solas! ¿Por qué cuando dijiste: «ha muerto Teobaldo», no añadiste: «tu padre o tu madre, o los dos»? Aun entonces no hubiera sido mayor mi pena. ¡Pero decir: «Romeo desterrado»! Esta palabra basta a causar la muerte a mi padre y a mi madre, y a Romeo y a Julieta. «¡Desterrado Romeo!» Dime, ¿podrá encontrarse término o límite a la profundidad de este abismo? ¿Dónde están mi padre y mi madre? Dímelo.

AMA

Llorando sobre el cadáver de Teobaldo. ¿Quieres que te acompañe allá?

JULIETA

Ellos con su llanto enjugarán las heridas. Yo entre tanto lloraré por el destierro de Romeo. Toma tú esa escalera, a quien su ausencia priva de su dulce objeto. Ella debía haber sido camino para mi lecho nupcial. Pero yo moriré virgen y casada. ¡Adiós, escala de cuerda! ¡Adiós, nodriza! Me espera el tálamo de la muerte.

G. SHAKESPEARE

AMA

Retírate a tu aposento. Voy a buscar a Romeo sin pérdida de tiempo. Está escondido en la celda de Fray Lorenzo. Esta noche vendrá a verte.

JULIETA

Dale en nombre mío esta sortija, y dile que quiero oír su postrera despedida.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA III

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y ROMEO

FRAY LORENZO

Ven, pobre Romeo. La desgracia se ha enamorado de ti, y el dolor se ha desposado contigo.

ROMEO

Decidme, padre. ¿Qué es lo que manda el Príncipe? ¿Hay alguna pena nueva que yo no haya sentido?

FRAY LORENZO

Te traigo la sentencia del Príncipe.

ROMEO

¿Y cómo a de ser si no es de muerte?

FRAY LORENZO

No. Es algo menos dura. No es de muerte sino de destierro. Romeo ¡De destierro! Clemencia, padre. Decid de muerte. El destierro me infunde más temor que la muerte. No me habléis de destierro.

FRAY LORENZO

Te manda salir de Verona, pero no temas: ancho es el mundo.

ROMEO

Fuera de Verona no hay mundo, sino purgatorio, infierno y desesperación. Desterrarme de Verona es como desterrarme de la tierra. Lo mismo da que digáis muerte que destierro. Con un hacha de oro cortáis mi cabeza, y luego os reís del golpe mortal.

FRAY LORENZO

¡Oh, qué negro pecado es la ingratitud! Tu crimen merecía muerte, pero la indulgencia del Príncipe trueca la muerte en destierro, y aún no se lo agradeces.

ROMEO

Tal clemencia es crueldad. El cielo está aquí donde vive Julieta. Un perro, un ratón, un gato pueden vivir en este cielo y verla. Sólo Romeo no puede. Más prez, más gloria, más felicidad tiene una mosca o un tábano inmundo que Romeo. Ellos pueden tocar aquella blanca y maravillosa mano de Julieta, o posarse en sus benditos labios, en esos la-

bios tan llenos de virginal modestia que juzgan pecado el tocarse. No lo hará Romeo. Le mandan volar y tiene envidia a las moscas que vuelan. ¿Por qué decís que el destierro no es la muerte? ¿No teníais algún veneno sutil, algún hierro aguzado que me diese la muerte más pronto que esa vil palabra «desterrado»? Eso es lo que en el infierno se dicen unos a otros los condenados. ¿Y tú, sacerdote, confesor mío y mi amigo mejor, eres el que vienes a matarme con esa palabra?

FRAY LORENZO

Oye, joven loco y apasionado.

ROMEO

¿Vais a hablarme otra vez del destierro?

FRAY LORENZO

Yo te daré tal filosofía que te sirva de escudo y vaya aliviándote.

ROMEO

¡Destierro! ¡Filosofía! Si no basta para crear otra Julieta, para arrancar un pueblo de su lugar, o para hacer variar de voluntad a un príncipe, no me sirve de nada, ni la quiero, ni os he de oír.

FRAY LORENZO

¡Ay, hijo mio! Los locos no oyen.

ROMEO

¿Y cómo han de oír, si los que están en su seso no tienen ojos?

FRAY LORENZO

Te daré un buen consejo.

ROMEO

No podéis hablar de lo que no sentís. Si fuerais joven, y recién casado con Julieta, y la adoraseis ciegamente como yo, y hubierais dado muerte a Teobaldo, y os desterrasen, os arrancaríais los cabellos al hablar, y os arrastraríais por el suelo como yo, midiendo vuestra sepultura.

(Llaman dentro)

FRAY LORENZO

Llaman. Levántate y ocúltate, Romeo.

ROMEO

No me levantaré. La nube de mis suspiros me ocultará de los que vengan.

FRAY LORENZO

ROMEO Y JULIETA

¿No oyes? ¿Quién va?... Levántate, Romeo, que te van a prender... Ya voy... Levántate. Pero, Dios mío, ¡qué terquedad, qué locura! Ya voy. ¿Quién llama? ¿Qué quiere decir esto?

AMA

(Dentro). Dejadme entrar. Traigo un recado de mi ama Julieta.

FRAY LORENZO

Bienvenida seas.

(Entra el Ama)

AMA

Decidme, santo fraile. ¿Dónde está el esposo y señor de mi señora?

FRAY LORENZO

Mírale ahí tendido en el suelo y apacentándose de sus lágrimas.

AMA

Lo mismo está mi señora: enteramente igual.

FRAY LORENZO

¡Funesto amor! ¡Suerte cruel!

AMA

Lo mismo que él: llorar y gemir. Levantad, levantad del suelo: tened firmeza varonil. Por amor de ella, por amor de Julieta. Levantaos, y no lancéis tan desesperados ayes.

ROMEO

Ama.

AMA

Señor, la muerte lo acaba todo.

ROMEO

Decías no sé qué de Julieta. ¿Qué es de ella? ¿No llama asesino a mí que manché con sangre la infancia de nuestra ventura? ¿Dónde está? ¿Qué dice?

AMA

Nada, señor. Llorar y más llorar. Unas veces se recuesta en el lecho, otras se levanta, grita: «Teobaldo», «Romeo», y vuelve a acostarse.

ROMEO

Como si ese nombre fuera bala de arcabuz que la matase, como lo fue la infame mano de Romeo que mató a su pariente. Decidme, padre, ¿en qué parte de mi cuerpo está mi nombre? Decídmelo, porque quiero saquear su odiosa morada.

(Saca el puñal)

FRAY LORENZO

Detén esa diestra homicida. ¿Eres hombre? Tu exterior dice que sí, pero tu llanto es de mujer, y tus acciones de bestia falta de libre albedrío. Horror me causas. Juro por mi santo hábito que yo te había creído de voluntad más firme. ¡Matarte después de haber matado a Teobaldo! Y matar además a la dama que sólo vive por ti. Dime, ¿por qué maldices de tu linaje, y del cielo y de la tierra? Todo lo vas a perder en un momento, y a deshonar tu nombre y tu familia, y tu amor y tu juicio. Tienes un gran tesoro, tesoro de avaro, y no lo empleas en realzar tu persona, tu amor y tu ingenio. Ése tu noble apetito es figura de cera, falta de aliento viril. Tu amor es perjurio y juramento vacío, y profanación de lo que juraste, y tu entendimiento, que tanto realce daba a tu amor y a tu fortuna, es el que ciega y descamina a tus demás potencias, como soldado que se inflama con la misma pólvora que tiene, y parece víctima de su propia defensa. ¡Alienta, Romeo! Acuérdate que vive Julieta, por quien hace un momento hubieras dado la vida. Este es un consuelo. Teobaldo te buscaba para matarte, y le mataste tú. He aquí otro consuelo. La ley te condenaba a muerte, y la sentencia se conmutó en destierro. Otro consuelo más. Caen sobre ti las bendiciones del cielo, y tú, como mujer liviana, recibes de mal rostro a la dicha que llama a tus puertas. Nunca favorece Dios a los ingratos. Vete a ver a tu esposa; sube por la escala, como lo dejamos convenido. Consuélala, y huye de su lado antes que amanezca. Irás a Mantua, y allí permanecerás, hasta que se pueda divulgar tu casamiento, hechas las paces entre vuestras familias y aplacada la indignación del Príncipe. Entonces volverás, mil veces más alegre que triste te vas ahora. Vete, nodriza. Mil recuerdos a tu ama. Haz que todos se recojan presto, lo cual será fácil por el disgusto de hoy. Dila que allá va Romeo.

AMA

Toda la noche me estaría oyéndoos. ¡Qué gran cosa es el saber! Voy a animar a mi ama con vuestra venida.

ROMEO

Sí: dile que se prepare a reñirme.

AMA

Toma este anillo que ella me dio, y vete, que ya cierra la noche.

(Vase)

ROMEO

ROMEO Y JULIETA

Ya renacen mis esperanzas.

FRAY LORENZO

Adiós. No olvides lo que te he dicho. Sal antes que amanezca, y si sales después, vete disfrazado; y a Mantua. Tendrás con frecuencia noticias mías, y sabrás todo lo que pueda interesarte. Adiós. Dame la mano. Buenas noches.

ESCENA IV

Sala en casa de Capuleto

CAPULETO, SU MUJER Y PÁRIS

CAPULETO

La reciente desgracia me ha impedido hablar con mi hija. Tanto ella como yo queríamos mucho a Teobaldo. Pero la muerte es forzosa. Ya es tarde para que esta noche nos veamos, y a fe mía os juro que si no fuera por vos, ya hace una hora que me habría acostado.

PARIS

Ni es esta ocasión de galanterías sino de duelo. Dad mis recuerdos a vuestra hija.

CAPULETO

Paris, os prometo solemnemente la mano de mi hija. Creo que ella me obedecerá. Puedo asegurároslo. Esposa mía, antes de acostarte, ve a contarla el amor de Paris, y dila que el miércoles próximo... Pero ¿qué día es hoy?

PARIS

Lunes.

CAPULETO

¡Lunes! Pues no puede ser el miércoles. Que sea el jueves. Dile que el jueves se casará con el conde. ¿Estáis contento?

No tendremos fiesta. Sólo convidaré a los amigos íntimos, porque estando tan fresca la muerte de Teobaldo, el convidar a muchos parecería indicio de poco sentimiento. ¿Os parece bien el jueves?

PARIS

¡Ojalá fuese mañana!

CAPULETO

Adelante, pues: que sea el jueves. Avisa a Julieta, antes de acostarte. Adiós, amigo. Alumbradme. Voy a mi alcoba. Es tan tarde, que pronto amanecerá. Buenas noches.

ROMEO Y JULIETA

ESCENA V

Galería cerca del cuarto de Julieta, con una ventana que da al jardín

ROMEO Y JULIETA

JULIETA

¿Tan pronto te vas? Aún tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa a cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío.

ROMEO

Es la alondra que anuncia el alba; no es el ruiseñor. Mira, amada mía, cómo se van tiñendo las nubes del oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir, o si no, aquí me espera la muerte.

JULIETA

No es esa luz la de la aurora. Te lo aseguro. Es un meteoro que desprende de su lumbre el sol para guiarte en el camino de Mantua. Quédate. ¿Por qué te vas tan luego?

ROMEO

¡Que me prendan, que me maten! Mandándolo tú, poco importa. Diré que aquella luz gris que allí veo no es la de la mañana sino el pálido reflejo de la luna. Diré que no es el canto de la alondra el que resuena. Más quiero quedarme que partir. Ven, muerte, pues Julieta lo quiere. Amor mío, hablemos, que aún no amanece.

JULIETA

Sí, vete, que es la alondra la que canta con voz áspera y destemplada. ¡Y dicen que son armoniosos sus sonos, cuando a nosotros viene a separarnos! Dicen que cambia de ojos como el sapo. ¡Ojalá cambiara de voz! Maldita ella que me aparta de tus atractivos. Vete, que cada vez se clarea más la luz.

ROMEO

¿Has dicho la luz? No, sino las tinieblas de nuestro destino.

(Entra el Ama)

AMA

¡Julieta!

JULIETA

¡Ama!

AMA

Tu madre viene. Ya amanece. Prepárate y no te descuides.

ROMEO

¡Un beso! ¡Adiós, y me voy!

(Vase por la escala)

JULIETA

¿Te vas? Mi señor, mi dulce dueño, dame nuevas de ti todos los días, a cada instante. Tan pesados corren los días infelices, que temo envejecer antes de tornar a ver a mi Romeo.

ROMEO

Adiós. Te mandaré noticias mías y mi bendición por todos los medios que yo alcance.

JULIETA

¿Crees que volveremos a vernos?

ROMEO

Sí, y que en dulces coloquios de amor recordaremos nuestras angustias de ahora.

JULIETA

¡Válgame Dios! ¡Qué présaga tristeza la mía! Parece que te veo difunto sobre un catafalco. Aquel es tu cuerpo, o me engañan los ojos.

ROMEO

Pues también a ti te ven los míos pálida y ensangrentada. ¡Adiós, adiós! (Vase)

JULIETA

¡Oh, fortuna! te llaman mutable: a mi amante fiel poco le importan tus mudanzas. Sé mutable en buen hora, y así no le detendrás y me le restituirás luego.

SEÑORA DE CAPULETO (Dentro).

Hija, ¿estás despierta?

JULIETA

¿Quién me llama? Madre, ¿estás despierta todavía o te levantas ahora? ¿Qué novedad te trae a mí?

(Entra la señora de Capuleto)

SEÑORA DE CAPULETO

¿Qué es esto, Julieta?

ROMEO Y JULIETA

JULIETA

Estoy mala.

SEÑORA DE CAPULETO

¿Todavía lloras la muerte de tu primo? ¿Crees que tus lágrimas pueden devolverle la vida? Vana esperanza. Cesa en tu llanto, que aunque es signo de amor, parece locura.

JULIETA

Dejadme llorar tan dura suerte.

SEÑORA DE CAPULETO

Eso es llorar la pérdida, y no al amigo.

JULIETA

Llorando la pérdida, lloro también al amigo. Señora de Capuleto Más que por el muerto ¿lloras por ese infame que le ha matado? Julieta ¿Qué infame, madre? Señora de Capuleto Romeo. Julieta (Aparte). ¡Cuánta distancia hay entre él y un infame! (Alto). Dios le perdone como le perdono yo, aunque nadie me ha angustiado tanto como él.

SEÑORA DE CAPULETO

Eso será porque todavía vive el asesino.

JULIETA

Sí, y donde mi venganza no puede alcanzarle. Yo quisiera vengar a mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO

Ya nos vengaremos. No llores. Yo encargaré a uno de Mantua, donde ese vil ha sido desterrado, que le envenenen con alguna mortífera droga. Entonces irá a hacer compañía a Teobaldo, y tú quedarás contenta y vengada.

JULIETA

Satisfecha no estaré, mientras no vea a Romeo... muerto... Señora, si hallas alguno que se comprometa a darle el tósigo, yo misma le prepararé, y así que lo reciba Romeo, podrá dormir tranquilo. Hasta su nombre me es odioso cuando no lo tengo cerca, para vengar en él la sangre de mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO

Busca tú el modo de preparar el tósigo, mientras yo busco a quien ha de administrárselo. Ahora oye tú una noticia agradable.

JULIETA

¡Buena ocasión para gratas nuevas! ¿Y cuál es, señora?

SEÑORA DE CAPULETO

Hija, tu padre es tan bueno que deseando consolarte, te prepara un día de felicidad que ni tú ni yo esperábamos.

JULIETA

¿Y que día es ese?

SEÑORA DE CAPULETO

Pues es que el jueves, por la mañana temprano, el conde Paris, ese gallardo y discreto caballero, se desposará contigo en la iglesia de San Pedro.

JULIETA

Pues te juro, por la iglesia de San Pedro, y por San Pedro purísimo, que no se desposará. ¿A qué es tanta prisa? ¿Casarme con él cuando todavía no me ha hablado de amor? Decid a mi padre, señora, que todavía no quiero casarme. Cuando lo haga, con juramento os digo que antes será mi esposo Romeo, a quien aborrezco, que Paris. ¡Vaya una noticia que me traéis!

SEÑORA DE CAPULETO

Aquí viene tu padre. Díselo tú, y verás cómo no le agrada.

(Entran Capuleto y el Ama)

CAPULETO

A la puesta del sol cae el rocío, pero cuando muere el hijo de mi hermano, cae la lluvia a torrentes. ¿Aún no ha acabado el aguacero, niña? Tu débil cuerpo es nave y mar y viento. En tus ojos hay marca de lágrimas, y en ese mar navega la barca de tus ansias, y tus suspiros son el viento que la impele. Dime, esposa, ¿has cumplido ya mis órdenes?

SEÑORA DE CAPULETO

Sí, pero no lo agradece. ¡Insensata! Con su sepulcro debía casarse.

CAPULETO

¿Eh? ¿Qué es eso? Esposa mía. ¿Qué es eso de no querer y no agradecer? ¿Pues no la enorgullece el que la hayamos encontrado para esposo un tan noble caballero?

JULIETA

¿Enorgullecerme? No, agradecer sí. ¿Quién ha de estar orgullosa de lo que aborrece? Pero siempre se agradece la buena voluntad, hasta cuando nos ofrece lo que odiamos.

CAPULETO

ROMEO Y JULIETA

¡Qué retóricas son esas! «¡Enorgullecerse!» «Sí y no». «¡Agradecer y no agradecer!» Nada de agradecimientos ni de orgullo, señorita. Prepárate a ir por tus pies el jueves próximo a la iglesia de San Pedro a casarte con Paris, o si no, te llevo arrastrando en un serón, ¡histérica, nerviosa, pálida, necia!

SEÑORA DE CAPULETO

¿Estás en ti? Cállate.

JULIETA

Padre mío, de rodillas os pido que me escuchéis una palabra sola.

CAPULETO

¡Escucharte! ¡Necia, malvada! Oye, el jueves irás a San Pedro, o no me volverás a mirar la cara. No me supliques ni me digas una palabra más. El pulso me tiembla. Esposa mía, yo siempre creí que era poca bendición de Dios el tener una hija sola, pero ahora veo que es una maldición, y que aun ésta sobra.

AMA

¡Dios sea con ella! No la maltratéis, señor.

CAPULETO

¿Y por qué no, entremetida vieja? Cállate, y habla con tus iguales.

AMA

A nadie ofendo... No puede una hablar.

CAPULETO

Calla, cigarrón, y vete a hablar con tus comadres, que aquí no me-tes baza.

SEÑORA DE CAPULETO

Loco estás.

CAPULETO

Loco sí. De noche, de día, de mañana, de tarde, durmiendo, velando, solo y acompañado, en casa y en la calle, siempre fue mi empeño el casarla, y ahora que la encuentro un joven de gran familia, rico, gallardo, discreto, lleno de perfecciones, según dicen, contesta esta mocosa que no quiere casarse, que no puede amar, que es muy joven. Pues bien, te perdonaré, si no te casas, pero no vivirás un momento aquí. Poco falta para el jueves. Piénsalo bien. Si consientes, te casarás con mi amigo. Si no, te ahorcarás, o irás pidiendo limosna, y te morirás de hambre por esas calles, sin que ninguno de los míos te socorra. Piénsalo bien, que yo cumplo siempre mis juramentos.

(Vase)

JULIETA

¿Y no hay justicia en el cielo que conozca todo el abismo de mis males? No me dejes, madre. Dilatad un mes, una semana el casamiento, o si no, mi lecho nupcial será el sepulcro de Teobaldo.

SEÑORA DE CAPULETO

Nada me digas, porque no he de responderte. Decídetes como quisieras.

(Se va)

JULIETA

¡Válgame Dios! Ama mía, ¿qué haré? Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo. ¿Y cómo ha de volver a la tierra mi fe, si mi esposo no la envía desde el cielo? Aconséjame, consuélame. ¡Infeliz de mí! ¿Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra un ser tan débil como yo? ¿Qué me dices? ¿Ni una palabra que me consuele?

AMA

Sólo te diré una cosa. Romeo está desterrado, y puede apostarse doble contra sencillo a que no vuelve a verte, o vuelve ocultamente, en caso de volver. Lo mejor sería, pues, a mi juicio, que te casaras con el Conde, que es mucho más gentil y discreto caballero que Romeo. Ni un águila tiene tan verdes y vivaces ojos como Paris. Este segundo esposo te conviene más que el primero. Y además, al primero puedes darle por muerto. Para ti como si lo estuviera.

JULIETA

¿Hablas con el alma?

AMA

Con el alma, o maldita sea yo.

JULIETA

Así sea.

AMA

¿Por qué?

JULIETA

Por nada. Buen consuelo me has dado. Vete, di a mi madre que he salido. Voy a confesarme con Fray Lorenzo, por el enojo que he dado a mi padre.

AMA

Obras con buen seso.

ROMEO Y JULIETA

(Vase)

JULIETA

¡Infame vieja! ¡Aborto de los infiernos! ¿Cuál es mayor pecado en ti, querer hacerme perjura, o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pusiste por las nubes? Maldita sea yo si vuelvo a aconsejarme de ti. Sólo mi confesor me dará amparo y consuelo, o a lo menos fuerzas para morir.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Celda de Fray Lorenzo

FRAY LORENZO Y PARIS

FRAY LORENZO

¿El jueves dices? Pronto es.

PARIS

Así lo quiere Capuleto, y yo lo deseo también.

FRAY LORENZO

¿Y todavía no sabéis si la novia os quiere? Mala manera es esa de hacer las cosas, a mi juicio.

PARIS

Ella no hace más que llorar por Teobaldo y no tiene tiempo para pensar en amores, porque el amor huye de los duelos. A su padre le acongoja el que ella se angustie tanto, y por eso quiere hacer la boda cuanto antes, para atajar ese diluvio de lágrimas, que pudiera parecer mal a las gentes. Esa es la razón de que nos apresuremos.

FRAY LORENZO

(Aparte). ¡Ojalá no supiera yo las verdaderas causas de la tardanza! Conde Paris, he aquí la dama que viene a mi celda.

PARIS

Bien hallada, señora y esposa mía.

JULIETA

Lo seré cuando me case.

PARIS

Eso será muy pronto: el jueves.

JULIETA

Será lo que sea.

PARIS

Claro es. ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA

Con vos me confesaría, si os respondiera.

PARIS

ROMEO Y JULIETA

No me neguéis que me amáis.

JULIETA

No os negaré que quiero al padre.

PARIS

Y le confesaréis que me tenéis cariño.

JULIETA

Más valdría tal confesión a espaldas vuestras, que cara a cara.

PARIS

Las lágrimas marchitan vuestro rostro.

JULIETA

Poco hacen mis lágrimas: no valía mucho mi rostro, antes que ellas le ajasen.

PARIS

Más la ofenden esas palabras que vuestro llanto.

JULIETA

Señor, en la verdad no hay injuria, y más si se dice frente a frente.

PARIS

Mío es ese rostro de; cual decís mal.

JULIETA

Vuestro será quizá, puesto que ya no es mío. Padre, ¿podéis oírme en confesión, o volveré al Ave-María?

FRAY LORENZO

Pobre niña, dispuesto estoy a oírte ahora. Dejados solos, Conde.

PARIS

No seré yo quien ponga obstáculos a tal devoción. Julieta, adiós. El jueves muy temprano te despertaré.

(Vase)

JULIETA

Cerrad la puerta, padre, y venid a llorar conmigo: ya no hay esperanza ni remedio.

FRAY LORENZO

Julieta, ya sé cuál es tu angustia, y también ella me tiene sin alma. Sé que el jueves quieren casarte con el Conde.

JULIETA

Padre, no me digáis que dicen tal cosa, si al mismo tiempo no discurrís, en vuestra sabiduría y prudencia, algún modo de evitarlo. Y si vos no me consoláis, yo con un puñal sabré remediarme. Vos, en nom-

bre del Señor, juntasteis mi mano con la de Romeo, y antes que esta mano, donde fue por vos estampado su sello, consienta en otra unión, o yo amancille su fe, matáranos este hierro. Aconsejadme bien, o el hierro sentenciará el pleito que ni vuestras canas ni vuestra ciencia saben resolver. No os detengáis: respondedme o muero.

FRAY LORENZO

Hija mía, detente. Aún veo una esperanza, pero tan remota y tan violenta, como es violenta tu situación actual. Pero ya que prefieres la muerte a la boda con Paris, pasarás por algo que se parezca a la muerte. Si te atreves a hacerlo, yo te daré el remedio.

JULIETA

Padre, a trueque de no casarme con Paris, mandadme que me arroje de lo alto de una torre, que recorra un camino infestado por bandidos, que habite y duerma entre serpientes y osos, o en un cementerio, entre huesos humanos, que crujan por la noche, y amarillas calaveras, o enterradme con un cadáver reciente. Todo lo haré, por terrible que sea, antes que ser infiel al juramento que hice a Romeo.

FRAY LORENZO

Bien: vete a tu casa, fíngete alegre: di que te casarás con Paris. Mañana es miércoles: por la noche quédate sola, sin que te acompañe ni siquiera tu ama, y cuando estés acostada, bebe el licor que te doy en esta ampolleta. Un sueño frío embargará tus miembros. No pulsarás ni alentarás, ni darás señal alguna de vida. Huirá el color de tus rosados labios y mejillas, y le sucederá una palidez térrea. Tus párpados se cerrarán como puertas de la muerte que excluyen la luz del día, y tu cuerpo quedará rígido, inmóvil, frío como el mármol de un sepulcro. Así permanecerás 42 horas justas, y entonces despertarás como de un apacible sueño. A la mañana anterior habrá venido el novio a despertarte, te habrá creído muerta, y ataviándote, según es uso, con las mejores galas, te habrán llevado en ataúd abierto al sepulcro de los Capuletos. Durante tu sueño, yo avisaré por carta a Romeo; él vendrá en seguida, y velaremos juntos hasta que despiertes. Esa misma noche Romeo volverá contigo a Mantua. Es el único modo de salvarte del peligro actual, si un vano y mujeril temor no te detiene.

JULIETA

Dadme la ampolleta, y no hablemos de temores.

FRAY LORENZO

ROMEO Y JULIETA

Tómala. Valor y fortuna. Voy a enviar a un lego con una carta a Mantua.

JULIETA

Dios me dé valor, aunque ya le siento en mí. Adiós, padre mío.

ESCENA II

Casa de Capuleto

CAPULETO, SU MUJER, EL AMA Y CRIADOS

CAPULETO

(A un criado). Convidarás a todos los que van en esta lista. Y tú buscarás veinte cocineros.

CRIADO 1.º

Los buscaré tales que se chupen el dedo.

CAPULETO

¡Rara cualidad!

CRIADO 2.º

Nunca es bueno el cocinero que no sabe chuparse los dedos, ni traeré a nadie que no sepa.

CAPULETO

Vete, que el tiempo apremia, y nada tenemos dispuesto. ¿Fue la niña a confesarse con Fray Lorenzo?

AMA

Sí.

CAPULETO

Me alegro: quizás él pueda rendir el ánimo de esa niña malcriada.

AMA

Vedla, qué alegre viene del convento. Capuleto (A Julieta). ¿Dónde has estado, terca? Julieta En la confesión, donde me arrepentí de haberos desobedecido. Fray Lorenzo me manda que os pida perdón, postrada a vuestros pies. Así lo hago, y desde ahora prometo obedecer cuanto me mandareis.

CAPULETO

Id en busca de Paris, y que lo prevenga todo para la comida que ha de celebrarse mañana.

JULIETA

Vi a ese caballero en la celda de Fray Lorenzo, y le concedí cuanto podía concederle mi amor, sin agravio del decoro.

CAPULETO

ROMEO Y JULIETA

¡Cuánto me alegro! Levántate: has hecho bien en todo. Quiero hablar con el Conde. (A un criado). Dile que venga.

¡Cuánto bien hace este fraile en la ciudad!

JULIETA

Ama, ven a mi cuarto, para que dispongamos juntas las galas de desposada.

SEÑORA DE CAPULETO

No: eso debe hacerse el jueves; todavía hay tiempo.

CAPULETO

No: ahora, ahora; mañana temprano a la iglesia.

(Se van Julieta y el Ama)

SEÑORA DE CAPULETO

Apenas nos queda tiempo. Es de noche. Capuleto Todo se hará, esposa mía. Ayuda a Julieta a vestirse. Yo no me acostaré, y por esta vez seré guardián de la casa. ¿Qué es eso? ¿Todos los criados han salido? Voy yo mismo en busca de Paris, para avisarle que mañana es la boda. Este cambio de voluntad me da fuerzas y mocedad nueva.

ESCENA III

Habitación de Julieta

JULIETA Y SU MADRE

JULIETA

Sí, ama, sí: este traje está mejor, pero yo quisiera quedarme sola esta noche, para pedir a Dios en devotas oraciones que me ilumine y guíe en estado tan lleno de peligros.

(Entra la señora de Capuleto)

SEÑORA DE CAPULETO

Bien trabajáis. ¿Queréis que os ayude?

JULIETA

No, madre. Ya estarán escogidas las galas que he de vestirme mañana. Ahora quisiera que me dejaseis sola, y que el ama velase en vuestra compañía, porque es poco el tiempo, y falta mucho que disponer.

SEÑORA DE CAPULETO

Buenas noches, hija. Vete a descansar, que falta te hace. (Vase)

JULIETA

¡Adiós! ¡Quién sabe si volveremos a vernos! Un miedo helado corre por mis venas y casi apaga en mí el aliento vital. ¿Les diré que vuelvan? Ama... Pero ¿a qué es llamarla? Yo sola debo representar esta tragedia. Ven a mis manos, ampolla. Y si este licor no produjese su efecto, ¿tendría yo que ser esposa del Conde? No, no, jamás: tú sabrás impedirlo. Aquí, aquí le tengo guardado. (Señalando el puñal). ¿Y si este licor fuera un veneno preparado por el fraile para matarme y eludir su responsabilidad por haberme casado con Romeo? Pero mi temor es vano. ¡Si dicen que es un santo! ¡Lejos de mi tan ruines pensamientos! ¿Y si me despierto encerrada en el ataúd, antes que vuelva Romeo? ¡Qué horror! En aquel estrecho recinto, sin luz, sin aire... me voy a ahogar antes que él llegue. Y la espantosa imagen de la muerte... y la noche... y el horror del sitio... la tumba de mis mayores... aquellos huesos amontonados por tantos siglos... el cuerpo de Teobaldo que está en putrefacción muy cerca de allí... los espíritus que, según dicen, interrumpen... de noche, el silencio de aquella soledad... ¡Ay, Dios mío! ¿No será fácil que al despertarme, respirando aquellos miasmas, oyendo aquellos lúgubres

ROMEO Y JULIETA

gemidos que suelen entorpecer a los mortales, aquellos gritos semejantes a las quejas de la mandrágora cuando se la arranca del suelo... ¿no es fácil que yo pierda la razón, y empiece a jugar en mi locura con los huesos de mis antepasados, o a despojar de su velo funeral el cadáver de Teobaldo, o a machacarme el cráneo con los pedazos del esqueleto de alguno de mis ilustres mayores? Ved... Es la sombra de mi primo, que viene con el acero desnudo, buscando a su matador Romeo. ¡Detente, Teobaldo! ¡A la salud de Romeo!

(Bebe)

ESCENA IV

Casa de Capuleto

LA SEÑORA Y EL AMA Señora de Capuleto Toma las llaves: tráeme más especias.

AMA

Ahora piden clavos y dátiles.

CAPULETO

(Que entra). Vamos, no os detengáis, que ya ha sonado por segunda vez el canto del gallo. Ya tocan a maitines. Son las tres. Tú, Ángela, cuida de los pasteles, y no reparéis en el gasto.

AMA

Idos a dormir, señor impertinente. De seguro que por pasar la noche en vela, amanecéis enfermo mañana.

CAPULETO

¡Qué bobería! Muchas noches he pasado en vela sin tanto motivo, y nunca he enfermado.

SEÑORA DE CAPULETO

Sí: buen ratón fuiste en otros tiempos. Ahora ya velo yo, para evitar tus veladas.

CAPULETO

¡Ahora celos! ¿Qué traes, muchacho?

CRIADO 1.º

El cocinero lo pide. No sé lo que es.

CAPULETO

Vete corriendo; busca leña seca. Pedro te dirá dónde puedes encontrarla.

CRIADO 1.º

Yo la encontraré: no necesito molestar a Pedro.

(Se van)

CAPULETO

Dice bien, a fe mía. ¡Es gracioso ese galopín! Por vida mía. Ya amanece. Pronto llegará Paris con música, según anuncié. ¡Ahí está! Ama, mujer mía, venid aprisa! (Suena música). (Al ama). Vete, despierta y

ROMEO Y JULIETA

viste a Julieta, mientras yo hablo con Paris. Y no te detengas mucho, que el novio llega. No te detengas.

ESCENA V

Aposento de Julieta. Ésta en el lecho

EL AMA Y LA SEÑORA

AMA

¡Señorita, señorita! ¡Cómo duerme! ¡Señorita, novia, cordero mío! ¡No despiertas? Haces bien: duerme para ocho días, que mañana ya se encargará Paris de no dejarte dormir. ¡Válgame Dios, y cómo duerme! Pero es necesario despertarla. ¡Señorita, señorita! No falta más sino que venga el Conde y te halle en la cama. Bien te asustarías. Dime, ¿no es verdad? ¿Vestida estás, y te volviste a acostar? ¿Cómo es esto? ¡Señorita, señorita!... ¡Válgame Dios! Socorro, que mi ama se ha muerto. ¿Por qué he vivido yo para ver esto? Maldita sea la hora en que nació. ¡Escencias, pronto! ¡Señor, señora, acudid!

SEÑORA DE CAPULETO (Entrando).

¿Por qué tal alboroto?

AMA

¡Día aciago!

SEÑORA DE CAPULETO

¿Qué sucede?

AMA

Ved, ved. ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Dios mío, Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Vida mía! Abre los ojos, o déjame morir contigo. ¡Favor, favor!

(Entra Capuleto)

CAPULETO

¿No os da vergüenza? Ya debía de haber salido Julieta. Su novio la está esperando.

AMA

¡Si está muerta! ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Aciago día! ¡Muerta, muerta!

CAPULETO

ROMEO Y JULIETA

¡Dejádmela ver! ¡Oh, Dios! qué espanto. ¡Helada su sangre, rígidos sus miembros! Huyó la rosa de sus labios. ¡Yace tronchada como la flor por prematura y repentina escarcha! ¡Hora infeliz!

AMA

¡Día maldito!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Aciago día!

CAPULETO

La muerte que fiera la arrebató, traba mi lengua e impide mis palabras.

(Entran Fray Lorenzo, Paris y músicos)

FRAY LORENZO

¿Cuándo puede ir la novia a la iglesia?

CAPULETO

Sí irá, pero para quedarse allí. En vísperas de boda, hijo mío, vino la muerte a llevarse a tu esposa, flor que deshojó inclemente la Parca. Mi yerno y mi heredero es el sepulcro: él se ha desposado con mi hija. Yo moriré, y él heredará todo lo que poseo.

PARIS

¡Yo que tanto deseaba ver este día, y ahora es tal vista la que me ofrece!

SEÑORA DE CAPULETO

¡Infeliz, maldito, aciago día! ¡Hora la más terrible que en su dura peregrinación ha visto el tiempo! ¡Una hija sola! ¡Una hija sola, y la muerte me la lleva! ¡Mi esperanza, mi consuelo, mi ventura!...

AMA

¡Día aciago y horroroso, el más negro que he visto nunca! ¿El más horrendo que ha visto el mundo! ¡Aciago día!

PARIS

¡Y yo burlado, herido, descasado, atormentado! ¡Cómo te mofas de mí, cómo me conculcas a tus plantas, fiera muerte! ¡Ella, mi amor, mi vida, muerta ya!

CAPULETO

¡Y yo despreciado, abatido, muerto! Tiempo cruel, ¿por qué viniste con pasos tan callados a turbar la alegría de nuestra fiesta? ¡Hija mía, que más que mi hija era mi alma! ¡Muerta, muerta, mi encanto, mi tesoro!

FRAY LORENZO

Callad, que no es la queja remedio del dolor. Antes vos y el cielo poseáis a esa doncella; ahora el cielo solo la posee, y en ello gana la doncella. No pudisteis arrancar vuestra parte a la muerte. El cielo guarda para siempre la suya. ¿No queríais verla honrada y ensalzada? ¿Pues a qué vuestro llanto, cuando Dios la ensalza y encumbra más allá del firmamento? No amáis a vuestra hija tanto como la ama Dios. La mejor esposa no es la que más vive en el mundo, sino la que muere joven y recién casada. Detened vuestra lágrimas. Cubrid su cadáver de romero, y llevadla a la iglesia según costumbre, ataviada con sus mejores galas. La naturaleza nos obliga al dolor, pero la razón se ríe.

CAPULETO

Los preparativos de una boda se convierten en los de un entierro; nuestras alegres músicas en solemne doblar de campanas; el festín en comida funeral; los himnos en trenos; las flores en adornos de ataúd... todo en su contrario.

FRAY LORENZO

Retiraos, señor, y vos, señora, y vos, conde Paris. Prepárense todos a enterrar este cadáver. Sin duda el cielo está enojado con vosotros. Ved si con paciencia y mansedumbre lográis desarmar su cólera.

(Vanse)

MÚSICO L.º

Recojamos los instrumentos, y vámonos.

AMA

Recogedlos sí, buena gente. Ya veis que el caso no es para música.

MÚSICO 1.º

Más alegre podía ser.

(Entra Pedro)

PEDRO

¡Oh, músicos, músicos! «La paz del corazón». «La paz del corazón». Tocad por vida mía «la paz del corazón».

MÚSICO 1.º

¿Y por qué «la paz del corazón»?

PEDRO

¡Oh, músicos! porque mi corazón está tañendo siempre «mi dolorido corazón». Cantad una canción alegre, para que yo me distraiga.

MÚSICO 1.º

ROMEO Y JULIETA

No es esta ocasión de canciones.

PEDRO

¿Y por qué no?

MÚSICO 1.º

Claro que no.

PEDRO

Pues entonces yo os voy a dar de veras.

MÚSICO 1.º

¿Qué nos darás?

PEDRO

No dinero ciertamente, pues soy un pobre lacayo, pero os daré que sentir.

MÚSICO 1.º

¡Vaya con el lacayo!

PEDRO

Pues el cuchillo del lacayo os marcará cuatro puntos en la cara. ¿Venirme a mí con corchete y bemoles? Yo os enseñaré la solfa.

MÚSICO 1.º

Y vos la notaréis, si queréis enseñárnosla.

MÚSICO 2.º

Envainad la daga, y sacad a plaza vuestro ingenio.

PEDRO

Con mi ingenio más agudo que un puñal os traspasaré, y por ahora envaino la daga. Responedme finalmente: «La música argentina», ¿y qué quiere decir «la música argentina?» ¿Por qué ha de ser argentina la música? ¿Qué dices a esto, Simón Bordón?

MÚSICO 1.º

¡Toma! Porque el sonido de la plata es dulce.

PEDRO

Está bien. ¿Y vos Rabel, qué decís a esto?

MÚSICO 2.º

Yo digo «música argentina», porque el son de la plata hace tañer a los músicos.

PEDRO

Tampoco está mal. ¿Y qué dices tú, Jaime Clavija?

MÚSICO 3.º

Ciertamente que no sé qué decir.

G. SHAKESPEARE

PEDRO

Os pido que me perdonéis la pregunta. Verdad es que sois el cantor. Se dice «música argentina» porque a músicos de vuestra calaña nadie los paga con oro, cuando tocan.

MÚSICO 1.º

Este hombre es un pícaro.

MÚSICO 2.º

Así sea su fin. Vamos allá a aguardar la comitiva fúnebre, y luego a comer.

ROMEO Y JULIETA

ACTO V ESCENA PRIMERA

Calle de Mantua

ROMEO Y BALTASAR

ROMEO

Si hemos de confiar en un dulce y agradable sueño, alguna gran felicidad me espera. Desde la aurora pensamientos de dicha agitan mi corazón, rey de mi pecho, y como que me dan alas para huir de la tierra. Soñé con mi esposa y que me encontraba muerto. ¡Raro fenómeno: que piense un cadáver! Pero con sus besos me dio tal vida que, al despertar, no me hubiera trocado por un emperador. ¡Oh, cuán dulces serán las realidades del amor, cuando tanto lo son las sombras! (Entra Baltasar). ¿Traes alguna nueva de Verona? ¿Te ha dado Fray Lorenzo alguna carta para mí? ¿Cómo está mi padre? ¿Y Julieta? Nada malo puede sucederme si ella está buena.

BALTASAR

Pues ya nada malo puede sucederte, porque su cuerpo reposa en el sepulcro, y su alma está con los ángeles. Yace en el panteón de su familia. Y perdonadme que tan pronto haya venido a traeros tan mala noticia, pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

ROMEO

¿Será verdad? ¡Cielo cruel, yo desafío tu poder! Dadme papel y plumas. Busca esta tarde caballos, y vámonos a Verona esta noche.

BALTASAR

Señor, dejadme acompañaros, porque vuestra horrible palidez me anuncia algún mal suceso.

ROMEO

Nada de eso. Déjame en paz y obedece. ¿No traes para mí carta de Fray Lorenzo?

BALTASAR

Ninguna.

ROMEO

Lo mismo da. Busca en seguida caballos, y en marcha. (Se va Baltasar). Sí, Julieta, esta noche descansaremos juntos. ¿Pero cómo? ¡Ah, infierno, cuán presto vienes en ayuda de un ánimo desesperado! Ahora me acuerdo que cerca de aquí vive un boticario de torvo ceño y mala catadura, gran herbolario de yerbas medicinales. El hambre le ha convertido en esqueleto. Del techo de su lóbrega covacha tiene colgados una tortuga, un cocodrilo, y varias pieles de fornidos peces: y en cajas amontonadas, frascos vacíos y verdosos, viejas semillas, cuerdas de bramante, todo muy separado para aparentar más. Yo, al ver tal miseria, he pensado que aunque está prohibido so pena de muerte, el despachar veneno, quizás este infeliz, si se lo pagaran, lo vendería. Bien lo pensé, y ahora voy a ejecutarlo. Cerrada tiene la botica, ¡Hola, eh!

(Sale el Boticario)

BOTICARIO

¿Quién grita?

ROMEO

Oye. Tu pobreza es manifiesta. Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo que, apenas circule por las venas, extinga el aliento vital tan rápidamente como una bala de cañón.

BOTICARIO

Tengo esos venenos, pero las leyes de Mantua condenan a muerte al que los venda.

ROMEO

Y en tu pobreza extrema ¿qué te importa la muerte? Bien clara se ve el hambre en tu rostro, y la tristeza y la desesperación. ¿Tiene el mundo alguna ley, para hacerte rico? Si quieres salir de pobreza, rompe la ley y recibe mi dinero.

BOTICARIO

Mi pobreza lo recibe, no mi voluntad.

ROMEO

Yo no pago tu voluntad, sino tu pobreza. Boticario Este es el ingrediente: desléidlo en agua o en un licor cualquiera, bebedlo, y caeréis muerto en seguida, aunque tengáis la fuerza de veinte hombres.

ROMEO

Recibe tu dinero. Él es la verdadera ponzoña, engendradora de más asesinatos que todos los venenos que no debes vender. La venta la he hecho yo, no tú. Adiós: compra pan, y cúbrete. No un veneno, sino

ROMEO Y JULIETA

una bebida consoladora llevo conmigo al sepulcro de Julieta.

ESCENA II

Celda de Fray Lorenzo

FRAY JUAN Y FRAY LORENZO

FRAY JUAN

¡Hermano mío, santo varón!

FRAY LORENZO

Sin duda es Fray Juan el que me llama. Bien venido seáis de Mantua: ¿qué dice Romeo? Dadme su carta, si es que traéis alguna.

FRAY JUAN

Busqué a un fraile descalzo de nuestra orden, para que me acompañara. Al fin le encontré, curando enfermos. La ronda, al vernos salir de una casa, temió que en ella hubiese peste. Sellaron las puertas, y no nos dejaron salir. Por eso se desbarató el viaje a Mantua.

FRAY LORENZO

¿Y quién llevó la carta a Romeo?

FRAY JUAN

Nadie: aquí está. No pude encontrar siquiera quién os la devolviese. Tal miedo tenían todos a la peste.

FRAY LORENZO

¡Qué desgracia! ¡Por vida de mi padre San Francisco! Y no era carta inútil, sino con nuevas de grande importancia. Puede ser muy funesto el retardo. Fray Juan, búscame en seguida un azadón y llévale a mi celda.

FRAY JUAN

En seguida, hermano. (Vase)

FRAY LORENZO

Sólo tengo que ir al cementerio, porque dentro de tres horas ha de despertar la hermosa Julieta de su desmayo. Mucho se enojará conmigo porque no di oportunamente aviso a Romeo. Volveré a escribir a Mantua, y entre tanto la tendrá en mi celda esperando a Romeo. ¡Pobre cadáver vivo encerrado, en la cárcel de un muerto!

ROMEO Y JULIETA

ESCENA III

Cementerio, con el panteón de los Capuletos

PARIS Y UN PAJE CON FLORES Y ANTORCHAS

PARIS

Dame una tea. Apártate: no quiero ser visto. Ponte al pie de aquel arbusto, y estate con el oído fijo en la tierra para que nadie huelle el movedizo suelo del cementerio, sin notarlo yo. Apenas sientas a alguno, da un silbido. Dame las flores, y obedece.

PAJE

Así lo haré; (aparte) aunque mucho temor me da el quedarme solo en este cementerio.

PARIS

Vengo a cubrir de flores el lecho nupcial de la flor más hermosa que salió de las manos de Dios. Hermosa Julieta, que moras entre los coros de los ángeles, recibe este mi postrer recuerdo. Viva, te amé: muerta, vengo a adornar con tristes ofrendas tu sepulcro. (El paje silba). Siento la señal del paje: alguien se acerca. ¿Qué pie infernal es el que se llega de noche a interrumpir mis piadosos ritos? ¡Y trae una tea encendida! ¡Noche, cúbreme con tu manto!

(Entran Romeo y Baltasar)

ROMEO

Dame ese azadón y esa palanca. Toma esta carta. Apenas amanezca, procurarás que la reciba Fray Lorenzo. Dame la luz, y si en algo estimas la vida, nada te importe lo que veas u oigas, ni quieras estorbarme en nada. La principal razón que aquí me trae no es ver por última vez el rostro de mi amada, sino apoderarme del anillo nupcial que aún tiene en su dedo, y llevarle siempre como prenda de amor. Aléjate, pues. Y si la curiosidad te mueve a seguir mis pasos, júrote que he de hacerte trizas, y esparcir tus miembros desgarrados por todos los rincones de este cementerio. Más negras y feroces son mis intenciones, que tigres hambrientos o mares alborotadas.

BALTASAR

En nada pienso estorbaros, señor.

ROMEO

G. SHAKESPEARE

Es la mejor prueba de amistad que puedes darme. Toma, y sé feliz, amigo mío.

BALTASAR

(Aparte). Pues, a pesar de todo, voy a observar lo que hace; porque su rostro y sus palabras me espantan.

ROMEO

¡Abominable seno de la muerte, que has devorado la mejor prenda de la tierra, aún has de tener mayor alimento!

(Abre las puertas del sepulcro)

PARIS

Este es Montesco, el atrevido desterrado, el asesino de Teobaldo, del primo de mi dama, que por eso murió de pena, según dicen. Sin duda ha venido aquí a profanar los cadáveres. Voy a atajarle en su diabólico intento. Cesa, infame Montesco; ¿no basta la muerte a detener tu venganza y tus furores? ¿Por qué no te rindes, malvado proscrito? Sígueme, que has de morir.

ROMEO

Sí: a morir vengo. Noble joven, no tientes a quien viene ciego y desalentado. Huye de mí: déjame; acuérdate de los que fueron y no son. Acuérdate y tiembla, no me provoques más, joven insensato. Por Dios te lo suplico. No quieras añadir un nuevo pecado a los que abruman mi cabeza. Te quiero más que lo que tú puedes quererte. He venido a luchar conmigo mismo. Huye, si quieres salvar la vida, y agradece el consejo de un loco.

PARIS

¡Vil desterrado, en vano son esas súplicas!

ROMEO

¿Te empeñas en provocarme? Pues muere...

(Pelean)

PAJE

¡Ay, Dios! pelean: voy a pedir socorro.

(Vase. Cae herido Paris)

PARIS

¡Ay de mí, muerto soy! Si tienes lástima de mí, ponme en el sepulcro de Julieta.

ROMEO

ROMEO Y JULIETA

Sí que lo haré. Veámosle el rostro. ¡El pariente de Mercutio, el conde Paris! Al tiempo de montar a caballo, ¿no oí, como entre sombras decir, a mi escudero, que iban a casarse Paris y Julieta? ¿Fue realidad o sueño? ¿O es que estaba yo loco y creí que me hablaban de Julieta? Tu nombre está escrito con el mío en el sangriento libro del destino. Triunfal sepulcro te espera. ¿Qué digo sepulcro? Morada de luz, pobre joven. Allí duerme Julieta, y ella basta para dar luz y hermosura al mausoleo. Yace tú a su lado: un muerto es quien te entierra. Cuando el moribundo se acerca al trance final, suele reanimarse, y a esto lo llaman el último destello. Esposa mía, amor mío, la muerte que ajó el néctar de tus labios, no ha podido vencer del todo tu hermosura. Todavía irradia en tus ojos y en tu semblante, donde aún no ha podido desplegar la muerte su odiosa bandera. Ahora quiero calmar la sombra de Teobaldo, que yace en ese sepulcro. La misma mano que cortó tu vida, va a cortar la de tu enemigo. Julieta, ¿por qué estás aún tan hermosa? ¿Será que el descarnado monstruo te ofrece sus amores y te quiere para su dama? Para impedirlo, dormiré contigo en esta sombría gruta de la noche, en compañía de esos gusanos, que son hoy tus únicas doncellas. Este será mi eterno reposo. Aquí descansará mi cuerpo, libre de la fatídica ley de los astros. Recibe tú la última mirada de mis ojos, el último abrazo de mis brazos, el último beso de mis labios, puertas de la vida, que vienen a sellar mi eterno contrato con la muerte. Ven, áspero y vencedor piloto: mi nave, harta de combatir con las olas, quiere quebrantarse en los peñascos. Brindemos por mi dama. ¡Oh, cuán portentosos son los efectos de tu bálsamo, alquimista veraz! Así, con este beso... muero.

(Cae)

(Llega Fray Lorenzo)

FRAY LORENZO

¡Por San Francisco y mi santo hábito! ¡Esta noche mi viejo pie viene tropezando en todos los sepulcros! ¿Quién a tales horas interrumpe el silencio de los muertos?

BALTASAR

Un amigo vuestro, y de todas veras.

FRAY LORENZO

Con bien seas. ¿Y para qué sirve aquella luz, ocupada en alumbrar a gusanos y calaveras? Me parece que está encendida en el monumento

de los Capuletos.

BALTASAR

Verdad es, padre mío, y allí se encuentra mi amo, a quien tanto queréis.

FRAY LORENZO

¿De quién hablas?

BALTASAR

De Romeo.

FRAY LORENZO

¿Y cuánto tiempo hace que ha venido?...

BALTASAR

Una media hora.

FRAY LORENZO

Sígueme.

BALTASAR

¿Y cómo, padre, si mi amo cree que no estoy aquí, y me ha amenazado con la muerte, si yo le seguía?

FRAY LORENZO

Pues quédate, e iré yo solo. ¡Dios mío! Alguna catástrofe temo.

BALTASAR

Dormido al pie de aquel arbusto, soñé que mi señor mataba a otro en desafío.

FRAY LORENZO

¡Romeo! Pero, ¡Dios mío! ¿Qué sangre es esta en las gradas del monumento? ¿Qué espadas estas sin dueño, y tintas todavía de sangre? (Entra en el sepulcro). ¡Romeo! ¡Pálido está como la muerte! ¡Y Paris cubierto de sangre!... La doncella se mueve.

(Despierta Julieta)

JULIETA

Padre, ¿dónde está mi esposo? Ya recuerdo dónde debía yo estar y allí estoy. Pero ¿dónde está Romeo, padre mío?

FRAY LORENZO

Oigo ruido. Deja tú pronto ese foco de infección, ese lecho de fingida muerte. La suprema voluntad de Dios ha venido a desbaratar mis planes. Sígueme. Tu esposo yace muerto a tu lado, y Paris muerto también. Sígueme a un devoto convento y nada más me digas, porque la gente se acerca. Sígueme, Julieta, que no podemos detenernos aquí.

ROMEO Y JULIETA

(Vase)

JULIETA

Yo aquí me quedaré. ¡Esposo mío! Mas ¿qué veo? Una copa tiene en las manos. Con veneno ha apresurado su muerte. ¡Cruel! no me dejó ni una gota que beber. Pero besaré tus labios que quizá contienen algún resabio del veneno. Él me matará y me salvará. (Le besa). Aún siento el calor de sus labios.

ALGUACIL 1.º (dentro)

¿Dónde está? Guíadme.

JULIETA

Siento pasos. Necesario es abreviar. (Coge el puñal de Romeo). ¡Dulce hierro, descansa en mi corazón, mientras yo muero!

(Se hiere y cae sobre el cuerpo de Romeo) (Entran la ronda y el paje de Paris)

PAJE

Aquí es donde brillaba la luz.

ALGUACIL 1.º

Recorred el cementerio. Huellas de sangre hay. Prended a todos los que encontrareis. ¡Horrenda vista! Muerto Paris, y Julieta, a quien hace dos días enterramos por muerta, se está desangrando, caliente todavía. Llamad al Príncipe, y a los Capuletos y a los Montescos. Sólo vemos cadáveres, pero no podemos atinar con la causa de su muerte.

(Traen algunos a Baltasar)

ALGUACIL 2.º

Este es el escudero de Romeo, y aquí le hemos encontrado.

ALGUACIL 1.º

Esperemos la llegada del Príncipe.

(Entran otros con Fray Lorenzo)

ALGUACIL 3.º

Tembloroso y suspirando hemos hallado a este fraile cargado con una palanca y un azadón: salía del cementerio.

ALGUACIL 1.º

Sospechoso es todo eso: detengámosle.

(Llegan el Príncipe y sus guardas)

PRÍNCIPE

¿Qué ha ocurrido para despertarme tan de madrugada?

(Entran Capuleto, su mujer, etc.)

CAPULETO

¿Qué gritos son los que suenan por esas calles?

SEÑORA DE CAPULETO

Unos dicen «Julietta», otros «Romeo», otros «Paris», y todos corriendo y dando gritos, se agolpan al cementerio.

EL PRÍNCIPE

¿Qué historia horrenda y peregrina es esta?

ALGUACIL 1.º

Príncipe, ved. Aquí están el conde Paris y Romeo, violentamente muertos, y Julieta, caliente todavía y desangrándose.

PRÍNCIPE

¿Averiguasteis la causa de estos delitos?

ALGUACIL 1.º

Sólo hemos hallado a un fraile y al paje de Romeo, cargados con picos y azadones propios para levantar la losa de un sepulcro.

CAPULETO

¡Dios mío! Esposa mía, ¿no ves correr la sangre de nuestra hija? Ese puñal ha errado el camino: debía haberse clavado en el pecho del Montesco y no en el de nuestra inocente hija.

SEÑORA DE CAPULETO

¡Dios mío! Siento el toque de las campanas que guían mi vejez al sepulcro.

(Llegan Montesco y otros)

PRÍNCIPE

Mucho has amanecido, Montesco, pero mucho antes cayó tu primogénito.

MONTESCO

¡Poder de lo alto! Ayer falleció mi mujer de pena por el destierro de mi hijo. ¿Hay reservada alguna pena más para mi triste vejez?

PRÍNCIPE

Tú mismo puedes verla.

MONTESCO

¿Por qué tanta descortesía, hijo mío? ¿Por qué te atreviste a ir al sepulcro antes que tu padre?

PRÍNCIPE

Contened por un momento vuestro llanto, mientras busco la fuente de estas desdichas. Luego procuraré consolaros o acompañaros hasta

ROMEO Y JULIETA

la muerte. Callad entre tanto: la paciencia contenga un momento al dolor. Traed acá a esos presos.

FRAY LORENZO

Yo el más humilde y a la vez el más respetable por mi estado sacerdotal, pero el más sospechoso por la hora y el lugar, voy a acusarme y a defenderme al mismo tiempo.

PRÍNCIPE

Decidnos lo que sepáis.

FRAY LORENZO

Lo diré brevemente, porque la corta vida que me queda, no consiente largas relaciones. Romeo se había desposado con Julieta. Yo los casé, y el mismo día murió Teobaldo. Esta muerte fue causa del destierro del desposado y del dolor de Julieta. Vos creísteis mitigarle, casándola con Paris. En seguida vino a mi celda, y loca y ciega me rogó que buscara una manera de impedir esta segunda boda, porque si no, iba a matarse en mi presencia. Yo le di un narcótico preparado por mí, cuyos efectos simulaban la muerte, y avisé a Romeo por una carta, que viniese esta noche (en que ella despertaría) a ayudarme a desenterrarla. Fray Juan, a quien entregué la carta, no pudo salir de Verona, por súbito accidente. Entonces me vine yo solo a la hora prevista, para sacarla del mausoleo, y llevarla a mi convento, donde esperase a su marido. Pero cuando llegué, pocos momentos antes de que ella despertara, hallé muertos a Paris y a Romeo. Despertó ella, y le rogué por Dios que me siguiese y respetara la voluntad suprema. Ella desesperada no me siguió, y a lo que parece, se ha dado la muerte. Hasta aquí sé. Del casamiento puede dar testimonio su ama. Y si yo delinquí en algo, dispuesto estoy a sacrificar mi vida al fallo de la ley, que sólo en pocas horas podrá adelantar mi muerte.

PRÍNCIPE

Siempre os hemos tenido por varón santo y de virtudes. Oigamos ahora al criado de Romeo.

BALTASAR

Yo di a mi amo noticia de la muerte de Julieta. A toda prisa salimos de Mantua, y llegamos a este cementerio. Me dio una carta para su padre y se entró en el sepulcro desatentado y, fuera de sí amenazándome con la muerte, si en algo yo le resistía.

PRÍNCIPE

Quiero la carta; ¿y dónde está el paje que llamó a la ronda?

PAJE

Mi amo vino a derramar flores sobre el sepulcro de Julieta. Yo me quedé cerca de allí, según sus órdenes. Llegó un caballero y quiso entrar en el panteón. Mi amo se lo estorbó, riñeron, y yo fui corriendo a pedir auxilio.

PRÍNCIPE

Esta carta confirma las palabras de este bendito fraile. En ella habla Romeo de su amor y de su muerte: dice que compró veneno a un boticario de Mantua, y que quiso morir, y descansar con su Julieta. ¡Capuletos, Montescos, esta es la maldición divina que cae sobre vuestros rencores! No tolera el cielo dicha en vosotros, y yo pierdo por causa vuestra dos parientes. A todos alcanza hoy el castigo de Dios.

CAPULETO

Montesco, dame tu mano, el dote de mi hija: más que esto no puede pedir tu hermano.

MONTESCO

Y aún te daré más. Prometo hacer una estatua de oro de la hermosa Julieta, y tal que asombre a la ciudad.

CAPULETO

Y a su lado haré yo otra igual para Romeo.

PRÍNCIPE

¡Tardía amistad y reconciliación, que alumbró un sol bien triste! Seguidme: aún hay que hacer más: premiar a unos y castigar a otros. Triste historia es la de Julieta y Romeo.

OTELO

G. SHAKESPEARE

PERSONAJES

DUX DE VENECIA.

El senador BRABANCIO.

GRACIANO, su hermano.

LUIS, su pariente.

Varios Senadores.

OTELO, moro al servicio de la Republica.

CASIO, teniente suyo.

YAGO, su alférez.

RODRIGO, caballero veneciano.

MONTANO, gobernador de Chipre antes que Otelos.

Un criado de Otelos.

DESDÉMONA, hija de Brabancio y mujer de Otelos.

EMILIA, mujer de Yago.

BLANCA, querida de Casio.

UN MARINERO, UN NUNCIO, UN PREGONERO, ALGUACILES, MÚSICOS, CRIADOS, etc.

OTELLO

ACTO I

ESCENA PRIMERA

Una calle de Venecia

RODRIGO Y YAGO

RODRIGO

No vuelvas a tocar esa cuestión, Yago; mucho me pesa que estés tan enterado de eso tú a quien confié mi bolsa, como si fuera tuya.

YAGO

¿Por qué no me oís? Si alguna vez me ha pasado tal pensamiento por la cabeza, castigadme como os plazca.

RODRIGO

¿No me dijiste que le aborrecías?

YAGO

Y podéis creerlo. Más de tres personajes de esta ciudad le pidieron con la gorra en la mano que me hiciese teniente suyo. Yo sé si valgo como soldado y si sabría cumplir con mi obligación. Pero él, orgulloso y testarudo se envuelve en mil retóricas hinchadas y bélicas metáforas, y acaba por decirles que no, fundado en que ya tiene su hombre. ¿Y quién es él? Un tal Miguel Casio, florentino, gran matemático, lindo y condenado, como una mujer hermosa. Nunca ha visto un campo de batalla, y entiende tanto de guerra como una vieja. No sabe más que la teoría, lo mismo que cualquier togado. Habilidad y práctica ninguna. A ese ha preferido, y yo que delante de Otelo derramé tantas veces mi sangre en Chipre, en Rodas y en otras mil tierras de cristianos y de gentiles, le he parecido inferior a ese necio saca cuentas. Él será el teniente del moro, y yo su alférez.

RODRIGO

¡Ira de Dios! Yo mejor sería su verdugo.

YAGO

Cosa inevitable. En la milicia se asciende por favor y no por antigüedad. Decidme ahora si hago bien o mal en aborrecer al moro.

Pues entonces, ¿por qué no dejas su servicio?

YAGO

Sosígate: le sigo por mi interés. No todos podemos mandar, ni se encuentran siempre fieles criados. A muchos verás satisfechos con su condición servil, bestias de carga de sus amos, a quienes agradecen la pitanza, aunque en su vejez los arrojen a la calle. ¡Qué lástima de palos! Otros hay que con máscara de sumisión y obediencia atienden sólo a sutilidad, y viven y engordan a costa de sus amos, y llegan a ser personas de cuenta. Éstos aciertan, y de éstos soy yo. Porque habéis de saber, Rodrigo, que si yo fuera el moro, no sería Yago, pero siéndolo, tengo que servirle, para mejor servicio mío. Bien lo sabe Dios: si le sirvo no es por agradecimiento ni por cariño ni obligación, sino por ir derecho a mi propósito. Si alguna vez mis acciones dieran indicio de los ocultos pensamientos de mi alma, colgaría de la manga mi corazón para pasto de grajos. No soy lo que parezco.

RODRIGO

¡Qué fortuna tendría el de los labios gruesos, si consiguiera lo que desea!

YAGO

Vete detrás del padre; cuenta el caso por las plazas; amotina a todos los parientes, y aunque habite en delicioso clima, hiere tú sin cesar sus oídos con moscas que le puncen y atormenten; de tal modo que su misma felicidad llegue a él tan mezclada con el dolor, que pierda mucho de su eficacia.

RODRIGO

Hemos llegado a su casa. Le llamaré.

YAGO

Llámale a gritos y con expresiones de angustia y furor, como si de noche hubiese comenzado a arder la ciudad.

RODRIGO

¡Levantaos, señor Brabancio!

YAGO

¡Levantaos, Brabancio! ¡Que los ladrones se llevan vuestra riqueza y vuestra hija! ¡Al ladrón, al ladrón!

(Aparece Brabancio en la ventana)

BRABANCIO

¿Qué ruido es ese? ¿Qué pasa?

¿Teníais en casa toda la familia?

YAGO

OTELLO

¿Estaban cerradas todas las puertas?

BRABANCIO

¿Por qué esas preguntas?

YAGO

Porque os han robado. Vestíos presto, por Dios vivo. Ahora mismo está solazándose con vuestra blanca cordera un macho negro y feo. Pedid ayuda a los ciudadanos, o si no, os vais a encontrar con nietos por arte del diablo. Salid.

BRABANCIO

¿Te has vuelto loco?

RODRIGO

¿No me conocéis, señor?

BRABANCIO

No te conozco. ¿Quién sois?

RODRIGO

Soy Rodrigo, señor.

BRABANCIO

Pues lo siento mucho. Ya te he dicho que no pasees la calle a mi hija, porque no ha de ser esposa tuya, y ahora sales de la taberna medio borracho, a interrumpir mi sueño con gritos e impertinencias.

RODRIGO

¡Señor, señor!

BRABANCIO

Pero has de saber que mi condición y mi nobleza me dan fáciles medios de vengarme de ti.

RODRIGO

Calma, señor.

BRABANCIO

¿Qué decías de robos? ¿Estamos en despoblado o en Venecia?

RODRIGO

Vos, señor Brabancio, sois de aquellos que no obedecerían al diablo aunque él les mandase amar a Dios. ¿Así nos agradeceréis el favor que os hacemos? ¿O será mejor que del cruce de vuestra hija con ese cruel berberisco salgan potros que os arrullen con sus relinchos?

BRABANCIO

¿Quién eres tú que tales insolencias ensartas? Eres un truhán.

YAGO

Y vos... un consejero.

BRABANCIO

Caro te ha de costar, Rodrigo.

RODRIGO

Como queráis. Sólo os preguntaré si consentisteis que vuestra hija, a hora desusada de la noche, y sin más compañía que la de un miserable gondolero, fuera a entregarse a ese moro soez. Si fue con noticia y consentimiento vuestro, confieso que os hemos ofendido, pero si fue sin saberlo vos, ahora nos reñís injustamente. ¿Cómo había de faltáros al respeto yo, que al fin soy noble y caballero? Insisto en que vuestra hija os ha hecho muy torpe engaño, a no ser la hayáis dado licencia para juntar su hermosura, su linaje y sus tesoros con los de ese infame aventurero, cuyo origen se ignora. Vedlo: averiguadlo, y si por casualidad la encontráis en su cuarto o en otra parte de la casa, podéis castigarme como calumniador, conforme lo mandan las leyes.

BRABANCIO

¡Dadme una luz! Despierten mis criados. Sueño parece lo que me pasa. El recelo basta para matarme. ¡Luz, luz!

(Brabancio se quita de la ventana)

YAGO

Me voy. No me conviene ser testigo contra el moro. A pesar de este escándalo, no puede la República destituirle sin grave peligro de que la isla de Chipre se pierda. Nadie más que él puede salvarla, ni a peso de oro se encontraría otro hombre igual. Por eso, aunque le odio más que al mismo Lucifer, debo fingirme sumiso y cariñoso con él y aparentar lo que no siento. Los que vayan en persecución suya, le alcanzarán de seguro en el Sagitario. Yo estaré con él. Adiós.

(Se va)

(Salen Brabancio y sus servidores con antorchas)

BRABANCIO

Cierta es mi desgracia. Ha huido mi hija. Lo que me resta de vida será una cadena de desdichas. Respóndeme, Rodrigo. ¿Dónde viste a mi niña? ¿La viste con el moro? Respóndeme. ¡Ay de mí! ¿La conociste bien? ¿Quién es el burlador? ¿Te habló algo? ¡Luces, luces! ¡Levántense todos mis parientes y familiares! ¿Estarán ya casados? ¿Qué piensas tú?

RODRIGO

OTELLO

¿Y cómo habrá podido escaparse? ¡Qué traición más negra! ¿Qué padre podrá desde hoy en adelante tener confianza en sus hijas, aunque parezcan honestas? Sóbranle al demonio encantos y brujerías con que triunfar de su recato. Rodrigo, ¿no has visto en libros algo de esto?

RODRIGO

Algo he leído.

BRABANCIO

Despertad a mi hermano. ¡Ojalá que la hubiera yo casado con vos! Corred en persecución suya, unos por un lado, otros por otro. ¿Dónde podríamos encontrarla a ella y al moro?

RODRIGO

Yo los encontraré fácilmente, si me dais gente de bríos que me acompañe.

BRABANCIO

Id delante. Llamaremos a todas las puertas, y si alguien se resiste, autoridad tengo para hacer abrir. Armas, y llamad a la ronda. Sígueme, Rodrigo: yo premiaré tu buen celo.

(Se van)

ESCENA II

Otra calle

OTELO, YAGO Y CRIADOS CON TEAS ENCENDIDAS

YAGO

En la guerra he matado sin escrúpulo a muchos, pero tengo por pecado grave el matar a nadie de caso pensado. Soy demasiado bueno, más de lo que convendría a mis intereses. Ocho o diez veces anduve a punto de traspasarle de una estocada.

OTELO

Prefiero que no lo hayas hecho.

YAGO

Pues yo lo siento, porque anduvo tan provocativo y tales insolencias dijo contra ti, que yo que soy tan poco sufrido, apenas pude irme a la mano. Pero dime, ¿os habéis casado ya? El senador Brabancio es hombre de mucha autoridad y tiene más partido que el mismo Dux. Pedirá el divorcio, invocará las leyes, y si no consigue su propósito, os inquietará de mil modos.

OTELO

Por mucho que él imagine, más han de poder los servicios que tengo hechos al Senado. Todavía no he dicho a nadie, pero lo diré ahora que la alabanza puede honrarme, que desciendo de reyes, y que merezco la dicha que he alcanzado.

A fe mía, Yago, que si no fuera por mi amor a Desdémona, no me hubiera yo sometido, siendo de tan soberbia condición, al servicio de la República, aunque me dieran todo el oro de la otra parte de los mares. Pero ¿qué antorchas veo allí?

YAGO

Son el padre y los parientes de Desdémona, que vienen furiosos contra ti. Retírate.

OTELO

No, aquí me encontrarán, para que mi valor, mi nobleza y mi alma den testimonio de quién soy. ¿Llegan?

YAGO

Me parece que no, por vida mía.

OTELO

(Salen Casio y soldados con antorchas) Oteló

Es mi teniente con algunos criados del Dux. Buenas noches, amigos míos. ¿Qué novedades traéis?

CASIO

General, el Dux me envía a que os salude, y desea veros en seguida.

OTELO

Pues ¿qué sucede?

CASIO

Deben de ser noticias de Chipre. Es urgente el peligro. Esta noche han llegado uno tras otro, doce mensajeros de las galeras, y el Dux y muchos consejeros están secretamente reunidos, a pesar de ser tan avanzada la hora. Os llaman con mucha prisa; no os han encontrado en vuestra posada, y a mí me han enviado más de una vez en busca vuestra.

OTELO

Y gracias a Dios que me encontrasteis. Voy a dar un recado en mi casa, y vuelvo inmediatamente.

(Se va)

CASIO

¿Cómo aquí, alférez Yago?

YAGO

Calculo que esta noche he alcanzado buena presa.

CASIO

No lo entiendo.

YAGO

El moro se ha casado.

CASIO

¿Y con quién?

(Sale Oteló)

YAGO

Con... ¿En marcha, capitán?

OTELO

Andando.

CASIO

Mucha gente viene buscándoos.

YAGO

Son los de Brabancio. Cuidado, general, que no traen buenas intenciones.

(Salen Brabancio, Rodrigo y alguaciles con armas y teas encendidas)

OTELO

Deteneos.

RODRIGO

Aquí está Otelو, señor.

BRABANCIO

¡Ladrón de mi honra! ¡Matadle! (Trábase la pelea)

YAGO

Ea, caballero Rodrigo: aquí, a pie firme, os espero.

OTELO

Envainad esos aceros vírgenes, porque el rocío de la noche podría violarlos. Venerable anciano, vuestros años me vencen más que vuestra espada.

BRABANCIO

¡Infame ladrón! ¿Dónde tienes a mi hija? ¿Con qué hechizos le has perturbado el juicio? Porque si no la hubieras hechizado con artes diabólicas, ¿cómo sería posible que una niña tan hermosa y tan querida y tan sosegada, que ha despreciado los más ventajosos casamientos de la ciudad, hubiera abandonado la casa de su padre, atropellando mis canas y su honra, y siendo ludibrio universal, para ir a entregarse a un asqueroso monstruo como tú, afrenta del linaje humano, y cuya vista no produce deleite sino horror? ¿Que digan cuantos tengan recto juicio si aquí no han intervenido malas artes y engaño del demonio, por virtud de brebajes o de drogas que trastornan el seso, y encadenan el libre

OTELO

Deteneos, amigos y adversarios. Yo sé cuál es mi obligación cuando se trata de pelear. Ahora debo responder en juicio. Dime en dónde.

BRABANCIO

Por de pronto irás a un calabozo, hasta que la ley te llame a comparecer ante el tribunal. Otelو ¿Y crees que el Dux te lo agradecerá? Mira: todos estos han venido de su parte, llamándome a comparecer ante él para un gran negocio de Estado.

BRABANCIO

OTELLO

¿Llamarte el Dux a consejo? ¿Y a media noche? ¿Para qué? Prendedle: que el Dux y el Consejo han de sentir esta afrenta mía como propia suya. Porque si tales crímenes hubieran de quedar impunes, valdría más que rigieran la República viles siervos o paganos.

ESCENA III

Sala del Consejo

EL DUX Y LOS SENADORES SENTADOS A UNA MESA Dux
Estas noticias entre sí no tienen relación.

SENADOR 1.º

En verdad que no concuerdan, porque según las cartas que yo he recibido, las galeras son 107.

DUX

Pues aquí dice que 137.

SENADOR 2.º

Y esta que yo tengo asegura que llegan a 200. Pero aunque en el número no convengan (y en tales ocasiones bien fácil es equivocarse), lo cierto y averiguado es que una armada turca navega hacia Chipre.

DUX

Esto es lo principal y lo indudable, y esta es bastante causa para nuestros temores.

UN MARINERO

(Dentro). ¡Ah del Senado!

OFICIAL 1.º

(Sale el marinero)

DUX

¿Qué sucede?

MARINERO

El capitán me envía a decirnos que los turcos navegan hacia Rodas.

DUX

¿Qué pensáis de esta novedad?

SENADOR 1.º

No la creo: es algún ardid para engañarnos. No sólo Chipre es para el turco conquista más importante que la de Rodas, sino más fácil, por estar enteramente desguarnecida, y ser menos fuerte por naturaleza. Y no hemos de creer tan necio al turco, que deje lo cierto por lo dudoso, empeñándose en una empresa estéril y de dudoso resultado.

Dux

Para mí es seguro que no piensa en atacar a Rodas.

OTELLO

OFICIAL

Ahora llegan otras noticias. (Entra el marinero 2º)

MARINERO

Ilustrísimo Senado, el turco se ha reforzado en Rodas con buen número de naves.

SENADOR 1.º

Lo sospeché. ¿Sabes cuántas?

MARINERO

Treinta. Y ahora navega de retorno hacia Chipre, con propósito manifiesto de atacarla. Esto me manda a deciros con todo respeto vuestro fiel servidor Montano.

DUX

No hay duda que atacarán a Chipre. ¿Está allí Marcos Luchesi?

SENADOR 1.º

Está en Florencia.

DUX

Escribidle de mi parte que vuelva en seguida.

Aquí llegan Brabancio y el moro.

(Salen Brabancio, Otello, Yago, Rodrigo, Alguaciles, etc.)

DUX

Esforzado Otello, necesario es que sin dilación salgáis a combatir al turco. (A Brabancio). Señor, bien venido seáis; no os vi al entrar. ¡Lástima que esta noche nos haya faltado vuestra ayuda y consejo!

BRABANCIO

Más me ha faltado a mi el vuestro. Perdón, señor. No me he levantado tan a deshora por tener yo noticia de este peligro, ni ahora me conmueven las calamidades públicas, porque mi dolor particular, como despeñado torrente, lleva delante de sí y devora cuantos pesares se le atraviesan en el camino.

DUX

¿Qué ha acontecido?

BRABANCIO

¡Ay hija mía, desdichada hija mía!

DUX Y SENADORES

¿Ha muerto?

BRABANCIO

Peor aún. Para mí como si hubiese muerto. La han sacado de mi casa, la han trastornado el seso con bebedizos de charlatanes, porque sin arte diabólica ¿cómo ella, que no está loca ni ciega, había de caer en tal desvarío?

DUX

Sea quien fuere el autor de vuestra afrenta, el que ha privado de la razón a vuestra hija y la ha arrancado de vuestra casa, vos mismo aplicaréis con inflexible rigor la sangrienta ley, aunque recaiga en mi propio hijo.

BRABANCIO

Gracias señor. Quien la robó es el moro.

DUX Y SENADORES

¡Lástima grande!

DUX

¿Qué contestáis, Oteló? ¿Qué podéis decir en propia defensa?

BRABANCIO

¿Qué ha de decir, sino confesar la verdad?

Generoso e ilustre Senado, dueños y señores míos, confieso que he robado a la hija de este anciano, y que me he casado con ella, pero ese es todo mi delito. Mi lenguaje es tosco: la vida del campo no me ha dejado aprender palabras suaves, porque desde que apenas contaba yo seis años y mis brazos iban cobrando vigor, los he empleado en las lides, y por eso sé menos del mundo que de las armas. Mala será, pues, mi defensa, y poco ha de aprovecharme; con todo eso, si me otorgáis venia, os contaré breve y sencillamente cómo llegué al término de mi amor, y con qué filtros y hechicerías logré vencer a la hija de Brabancio.

BRABANCIO

¡Una niña tan tierna e inocente que de todo se ruborizaba! ¿Cómo había de enamorarse de un monstruo feísimo como tú, que ni eres de su edad, ni de su índole ni de su tierra? Es aberración contra naturaleza suponer tal desvarío en una niña que es la misma perfección. No: sólo con ayuda de Satanás puedes haber triunfado. Por eso vuelvo a sostener que has alterado su sangre con yerbas o con veneno.

DUX

No basta que lo creáis ni que los sospechéis. Es necesario probarlo, y las conjeturas no son pruebas.

OTELO

SENADOR 1.º

Dime, Oteló, ¿es cierto que la has seducido con algún engaño, o es que mutuamente os amabais?

OTELO

Mandad a buscar a mi esposa, que está en el Sagitario. Ella sabrá defenderse y contestarle a su padre. Y si después de oírla me condenáis, no sólo despojadme del mando que me habéis confiado, sino condenadme a dura muerte.

DUX

Que venga Desdémona.

OTELO

Acompáñalos, alférez mío. (A Yago). Tú sabes dónde está. Y mientras llega, yo, tan sinceramente como a Dios me confieso, os referiré de qué manera fue creciendo el amor de esa dama y el mío.

DUX

Hablad, Oteló.

OTELO

Era su padre muy amigo mío, y con frecuencia me convidaba, gustando de oírme contar mi vida año por año; mis viajes, desastres, peleas y aventuras. Todo se lo referí, cuanto me había sucedido desde mis primeros años: naufragios y asaltos de mar y tierra, en que a duras penas salvé la vida; cómo fui vendido por esclavo; cómo me rescaté, y cómo peregriné por desiertos, cavernas, precipicios, y rocas que parecen levantarse a las nubes; le hablé de los antropófagos caribes que se devoran los unos a los otros, y de aquellos pueblos que tienen la cabeza bajo los hombros. Desdémona escuchaba con avidez mi relación, levantándose a veces cuando la llamaban las faenas de la casa, pero volviendo a sentarse en cuanto volvía, y devorando con los oídos mis palabras. Yo lo advertí, y aprovechando una ocasión favorable, hice que un día estando a solas, me pidiese la entera relación de mi vida. La hice llorar, contándole las desgracias de mis primeros años, y con lágrimas y sollozos premió mi narración, que llamaba lastimosa y peregrina. Me dio mil gracias y acabó diciéndome que si algún día era yo amigo de algún amante suyo, le enseñase a contar aquella historia, porque era el modo más seguro de vencerla. Esto me dijo. Ella me amó por mis trabajos, victorias y desdichas. Yo la amé por su compasión, y no hubo más sortilegios. Aquí llega Desdémona que

(Salen Desdémona y Yago)

DUX

Y pienso que aun mi hija se hubiera movido a compasión con tal historia. Respetable Brabancio, consolaos y echadlo todo a buena parte. Más vale en la lid espada vieja que mano desarmada.

BRABANCIO

Oigámosla, señor, y si ella me confiesa que le tuvo algún cariño, ¡caiga sobre mi la maldición del cielo, si vuelvo a quejarme de ellos! Ven acá, niña: entre todos los que están aquí congregados ¿a quién debes obedecer más?

DESDÉMONA

Padre mío, dos obligaciones contrarias tengo: vos me habéis dado el ser y la crianza, y en agradecimiento a una y otra debo respetaros y obedeceros como hija. Pero aquí veo a mi esposo, y creo que debo preferirle, como mi madre os prefirió a su padre, y os obedeció más que a él. El moro es mi esposo y mi señor.

BRABANCIO

¡Dios sea en tu ayuda! Nada más puedo decir, señor; si queréis; tratemos ahora de los negocios de la República. ¡Cuánto más vale adoptar a un hijo extraño que tenerlos propios! Óyeme, Otelo: de buena voluntad te doy todo lo que te negara, si ya no lo tuvieras. Desdémona, ¡cuánto me alegro de no tener más hijos! Porque después de tu fuga, yo los hubiera encarcelado y tratado como tirano.

DUX

Poco voy a decir, y quiero que mis palabras sirvan como de escalera que hagan entrar en vuestra gracia a esos enamorados. ¿De qué sirven el llanto y las quejas cuando no hay esperanza? Sólo de acrecentar el dolor. Pero el alma que se resigna con serena firmeza, burla los embates de la suerte. Quien se ría del ladrón podrá robarle, y al contrario el que llora es ladrón de sí mismo.

BRABANCIO

No estemos ociosos, mientras que el turco nos arrebató a Chipre. No estemos sosegados y con la risa en los labios. Poco le importa la condenación ajena al que sale libre del tribunal., pero no así al mísero reo que sólo tiene el recurso de conformarse con la sentencia y el dolor. Siempre son oportunas vuestras sentencias, pero de sentencias no pasan, por más que digan que las dulces palabras curan el ánimo. Ha-

OTELO

blemos ya de los asuntos de la República.

DUX

Poderosa escuadra otomana va a atacar a Chipre. Vos, Otelo, conocéis bien aquella isla, y aunque tenéis un teniente de toda nuestra confianza, la opinión, dueña del éxito, os cree más idóneo que a él. No os pese de interrumpir vuestra dicha de hoy con esta nueva y peligrosa expedición.

OTELO

Generoso Senado, la costumbre ha trocado para mí en lecho de muelle pluma el silíceo y férreo tálamo de la guerra. Mi corazón está dispuesto siempre al peligro. Ya ardo en deseos de encontrarme con el turco. Humildemente os pido que prestéis a mi esposa, durante mi ausencia, el acatamiento que a su rango se debe, con casa y criados dignos de ella.

DUX

Que viva en casa de su padre.

De ninguna suerte.

OTELO

No, en modo alguno.

DESDÉMONA

Ni yo tampoco quiero turbar la tranquilidad de mi padre, estando siempre delante de sus ojos. Oíd propicio, señor, lo que quiero deciros, y concededme una sencilla petición.

DUX

¿Cuál, Desdémona?

DESDÉMONA

Que no quiero separarme del moro ni un punto solo; para eso me rendí a él como el vasallo al monarca: no me enamoré de su rostro sino de su valor y de sus hazañas; por eso le rendí mi alma y mi vida. Si a va ahora a la guerra, y yo como polilla me quedo en la paz, ¿de qué me ha servido este enlace? ¿Qué fruto cogeré de él sino llorar en tristeza su ausencia? Quiero acompañarle.

OTELO

Concédaselo el ilustre Senado, y a fe mía que no lo deseo por carnal apetito y brutal ardor (que ya se va apagando el de mi sangre africana), sino por corresponder a su generoso amor. Y no temáis que por ella olvide el alto empeño que me fiáis. No ¡vive Dios! Y si alguna vez

la torpe lujuria amortigua o entorpece mis sentidos, o roba vigor a mi brazo, consentiré que las viejas truequen mi yelmo en olla o marmita, y que caiga sobre mi nombre la niebla de oscuridad.

DUX

Conviene que resolváis pronto si ella le ha de acompañar o no.

SENADOR 1.º

Debéis salir esta misma noche.

OTELO

Iré gustoso.

EL DUX

Nos reuniremos a las nueve. Un oficial que para esto dejéis os enviará los despachos y las insignias de vuestra dignidad, Otelo.

OTELO

Si queréis, puede quedarse mi alférez, cuya probidad tengo experimentada. Él podrá acompañar a mi mujer, si consentís en ello.

SENADOR 1.º

Moro, amad mucho a Desdémona.

BRABANCIO

Moro, guárdala bien, porque engañó a su padre, y puede engañarte a ti.

(Vanse todos menos Otelo, Yago y Desdémona)

OTELO

¡Con mi vida respondo de su fidelidad! Yago, te confío a Desdémona: tu mujer puede acompañarla. Llévala pronto a Chipre. Ven, hermosa mía: sólo una hora nos queda para coloquios de amor. El tiempo urge, y es preciso conformarse al tiempo.

(Vanse Desdémona y Otelo)

RODRIGO

Yago.

YAGO

¿Qué dices, noble caballero?

RODRIGO

¿Y qué imaginas tú que haré?

YAGO

Acostarte y reposar.

RODRIGO

Voy a echarme de cabeza al agua.

OTELLO

YAGO

Si haces tal locura, no seremos amigos. ¡Vaya un mentecato!

RODRIGO

La locura es la vida cuando la vida es dolor, y la mejor medicina de un ánimo enfermo es la muerte.

YAGO

¡Qué desvarío! Conozco bien el mundo, y todavía no sé de un hombre que se ame de veras a sí mismo. Antes que ahogarme por una mujer, me convertiría en mono.

RODRIGO

¿Pues no has de remediarlo? La voluntad es el hortelano de la vida, y puede criar en ella ortigas y cardos, o hisopos y tomillo; una sola yerba o muchas; enriquecer la tierra o empobrecerla; tenerla de barbecho o abonarla. Para eso es la prudencia, el seso y el libre albedrío. Si en la balanza de la humana naturaleza, el platillo de la razón no contrapesara al de los sentidos, nos llevaría el apetito a cometer mil aberraciones. Pero por dicha tenemos la luz de la mente que doma esa sensualidad, de la cual me parece que no es más que una rama lo que llamáis amor.

RODRIGO

No lo creo.

YAGO

Hervor de sangre, y flaqueza de voluntad. Muéstrate hombre. No te ahogues en poca agua. Siempre he sido amigo tuyo, y estoy ligado a ti por invencible afecto. Ahora puedo servirte como nunca. Toma dinero: síguenos a la guerra, disfrazado y con barba postiza. Toma dinero. ¿Piensas tú que a Desdémona le ha de durar mucho su amor por el moro? Toma dinero. ¿Qué ha de durar? ¿No ves que el fin ha de ser tan violento como el principio? Toma dinero. Los moros son versátiles e inconstantes. Dinero, mucho dinero. Pronto le amargaré el dulzor de ahora. Ella es joven y ha de cansarse de él, y caer en infidelidad y mudanza. Toma dinero. Y si te empeñas en irte al infierno, vete de un modo algo más dulce que ahogándote. Recoge todo el dinero que puedas. Tú la lograrás, si es que mis artes y el poder del infierno no bastan a triunfar de la bendición de un clérigo, y de un juramento de amor prestado a un salvaje vagabundo por una discretísima veneciana. Toma dinero, mucho dinero. No te ahogues, ni te vuelvas loco. Más

vale que te ahorquen después que la hayas poseído, que no ahogarte antes.

RODRIGO

¿Me prometes ayudarme, si me arrojó a tal empresa?

YAGO

No lo dudes. Pero toma dinero. Te repetiré lo que mil veces te he dicho. Aborrezco de muerte al moro: yo sé por qué, y la razón es poderosa. Tú no le aborreces menos. Conjurémonos los dos para vengarnos. Tú tendrás el deleite, yo la risa. Muchas cosas andan envueltas en el seno del porvenir. Vete, y toma dinero y disfrazate. Mañana volveremos a hablar. Pásalo bien.

RODRIGO

¿Dónde nos veremos?

YAGO

En mi posada.

RODRIGO

Iré temprano.

YAGO

Así sea ¿Rodrigo?

RODRIGO

Yago

No te ahogues. ¿Eh?

RODRIGO

Ya no pienso en eso: voy a convertir en dinero todo lo que poseo.

YAGO

Hazlo así, y mucho dinero, mucho dinero en el bolsillo. (Se va Rodrigo.) Este necio será mi tesorero. Bien poco me había de servir mi experiencia del mundo si yo fuera a perder más tiempo con él. Pero aborrezco al moro, porque se susurra que enamoró a mi mujer. No sé si es verdad, pero tengo sospechas, y me bastan como si fueran verdad averiguada. Él me estima mucho: así podré engañarle mejor. Casio es apuesto mancebo. ¡Qué bien me valdría su empleo! Así mataría dos pájaros a la vez. ¿Qué haré? Yo he de pensarlo despacio. Dejaré correr algún tiempo, y luego me insinuaré en el ánimo de Otelo, haciéndole entender que es muy sospechosa la amistad de Casio con su mujer. Las apariencias tuyas, son propias para seducir a las hembras. Por otra parte, el moro es hombre sencillo y crédulo: a todos cree buenos, y se

OTELLO

dejará llevar del ronzal como un asno. ¡Ya he encontrado el medio! ¡Ya voy engendrando mi plan! ¡El infierno le dará luz para salir!

ACTO II
ESCENA PRIMERA

Un puerto en Chipre

SALEN MONTANO Y DOS CABALLEROS

MONTANO

¿Qué se descubre en alta mar?

CABALLERO 1.º

Nada distingo, porque la tormenta crece, y confundidos mar y cielo no dejan ver ni una sola nave.

MONTANO

Paréceme que el viento anda muy desatado en tierra: nunca he visto en nuestra isla temporal tan horrendo. Si es lo mismo en alta mar, ¿qué quilla, por fuerte que sea, habrá podido resistir al empuje de esos montes de olas? ¿Qué resultará de aquí?

CABALLERO 2.º

Sin duda el naufragio de la armada de los turcos. Pero acerquémonos a la orilla, y ved cómo las espumosas olas quieren asaltar las nubes, y cómo arrojan su rugidora, ingente y líquida cabellera sobre la ardiente Osa, como queriendo apagar el brillo de las estrellas del polo inmóvil. Nunca he visto tal tormenta en el mar.

MONTANO

Es seguro que la armada turca ha perecido, a menos que se haya refugiado en algún puerto o ensenada. Imposible parece que resista a tan brava tempestad.

(Sale otro caballero) Albricias, amigos míos. Acabó la guerra. La tormenta ha dispersado las naves turcas. Una de Venecia, que ahora llega, ha visto naufragar la mayor parte de los barcos, y a los restantes con graves averías.

MONTANO

¿Dices verdad?

CABALLERO 3.º

Ahora acaba de entrar en el puerto la nave, que es Veronesa. De ella ha desembarcado Miguel Casio, teniente de Otelo, el esforzado moro, quien arribará de un momento a otro, y trae toda potestad del gobier-

OTELLO

no de Venecia.

MONTANO

Mucho me complace la elección de tan buen gobernador.

CABALLERO 3.º

Pero Casio, aunque se alegra del descalabro de los turcos, está inquieto y hace mil votos por que llegue salvo el moro, a quien una tempestad separó de él.

MONTANO

Ojalá se salve. Yo he peleado cerca de él, y es bravo capitán. Vamos a la playa, a ver si Otelo llega, o se descubre en el mar su nave, aunque sea en el límite donde el azul del cielo se confunde con el del mar.

CABALLERO 3.º

No nos detengamos: puede estar ahí dentro de un instante.

(Sale Casio)

CASIO

Valerosos isleños, gracias por el amor que mostráis al moro. Ayúdele el cielo contra la furia de los elementos, que me separaron de él en lo más recio de la borrasca.

MONTANO

¿Es fuerte su navío?

CASIO

Y bien carenado, y lleva un piloto de larga ciencia y experiencia. Por eso no pierdo aún toda esperanza.

(Suenan dentro voces «vela, velas.») (Sale otro caballero)

CASIO

¿Qué ruido es ese?

CASIO

El alma me está diciendo que es la de Otelo.

(Se oye el disparo de un cañón) Caballero 2.º

¿Oís el cañón? Es gente amiga.

CASIO

Preguntad quién ha llegado.

CABALLERO 2.º

No tardaré. (Vase)

MONTANO

Decid, señor Casio: ¿el gobernador es casado?

CASIO

E hizo una gran boda, porque su dama es de tal perfección y hermosura que ni pluma ni lengua humana pueden describirla, y vence todos los primores del arte la realidad de sus encantos. (Sale el caballero 2.º). ¿Quién ha llegado?

CABALLERO 2.º

Yago, el alférez del gobernador.

CASIO

Rápido y feliz ha sido su viaje. Huracanes, mares alborotados, vientos sonoros, bancos de arena y falaces rocas, escollo del confiado navegante, han amansado un instante su natural dureza, cual si tuvieran entendimiento de hermosura, para dejar paso libre y seguro a Desdémona.

MONTANO

¿Y quién es Desdémona?

CASIO

Aquella de quien te hablé, la mujer de nuestro gobernador, que dejó a cargo de Yago el conducirla aquí. Por cierto que se ha adelantado cerca de siete días a nuestras esperanzas. ¡Dios soberano, protege a Oteló, manda a sus velas viento favorable, para que su nave toque pronto la bendecida orilla, y él torne amante a los brazos de su hermosa Desdémona, inflame el valor de nuestros pechos y asegure la tranquilidad de Chipre! (Salen Desdémona, Emilia, Yago, Rodrigo y acompañamiento). ¡Vedla! Ahí está. La nave ha echado a tierra su tesoro. ¡Ciudadanos de Chipre, doblad la rodilla ante ella! Bienvenida seáis señora. La celeste sonrisa os acompañe y guíe por doquiera.

CASIO

Todavía no ha llegado, pero puedo deciros que está bueno y que no tardará.

DESDÉMONA

Mi temor es que... ¿Por qué no vinisteis juntos? Casio Nos separamos en la tremenda porfía del cielo y del mar. (Voces de «una vela, una vela». Cañonazos). ¿Oís? Una vela se divisa.

CABALLERO 2.º

Han hecho el saludo a la playa. Gente amiga son.

CASIO

Veamos qué novedades hay. Salud, alférez, y vos, señora (a Emilia). (La besa). No os enojéis, señor Yago, por esta libertad, que no es más

OTELLO

que cortesía.

YAGO

Bien os portaríais si con los labios os deleitase tanto como a mí con la lengua.

DESDÉMONA

¡Pero si nunca habla!

YAGO

A veces más de lo justo, sobre todo cuando tengo sueño. Sin duda, delante de vos se reporta, y riñe sólo con el pensamiento.

EMILIA

¿Y puedes quejarte de mí?

YAGO

Eres tan buena como las demás mujeres. Sonajas en el estrado, gatas en la cocina, santas cuando ofendéis, demonios cuando estáis agraviadas, perezosas en todo menos en la cama.

EMILIA

¡Deslenguado!

YAGO

Verdades digo. Y todavía la cama os parece estrecha.

EMILIA YAGO

Más vale no hacerle.

DESDÉMONA

Y si tuvieras que hacer el mío, ¿qué dirías?

YAGO

No me desafiéis, señora, porque no acierto a decir nada sin punta de sátira.

DESDÉMONA

Hagamos la prueba. ¿Fue alguien al puerto?

YAGO

Sí, señora.

DESDÉMONA

Mi aparente alegría oculta honda tristeza. ¿Qué dirías de mí, si tuvieras que alabarme? Yago Por más vueltas que doy al magín, con nada atino. Parece que mi ingenio se me escapa como liga de frisa. He aquí por fin el parto de mi musa. «Si es blanca y rubia, su hermosura engendrará placer de que ella sabiamente participe».

DESDÉMONA

No dices mal. ¿Y si es morena y discreta?

YAGO

Si es discreta y morena, puede estar segura de hechizar a algún blanco.

DESDÉMONA

¡Mal, mal!

EMILIA

¿Y si es necia y hermosa?

YAGO

Nunca la hermosa fue necia, porque no hay ninguna tan necia que no llegue a casarse.

DESDÉMONA

Chistes de mal gusto, frías agudezas de taberna. ¿Qué elogio podrás hacer de la que es necia y fea?

YAGO

¡Oh ignorante! El mayor elogio para quien menos lo merece. ¿Y qué podrás decir de la mujer virtuosa? en quien no pueden clavar el diente la malicia misma.

YAGO

«La hermosa, que jamás cae en pecado de vanidad, la que no habla palabras ociosas, la que, siendo rica, no hace ostentación de lujosas galas, la que nunca pasa de la ocasión al deseo, la que no se venga del agravio, aunque la venganza sea fácil, la que nunca equivoca la cabeza del salmón con la cola, la que hace todas las cosas con maduro seso y no por ciego capricho, la que no mira atrás aunque la sigan, tal mujer como esta, si pudiera hallarse, sería muy apetecible.»

DESDÉMONA

¿Y para qué la querrías?

YAGO

Para criar necios y hacer su labor.

DESDÉMONA

Fría y mal entendida conclusión. No hagas caso de él, Emilia, aunque sea tu marido, y tú, Casio, ¿qué dices? ¿No te parece deslenguado e insolente?

CASIO

Peca de franco, señora mía, y es mejor soldado que hombre de corte.

OTELLO

(Hablan entre si Casio y Desdémona)

YAGO (Aparte).

Ahora le coge de la mano: hablad, hablad quedo, aunque la red es harto pequeña para coger tan gran pez como Casio. Mírale de hito en hito: sonríete. Yo te cogeré en tus propias redes. Bien, bien: así está bien. Si de esta manera pierdes tu oficio de teniente, más te valiera no haber besado nunca esa mano. ¡Bien, admirable beso! No te llesves los dedos a la boca. (Óyese una trompeta). El moro llega.

CASIO

Él es.

DESDÉMONA

Vamos a recibirle.

CASIO

Viene por allí.

(Sale Otelo)

¡Mi hermosa guerrera!

DESDÉMONA

¡Otelo!

OTELLO

Tan grande es mi alegría como mi admiración de verte aquí antes de lo que esperaba. Si la tempestad ha de producir luego esta calma, soplen en hora buena los vendavales, levántense las olas y alcen las naves hasta tocar las estrellas, o las sepulten luego en los abismos del infierno. ¡Qué grande sería mi dicha en morir ahora! Tan rico estoy de felicidad, que dudo que mi suerte me reserve un día tan feliz como éste!

DESDÉMONA

¡Quiera Dios que crezcan nuestro amor y nuestra felicidad, al paso de los años!

OTELLO

¡Quiéralo Dios! Apenas puedo resistir lo intenso de mi alegría: fáltanme palabras y el contento se desborda. ¡Oh, la menor armonía que suene entre nosotros sea la de este beso!

(La besa)

YAGO (Aparte).

Todavía estáis en buen punto, pero yo trastornaré muy pronto las llaves de esa armonía.

OTELLO

Vamos, amigos. Se acabó la guerra: los turcos van de vencida. ¿Qué tal, mis antiguos compañeros? Bien recibida serás en Chipre, amada mía. Grande honra me hizo el Senado en enviarme aquí. No sé lo que me digo, bien mío, porque estoy loco de placer. Vete a la playa, amigo Yago, haz que saquen mis equipajes, y conduce al castillo al piloto de la nave, que es hombre de valor y de experiencia, y merece ser recompensado. Ven, Desdémona.

(Vanse)

YAGO

(A Rodrigo). Espérame en el puerto. Pero oye antes una cosa, si es que eres valiente (y dicen que el amor hace valientes hasta a los cobardes). Esta noche el teniente estará de guardia en el patio del castillo. Has de saber que Desdémona está ciegamente enamorada de él.

RODRIGO

¿Pero cómo?

YAGO

Déjate guiar por mí. Tú recuerda con qué ardor se enamoró del moro, sólo por haber oído sus bravatas. ¿Pero crees tú que eso puede durar? Si tienes entendimiento ¿cómo has de creerlo? Sus ojos desean contemplar algo agradable, y ver a Otelo es como ver al demonio. Además la sangre, después del placer, se enfría y necesita alimento nuevo: alguna armonía de líneas y proporciones, alguna semejanza de edad o de costumbres. Nada de esto tiene el moro, y por eso Desdémona se encontrará burlada; empezará por fastidiarse y acabará por aborrecerle, y entonces la naturaleza, que es la mejor maestra, le guiará a nueva elección. Y dando por supuestas todas estas cosas llanas y naturales, ¿quién está en más favorable coyuntura que Casio? Él es listo y discreto; conciencia ninguna; todo en él es hipocresía y simulada apariencia y falsa cortesía, para lograr sus torpes antojos. Es un pícaro desalmado; no dejará perder ninguna ocasión oportuna, y hasta sabe fingir favores que no existen. Luego, es mozo apuesto y posee cuantas cualidades pueden llevar detrás de sí los ojos de una mujer. Yo veo que ya piensa en ella.

RODRIGO

Pues yo de ella no sospecho nada: me parece la virtud misma.

YAGO

OTELLO

¡Buena virtud la de tus narices! Si poseyera esa virtud, ¿se hubiera casado con el moro? ¡No está mala la virtud! ¿No has reparado con qué cariño le estrechaba la mano?

RODRIGO

Sería cortesía.

YAGO

Sería lujuria: una especie de prólogo de sus livianos apetitos. Y luego se besaron hasta confundirse los alientos. No dudes que se aman, Rodrigo. Cuando se empieza con estas confianzas, el término está muy cercano. Calla y déjate guiar; no olvides que yo te hice salir de Venecia. Tú harás guardia esta noche, donde yo te indique. Casio no te ha visto nunca. Yo me alejaré poco. Procura tú mover a indignación a Casio con cualquier pretexto, desobedeciendo sus órdenes, verbi gratia.

RODRIGO

Así lo haré.

YAGO

Tiene mal genio, y fácilmente se incomodará y te pondrá la mano en el rostro; con tal ocasión le desafías, y esto me basta para que se arme un tumulto entre los isleños, que llevan muy mal el gobierno de Casio. No pararemos hasta quitarle su empleo. Así allanas el camino que puede conducirte a tu felicidad. Yo te ayudaré de mil modos, pero antes hay que derribar el obstáculo mayor, y sin esto no podemos hacer nada.

RODRIGO

Haré todo lo que las circunstancias exijan.

YAGO

Ten confianza en lo que te digo. Esperaré en el castillo, a donde tengo que llevar los cofres del moro. Adiós.

RODRIGO

Adiós. (Se va)

YAGO

Para mí es seguro que Casio está enamorado de ella, y parece natural que ella le ame. A pesar del odio que le tengo, no dejo de conocer que es el moro hombre bueno, firme y tenaz en sus afectos, y a la vez de apacible y serena condición, y creo que será buen marido para Desdémona. Yo también la quiero, y no con torpe intención (aunque quizá

sea mayor mi pecado). La quiero por instinto de venganza, porque tengo sospechas de que el antojadizo mozo merodeó en otro tiempo por mi jardín. Y de tal manera me conmueve y devora esta sospecha, que no quedaré contento hasta verme vengado. Mujer por mujer: y si esto no consigo, trastornar el seso del moro con celos matadores. Para eso, si no me sirve este gozquecillo veneciano que estoy criando para que siga la pista, me servirá Miguel

CASIO.

Yo le acusaré ante el moro de amante de su mujer. (Y mucho me temo que ni aun la mía está segura con Casio). Con esto lograré que Otelo me tenga por buen amigo suyo y me agradezca y premie con liberal mano, por haberle hecho hacer papel de bestia, enloqueciéndole y privándole de sosiego. Todavía mi pensamiento vive confuso y entre sombras: que los pensamientos ruines sólo en la ejecución se descubren del todo.

OTELO

ESCENA II

Calle

UN PREGONERO, SEGUIDO DE PUEBLO

PREGONERO

Manda nuestro general y gobernador Oteló que, sabida la destrucción completa de la armada turca, todos la celebren y se regocijen, bailando y encendiendo hogueras, o con otra cualquier muestra de alegría que bien les pareciere. Además hoy celebra sus bodas. Este es el bando que me manda pregonar. Estará abierto el castillo, y puede durar libremente la fiesta desde las cinco que ahora son, hasta que suene la campana de las doce. Dios guarde a Chipre y a Oteló.

ESCENA III

Sala del Castillo

SALEN OTELO, DESDÉMONA, CASIO Y
ACOMPANAMIENTO

OTELO

Miguel, amigo mío, quédate esta noche a guardar el castillo. No olvidemos aquel prudente precepto de la moderación en la alegría.

CASIO

Ya he dado mis órdenes a Yago. Con todo eso, tendré la vigilancia necesaria.

OTELO

Yago es hombre de bien. Buenas noches, Casio. Mañana temprano te hablaré. Ven, amor mío (a Desdémona): después de comprar un objeto entra el disfrutar de él. Todavía no hemos llegado a la posesión, esposa mía. Buenas noches.

(Vanse todos menos Casio y Yago)

CASIO

Buenas noches, Yago. Es preciso hacer la guardia.

YAGO

Aún tenemos una hora: no han dado las diez. El general nos ha despedido tan pronto, por quedarse solo con

Desdémona. Y no me extraña: aún no la ha disfrutado, y por cierto que es digna del mismo Jove.

CASIO

Yago

Y tiene trazas de ser alegre y saltadora como un cabrito.

CASIO

Me parece lozana y hermosa.

YAGO

Tiene ojos muy provocativos. Parece que tocan a rebato.

CASIO

Y a pesar de eso, su mirada es honesta.

YAGO

¿Has oído su voz tan halagüeña que convida a amar?

OTELLO

CASIO

Ciertamente que es perfectísima.

YAGO

¡Benditas sean sus bodas! Ven, teniente mío: vaciemos un tonel de vino de Chipre a la salud de Oteló. Allá fuera tengo dos amigos que no dejarán de acompañarnos.

CASIO

Mala noche para eso, Yago. Mi cabeza no resiste el vino. ¿Por qué no se habrá inventado otra manera de pasar el rato?

YAGO

Es broma entre amigos. Nada más que una copa. Lo demás lo beberé yo por vos, si os empeñáis en decir que no. Casio Esta noche no he bebido más que un vaso de vino y ese aguado, y así y todo ya siento los efectos. Mi debilidad es tan grande, que no me atrevo a acrecentar el daño.

YAGO

Cállate. Es noche de alegría. Darás gusto a los amigos.

CASIO

¿Dónde están?

YAGO

Ahí fuera. Les diré que entren, si queréis.

Díselo, pero a fe que no lo hago de buen grado. (Se va)

YAGO

Con otra copa más que yo le haga beber, sobre la de esta tarde, se alborotará más que un gozquecillo ladrador. Ese Rodrigo, que es un necio, loco de amor, ha bebido esta noche largo y tendido a la salud de Desdémona. Él hace la guardia y con él tres mancebos de Chipre, nobles, pundonorosos y valientes, a quienes ya he exaltado los cascos con largas libaciones. Veremos si Casio, mezclado con esta tropa de borrachos, hace alguna locura, que le acarree enemistades en la isla. Aquí viene. Si esto me sale bien, adelantarán mucho mis proyectos.

(Sale Casio con Montano y criados con ánforas de vino)

CASIO

Por Dios vivo... ya siento el efecto.

MONTANO

Pues si no ha sido nada: apenas una botella.

YAGO

¡Ea! ¡Traed vino! (Canta). ¡Sacudid, sacudid las copas; el soldado es mortal, y debe beber sin término! ¡Más vino, amigos!

CASIO

¡Linda canción, a fe mía!

YAGO

En Inglaterra la oí: tierra de grandes bebedores. Nada valen en co-tejo con ellos daneses, alemanes y flemáticos holandeses.

CASIO

¿Bebe más el inglés?

YAGO

Fácil le es poner debajo de la mesa al danés, y con poca fatiga al alemán, y antes de apurar la última botella, al holandés. Casio Brindo por el general. Yago ¡Oh, dulce Inglaterra! (Canta). «Hubo un rey, noble y caballero, que se llamaba Esteban: las calzas le costaban un doblón, y se enojaba de gastar tanto dinero, y llamaba al sastre ladrón. Si esto hacía el que era tan gran monarca, ¿qué has de hacer tú, pobre pechero? ¡A cuántos perdió el subirse a mayores!» ¡Más vino!

CASIO

Más me gusta esta canción que la primera.

YAGO

¿Queréis que la repita?

CASIO

No, porque quien tales cosas canta merece perder su empleo. En fin, Dios es poderoso, y unos se salvarán y otros se condenarán.

YAGO

Bien dicho, teniente Casio.

CASIO

Sin agravio del gobernador, ni de ningún otro personaje, yo creo que me salvaré.

YAGO

Y yo también lo creo, mi teniente.

CASIO

Pero permitidme que os diga que primero me he de salvar yo, porque el teniente debe ir antes que el alférez. Basta.

Cada cual a su negocio... No creáis que estoy borracho, amigos míos. Ved: aquí está mi alférez; esta es mi mano derecha, esta mi mano izquierda; os aseguro que no estoy borracho. ¿No veis que hablo

OTELLO

con sustancia y concierto?

TODOS

Habláis en todo seso.

CASIO

¡Ya lo creo! En entera razón. No vayáis a creer que estoy borracho.

(Se va)

MONTANO

Vamos a la explanada a hacer la guardia.

YAGO

¿Habéis visto a ese mancebo que acaba de irse? Digno es de mandar al lado del mismo César. ¡Lástima que tenga ese vicio, equinoccio de su virtud, porque la iguala! ¡Cuánto lo siento! ¡Pobre isla de Chipre si cuando se la confiara Otelo, acertase Casio a padecer este accidente!

MONTANO

¿Suele embriagarse?

Todas las noches antes de acostarse. Tardaría más de 24 horas en dormirse, si con la bebida no arrullara el sueño.

MONTANO

Bien haríamos en avisar al gobernador con tiempo. Puede que no haya reparado en ello. Tal es la estimación que profesa a Casio, cuyas buenas cualidades compensan sus defectos. ¿No es verdad?

(Sale Rodrigo)

YAGO

¿Qué hay de nuevo? Vete detrás de Casio: no te detengas.

(Se va Rodrigo)

MONTANO

¡Lástima que el moro otorgue tanta amistad y confianza a un hombre dominado por tan feo vicio! Convendrá hablar a Otelo.

YAGO

No he de ser yo quien le hable, porque quiero muy de veras a Casio, y me alegraría de curarle. ¿Oyes el ruido?

(Sale Casio persiguiendo a Rodrigo).

CASIO

¡Infame, perverso!

MONTANO

¿Qué sucede, mi teniente?

CASIO

¿Tú enseñarme a mí? Mil palos le he de dar, a fe de quien soy.

RODRIGO

¡Tú apalearme!

CASIO

¿Y todavía te atreves a replicar?

MONTANO

Manos quedas, señor teniente.

CASIO

Déjame, o te señalo en la cara.

Estáis beodos.

CASIO

¿Beodo yo?

YAGO

(A Rodrigo). Echa a correr gritando: «favor, alarma». (Se va Rodrigo). Paz, señores. ¡Favor, favor! ¡Orden! ¡Buena guardia está la nuestra. (Óyese el tañido de una campana). ¿Quién tocará la campana? ¡Qué alboroto! ¡Válgame el cielo! Deteneos, señor teniente. Camináis ciego a vuestra ruina.

(Sala Oteló con sus criados)

OTELÓ

¿Qué ha sucedido?

MONTANO

Yo me voy en sangre. Me han herido de muerte.

OTELÓ

¡Deteneos!

YAGO

¡Deteneos, teniente Casio! ¡Montano, amigos míos! ¿Tan olvidados estáis de vuestras obligaciones? ¿No veis que el general os está dando sus órdenes?

OTELÓ

¿Qué pendencia es esta? ¿Estamos entre turcos, o nos destrozamos a nosotros mismos, ya que el cielo no permitió que ellos lo hiciesen? Si sois cristianos, contened vuestras iras, o caro le ha de costar al primero que levante el arma o dé un paso más. Haced callar esta campana que altera el sosiego de la isla. ¿Qué es esto, caballeros? Tú, mi buen Yago, ¿por qué palideces? Cuéntamelo todo ¿Quién comenzó la pendencia? No me ocultes nada. Tu lealtad invoco.

OTELLO

YAGO

El motivo no lo sé. Hace poco estaban, en tanta paz y armonía como dos novios antes de entrar en el lecho, pero de repente, como si alguna maligna influencia sideral los hubiera tocado, desenvainan los aceros y se atacan y pelean a muerte. Repito que no sé la causa de la rencilla. ¡Ojalá yo hubiera perdido, lidiando bizarramente en algún combate glorioso, las dos piernas que me trajeron a ser testigo de tal escena!

OTELLO

¿Por qué tal atropello, amigo Casio?

CASIO

Perdonadme, señor, ahora no puedo deciros nada.

MONTANO

Mis heridas apenas me lo consienten, señor. Vuestro alférez Yago os podrá responder por mí. No tengo conciencia de haber ofendido a nadie esta noche, de obra ni de palabra, a no ser que sea agravio el defender la propia existencia contra un agresor injusto.

OTELLO

¡Vive Dios! Ya la sangre y la pasión vencen en mí al juicio. Y si llego a enojarme y a levantar el brazo, juro que el más esforzado ha de caer por tierra. Decidme cómo empezó la cuestión, quién la provocó. ¡Infeliz de él, aunque fuera mi hermano gemelo! ¿Estabais locos? Cuando todavía resuenan en el castillo los gritos de guerra, cuando aún estarán llenas de terror las gentes de la isla, ¿mis propios guardias han de alterar el sosiego de la noche con disputas y rebatos? Dímelo con verdad, Yago. ¿Quién comenzó?

MONTANO

No te juzgaré buen soldado, si por amistad con Casio faltas a la verdad.

YAGO

No me obliguéis tan duramente. Antes que faltar a mi amigo Casio, me mordería la lengua. Pero hablaré, porque creo que el decir yo la verdad no le perjudica en nada. Las cosas pasaron así, señor gobernador. Estaba Montano hablando conmigo, cuando se nos acercó un mancebo pidiéndonos ayuda contra Casio que venía detrás de él, espada en mano. Este amigo se interpuso y rogó a Casio que se detuviera. Yo corrí detrás del fugitivo, para que no alarmara al pueblo con sus

gritos, como al fin sucedió, porque no pude alcanzarle. Con esto volví a donde sonaba ruido de espadas, y juramentos de Casio, que nunca hasta esta noche se le habían oído. Andaba entre ellos tan recia y trabada la pelea como cuando vos separasteis. Nada más sé ni puedo decir. El hombre es hombre, y el más justo cae y peca. Y tengo para mí que aunque Casio golpeó a Montano, como hubiera podido golpear a su mejor amigo en un arrebató de furor, fue sin duda porque había recibido del fugitivo alguna ofensa intolerable.

OTELO

La amistad que con Casio tienes, y tu natural benévolo, amigo Yago, te mueven a disculparle. Mucho te quiero, Casio, pero ya no puedes ser mi teniente. (Sale Desdémona). Ved: con el alboroto habéis despertado a mi esposa. Voy a hacer en vosotros un ejemplar castigo.

DESDÉMONA

¿Qué ha sido esto?

OTELO

Ya está acabado todo, amiga mía. Vámonos a descansar. Yo haré curar vuestra herida, caballero, (a Montano). Yago, procura calmar al pueblo, si es que anda alterado con la riña. Vámonos, Desdémona. Esta es la vida del guerrero. Hasta en el seno del placer viene a despertar ruido de armas.

(Quedan solos Casio y Yago)

YAGO

¿Estáis herido, teniente?

Sí, y no hay cirujano que pueda curarme.

YAGO

¡No lo quiera Dios!

CASIO

¡He perdido la fama, el buen nombre, lo más espiritual y puro de mí ser, y sólo me queda la parte brutal. ¡El buen nombre, el buen nombre, Yago! Yago Por Dios vivo, creí que habíais recibido alguna herida material, la cual debiera angustiaros más que la pérdida de la fama. La fama no es sino vano ruido y falsedad e impostura, que las más veces se gana sin mérito y se pierde sin culpa. Y si vos no dais por pérdida la fama, de fijo que no la habéis perdido. ¡Valor, amigo Casio! Medios tenéis para volver a la gracia del general. Os ha quitado el empleo en un momento de ira, y más por política y buen parecer, que por mala

OTELLO

intención. Así pega uno a veces al perro fiel, para asustar al bravo león. Suplicadle, pedidle perdón, y todo os lo concederá.

CASIO

¿Cómo ha de atreverse a suplicar nada a un jefe tan íntegro y bueno, un oficial tan perdido, borracho, y sin seso como yo! ¡Embriagarme yo, perder el juicio, hablar por los codos, disputar, decir bravatas y reñir hasta con mi sombra!

¿Cómo te llamaré, espíritu incorpóreo del vino, que aún no tienes nombre? Sin duda que debo llamarte demonio.

YAGO

¿Y a quién perseguíais con el acero desnudo? ¿Qué os había hecho?

CASIO

Lo ignoro.

YAGO

¿Es posible?

CASIO

Muchas cosas recuerdo, pero todas confusas e incoherentes. Sólo sé que hubo una pendencia, pero de la causa no puedo dar razón. ¡Dios mío! ¿No es buena locura que los hombres beban a su propio enemigo, y que se conviertan, por medio del júbilo y de la algazara, en brutos animales? Yago Ya os vais serenando. ¿Cómo habéis recobrado el juicio, tan pronto? Casio El demonio de la ira venció al de la embriaguez. Un defecto provoca a otro, para que yo me avergüence más y más de mí mismo.

YAGO

Cuando yo le vuelva a pedir mi empleo, me llamará borracho. Aunque yo tuviera todas las bocas de la hidra, esta respuesta bastaría para hacerlas callar. ¡Pasar yo en breve rato desde el estado de hombre juicioso al de loco frenético y luego al de bestia! ¡Qué horror! Cada copa es una maldición del infierno, cada botella un demonio.

YAGO

No digáis eso, que el buen vino alegra el corazón humano, cuando no se abusa de él. No creo, teniente Casio, que dudaréis de la firmeza de mi amistad.

CASIO

Tengo pruebas de ello. ¡Borracho yo! Yago Vos y cualquiera puede emborracharse alguna vez. Ahora oíd lo que os toca hacer. La mujer de

nuestro gobernador le domina a él, porque él está encantado y absorto en la contemplación de su belleza. Decidle la verdad, ponédla por intercesora, para que os restituya vuestro empleo. Ella es tan buena, dulce y cariñosa que hará de seguro más de lo que acertéis a pedirle: ella volverá a componer esa amistad quebrada entre vos y su esposo, y apostaría toda mi dicha futura a que este disgustillo sirve para estrecharla más y más.

CASIO

Me das un buen consejo.

YAGO

Y tan sincero y honrado como es mi amistad hacia vos.

CASIO

Así lo creo. Lo primero que haré mañana será rogar a Desdémona, que interceda por mí. Si ella me abandona, ¿qué esperanza puede quedarme?

YAGO

Bien decís. Buenas noches, teniente. Voy a la guardia.

CASIO

Buenas noches, Yago.

YAGO

¿Y quién dirá que soy un malvado, y que no son buenos y sanos mis consejos? Ese es el único modo de persuadir a Otelo, y muy fácil es que Desdémona interceda en favor de él, porque su causa es buena, y porque Desdémona es más benigna que un ángel del cielo. Y poco le ha de costar persuadir al moro. Aunque le exigiera que renegase de la fe de Cristo, de tal manera le tiene preso en la red de su amor, que puede llevarle a donde quiera, y le maneja a su antojo. ¿En qué está mi perfidia, si aconsejo a Casio el medio más fácil de alcanzar lo que desea? ¡Diabólico consejo el mío! ¡Arte propia del demonio engañar a un alma incauta con halagos que parecen celestiales!

Así lo hago yo, procurando que este necio busque la intercesión de Desdémona, para que ella ruegue al moro en favor de él. Y entre tanto yo destilaré torpe veneno en los oídos del moro, persuadiéndole que Desdémona pone tanto empeño en que no se vaya Casio, porque quiere conservar su ilícito amor. Y cuanto ella haga por favorecerle, tanto más crecerán las sospechas de Otelo. De esta manera convertiré el vicio en virtud, tejiendo con la piedad de Desdémona la red en que am-

OTELLO

bos han de caer. (Sale Rodrigo). ¿Qué novedades traes, Rodrigo?

RODRIGO

Sigo la caza, pero sin fruto. Mi dinero se acaba; esta noche me han apaleado, y creo que el mejor desenlace de todo sería volverme a Venecia, con alguna experiencia de más, harto duramente adquirida, y con algunos ducados de menos.

YAGO

¡Pobre del que no tiene paciencia! ¿Qué herida se curó de primera intención? No procedemos por ensalmos, sino con maña y cautela, y dando tiempo al tiempo. ¿No ves en qué estado andan las cosas? Es verdad que Casio te ha apaleado, pero él en cambio pierde su oficio. La mala yerba crece sin sol, pero la flor temprana es señal de temprana fruta. Ten paciencia y sosiego. Vete a tu posada; luego sabrás lo restante; vete, vete. Dos cosas tengo que hacer. La primera, hacer que mi mujer ayude a Desdémona en su petición a favor de Casio; y cuando ella esté suplicando con más ahínco, me interpondré yo y hablaré al moro. No es ocasión de timideces ni de esperas.

ACTO III
ESCENA PRIMERA

Sala del castillo

CASIO Y MÚSICOS

CASIO Yo os pago. Tocad un breve rato para festejar el natalicio del gobernador.

(Sale el bufón)

BUFÓN

Señores, ¿vuestros instrumentos han adquirido en Nápoles esa voz tan gangosa?

MÚSICOS

¿Qué decís?

BUFÓN

Tomad dinero: el gobernador gusta tanto de vuestra música que os paga para que no continuéis.

MÚSICO 1.º

Bien, señor. Callaremos.

BUFÓN

Tocad sólo alguna música que no se oiga, si es que la sabéis. En cuanto a la que se oye, el general no puede sufrirla.

MÚSICOS

Nunca hemos sabido tales músicas.

BUFÓN

Pues idos con la vuestra a otra parte, porque si no, me iré yo. ¡Idos lejos!

(Se van)

CASIO

¿Oyes, amigo?

BUFÓN

No oigo al amigo: te oigo a ti. Casio Basta de bromas: toma una moneda de oro. Si la dama que acompaña a la mujer del gobernador está ya levantada, dile que un tal Casio quiere hablarla. ¿Se lo dirás?

BUFÓN

Ya está levantada, y si la encuentro, le diré lo que deseáis.

OTELLO

CASIO

Díselo, amigo mío. (Se va el Bufón. Sale Yago). Bien venido, Yago.

YAGO

¿No os habéis acostado?

CASIO

Era casi de día, cuando me separé de ti. Ahora he enviado un recado a tu mujer, para que me facilite una entrevista con Desdémona. Yago Yo haré que la veas, y procuraré alejar a Otelo, para que no os interrumpa. Casio De todas veras te lo agradeceré. (Aparte.) Ni en Florencia misma he hallado hombre tan cortés y atento. (Sale Emilia) Emilia Buenos días, teniente. Mucho siento el percance que os ha pasado, pero creo que al fin ha de remediarse. De ello están hablando el gobernador y su mujer. Ella os defiende mucho. Otelo replica que heristeis a una persona muy conocida en Chipre: que era forzoso el castigo, y que por eso os destituyó. Pero como es tan amigo vuestro, no tardará en devolveros el empleo, apenas haya ocasión propicia.

A pesar de todo, me parece conveniente hablar a solas a Desdémona, si es que mi pretensión no te parece descabellada.

EMILIA

Ven conmigo: yo te llevaré a sitio donde puedas hablarla con toda libertad.

CASIO

Mucho os agradeceré tal favor.

(Se van)

G. SHAKESPEARE

ESCENA II

Sala del castillo

SALEN OTELO, YAGO Y VARIOS CABALLEROS

OTELO

Yago, entrega tú estas cartas al piloto, para que las comunique al Senado. Entre tanto yo voy a las murallas. Allí me encontrarás.

YAGO

Está bien, general.

OTELO

Caballeros, ¿queréis visitar la fortificación?

CABALLEROS

Como gustéis.

OTELLO

ESCENA III

Jardín del castillo

DESDÉMONA, EMILIA Y CASIO

DESDÉMONA

Pierde el temor, amigo mío. Te prestaré toda la ayuda y favor que pueda.

EMILIA

Señora, os suplico que lo hagáis, porque mi marido lo toma como asunto propio.

DESDÉMONA

Es muy honrado. Espero veros pronto amigos a Oteló y a ti, buen Casio.

CASIO

En mucho aprecio tu amistad. Sé que hace tiempo la tienes con mi marido, y que sólo se alejará de ti el breve tiempo que la prudencia lo exija.

CASIO

Pero esa prudencia puede durar tanto, o acrecentarse con tan perverso alimento, o atender a tan falsas apariencias, que estando ausente yo, y sucediéndome otro en el destino, olvide el general mis servicios.

DESDÉMONA

No tengas ese recelo. A Emilia pongo por testigo de que no he de desistir hasta que te restituyan el empleo. Yo cumplo siempre lo que prometo y juro. No dejaré descansar a mi marido, de día y de noche he de seguirle y abrumarle con ruegos y súplicas en tu favor. Ni en la mesa ni en el lecho cesaré de importunarle. Buen abogado vas a tener. Antes moriré que abandonar la pretensión de Casio.

EMILIA

Señora, el amo viene.

CASIO

Adiós, señora.

DESDÉMONA

Quédate, y oye lo que voy a decirle.

CASIO

G. SHAKESPEARE

No puedo oírte ahora ni estoy de buen temple para hablar en causa propia.

DESDÉMONA

Como queráis.

(Se va Casio. Salen Otel y Yago)

YAGO

No me parece bien esto.

OTELO

¿Qué dices entre dientes?

YAGO

Nada... No lo sé, señor.

OTELO

¿Casio? No, señor. ¿Por qué había de huir él tan pronto, apenas os vio llegar?

OTELO

Pues me pareció que era Casio.

DESDÉMONA

¿Tú de vuelta, amor mío? Ahora estaba hablando con un pobre pretendiente, que se queja de tus enojos.

OTELO

¿Quién?

DESDÉMONA

Tu teniente Casio. Y si en algo estimas mi amor y mis caricias, óyeme benévolo. O yo no entiendo nada de fisonomías, o Casio ha pecado más que por malicia, por ignorancia. Perdónale.

OTELO

¿Era el que se fue de aquí ahora mismo?

DESDÉMONA

Sí, tan triste y abatido, que me dejó parte de su tristeza. Haz que vuelva contento, esposo mío.

OTELO

Ahora no: otra vez será, esposa mía.

DESDÉMONA

¿Pronto?

OTELO

Tus ruegos adelantarán el plazo.

DESDÉMONA

OTELLO

¿Esta noche, a la hora de cenar?

OTELLO

Esta noche no puede ser.

DESDÉMONA

¿Mañana a la hora de comer?

OTELLO

Entonces mañana por la noche, o el martes por la mañana, por la tarde o por la noche, o el miércoles muy de madrugada. Fíjame un término y que sea corto: tres días a lo más. Ya está arrepentido. Y aunque dicen que las leyes de la guerra son duras, y que a veces exigen el sacrificio de los mejores, su falta es bien leve, y digna sólo de alguna reprensión privada. Dime, Oteló: ¿cuándo volverá? Si tú me pidieras algo, no te lo negaría yo ciertamente. Mira que en nada pienso tanto como en esto. ¿No te acuerdas que Casio fue confidente de nuestros amores? ¿No sabes que él te defendía siempre, cuando yo injustamente y por algún arrebató de celos, hablaba mal de tí? ¿De qué dudas en perdonarle? No sé cómo persuadirte...

OTELLO

Basta, mujer: no me digas más. Que vuelva cuando quiera.

DESDÉMONA

No te he pedido gracia, ni sacrificio, sino cosa que a tí mismo te está bien y te importa. Es como si te pidiera que te abrigaras, o que te pusieras guantes, o que comieses bien. Si mi petición fuera de cosa más difícil o costosa, a fe que tendría yo que medir y pesar bien las palabras, y aún así sabe Dios si lo alcanzaría.

OTELLO

Nada te negaré. Una cosa sola he de pedirte. Déjame solo un rato.

DESDÉMONA

¿Yo dejar de obedecerte? Adiós, señor mío, adiós.

OTELLO

Adiós, Desdémóna. Pronto seré contigo.

DESDÉMONA

Ven, Emilia. (A Oteló.) Siempre seré rendida esclava de tus voluntades.

(Se van)

OTELLO

¡Alma de mi alma! Condenada sea mi alma, si yo no te quiero; y si alguna vez dejo de quererte, confúndase y acábase el universo!

YAGO

General.

OTELO

¿Qué dices, Yago?

YAGO

Lo supo todo, desde el principio hasta el fin. ¿A qué esa pregunta?

YAGO

Por nada: para matar un recelo mío.

OTELO

¿Qué recelo?

YAGO

Yo creí que nunca la había tratado.

OTELO

¡Si fue confidente y mensajero de nuestros amores!

YAGO

¿Eso dices?

OTELO

La verdad digo. ¿Por qué te sorprende? Pues ¿no es hombre de fiar?

YAGO

Sí: hombre de bien.

OTELO

Muy de bien.

YAGO

Así que sepa...

OTELO

¿Qué estáis murmurando?

YAGO

¿Murmurar?

OTELO

¡Sí, algo piensas, vive Dios! Vas repitiendo como un eco mis palabras, como si tuvieras en la conciencia algún monstruo, y no te atreverías a arrojarle. Hace un momento, cuando viste juntos a Casio y a mi mujer, dijiste que no te parecía bien. ¿Y por qué no? Ahora cuando te he referido que fue medianero de nuestros amores, preguntaste: «¿Es verdad eso?» y te quedaste caviloso, como si madurases alguna sinie-

OTELLO

stra idea. Si eres amigo mío, dime con

YAGO

Señor, ya sabéis que de todas veras os amo.

OTELLO

Por lo mismo que lo sé y lo creo, y que te juzgo hombre serio y considerado en lo que dices, me asustan tus palabras y tu silencio. No los extrañaría en hombres viles y soeces, pero en un hombre honrado como tú son indicios de que el alma está ardiendo, y de que quiere estallar la indignación comprimida.

YAGO

Juro que tengo a Miguel Casio por hombre de honor.

OTELLO

Yo también.

YAGO

El hombre debe ser lo que parece, o a lo menos, aparentarlo.

OTELLO

Dices bien.

YAGO

Repito que a Casio le tengo por hombre honrado.

OTELLO

Eso no es decírmelo todo. Declárame cuanto piensas y recelas, hasta lo peor y más oculto.

YAGO

Perdonadme, general: os lo suplico. Yo estoy obligado a obedeceros en todo, menos en aquellas cosas donde ni el mismo esclavo debe obedecer. ¿Revelaros mi pensamiento? ¿Y si mi pensamiento fuera torpe, vil y menguado? ¿En qué palacio no penetra alguna vez la alevosía? ¿En qué pecho no caben injustos celos y cavilosasidades? Hasta con el más recto juicio pueden unirse bajos pensamientos.

OTELLO

Yago, faltas a la amistad, si creyendo infamado a tu amigo, no le descubres tu sospecha.

YAGO

¿Y si mi sospecha fuera infundada? Porque yo soy naturalmente celoso y perspicaz, y quizá veo el mal donde no existe. No hagáis caso de mis malicias, vagas e infundadas, ni perturbéis vuestro reposo por ellas, ni yo como hombre honrado y pundonoroso debo revelaros el

fondo de mi pensamiento.

OTELO

¿Qué quieres decir con eso?

¡Ay, querido jefe mío, la buena reputación, así en hombre como en mujer, es el tesoro máspreciado. Poco roba quien roba mi dinero; antes fue algo, después nada; antes mío, ahora suyo, y puede ser de otros cincuenta. Pero quien me roba la fama, no se enriquece, y a mí me deja pobre.

OTELO

¿Qué estás pensando? Dímelo, por Dios vivo. Quiero saberlo.

Yago No lo sabréis nunca aunque tengáis mi corazón en la mano. Otelos ¿Por qué? Yago Señor, temed mucho a los celos, pálido monstruo, burlador del alma que le da abrigo. Feliz el engañado que descubre el engaño y consigue aborrecer a la engañadora, pero ¡ay del infeliz que aún la ama, y duda, y vive entre amor y recelo!

OTELO

¡Horrible tortura!

YAGO

Más feliz que el rico es el pobre, cuando está resignado con su suerte. Por el contrario el rico, aunque posea todos los tesoros de la tierra, es infeliz por el temor que a todas horas le persigue, de perder su... ¡Dios mío, aparta de mis amigos, los celos!

Otelos ¿Qué quieres decir? ¿Imaginas que he de pasar la vida entre sospechas y temores, cambiando de rostro como la luna? No; la duda y la resolución sólo pueden durar en mí un momento, y si alguna vez hallares que me detengo en la sospecha y que no la apuro, llámame imbécil. Yo no me encelo si me dicen que mi mujer es hermosa y alegre, que canta y toca y danza con primor, o que se complace en las fiestas. Si su virtud es sincera, más brillará así. Tampoco he llegado a dudar nunca de su amor. Ojos tenía ella y entendimiento para escoger. Yago, para dudar necesito pruebas, y así que las adquiera, acabaré con el amor o con los celos.

YAGO

Dices bien. Y así conocerás mejor la lealtad que te profeso. Ahora no puedo darte pruebas. Vigila a tu esposa; repárala bien cuando hable con Casio, pero que no conozcan tus recelos en la cara. No sea que se burlen de tu excesiva buena fe. Las venecianas sólo confían a Dios

OTELLO

el secreto, y saben ocultársele al marido. No consiste su virtud en no pecar, sino en esconder el pecado.

OTELLO

¿Eso dices? Yago

OTELLO

Verdad es. Yago Pues la que tan bien supo fingir, hasta engañar a su padre, que no podía explicarse vuestro amor sino como obra de hechicería... Pero ¿qué estoy diciendo? Perdóname si me lleva demasiado lejos el cariño que te profeso.

OTELLO

Eterna será mi gratitud.

YAGO

Mal efecto te han hecho mis palabras, señor.

OTELLO

No. Mal efecto, ninguno.

YAGO

Paréceme que sí. Repara que cuanto te he dicho ha sido por tu bien. Pero señor, ¡estáis desconcertado! Ruego que no entendáis mis palabras más que como suenan, ni deis demasiado crédito e importancia a una sospecha. Oteló Te lo prometo. Yago Si no, lo sentiría, y aun sería más pronto el desenlace, que lo que yo imaginé. Casio es amigo mío... Pero ¡estáis turbado! Oteló ¿Por qué? Yo tengo a Desdémona por honrada. Yago ¡Que lo sea mucho tiempo: ¡Que por muchos años lo creas tú así! Oteló Pero cuando la naturaleza comienza a extraviarse... Yago Ahí está el peligro. Y a decir verdad, el haber despreciado tan ventajosos casamientos de su raza, de su patria y de su condición y haberse inclinado a ti, parece indicio no pequeño de torcidas y livianas inclinaciones. La naturaleza hubiera debido moverla a lo contrario. Pero... perdonadme: al decir esto, no aludo a ella solamente, aunque temo que al compararos con los mancebos de Venecia, pudiera arrepentirse.

OTELLO

Adiós, adiós, y si algo más averiguas, no dejes de contármelo. Que tu mujer los vigile mucho. Adiós, Yago.

YAGO

Me voy, general. Quédate con Dios.

(Se aparta breve trecho)

OTELLO

¿Para qué me habré casado? Sin duda este amigo sabe mucho más que lo que me ha confesado.

YAGO

Gobernador, os suplico que no volváis a pensar en eso. Dad tiempo al tiempo, y aunque parece justo que Casio recobre

su empleo, puesto que es hábil para desempeñarlo, mantened las cosas en tal estado algún tiempo más, y entre tanto podéis estudiar su carácter, y advertir si vuestra mujer toma con mucho calor su vuelta. Este será vehemente indicio, pero entre tanto, inclinaos a pensar que me he equivocado en mis sospechas y temores, y no desconfiéis de su fidelidad.

OTELO

Nada temas. Yago Adiós otra vez. (Vase) Otelos Este Yago es buen hombre y muy conocedor del mundo. ¡Ay, halcón mío! si yo te encontrara fiel, aunque te tuviera sujeto al corazón con garfios o correas, te lanzaría al aire en busca de presa. ¿Quizá me estará engañando por ser yo viejo y negro, o por no tener la cortesía y ameno trato propios de la juventud? ¿Pero qué me importa la razón? Lo cierto es que la he perdido, que me ha engañado, y que no tengo más recurso que aborrecerla. ¡Maldita boda; ser yo dueño de tan hermosa mujer pero no de su alma! Más quisiera yo ser un sapo asqueroso o respirar la atmósfera de una cárcel, que compartir con nadie la posesión de esa mujer. Pero tal es la maldición que pesa sobre los grandes, más infelices en esto que la plebe. Maldición que nos amenaza, desde que comenzamos a respirar el vital aliento. Aquí viene Desdémona. (Salen Desdémona y Emilia.) (Aparte.) ¿Será verdad que es infiel? ¿Se burlará el cielo de sí mismo?

DESDÉMONA

Otelos, ven; los nobles de la isla están ya congregados para el banquete.

OTELO

¿Qué insensatez la mía!

DESDÉMONA

¿Por qué hablas entre dientes? ¿Estás malo?

OTELO

Sin duda, por el insomnio. Pero pronto sanarás. Yo te vendaré la cabeza, y antes de una hora estarás aliviado.

(Intenta ponerle el pañuelo)

OTELLO

OTELLO

Ese pañuelo es pequeño. (Se cae el pañuelo). Déjalo. Me voy contigo.

DESDÉMONA

Mucho siento tu incomodidad.

(Vanse)

EMILIA

¡Oh felicidad! Este es el pañuelo, primera ofrenda amorosa del moro. Mi marido me ha pedido mil veces que se lo robe a Desdémona, pero como ella lo tiene en tanto aprecio, y Otelo se lo encomendó tanto, jamás lo deja de la mano, y muchas veces le besa y acaricia. Haré copiar la misma labor, y se la daré a Yago, aunque no puedo atinar para qué él le desea: Dios lo sabe. A mí sólo me toca obedecer.

(Sale Yago)

YAGO

¿Cómo estás sola?

EMILIA

No te enojés, que algo tengo que regalarte.

YAGO

¿A mí qué? Buena cosa será.

EMILIA

¡Ya lo creo!

YAGO

Eres necia, esposa mía.

EMILIA

¡Ya lo creo! ¿Cuánto me darás por aquel pañuelo?

YAGO

¿Qué pañuelo?

EMILIA

¿Y ya lo has hecho?

EMILIA

No le he robado, sino que le he recogido del suelo, donde ella le dejó caer. Tómale, aquí está.

YAGO

Dámele, pues, amor mío.

EMILIA

¿Y para qué? ¿Cómo tuviste tanto empeño en que yo le robara?

YAGO

(Cogiendo el pañuelo). ¿Qué te importa? Dámelo.

EMILIA

Si no le necesitas para cosa de importancia, devuélvemele pronto, Yago, porque mi señora se morirá de pena, así que eche de ver la falta.

YAGO

No le confieses nada. Necesito el pañuelo. ¿Oyes? Vete. (Vase Emilia.) Voy a tirar este pañuelo en el aposento de Casio, para que allí le encuentre Otelo. La sombra más vana, la más ligera sospecha son para un celoso irrecusables pruebas. Ya comienza a hacer su efecto el veneno: al principio apenas ofende los labios, pero luego, como raudal de lava, abrasa las entrañas. Aquí viene el moro. (Aparte.) No podrás conciliar hoy el sueño tan apaciblemente como ayer, aunque la adormidera, el beleño y la mandrágora mezclen para ti sus adormecedores jugos.

OTELO

¡Infiel! ¡Infiel! Yago ¿Qué decís, gobernador? Otelo ¡Lejos, lejos de mí! Tus sospechas me han puesto en el tormento. Vale más ser engañado del todo que padecer, víctima de una duda. Yago ¿Por qué decís eso, general? Otelo ¿Qué me importaban sus ocultos retozos, si yo no los veía ni me percataba de ellos, ni perdía por eso el sueño, la alegría, ni el reposo? Jamás advertí en sus labios la huella del beso de Casio. Y si el robado no conoce el robo, ¿qué le

YAGO

Duéleme oírte hablar así.

OTELO

Yo hubiera podido ser feliz aunque los más ínfimos soldados del ejército hubiesen disfrutado de la hermosura de ella.

¡Pero haberlo sabido! ¡Adiós, paz de mi alma! ¡Adiós, bizarros escuadrones, glorioso campo de pelea, que truecas la ambición en virtud! ¡Adiós, corceles de batalla, clarín bastardo, bélicos a tambores, pífanos atronantes, banderas desplegadas, pompa de los ojos, lujo y estruendo de las armas! ¡Adiós todo, que la gloria de Otelo se ha acabado!

YAGO

¿Será verdad señor?

OTELO

OTELLO

¡Infame! Dame pruebas infalibles de que mi esposa es adúltera. ¿Me oyes? Quiero pruebas que entren por los ojos, y si no me las das, perro malvado, más te valiera no haber nacido que encontrarte al alcance de mis manos. ¡Haz que yo lo vea, o a lo menos pruébalo de tal suerte, que la duda no encuentre resquicio ni pared donde aferrarse. Y si no, ¡ay de ti!

YAGO

¡Señor, jefe mío!

OTELLO

Si lo que me has dicho, si el tormento en que me has puesto no es más que una calumnia, no vuelvas a rezar en todos los días de tu vida: sigue acumulando horrores y maldades, porque tu eterna condenación es tan segura que poco puede importarte un crimen más.

YAGO

¡Piedad, Dios mío! ¿Sois hombre, Otelo, o es que habéis perdido el juicio? Desde ahora renuncio a mi empleo. ¡Qué necio yo, cuyos favores se toman por agravios! ¡Cuán triste cosa es en este mundo ser honrado y generoso! Mucho me alegro de haberlo aprendido. Desde hoy prometo no querer bien a nadie, si la amistad se paga de este modo.

OTELLO

No te vayas. Escúchame. Mejor es que seas honrado.

YAGO

No: seré ladino y cauteloso. La bondad se convierte en insensatez cuando trabaja contra sí misma.

OTELLO

¡Por Dios vivo! Yo creo y no creo que mi mujer es casta, y creo y no creo que tú eres hombre de bien. Pruebas, pruebas. Su nombre, que resplandecía antes más que el rostro de la luna, está ahora tan oscuro y negro como el mío. No he de sufrirlo, mientras haya en el mundo cuerdas, aceros, venenos, hogueras y ríos desbordados. ¡Pruebas, pruebas!

Señor, veo que sois juguete de la pasión, y ya me va pesando de mi franqueza. ¿Queréis pruebas? Otelo No las quiero: las tendré. Yago Y podéis tenerlas. ¡Pero qué género de pruebas! ¿Queréis verlos juntos? ¡Qué grosería! Otelo ¡Condenación! ¡Muerte! Yago Y tengo para mí que había de ser difícil sorprenderlos en tal ocasión. Buen cuidado tendrán ellos de ocultar sus adúlteras caricias de la vista de todos. ¿Qué

prueba bastará a convencerlos? ¿Ni cómo habéis de verlos? Aunque estuviesen más ardorosos que jimios o cabras o que lobos en el celo, o más torpes y necios que la misma estupidez. De todas suertes, aunque yo no pueda daros pruebas evidentes, tengo indicios tales, que pueden llevaros a la averiguación de la verdad.

OTELO

Dame alguna prueba clara y evidente de su infidelidad.

YAGO

A fe mía que no me gusta el oficio de delator, pero a tal extremo han llegado las cosas que ya no puedo evitarlo. Ya sabes que mi aposento está cerca del de Casio, y que aquejado por el dolor de muelas, no puedo dormir. Hay hombres tan ligeros que entre sueños descubren su secreto. Así Casio, que entre sueños decía: «Procedamos con cautela, amada Desdémona». Y luego me cogió la mano, y me la estrechó con fuerza, diciéndome: «Amor mío», y me besó como si quisiera desarraigar los besos de mis labios, y dijo en altas voces: «¡Maldita fortuna la que te hizo esposa del moro!»

OTELO

¡Qué horror!

YAGO

Pero todo eso fue un sueño.

OTELO

Prueba palpable, aunque fuera sueño, puesto que descubre que su amor ha llegado a la posesión definitiva.

YAGO

Esta prueba sirve para confirmar otras, aunque ninguna de ellas convence.

OTELO

Quiero destrozarla.

YAGO

Ten prudencia. Con certidumbre no sé nada. ¿Quién sabe si será fiel todavía? ¿No has visto alguna vez un pañuelo bordado en manos de Desdémona?

OTELO

Sí, por cierto; fue el primer regalo que la hice.

YAGO

OTELLO

No lo sabía yo, pero vi en poder de Casio un pañuelo, del todo semejante. Sí: estoy seguro de que era el de vuestra mujer.

OTELLO

¡Si fuera el mismo!...

YAGO

Aquel u otro: basta que fuera de ella para ser un indicio desfavorable.

OTELLO

Ojalá tuviera él cien mil vidas, que una sola no me basta para saciar mi venganza. Mira, Yago: con mi aliento arrojo para siempre mi amor. ¡Sal de tu caverna, temida venganza! Amor, ¡ríndete al monstruo del odio! ¡Pecho mío, llénate de víboras!

YAGO

Cálmate, señor.

OTELLO

¡Sangre, Yago, sangre!

YAGO

Sangre, no: paciencia. ¿Quién sabe si mudaréis de pensamiento?

OTELLO

Nunca, Yago. Así como el gélido mar corre siempre con rumbo a la Propóntide y al Helesponto, sin volver nunca atrás su corriente, así mis pensamientos de venganza no se detienen nunca en su sanguinaria carrera, ni los templará el amor, mientras no los devore la venganza. Lo juro solemnemente por el cielo que nos cubre.

(Se arrodilla)

YAGO

No os levantéis. (Se arrodilla también.) Sed testigos, vosotros, luceiros de la noche, y vosotros, elementos que giráis en torno del mundo, de que Yago va a dedicar su corazón, su ingenio y su mano a la venganza de Otelo. Lo que él mande, yo lo obedeceré, aunque me parezca feroz y sanguinario.

OTELLO

Dad por muerto a mi amigo, aunque ella viva.

OTELLO

No, no: ¡vaya al infierno esa mujer carnal y lujuriosa! Voy a buscar astutamente medios de dar muerte a tan hermoso demonio. Yago, desde hoy serás mi teniente.

G. SHAKESPEARE

YAGO

Esclavo vuestro siempre.

OTELLO

ESCENA. IV

Explanada delante del castillo

SALEN DESDÉMONA, EMILIA Y UN BUFÓN

DESDÉMONA

Dime: ¿dónde está Casio?

BUFÓN

No en parte alguna que yo sepa.

DESDÉMONA

¿Por qué dices eso? ¿No sabes a lo menos cuál es su alojamiento?

BUFÓN

Si os lo dijera, sería una mentira.

DESDÉMONA

¿No me dirás algo con seriedad?

BUFÓN

No sé cuál es su posada, y si yo la inventara ahora, sería hospedarme yo mismo en el pecado mortal.

DESDÉMONA

¿Podrás averiguarlo y adquirir noticias de él?

BUFÓN

Preguntaré como un catequista, y os traeré las noticias que me dieren.

(Vase)

DESDÉMONA

Emilia, ¿dónde habré perdido aquel pañuelo?

EMILIA

No lo sé, señora mía.

DESDÉMONA

Créeme. Preferiría yo haber perdido un bolsillo lleno de ducados. A fe que si el moro no fuera de alma tan generosa y noble incapaz de dar en la ceguera de los celos, bastaría esto para despertar sus sospechas.

EMILIA

¿No es celoso?

DESDÉMONA

El sol de su nativa África limpió su corazón de todas esas malas pasiones.

Emilia

Por allí viene.

DESDÉMONA

No me separaré de él hasta que llegue Casio. (Sale Otel.) ¿Cómo estás, Otel?

OTELO

Muy bien, esposa mía. (Aparte.) ¡Cuán difícil me parece el disimulo! ¿Cómo te va, Desdémona?

DESDÉMONA

Bien, amado esposo.

OTELO

Dame tu mano, amor mío. ¡Qué húmeda está!

DESDÉMONA

No la quitan frescura ni la edad ni los pesares.

OTELO

Es indicio de un alma apasionada. Es húmeda y ardiente. Requiere oración, largo ayuno, mucha penitencia y recogimiento, para que el diablillo de la carne no se subleve. Mano tierna, franca y generosa.

DESDÉMONA

¡Qué mano tan dadivosa! En otros tiempos el alma hacía el regalo de la mano. Hoy es costumbre dar manos sin alma.

DESDÉMONA

Nada sé de eso. ¿Te has olvidado de tu palabra?

OTELO

¿Qué palabra?

DESDÉMONA

He mandado a llamar a Casio para que hable contigo.

OTELO

Tengo un fuerte resfriado. Dame tu pañuelo.

DESDÉMONA

Tómale, esposo mío.

OTELO

El que yo te di.

DESDÉMONA

No le tengo aquí.

OTELLO

OTELLO

¿No?

DESDÉMONA

No, por cierto.

OTELLO

Falta grave es esa, porque aquel pañuelo se lo dio a mi madre una sabia hechicera, muy hábil en leer las voluntades de las gentes, y díjole que mientras le conservase, siempre sería suyo el amor de mi padre, pero si perdía el pañuelo, su marido la aborrecería y buscaría otros amores. Al tiempo de su muerte me lo entregó, para que yo se le regalase a mi esposa el día que llegara a casarme. Hícelo así, y repito que debes guardarle bien y con tanto cariño como a las niñas de tus ojos, porque igual desdicha sería para ti perderlo que regalarlo.

DESDÉMONA

¿Será verdad lo que cuentas?

OTELLO

Indudable. Hay en esos hilos oculta y maravillosa virtud, como que los tejó una sibila agitada de divina inspiración.

Los gusanos que hilaron la seda eran asimismo divinos. Licor de momia y corazón de virgen sirvieron para el hechizo.

DESDÉMONA

¿Dices verdad?

OTELLO

No lo dudes. Y haz por no perderle.

DESDÉMONA

¡Ojalá que nunca hubiera llegado a mis manos!

OTELLO

¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

DESDÉMONA

¿Por qué hablas con tal aceleramiento?

OTELLO

¿Le has perdido? ¿Dónde? Contéstame.

DESDÉMONA

¡Favor del cielo!

OTELLO

¿Qué estás diciendo?

DESDÉMONA

No le perdí. Y si por casualidad le hubiera perdido...

OTELO

¿Perderle?

DESDÉMONA

Te juro que no lo perdí.

OTELO

Pues dámele, para que yo lo vea.

DESDÉMONA

Ahora mismo podría dártelo, pero no quiero hacerlo, porque tú no accedes a mis ruegos, ni vuelves su empleo a Casio.

Muéstrame el pañuelo. Mis sospechas crecen.

DESDÉMONA

Hazme ese favor, Oteló. Nunca hallarás hombre más hábil e inteligente.

OTELO

¡El pañuelo!

DESDÉMONA

Hablemos de Casio.

OTELO

¡El pañuelo!

DESDÉMONA

Casio que en todo tiempo fue amigo y protegido tuyo, que a tu lado corrió tantas aventuras...

OTELO

¡El pañuelo!

DESDÉMONA

Grande es tu impaciencia.

OTELO

¡Aparta!

(Se va)

EMILIA

¿Estará celoso?

DESDÉMONA

Es la primera vez que le veo así. Sin duda aquel pañuelo está encantado. ¡Cuánto siento haberlo perdido!

EMILIA

OTELLO

No bastan un año ni dos, para conocer el carácter de un hombre. Son abismos que a nosotras nos devoran, y cuando se hartan, nos arrojan de sí. Aquí vienen mi marido y Casio.

(Salen Casio y Yago)

YAGO

Ya no queda otro recurso. Ella es quien ha de hacerlo. Allí está. ¡Oh fortuna! Id a rogárselo.

¿Qué noticias traes, Casio?

CASIO

Nada, sino mi antigua pretensión, señora. Deseo, merced a vuestra generosa intercesión, volver a la luz, a la vida, a la amistad del hombre a quien tanto respeto y agradecimiento debo. Sólo os suplico que intercedáis con mucha eficacia, y si mi culpa es tan grande que ni mis servicios pasados, ni mi infortunio presente, ni mis méritos futuros bastan a que sea perdonada, sépalo yo de cierto, y alegrándome, con forzada alegría, de saberlo, pediré limosna a la fortuna por otro camino.

DESDÉMONA

¡Ay, buen señor Casio! Mis ruegos no suenan ya bien en los oídos de mi señor. Mi esposo no es el de antes. Si su rostro hubiera cambiado tanto como su índole, de fijo que yo no le conocería. Todos los santos me sean testigos de que le he suplicado en favor tuyo con cuanto empeño he podido, hasta incurrir en su indignación por mi atrevimiento y tenacidad. Es preciso dar tiempo al tiempo. Yo haré lo que pueda, y más que si se tratase de negocio mío.

YAGO

¿Se enojó contra ti el general? Emilia Ahora acaba de irse de aquí, con ceño muy torvo. Yago ¿Será verdad? Grave será el motivo de su enojo, porque nunca le he visto inmutarse, ni siquiera cuando a su lado una bala de cañón mató a su hermano. Voy a buscar a Oteló. (Vase)

DESDÉMONA

Será sin duda algún negocio político, del gobierno de Venecia, o alguna conspiración de Chipre lo que ha turbado la calma de mi marido. Cuando los hombres por cualquier motivo grave se enojan, riñen hasta sobre las cosas más insignificantes. De la misma suerte, con un dedo que nos duela, todos los demás miembros se resienten. Los hombres no son dioses, ni tenemos derecho para pedirles siempre ternura. Bien haces, Emilia, en reprenderme mi falta de habilidad. Cuando ya bien a

las claras mostraba su ánimo el enojo, yo misma soborné a los testigos, levantándole falso testimonio.

EMILIA

Quiera Dios que sean negocios de Estado, como sospecháis, y no vanos recelos y sospechas infundadas.

DESDÉMONA

¡Celos de mí! ¿Y por qué causa, si nunca le he dado motivo?

EMILIA

No basta eso para convencer a un celoso. Los celos nunca son razonados. Son celos porque lo son: monstruo que se devora a sí mismo.

Quiera Dios que nunca tal monstruo se apodere del alma de Otelo.

EMILIA

Así sea, señora mía.

DESDÉMONA

Yo le buscaré. No te alejes mucho, amigo Casio. Y si él se presenta propicio, redoblaré mis instancias, hasta conseguir lo que deseas.

CASIO

Humildemente os, lo agradezco, reina.

(Vanse Emilia y Desdémona)

(Sale Blanca)

BLANCA

Buenos días, amigo Casio.

CASIO

¿Cómo has venido, hermosa Blanca? Bien venida seas siempre. A hora mismo pensaba ir a tu casa.

BLANCA

Y yo a tu posada, Casio amigo. ¡Una semana sin verme! ¡Siete días y siete noches! ¡Veinte veces ocho horas, más otras ocho! ¡Y horas más largas que las del reloj, para el alma enamorada! ¡Triste cuenta!

CASIO

No te enojés, Blanca mía. La pena me ahogaba. En tiempo más propicio pagaré mi deuda. Hermosa Blanca, cópiame la labor de este pañuelo.

(Se le da)

BLANCA

OTELLO

Casio, ¿de dónde te ha venido este pañuelo? Sin duda de alguna nueva querida. Si antes lloré tu ausencia, ahora debo llorar más el motivo.

CASIO

Calla, niña. Maldito sea el demonio que tales dudas te inspiró. Ya tienes celos y crees que es de alguna dama. Pues no es cierto, Blanca mía.

BLANCA

¿De quién es?

¿Y por qué he de irme?

CASIO

Porque va a venir el general, y no me parece bien que me encuentre con mujeres.

BLANCA

¿Y por qué?

CASIO

No porque yo no te adore.

BLANCA

Porque no me amas. Acompáñame un poco. ¿Vendrás temprano esta noche?

CASIO

Poco tiempo podré acompañarte, porque estoy de espera. Pero no tardaremos en vernos.

BLANCA

Bien está. Es fuerza acomodarse al viento.

ACTO IV
ESCENA PRIMERA

Plaza delante del castillo

SALEN OTELO Y YAGO

YAGO

¿Qué pensáis?

OTELO

¿Qué he de pensar, Yago?

YAGO

¿Qué os parece de ese beso?

OTELO

Beso ilícito.

Puede ser sin malicia.

OTELO

¿Sin malicia? Eso es hipocresía y querer engañar al demonio. Arrojar a tales cosas sin malicia es querer tentar la omnipotencia divina.

YAGO

Con todo es pecado venial. Y si yo hubiera dado a mi mujer un pañuelo...

OTELO

¿Qué?

YAGO

Señor: en dándoselo yo, suyo es, y puede regalársele a quien quiera.

OTELO

También es suyo mi honor, y sin embargo no puede darle.

YAGO

El honor, general mío, es cosa invisible, y a veces le gasta más quien nunca le tuvo. Pero el pañuelo...

OTELO

¡Por Dios vivo! Ya le hubiera yo olvidado. Una cosa que me dijiste anda revoloteando sobre mí como el grajo sobre techo infestado de pestilencia. Me dijiste que Casio había recibido ese pañuelo.

OTELO

YAGO

¿Y qué importa?

OTELO

Pues no me parece nada bien.

YAGO

¿Y si yo os dijera que presencié vuestro agravio, o a lo menos que le he oído contar, porque hay gentes que apenas han logrado, a fuerza de importunidades, los favores de una dama, no paran hasta contarlo?

OTELO

¿Y él ha dicho algo?

YAGO

Sí, general mío. Pero tranquilizaos, porque todo lo desmentirá.

OTELO

¿Y qué es lo que dijo?

YAGO

Que estuvo con ella... No sé qué más dijo.

OTELO

¿Con ella?

YAGO

Sí, con ella.

OTELO

¿Con ella! ¡Eso es vergonzoso, Yago! ¡El pañuelo... confesión... el pañuelo! ¡Confesión y horca! No: ahorcarle primero y confesarle después... Horror me da el pensarlo. Horribles presagios turban mi mente. Y no son vanas sombras, no... Oídos, labios... ¿Será verdad?... Confesión, pañuelo...

(Cae desmayado)

YAGO

¡Sigue, sigue, eficaz veneno mío! Él mismo se va enredando incauta y desatentadamente. Así vienen a perder su fama las más castas matronas, sin culpa suya. ¡Levantaos, señor, levantaos! ¿Me oís, Oteló? ¿Qué sucede, Casio?

(A Casio que entra)

CASIO

¿Qué ha pasado?

YAGO

El general tiene un delirio convulsivo, lo mismo que ayer.

G. SHAKESPEARE

CASIO

Frótle las sienes.

YAGO

No: es mejor que la naturaleza obre y el delirio pase, porque si no, empezará a echar espumarajos por la boca, y caerá en un arrebató de locura. Ya empieza a moverse. Retírate un poco. Pronto volverá de su accidente. Después que se vaya, te diré una cosa muy importante. (Se va Casio.) General, ¿os duele aún la cabeza?

OTELLO

¿Te estás burlando de mí?

YAGO

¿Burlarme yo? No lo quiera Dios. Pero quiero que resistáis con viril fortaleza vuestro infeliz destino.

Marido deshonorado, más que hombre, es una bestia, un monstruo.

YAGO

Pues muchas bestias y muchos monstruos debe de haber en el mundo.

OTELLO

¿Él lo dijo?

YAGO

Tened valor, general, pensando que casi todos los que van sujetos al yugo, pueden tirar del mismo carro que vos. Infinitos maridos hay que, sin sospecha, descansan en tálamos profanados por el adulterio, aunque ellos se imaginan tener la posesión exclusiva. Mejor ha sido vuestra fortuna. Es gran regocijo para el demonio, el ver a un honrado varón tener por casta a la consorte infiel. En cambio, al que todo lo sabe, fácil le es tomar venganza de su injuria.

OTELLO

Bien pensado, a fe mía.

YAGO

Acéchalos un rato y ten paciencia. Cuando más rendido estabais al peso de la tristeza, llegó a este aposento Casio. Yo le despedí, dando una explicación plausible de vuestro desmayo. Prometió venir luego a hablarme. Ocultaos, y reparad bien sus gestos, y la desdeñosa expresión de su semblante. Yo le haré contar otra vez el lugar, ocasión y modo con que triunfó de vuestra esposa. Reparad su semblante, y tened paciencia, porque si no, diré que vuestra ira es loca e impropia de

OTELO

hombre racional.

OTELO

¿Lo entiendes bien, Yago? Ahora, por muy breve tiempo, voy a hacer el papel de sufrido, luego el de verdugo.

Yago Dices bien, pero no conviene que te precipites. Ahora escóndete. (Se aleja Oteló.) Para averiguar dónde está Casio, lo mejor es preguntárselo a Blanca, una infeliz a quien Casio mantiene, en cambio de su venal amor. Tal es el castigo de las ramerás: engañar a muchos, para ser al fin engañadas por uno solo. Siempre que le hablan de ella, se ríe estrepitosamente. Pero aquí viene el mismo Casio. (Sale Casio.) Su risa provocará la ira de Oteló. Toda la alegría y regocijo del pobre Casio la interpretará con la triste luz de sus celos. ¿Qué tal, teniente mío? Casio Mal estoy, cuando te oigo saludarme con el nombre de ese cargo, cuya pérdida tanto me afana. Yago Insistid en vuestros ruegos, y Desdémona lo conseguirá. (En voz baja.) Si de Blanca dependiera el conseguirlo, ya lo tendríais.

CASIO

¡Pobre Blanca!

(Aparte.) ¡Qué risa la suya!

YAGO

Está locamente enamorada de ti.

CASIO

¡Ah, sí! ¡Pobrecita! Pienso que me ama de todas veras.

OTELO

(Aparte.) Hace como quien lo niega, y al mismo tiempo se ríe.

YAGO

Óyeme, Casio.

OTELO

(Aparte.) Ahora le está importunando para que repita la narración.
¡Bien! ¡Cosa muy oportuna!

YAGO

¿Pues no dice que os casaréis con ella? ¿Pensáis en eso?

CASIO

¡Oh qué linda necedad!

OTELO

(Aparte.) ¿Triunfas, triunfas?

CASIO

¡Yo casarme con ella! ¿Yo con una perdida? No me creas capaz de semejante locura. ¡Ah, ah!

OTELO

(Aparte.) ¡Cómo se ríe este truhán afortunado!

YAGO

Pues la gente dice que os vais a casar con ella.

CASIO

Dime la verdad entera.

YAGO

Que me emplumen, si no la digo.

¿Con que me han engañado? Está bien.

CASIO

Ella misma es la que divulga esa necedad, pero yo no le he dado palabra alguna.

OTELO

Yago me está haciendo señas. Ahora va a empezar la historia.

CASIO

Ahora poco la he visto: en todas partes me sigue. Días pasados estaba yo en la playa hablando con unos venecianos, cuando ella me sorprende y se arroja a mi cuello... Oteló (Aparte.) Y te diría: «hermoso Casio» o alguna cosa por el estilo. Casio Y me abrazaba llorando, y se empeñaba en llevarme consigo. Oteló Y ahora contará cómo la llevé a mi lecho. ¿Por qué, por qué estaré yo viendo las narices de ese infame, y no el perro a quien he de arrojárselas?

CASIO

Tengo que dejarla.

YAGO

Mírala: allí viene.

CASIO

¡Y qué cargada de perfumes! (Sale Blanca.) ¿Por qué me persigues sin cesar?

BLANCA

¡El diablo es quien te persigue! ¿Para qué me has dado, hace poco, ese pañuelo? ¿Qué necia fui en tomarle! ¿Querías que yo te copiase la labor? ¡Qué inocencia! Encontrarle en su cuarto, y no saber quién le dejó. Será regalo de alguna querida, ¿y tenías empeño en que yo copiase la labor? Aquí te lo devuelvo: dásele; que no quiero copiar ningún

OTELO

dibujo de ella. Casio Pero, Blanca, ¿qué te pasa? Calla, calla.

OTELO

¡Poder del cielo! ¿No es ese mi pañuelo?

BLANCA

Vente conmigo, si quieres cenar esta noche. Si no, ven cuando quieras.

(Vase)

YAGO

Síguela.

CASIO

Tengo que seguirla. Si no, alborotará a las gentes.

YAGO

¿Y cenarás con ella?

CASIO

Pienso que sí.

YAGO

Allí os buscaré, porque tengo que hablaros.

CASIO

¿Vendréis a cenar con nosotros?

YAGO

Iré.

OTELO

(A Yago.) ¿Qué muerte elegiré para él, Yago?

YAGO

Ya visteis con qué algazara celebraba su delito.

OTELO

¡Ay, Yago!

YAGO

¿Visteis el pañuelo?

OTELO

¡Era el mío!

YAGO

Nueve años seguidos quisiera estarla matando. ¡Oh, qué divina y admirable mujer!

YAGO

No os acordéis de eso.

OTELO

Esta noche ha de bajar al infierno. No quiero que viva ni un día más. Mi corazón es de piedra: al herirle me hiero la mano. ¡Oh, qué hermosa mujer! No la hay igual en el mundo. Merecía ser esposa de un emperador que la obedeciese como siervo.

YAGO

No os acordéis de eso.

OTELO

¡Maldición sobre ella! Pero ¿quién negará su hermosura? ¡Y qué manos tan hábiles para la labor! ¡Qué voz para el canto! Es capaz de amansar las fieras. ¡Qué gracia, qué ingenio!

YAGO

Eso la hace mil veces peor.

OTELO

Sí, ¡mil veces peor! Y es, además, tan dulce, tan sumisa.

YAGO

Demasiada blanda de condición.

OTELO

Dices verdad. Pero, a pesar de todo, amigo Yago, ¡qué dolor, qué dolor!

YAGO

Si tan enamorado estáis de ella, a pesar de su alevosía, dejadla pecar a rienda suelta. Para vos es el mal; si os dais por contento, ¿a los demás qué nos importa?

OTELO

Pedazos quiero hacerla. ¡Engañarme a mí!

Yago ¡Oh, perversa mujer!

OTELO

YAGO

Eso es todavía peor.

OTELO

Búscame un veneno, Yago, para esta misma noche. No quiero hablarla, no quiero que se disculpe, porque me vencerán sus hechizos. Para esta misma noche, Yago.

YAGO

No estoy por el veneno. Mejor es que la ahoguéis sobre el mismo lecho que ha profanado.

OTELO

OTELLO

¡Admirable justicia! Lo encuentro muy bien.

YAGO

De Casio yo me encargo. Allá a las doce de la noche sabréis lo demás.

OTELLO

¡Admirable plan! ¿Pero qué trompeta es la que suena?

YAGO

Alguna embajada de Venecia, enviada por el Dux. Allí veo a Ludovico acompañado de vuestra mujer.

(Salen Ludovico, Desdémona, etc.)

LUDOVICO

General, os saludo respetuosamente.

OTELLO

Bien venido seáis.

LUDOVICO

Os saludan el Dux y Senadores de Venecia.

(Le da una carta)

OTELLO

Beso la letra, expresión de su voluntad.

(Besa la carta)

DESDÉMONA

¿Qué pasa por Venecia, primo mío Ludovico?

YAGO

Caballero, mucho me alegro de veros en Chipre.

LUDOVICO

Gracias, hidalgo, ¿y dónde está el teniente Casio?

YAGO

Vivo y sano.

DESDÉMONA

Entre él y mi marido ha habido ciertas disensiones, pero vos los pondréis en paz, de seguro.

OTELLO

¿Así lo crees?

DESDÉMONA

¿Qué dices, esposo mío?

OTELLO

(Leyendo.) «Es preciso cumplirlo sin demora».

LUDOVICO

No os oye: está ocupado en la lectura: ¿Con que, han reñido él y Casio?

DESDÉMONA

Sí, y no sé cuánto hubiera yo dado por hacer las paces entre ellos, porque tengo buena voluntad a Casio.

OTELO

¡Rayos y centellas!

DESDÉMONA

¡Esposo mío!

OTELO

¿Piensas lo que estás diciendo?

DESDÉMONA

¿Cómo? ¿Está furioso?

LUDOVICO

Puede ser que le haya hecho mal efecto la carta, porque (si no me equivoco) se le manda en ella volver a Venecia,

DESDÉMONA

Mucho me alegro.

OTELO

¿Te alegras?

DESDÉMONA

¡Esposo mío!

OTELO

Pláceme verte loca.

DESDÉMONA

¿Qué dices, esposo?

OTELO

¡Aparta, demonio!

DESDÉMONA

¿Tal he merecido?

LUDOVICO

Ni con juramento lo creería nadie en Venecia. ¡Qué ultraje tan brutal! ¿No veis cómo está llorando?

OTELO

¡Víbora! Si el llanto de las mujeres pudiera fecundar la tierra, de cada gota nacería un cocodrilo. ¡Lejos, lejos de aquí!

OTELLO

DESDÉMONA

Me iré por no verte enojado.

LUDOVICO

¡Qué humildad y modestia! Compadeceos de ella, señor gobernador. Volvedla a llamar.

OTELLO

Venid aquí, señora.

DESDÉMONA

¿Qué me queréis, esposo mío?

OTELLO

Sí. ¿Qué la queréis? ¿No me decíais que la llamase? Sí, sí, ella volverá y llorará, porque sabe llorar, caballero, sabe llorar, y es muy humilde, muy sumisa, como antes decíais. Lloro, lloro más. Esta carta me manda volver... ¡Oh perfidia astuta! Me mandan volver. Retírate. Luego nos veremos. Obedezco. Volveré a Venecia. ¡Lejos, lejos de aquí, Desdémona! (Se va Desdémona.) Casio me ha de suceder. Esta noche venid a cenar conmigo. Bien venido seáis a Chipre. (Aparte.) ¡Monos lascivos, esposos sufridos!

(Se va)

LUDOVICO

¿Y este es aquel moro, de quien tantas ponderaciones oí en el Senado? ¿Este el de alma severa, firme e imperturbable contra los golpes de la suerte o los furores de la pasión?

YAGO

Parece otro.

LUDOVICO

¿Estará sano? ¿Habrá perdido la cabeza?

YAGO

Es lo que es. No está bien que yo os diga más. ¡Ojalá que volviera a ser lo que ha sido!

LUDOVICO

¿Cómo podrá haberse arrebatado hasta el extremo de golpear a su mujer?

YAGO

Mal ha hecho, pero ojalá sea el último ese golpe.

LUDOVICO

¿Es costumbre suya, o efecto de la lectura de la carta?

G. SHAKESPEARE

YAGO

¡Cuánto lo deploro! Pero estaría mal en mí el descubrirlo lo que sé. Vos mismo lo iréis viendo, y en sus actos lo descubriréis, de tal modo que nada os quede que saber ni que preguntarme.

LUDOVICO

Yo le creía de muy diverso carácter. ¡Qué lástima!

OTELLO

ESCENA II

OTELLO Y EMILIA Otelo ¿Nada has visto? Emilia Ni oído ni sospechado.

OTELLO

Pero a Casio y a ella los han visto juntos.

EMILIA

Pero nada sospechoso he advertido entre ellos, y eso que ni una sola de sus palabras se me ha escapado.

OTELLO

¿Nunca han hablado en secreto?

EMILIA

Jamás, señor.

OTELLO

¿Nunca te mandaron salir?

EMILIA

Nunca.

OTELLO

¿Nunca te han enviado a buscar los guantes o el velo o cualquier otra cosa?

EMILIA

Jamás.

OTELLO

Rara cosa.

EMILIA

Me atrevería a jurar que es fiel y casta. Desterrad de vuestro ánimo toda sospecha contra ella. Maldito sea el infame que os la haya infundido. Caiga sobre él el anatema de la serpiente. Si ella no es mujer de bien, imposible es que haya mujer honrada ni esposo feliz.

OTELLO

Llámalas. Dile que venga pronto. (Vase Emilia.) Ella habla claro, pero si fuera confidente de sus amores, ¿no diría lo mismo? Es moza ladina y quizás oculta mil horribles secretos. Y sin embargo, yo la he visto arrodillada y rezando.

(Salen Desdémona y Emilia)

DESDÉMONA

¿Qué mandáis, señor?

OTELO

Ven, amada mía.

DESDÉMONA

¿Qué me quieres?

OTELO

Verte los ojos. Mírame a la cara.

DESDÉMONA

¿Qué horrible sospecha?...

OTELO

(A Emilia.) Aléjate, déjanos solos, y cierra la puerta. Si alguien se acerca, haznos señal tosiendo. Mucha cautela. Vete.

(Se va Emilia)

DESDÉMONA

Te lo suplico de rodillas. ¿Qué pensamientos son los tuyos? No te entiendo, pero pareces loco furioso.

OTELO

¿Y tú qué eres?

DESDÉMONA

Tu fiel esposa.

OTELO

Si lo juras, te condenarás eternamente, aunque puede que el demonio, al ver tu rostro de ángel, dude en apoderarse de ti. Vuelve, vuelve a condenarte: júrame que eres mujer de bien.

DESDÉMONA

Dios lo sabe.

OTELO

Dios sabe que eres tan falsa como el infierno.

¿Falsa yo? ¿Con quién? ¿Por qué, esposo mío? ¿Yo falsa?

OTELO

¡Lejos, lejos de aquí, Desdémona!

DESDÉMONA

¡Día infausto! ¿Por qué lloras, amado mío! ¿Soy yo la causa de tus lágrimas? No me eches la culpa de haber perdido tu empleo, quizá por odio de mi padre. Lo que tú pierdes, lo pierdo yo también.

OTELO

OTELLO

¡Ojalá que el cielo agotara sobre mi fortaleza todas las calamidades!
¡Ojalá que vertiese sobre mi frente dolores y vergüenzas sin número, y me sepultara en el abismo de toda miseria, o me encerrara en cautiverio fierísimo y sin esperanza! Todavía encontraría yo en algún rincón de mi alma una gota de paciencia. ¡Pero convertirme en espantajo vil, para que el vulgo se mofe de mí y me señale con el dedo! ¡Y aún esto podría yo sufrirlo! Pero encontrar cegada y seca para siempre la que juzgué fuente inagotable de vida y de afectos, o verla convertida en sucio pantano, morada de viles renacuajos, en nido de infectos amores, ¿quién lo resistirá? ¡Ángel de labios rojos! ¿Por qué me muestras ceñudo como el infierno tu rostro?

DESDÉMONA

Creo que me tiene por fiel y honrada mi esposo.

OTELLO

Fiel como las moscas que en verano revolotean por una carnicería.
¡Ojalá nunca hubieras brotado, planta hermosísima, y envenenadora del sentido!

DESDÉMONA

¿Pero qué delito es el mío?

OTELLO

¿Por qué en tan bello libro, en tan blancas hojas, sólo se puede leer esta palabra: «ramera»? ¿Qué delito es el tuyo, me preguntas? Infame cortesana, si yo me atreviera a contar tus lascivas hazañas, el rubor subiría a mis mejillas, y volaría en cenizas mi modestia. ¿Qué delito es el tuyo? El mismo sol, la misma luna se escandalizan de él, y hasta el viento que besa cuanto toca, se esconde en los más profundos senos de la tierra, por no oírlo. ¿Cuál es tu delito? ¡Infame meretriz!

DESDÉMONA

¿Por qué me ofende así?

OTELLO

Pues qué, ¿no eres mujer ramera?

DESDÉMONA

No: te lo juro como soy cristiana. Yo me he conservado tan pura e intacta como el vaso que sólo tocan los labios del dueño.

OTELLO

¿No eres infiel?

DESDÉMONA

No: así Dios me salve.

OTELO

¿De veras lo dices?

DESDÉMONA

¡Piedad, Dios mío!

OTELO

Perdonadme, señora: os confundí con aquella astuta veneciana que fue esposa de Oteló. (Levantando la voz.) Tú que enfrente de San Pedro guardas la puerta del infierno... (Sale Emilia.) Contigo hablaba. Ya está arreglado todo. Recoge tu dinero; cierra la puerta, y nada digas.

(Se va Oteló)

EMILIA

¿Qué sospecha atormenta a vuestro marido? ¿Qué os sucede, señora?

DESDÉMONA

Me parece que estoy soñando.

EMILIA

Señora, ¿qué le sucede a mi señor? decídmelo.

DESDÉMONA

¿Y quién es tu señor?

EMILIA

El vuestro, el moro.

DESDÉMONA

Ya no lo es, Emilia, no hablemos más. No puedo llorar, ni hablar sin llorar. Esta noche ataviarás mi lecho con las galas nupciales. Di a Yago que venga.

EMILIA

¡Qué alteración es esta!

(Se va)

¿Será justo lo que hace conmigo? ¿Habré andado alguna vez poco recatada, dando ocasión a sus sospechas?

(Salen Emilia y Yago)

YAGO

¿Me llamabais? ¿Estáis sola, señora?

DESDÉMONA

OTELLO

No lo sé. El que reprende a un niño debe hacerlo con halago y apacible manera, y yo soy como un niño.

YAGO

¿Pues qué ha sido, señora mía?

EMILIA

¡Ay, Yago! El moro la ha insultado, llamándola ramera y otros vocablos groseros y viles, intolerables para todo pecho bien nacido.

DESDÉMONA

¿Y yo merecía eso?

YAGO

¿Qué, señora mía?

DESDÉMONA

Lo que él me ha dicho.

YAGO

¡Llamarla ramera! No dijera tal un pícaro en la taberna, hablando de su querida.

EMILIA

¿Y todo por qué?

DESDÉMONA

Lo ignoro. Pero yo no soy lo que él ha dicho.

YAGO

Serenaos, por Dios. No lloréis. ¡Día infeliz!

EMILIA

¡Para eso ha dejado su patria y a su padre y a tantos ventajosos casamientos! Para que la llamen «ramera». Ira me da el pensarlo.

DESDÉMONA

Esa es mi desdicha.

YAGO

¡Ira de Dios caiga sobre él! ¿Quién le habrá infundido tan necios recelos?

DESDÉMONA

Dios lo sabe, Yago.

EMILIA

Maldita sea yo, si no es algún malsín calumniador, algún vil lisonjero quien ha tramado esta maraña, para conseguir de él algún empleo. Ahorcada me vea yo, si no acierto.

YAGO

No hay hombre tan malvado. Dices un absurdo. Cállate.

DESDÉMONA

Y si le hay, Dios le perdone.

EMILIA

¡Perdónele la cuchilla del verdugo! ¡Roa Satanás sus huesos! ¡Llamarla ramera! ¿Con qué gentes ha tratado? ¿Qué sospecha, aun la más leve, ha dado? ¿Quién será el traidor bellaco que ha engañado al moro? ¡Dios mío! ¿Por qué no arrancas la máscara a tanto infame? ¿Por qué no pones un látigo en la mano de cada hombre honrado, para que a pencazos batanee las desnudas espaldas de esa gavilla sin ley, y los persiga hasta los confines del orbe?

YAGO

No grites tanto.

EMILIA

¡Infames! De esa laya sería el que una vez te dio celos, fingiendo que yo tenía amores con el moro.

YAGO

¿Estás en tu juicio? Cállate.

DESDÉMONA

Yago, amigo Yago, ¿qué haré para templar la indignación de Oteló? Dímelo tú. Te juro por el sol que nos alumbra que nunca ofendí a mi marido, ni aun de pensamiento. De rodillas te lo digo; huya de mi todo consuelo y alegría, si alguna vez le he faltado en idea, palabra u obra; si mis sentidos han encontrado placer en algo que no fuera Oteló; si no le he querido siempre como ahora le quiero, como le seguiré queriendo, aunque con ingratitud me arroje lejos de sí. Ni la pérdida de su amor aunque baste a quitarme la vida, bastará a despojarme del afecto que le tengo. Hasta la palabra «adúltera» me causa horror, y ni por todos los tesoros y grandezas del mundo cometería yo tal pecado.

YAGO

Calma, señora; el moro es de carácter violento, y además está agraviado por los negocios políticos, y descarga en vos

DESDÉMONA

¡Ojalá que así fuera! Pero mi temor es...

YAGO

Pues la causa no es otra que la que os he dicho. Podéis creerlo. (Tocan las trompetas.) ¿Oís? Ha llegado la hora del festín. Ya estarán

OTELLO

aguardando los enviados de Venecia. No os presentéis llorando, que todo se remediará. (Vanse Emilia y Desdémona.) (Sale Rodrigo.) ¿Qué pasa, Rodrigo?

RODRIGO

Pienso que no procedes de buena fe conmigo.

YAGO

¿Y por qué?

RODRIGO

No hay día que no me engañes, y más parece que dificultas el éxito de mis planes, que no que le allanas; y a fe mía, que ya no tengo paciencia ni sufriré más, porque fuera ser necio.

YAGO

¿Me oyes, Rodrigo?

RODRIGO

Demasiado te he oído, porque tienes tan buenas palabras como malas obras.

YAGO

Ese cargo es muy injusto.

RODRIGO

Razón me sobra. He gastado cuanto tenía. Con las joyas que he regalado a Desdémona, bastaba para haber conquistado a una sacerdotisa de Vesta. Tú me has dicho que las ha recibido de buen talante: tú me has dado todo género de esperanzas, prometiéndome su amor muy en breve. Todo inútil.

YAGO

Bien está, muy bien; prosigue.

RODRIGO

¡Qué está muy bien, dices! Pues no quiero proseguir. Nada está bien, sino todo malditamente, y empiezo a conocer que he sido un insensato y un majadero.

YAGO

Está bien.

Repito que está muy mal. Voy a ver por mí mismo a Desdémona, y con tal que me vuelva mis joyas, renunciaré a todo amor y a toda loca esperanza. Y si no me las vuelve, me vengaré de ti.

YAGO

¿Y eso es todo lo que se te ocurre?

RODRIGO

Sí, y todas mis palabras las haré buenas con mis obras.

YAGO

Veo que eres valiente, y desde ahora te estimo más que antes. Dame la mano, Rodrigo. Aunque no me agradan tus sospechas, algún fundamento tienen, pero yo soy inocente del todo.

RODRIGO

Pues no lo pareces.

YAGO

Así es en efecto, y lo que has pensado no deja de tener agudeza y discreción. Pero si tienes, como has dicho ahora, y ya lo voy creyendo, corazón y bríos y mano fuerte, esta noche puedes probarlo, y si mañana no logras la posesión de Desdémona, consentiré que me mates, aunque sea a traición.

RODRIGO

¿Lo que me propones es fácil o a lo menos posible?

YAGO

Esta noche se han recibido órdenes del Senado, para que Otelo deje el gobierno, sustituyéndole Casio.

RODRIGO

Entonces Otelo y Desdémona se irán juntos a Venecia. Yago No: él se irá a Levante, llevando consigo a su mujer si algún acontecimiento imprevisto no lo impide, es decir si Casio no desaparece de la escena.

RODRIGO

¿Qué quieres decir con eso?

YAGO

Que convendría quitarle de en medio.

RODRIGO

¿Y he de ser yo quien le mate?

Tú debes de ser, si quieres conseguir tu objeto, y satisfacer tu venganza. Casio cena esta noche con su querida y conmigo. Todavía no sabe nada de su nombramiento. Espérala a la puerta; yo haré que salga a eso de las doce de la noche, y te ayudaré a matarle. Sígueme: no te quedes embobado. Yo te probaré clarísimamente la necesidad de matarle. Ya es hora de cenar. No te descuides.

RODRIGO

Dame alguna razón más que me convenza.

OTELLO

YAGO
Te la daré.

ESCENA III

Sala del castillo

OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA

LUDOVICO

Señor: no os molestéis en acompañarme.

OTELO

No: me place andar en vuestra compañía.

LUDOVICO

Adiós, señora. Os doy muy cumplidas gracias.

OTELO

Y yo me felicito de vuestra venida.

LUDOVICO

¿Vamos, caballero? ¡Oh! aquí está Desdémona.

DESDÉMONA

¡Esposo mío!

OTELO

Retírate pronto a acostar. No tardaré en volver. Despide a la criada, y obedéceme.

DESDÉMONA

Así lo haré, esposo mío.

(Vanse todos menos Emilia y Desdémona)

¿Qué tal? ¿Se ha amansado en algo el mal humor de tu marido?

DESDÉMONA

Me prometió volver pronto, y me mandó que me acostase, despidiéndose en seguida.

EMILIA

¿Y por qué dejarte sola?

DESDÉMONA

Él lo mandó y sólo me toca obedecer, y no resistirme en nada. Dame la ropa de noche, y aléjate.

EMILIA

¡Ojalá no le hubieras conocido nunca!

DESDÉMONA

OTELLO

Nunca diré yo eso. Le amo con tal extremo que hasta sus celos y sus furoros me encantan. Desátame las cintas.

EMILIA

Ya está; ¿adorno vuestro lecho con las ropas nupciales como me dijisteis?

DESDÉMONA

Lo mismo da. ¡Qué felices somos en cambiar de pensamientos! Si muero antes que tú, amortájame con esas ropas.

EMILIA

¡Pensar ahora en morirte! ¡Qué absurdo!

DESDÉMONA

Bárbara se llamaba una doncella de mi madre. Su amante la abandonó, y ella solía entonar una vieja canción del sauce, que expresaba muy bien su desconsuelo. Todavía la cantaba al tiempo de morir. Esta noche me persigue tenazmente el recuerdo de aquella canción, y al repetirla siento la misma tristeza que Bárbara sentía. No te detengas... ¡Es agradable Ludovico!

EMILIA

Mozo gallardo.

DESDÉMONA

Y muy discreto en sus palabras.

EMILIA

Dama veneciana hay, que iría de buen grado en romería a Tierra Santa sólo por conquistar un beso de Ludovico.

DESDÉMONA

(Canta)

«Llora la niña al pie del sicomoro. Cantad el sauce; cantad su verdor. Con la cabeza en la rodilla y la mano en el pecho, llora la infeliz. Cantad el fúnebre y lloroso sauce. La fuente corría repitiendo sus quejas. Cantad el sauce y su verdor. Hasta las piedras se movían a compasión de oírla.»

Recoge esto.

«Cantad el sauce, cantad su verdor.»

Vete, que él volverá muy pronto.

(Canta)

«Tejed una guirnalda de verde sauce. No os quejéis de él, pues su desdén fue justo.»

G. SHAKESPEARE

No, no es así el cantar. Alguien llama.

EMILIA

Es el viento.

DESDÉMONA

(Canta.) «Yo me quejé de su inconstancia, y él ¿qué me respondió? Cantad al sauce, cantad su verdor. Si yo me miro en la luz de otros ojos, busca tú otro amante.»

Buenas noches. Los ojos me pican. ¿Será anuncio de lágrimas?

EMILIA

No es anuncio de nada.

DESDÉMONA

Siempre lo he oído decir. ¡Qué hombres! ¿Crees, Emilia, que existen mujeres que engañen a sus maridos de tan ruin manera?

EMILIA

Ya lo creo que existen.

DESDÉMONA

¿Lo harías tú, Emilia, aunque te diesen todos los tesoros del mundo?

EMILIA

¿Y tú qué harías?

DESDÉMONA

Nunca lo haría, te lo juro por esa luz.

EMILIA

¿Lo harías, si te dieran el mundo entero?

EMILIA

Grande es el mundo, y comparado con él, parece pequeño ese delito.

DESDÉMONA

Yo creo que no lo harías.

EMILIA

Si que lo haría, para deshacerlo después. No lo haría por un collar ni por una sortija ni por un manto, pero si me daban el mundo, y podía yo hacer rey a mi marido, ¿cómo había de dudar?

DESDÉMONA

Pues yo, ni por todo el mundo haría tal ofensa a mi marido.

EMILIA

OTELLO

Es que el mundo no la juzgaría ofensa, y si os daban el mundo, como la ofensa era en vuestro mundo, fácil era convertirla en bien.

DESDÉMONA

Pues yo no creo que haya tales mujeres.

EMILIA

Más de una y más de veinte: tantas que bastarían para llenar un mundo. Pero la culpa es de los maridos. Si ellos van a prodigar con otras el amor que es nuestro, o nos encierran en casa por ridículos celos, o nos golpean, o gastan malamente nuestra hacienda, ¿no hemos de enfurecernos también? Ciertamente que somos benignas de condición, pero capaces de ira. Y sepan los maridos que las mujeres tienen sentidos lo mismo que ellos, y ven y tocan y saborean, y saben distinguir lo dulce de lo amargo. Cuando ellos abandonan a su mujer por otra, ¿qué es lo que buscan sino el placer? ¿Qué les domina sino la pasión? ¿Qué les vence sino la flaqueza? ¿Nosotras no tenemos también apetitos, pasiones y flaquezas? Conforme nos traten, así seremos.

DESDÉMONA

Adiós. El Señor me ampare, y haga que el maltrato de mi marido produzca en mí virtudes, y no vicios.

ACTO V
ESCENA PRIMERA

Calle

YAGO Y RODRIGO

YAGO

Rodrigo

No te alejes, por si me sale mal mi intento.

YAGO

Estaré detrás de ti, En guardia. (Se va)

RODRIGO

Del resultado no tengo confianza, y sin embargo, las razones que me da me convencen. Que muera uno ¿qué importa? (Se retira)

YAGO

Tanto me he burlado de este necio que ya empiezo a conocerlo. Mate él a Casio, mátele Casio a él o mueran los dos, siempre saldré ganando. Si Rodrigo escapa, comenzará a pedirme el dinero y las joyas que le he sacado, so pretexto de seducir a Desdémona. Y si se salva Casio, su presencia será un perpétuo acusador contra mí, y además el moro podrá referir a Casio lo que ha pasado entre nosotros, y ponerme en grave peligro. Muera, pues. Le siento llegar.

(Sale Casio)

RODRIGO

Él es. Le conozco. ¡Muere, traidor!

(Le da una estocada.)

CASIO

La vida me hubiera costado esta estocada, a no traer el jubón tan bien aforrado. Veamos cómo está el tuyo.

(Hierne a Rodrigo)

RODRIGO

¡Confesión! ¡Muerto soy!

(Yago hierne en las piernas a Casio y huye luego)

CASIO

¡Me han dejado cojo para siempre! ¡Asesino! ¡Favor!

(Sale Otelo)

OTELLO

OTELLO

Voz es de Casio. Yago ha cumplido bien su palabra.

RODRIGO

¡Qué infame he sido!

OTELLO

Sí, él es: no hay duda.

CASIO

¡Favor! ¡Luces! ¡Un cirujano! Otelos Es Casio, es Casio. ¡Oh valeroso Yago, que has sentido como propia la afrenta de un amigo, tú me muestras el camino de la venganza! ¡Adúltera mujer! Ya ha sucumbido tu amante, y se acerca tu última hora. Voy a buscarte, borrando de mi corazón hasta el último recuerdo de tus hechizos y de la luz de tus ojos. Sangre de tu torpe corazón ha de purificar nuestro lecho mancillado por ti.

(Se va) (Salen Ludovico y Graciano)

CASIO

¿Dónde está la ronda? ¿Nadie acude? ¡Favor! ¿Por qué no prendéis al asesino?

GRACIANO

¡Oh qué desgracia! ¡Qué espanto causan en mí esas voces!

CASIO

¡Ayuda!

LUDOVICO

¡Silencio!

RODRIGO

¡Infame!

LUDOVICO

Oigo los gemidos de dos o tres personas. ¡Infausta noche! ¿Será alguna zalagarda? Procedamos con cautela. ¿Quién se arroja a darles auxilio sin la ronda?

RODRIGO

Socorredme, que me desangro.

LUDOVICO

¿No lo oyes?

(Sale Yago en cuerpo y con una luz)

Ahí viene un hombre medio desnudo, con armas y luz.

YAGO

G. SHAKESPEARE

¿Quién es? ¿Quién grita «asesino»?

LUDOVICO

No lo sabemos.

YAGO

¿No habéis oído voces?

CASIO

¡Favor de Dios! ¡Por aquí, por aquí!

YAGO

¿Qué sucede?

GRACIANO

Si no me equivoco, es la voz del alférez de Otelo.

LUDOVICO

No tiene duda. Y es Valentín tu mancebo.

YAGO

¿Quién eres tú que tan amargamente te quejas?

CASIO

Yago me han acometido unos asesinos, dame favor.

YAGO

¡Dios mío! ¡Mi teniente! ¿Quién os ha puesto de esa manera?

CASIO

Uno de ellos está herido cerca de mí, y no puede huir.

YAGO

¡Villanos, alevosos! ¿Quién sois? ¡Favor, ayuda!

RODRIGO

¡Favor, Dios mío!

Uno de ellos es aquel.

YAGO

¡Traidor, asesino!

(Saca el puñal y hiere a Rodrigo)

RODRIGO

¡Maldito Yago! ¡Perro infernal!

YAGO

¡Asaltarle de noche y a traición! ¡Bandidos! ¡Qué silencio, qué soledad! ¡Muerte! ¡Socorro! ¿Y vosotros veníais de paz o en son de combate?

LUDOVICO

Por nuestros hechos podéis conocerlo.

OTELLO

YAGO

¡Ilustre Ludovico!

LUDOVICO

El mismo soy.

YAGO

Perdón os pido. Ahí yace Casio a manos de traidores.

GRACIANO

¡Casio!

YAGO

¿Qué tal, hermano?

CASIO

Tengo herida la pierna.

YAGO

¡No lo quiera Dios! ¡Luz, luz! Yo vendaré las heridas con mi ropa.

(Sala Blanca)

BLANCA

¿Qué pasa? ¿Qué voces son esas?

YAGO

¿De quién son las voces?

BLANCA

¡Casio, mi amado Casio, mi dulce Casio!

YAGO

¡Ramera vil! Amigo Casio, ¿y ni aun sospecháis quién pudo ser el agresor?

CASIO

Lo ignoro.

GRACIANO

¡Cuánto me duele veros así! Venía a buscaros.

YAGO

¡Dadme una venda! Gracias. ¡Oh si yo tuviera una silla de manos, para llevarle a casa!

BLANCA

¡Ay que pierde el sentido! ¡Casio, mi dulce Casio!

YAGO

Amigos míos, yo tengo mis recelos de que esta joven tiene parte no escasa en el delito. Esperad un momento. Que traigan luces, a ver si podremos conocer al muerto. ¡Amigo y paisano mío, Rodrigo! ¡No, no

es! Sí, sí, ¡Rodrigo! ¡Qué suceso más extraño!

GRACIANO

¿Rodrigo el de Venecia?

YAGO

El mismo, caballero. ¿Le conocíais vos?

GRACIANO

Ya lo creo que le conocía.

YAGO

¡Amigo Graciano! perdonadme. Con este lance estoy tan turbado que no sé lo que me sucede.

GRACIANO

Mucho me place el veros.

YAGO

¡Rodrigo!

YAGO

No cabe duda que es él. Lo deploro. Venga la litera. Llevadle despacio a casa de alguna persona caritativa. Me iré a llamar al médico de Otelio. No tengáis cuidado, señora. El desdichado que ahí yace muerto, fue muy amigo mío. ¿Cuál sería la causa de la pendencia?

CASIO

Ciertamente que no lo sé. Ni siquiera le conozco.

YAGO

(A Blanca.) ¿Perdéis el color? Retirad el cadáver. No me abandonéis, caballeros. Mucho palidecéis, señora mía. ¿No veis qué asustada y sin sosiego está? Creo que ella podría decirnos algo. Miradla, miradla de espacio. ¿No lo advertís, caballeros? La lengua calla, pero la conciencia habla a gritos.

(Sale Emilia)

EMILIA

¿Qué pasa? ¡Ay, esposo mío!

YAGO

A traición han acometido a Rodrigo. Algunos se han escapado. Él queda muerto y Casio herido.

EMILIA

¡Infeliz Casio! ¡Pobre caballero!

YAGO

OTELLO

¡Fruto natural de la vida que él traía! Vete, Emilia, y pregunta a Casio dónde cenó esta noche. (A Blanca.) ¿Por qué tembláis, señora?

BLANCA

En mi casa cenó, pero no tiemblo por eso.

YAGO

¿Con que en tu casa? Pues ven conmigo.

EMILIA

¡Mala mujer, ramera!

BLANCA

Soy tan honrada como vos. No me insultéis.

EMILIA ¡Tan honrada como yo! ¡Perdida! Yago Vamos a cuidar a Casio, amigos míos. Señora, venid, que pronto hablaréis de otra manera. Emilia, vete a toda prisa al castillo, refiéreselo todo al moro y a Desdémona. Venid conmigo. (Aparte.) Esta noche será la de mi felicidad o la de mi ruina.

(Se van)

ESCENA II

Alcoba en el castillo

DESDÉMONA DORMIDA. A SU LADO UNA LUZ (Sale Otelo)

OTELO

Con razón lo hago, con razón ¡alma mía! No os lo quiero contar, castas estrellas. Tampoco quiero derramar la sangre de ella, ni ajar su cutis más blanco que la nieve, y más tierno que mármol sepulcral. Y con todo eso, tengo que matarla, para que no engañe a otros hombres. Apagaré esta luz... y luego aquella. Si apago esta luz y luego me arrepiento, puedo volver a encenderla, pero si te apago a ti, luz clarísima, primor y ejemplar de la naturaleza, ¿dónde hallaré el fuego de Prometeo, para volverte a dar la vida? Si arranco la flor de su tallo, ¿cómo he de restituirla su frescura y lozanía? Necesario es que se marchite. Quiero respirar por la última vez su deleitoso aroma. (La besa.) ¡Oh regalado aliento de su boca, casi bastas para arrancar el hierro de la mano de la justicia! Otro beso y nada más. ¡Quédate así, cuando yo te mate: que muerta y todo te he de amar! Otro beso, el último. Nunca le hubo más delicioso ni más fatal: lloremos. Mi llanto es feroz, y mi ira es como la de Dios, que hiere donde más ama. Ahora se despierta.

DESDÉMONA

(Despertándose.) ¿Eres tú, Otelo?

OTELO

Yo soy, Desdémona.

DESDÉMONA

Esposo mío, ¿quieres descansar?

OTELO

¿Has rezado esta noche, Desdémona?

DESDÉMONA

Sí.

OTELO

Pues pide a Dios perdón, si te acuerdas de algún crimen, que Dios no te haya perdonado todavía.

¡Dios mío! ¿Qué me quieres decir, esposo?

OTELLO

OTELLO

Hazlo, y pronto. Yo me alejaré entre tanto. No quiero que mueras sin confesión. No quiero condenar tu alma.

DESDÉMONA

¿Qué? ¿Quieres matarme?

OTELLO

Sí, por cierto.

DESDÉMONA

¡Perdón, Dios mío!

OTELLO

¡Así sea! Dilo con todas las fuerzas de tu alma.

DESDÉMONA

Tú que así hablas no puedes matarme.

OTELLO

¿Qué?

DESDÉMONA

Con todo eso, te tiemblo. Tu mirada me aterra. Y no sé por qué es mi temor, pues de ningún crimen me reconozco culpable. Y sin embargo, tiemblo.

OTELLO

Acuérdate de tus pecados.

DESDÉMONA

Será el amor que te profeso.

OTELLO

Por ese amor te mato.

DESDÉMONA

¿Matarme porque te amo? ¡Oh indigna muerte! ¿Por qué te muerdes los labios? ¡Ciega pasión te descamina! Agüeros son de mal suceso; pero yo espero que no me amenazan a mí.

OTELLO

Sí callaré, ¿pero qué pasa?

OTELLO

¿Tú diste a Casio aquel pañuelo, regalo mío y que yo tanto, apreciaba?

DESDÉMONA

¡No, te lo juro por mi vida! Pregúntaselo a él.

OTELLO

No jures en falso, amada mía, que ya estás en el tálamo de la muerte.

DESDÉMONA

¿Tan pronto?

OTELO

En seguida. Confiesa, pues, tus culpas, una por una, que aunque las niegues con los más firmes juramentos, no has de disminuir en un ápice mi firme convicción. De todas maneras, morirás.

DESDÉMONA

Entonces, Dios tenga compasión de mí.

OTELO

Así sea.

DESDÉMONA

Y tenla tú también, jamás te falté, ni aun de pensamiento. Nunca puse mi corazón en Casio ni le di prenda alguna de amor. Quísele sólo con la amistad que Dios aprueba.

OTELO

¡Dios mío! ¡Y yo que he visto el pañuelo en sus manos! ¡Tú quieres volverme loco, y hacer que trueque en asesinato lo que quiero que sea sacrificio! Yo he visto el pañuelo.

DESDÉMONA

Él lo encontró en el suelo. Yo no se le di. Que él venga y nos declare la verdad.

OTELO

Ya la ha confesado.

DESDÉMONA

¿Y qué confesó?

Que alcanzó favores tuyos.

DESDÉMONA

¿Ilícitos?

OTELO

Sí.

DESDÉMONA

Falso. No lo repetirá delante de mí.

OTELO

No, porque Yago le ha cerrado la boca.

DESDÉMONA

OTELLO

¡Ah! Tiemblo. ¿Casio ha muerto?

OTELLO

¡Ojalá hubiera tenido tantas vidas como cabellos, para que mi venganza las hubiera devorado una por una!

DESDÉMONA

¡Calumnia, calumnia atroz, que nos ha perdido!

OTELLO

¡Infame! ¿Y te atreves a llorarle delante de mí?

DESDÉMONA

¡Esposo mío, destiérrame de tu presencia, pero no me mates!

Otelo Apártate, vil adúltera.

DESDÉMONA

Déjame vivir siquiera esta noche. Mátame mañana.

OTELLO

¿Aún te defiendes?

DESDÉMONA

Siquiera una hora de vida.

La hora inevitable ha llegado.

DESDÉMONA

Dejadme rezar una oración.

OTELLO

Ya es tarde.

(La estrangula)

EMILIA

(Dentro.) ¡Abrid, señor, abrid!

OTELLO

¿Quién llama? ¿Estará muerta del todo? En medio de todo, la tengo lástima, y no quiero alargar su agonía.

EMILIA (Dentro.) ¡Abrid, señor! Otelo

¿Quién es?

EMILIA

(Dentro.) Señor, dejadme deciros dos palabras.

OTELLO

Es Emilia. Voy a abrirla. Ya ha muerto Desdémona. ¿Vendrá Emilia a contarme la muerte de Casio? Aquí era el ruido. Está inmóvil, yerta como la losa de un sepulcro. ¿Abriré? ¿Será una imprudencia? ¡Me parece que se mueve! No es nada. ¿Qué haré? Si entra, preguntará por

mi mujer. ¡Mi mujer, mi mujer! ¿Y quién es mi mujer? Yo no la tengo.
¡Hora tristísima! ¡Ojalá hubiese ahora un eclipse de sol y de luna, y se
abriera el centro de la tierra!

EMILIA

¡Abrid, señor! Que es muy importante lo que tengo que deciros.

OTELO

Ya no me acordaba de ti, Emilia. Entra, pero despacio Voy a cerrar
las cortinas del lecho.

(Abre la puerta) (A Emilia)

¿Qué nuevas traes? Dímelas.

EMILIA

Señor, cerca de aquí acaban de matar a uno.

OTELO

En este instante.

EMILIA

Ahora mismo.

OTELO

Influjos son de la luna, que anda ahora muy cerca de la tierra, y hace
sentir aquí sus efectos.

EMILIA

Casio ha dado muerte a un mancebo veneciano llamado Rodrigo.

OTELO

¿Muerto Rodrigo? Y Casio muerto también.

EMILIA

No. Casio no ha muerto.

OTELO

¡Casio no ha muerto! Entonces ese homicidio, lejos de serme grato,
me es aborrecible.

DESDÉMONA

¡Oh muerte cruel!

EMILIA

¿Qué grito ha sonado?

OTELO

¿Grito? ¿Dónde?

EMILIA

Grito de mi señora. Amparadme, por Dios. Decidme algo, señora,
amada Desdémona.

OTELLO

OTELLO

Muere sin culpa.

EMILIA

¿Y quién la mató?

DESDÉMONA

Nadie. Yo me maté. Que Oteló me conserve en su recuerdo. Adiós, esposo mío.

¿Pues cómo ha muerto?

EMILIA

¿Quién lo sabe?

OTELLO

Ya has oído que ella misma dice que yo no fui.

EMILIA

Vos fuisteis. Y es preciso que digáis la verdad.

OTELLO

Por la mentira se ha condenado y baja al infierno. Yo la maté.

EMILIA

¡Ella era un ángel, vos sois un demonio!

OTELLO

Ella fue pecadora y adúltera.

EMILIA

La estáis calumniando infame y diabólicamente.

OTELLO

Fue falsa y mudable como el agua que corre.

EMILIA

Y tú violento y rápido como el fuego. Siempre te guardó fidelidad, y fue tan casta como los ángeles del cielo. Oteló Casio gozó de su amor. Que te lo cuente tu marido. ¡Oh, merecería yo pagar mi necio crimen en lo más hondo del infierno, si antes de arrojarme a la venganza, no hubiera examinado bien la justicia de los motivos! Yago lo averiguó.

EMILIA

¿Mi marido?

OTELLO

Tu marido.

EMILIA

¿Él averiguó que Desdémóna te había sido infiel?

Sí, con Casio. Y si no me hubiera sido traidora, te juro que no la hubiera trocado ni por un mundo que el cielo hubiese fabricado para mí de un crisólito íntegro y sin mancha.

EMILIA

¡Mi marido!

OTELO

Él me lo descubrió todo. Es hombre de bien, y aborrece toda infamia y torpeza.

EMILIA

¡Mi marido!

OTELO

¿Por qué repites tanto: «mi marido»?

EMILIA

¡Ay pobre señora mía, cómo la maldad se burla del amor! ¡Qué negra iniquidad! ¿Y mi marido te dijo que ella había sido infiel?

OTELO

Sí, tu marido. ¿Lo entiendes bien ahora? Yago, mi fiel amigo Yago.

EMILIA

Pues si tales cosas te ha dicho, consúmase su alma, un átomo cada día. ¡Ha mentado como un infame! Bien deseaba el puesto que tan caro ha comprado.

OTELO

¡Por Dios vivo!...

EMILIA

Puedes matarme: será un hecho tan indigno de memoria como lo eres tú.

OTELO

Debías callar.

EMILIA

Aun mayor que tu poder es mi valor. ¡Necio, más estúpido que el polvo de la tierra! ¡Vaya una bravata! Me río de tu acero. Voy a contar a gritos quién eres, aunque me cueste la vida y cien vidas. ¡Socorro, que el moro ha asesinado a mi señora! ¡Socorro!

MONTANO

¿Ahí estás, Yago? ¡Qué habilidad tienes! ¡Dejar que un infame te acuse para disculpar sus crímenes!

GRACIANO

OTELLO

¿Pero qué ha pasado?

EMILIA

Si eres hombre, desmiéntele. Él cuenta que tú le dijiste que su mujer le era infiel. Yo sé bien que no lo has dicho, porque no eres tan malvado. Habla, respóndele, que el corazón quiere saltárseme.

YAGO

Le dije lo que yo tenía por cierto, y lo que luego él ha averiguado.

EMILIA

¿Y tú le dijiste que mi señora no era honrada?

YAGO

Sí que se lo dije.

EMILIA

Pues dijiste una mentira odiosa, infernal y diabólica. ¡Poder de Dios! ¿Y le dijiste que era infiel con Casio, con Casio?

YAGO

Sí, con Casio. Cállate, mujer.

EMILIA

No he de callar. Es necesario que yo hable. Mi pobre señora yace muerta en su lecho.

TODOS

¡No lo consienta Dios!

EMILIA

Y tus delaciones son causa de su muerte.

OTELLO

No os asombréis, señores. Así ha sucedido.

GRACIANO

¡Horrenda verdad!

EMILIA

Aquí se esconde alguna infernal aňagaza... Y empiezo a sospechar... ¡Ah, sí: ya caigo!... Lo que siempre recelé...

¡Infame! ¡Me ahoga la ira! ¡Oh trama inicua!

YAGO

¿Estás loca? Vete a casa. Te lo mando.

EMILIA

Caballeros, dejadme hablar. Otra vez le obedeceré, no ahora. Y quizá nunca volveré a tu casa, Yago.

OTELLO

¡Ay! ¡Ay!

EMILIA

¿Al fin lo sientes? Ruge, ruge. Has asesinado a la más santa y hermosa criatura que ha visto nunca la luz del sol.

OTELO

(Levantándose.) ¡Fue adúltera! No os había conocido, tío. (A Graciano.) Ahí teneis muerta a vuestra sobrina, y muerta a mis manos. Sé que esto os parecerá horrible...

GRACIANO

¡Pobre Desdémona! Cuán feliz es tu padre en haber pasado ya de esta vida. Tu boda le mató: el pesar de ella bastó a cortar el hilo de sus días. Pero si hoy viviera, y la viese muerta, pienso que había de maldecir hasta de su ángel de guarda, provocando la indignación del cielo.

OTELO

¡Qué dolor! Pero Yago sabe que ella mil veces se entregó a Casio. El mismo Casio lo confesaba, y además recibió de ella, en pago de su amor, el pañuelo, el regalo nupcial que yo le hice, un pañuelo que mi padre había dado a mi madre. Yo mismo le he visto en manos de Casio.

EMILIA

¡Dios poderoso! ¡Dios de bondad!

YAGO

¡Calla, te digo!

EMILIA

No: no puedo callar, no quiero. Hablaré libre como el viento, aunque me condenen Dios y los hombres y el infierno. No callaré: debo hablar.

YAGO

Jamás iré.

(Yago la amenaza)

GRACIANO

¿Qué? ¿La espada sacáis contra una débil mujer?

EMILIA

¡Perverso Oteló! Yo encontré aquel pañuelo; yo misma se le di a mi marido, porque con muchas instancias me había pedido que lo robara.

YAGO

OTELLO

¡Infame prostituta!

EMILIA

¿Que ella se lo dio a Casio? No: ¡si le encontré yo, y se le di a mi marido!

YAGO

Mientes, malvada.

EMILIA

No miento, no. Caballeros, no miento. ¡Bestia cruel! ¡Estúpido! ¿Cómo habías tú de poder contra esa santa?

OTELLO

¡Monstruo! ¿No hay rayos en el cielo, o es que el trueno se los apropió todos?

(Se arroja sobre Yago, pero éste hiere a Emilia y huye)

GRACIANO

Sin duda ha muerto a su mujer.

EMILIA

Sí: muerta soy; colocadme al lado de mi ama.

GRACIANO

Él ha huido dejándola muerta.

MONTANO

¡Infame asesino! Toma tú esta espada que he quitado de manos del moro. Guardad la puerta: no le dejéis salir, aunque sea preciso matarle. Yo iré detrás de ese malvado, el más abominable de cuantos existen en el mundo.

OTELLO

Hasta el valor he perdido: un niño podría desarmarme. Pero ¿qué importa? ¡Vaya con la virtud la honra! ¡Húndase todo!

EMILIA

Quiero acordarme de las palabras de tu canto, señora mía, óyeme, si es que aún tienes oídos. Moriré cantando como el cisne:

«Cantad el sauce, y su verdor cantad.»

Moro: ella fue honesta.

Moro: ella te amaba.

Verdad es: así yo me salve. Muero diciendo la verdad. Muero.

(Cae)

OTELLO

Otra arma tengo aquí: una hoja española, reciamente templada en las aguas del Tajo. Ahora es cuando debo desnudarla, amado tío.

GRACIANO (Dentro.)

Vana empresa será el defenderte: no tienes armas, has de ceder.

Otelo

Entra, y óyeme, o embestiré desnudo como estoy.

(Sale Graciano) GRACIANO

¿Qué sucede?

OTELO

Espada tengo, la mejor que ciñó ningún guerrero, esta hoja y este brazo han allanado obstáculos veinte veces mayores que tu resistencia. Pero ¡qué insensato alarde! ¿Quién lidia contra la fortuna? Todo ha cambiado: no me temes aunque me ves con armas. Este es el término de mi viaje, la bahía y el puerto. ¿Te retiras tembloroso? ¿A qué ese miedo? Aunque ataques a Otelo con una débil caña, Otelo cederá. ¿Y a dónde ha de ir Otelo? Déjame ver tu rostro por última vez, infeliz esposa mía. Tan pálido está como tu vestidura. Cuando los dos comparezcamos ante el tribunal divino, esa mirada tuya bastará a arrojar mi alma del cielo, y los demonios harán presa en ella con sus uñas. ¡Ay de mí, siervo del pecado! ¡Furias, arrojadme del cielo con vuestros azotes! Demonios, arrastradme en vuestro gran torbellino, hacedme hervir en azufre o en pilas de hirviente metal. ¡Desdémona, Desdémona!

(Salen Ludovico, Motano, Casio herido, y Yago preso) Ludovico

¿Dónde está este infeliz temerario?

OTELO

Aquí tenéis al que fue Otelo.

LUDOVICO

¿Dónde ese basilisco, ese horrible Yago?

OTELO

¡Lástima que seas demonio, porque no podré matarte!

(Le hiere)

LUDOVICO

Desarmadle.

YAGO

Me has herido, pero no de muerte.

OTELO

Y no lo siento. Quiero que vivas, porque el morir es una dicha.

OTELLO

LUDOVICO

Otelo, tú que antes fuiste tan bueno y generoso, ¿cómo has caído en los lazos de este traidor artero? ¿Qué dirán de ti?

OTELLO

Cuanto quieran, si así lo creéis; seré un delincuente honrado. Por honor la maté, no por odio.

LUDOVICO

En parte ya ha confesado su crimen. ¿Los dos concertasteis la muerte de Casio?

OTELLO

Sí.

CASIO

Y sin razón ninguna.

OTELLO

Téngolo por cierto y te pido perdón. Preguntad a ese demonio, qué motivo le pudo inducir a infernar de ese modo mi cuerpo y mi alma.

YAGO

No me preguntéis nada, no he de responder. Todo lo sabéis. Desde ahora no he de hablar.

LUDOVICO

¿Ni siquiera para rezar?

GRACIANO

El tormento te obligará a mover la lengua.

OTELLO

Bien harás.

LUDOVICO

Sabedlo todo, pues aún hay algo que no ha llegado a vuestra noticia. En el bolsillo de Rodrigo se han encontrado dos cartas. Una de ellas explica cómo Rodrigo se encargó de dar muerte a Casio.

OTELLO

¡Cobarde! Casio ¡Infame!

LUDOVICO

La otra carta contiene mil quejas contra Yago, pero se conoce que antes de enviarle Rodrigo la carta, encontró a Yago, y éste resolvió todas sus dudas y le decidió a lo que hizo.

OTELLO

¡Perro traidor! ¿Y cómo llegó a tus manos, Casio, aquel pañuelo de mi mujer?

CASIO

Le hallé en mi aposento, y el mismo acaba de confesar que le dejó allí con este intento.

OTELO

¡Necio, mentecato!

CASIO

En la misma carta le echa en cara Rodrigo, entre otras mil acusaciones, el haberle excitado en el cuerpo de guardia a que riñese conmigo, de cuya riña resultó el perder yo mi empleo. Y él ha dicho antes de morir que Yago le acusó y le hirió.

LUDOVICO

Necesario es que vengáis con nosotros sin demora. El gobierno queda en manos de Casio. Y en cuanto a Yago creed que si hay algún tormento que pueda hacerle padecer eternamente sin matarle, a él se aplicará. Vos estaréis preso, hasta que sentencie vuestra causa el Senado de Venecia.

OTELO

Oídmeme una palabra, nada más, y luego os iréis. He servido bien y lealmente a la República, y ella lo sabe, pero no tratemos de eso. Sólo os pido por favor una cosa: que cuando en vuestras cartas al Senado refiráis este lastimoso caso, no tratéis de disculparme, ni de agravar tampoco mi culpa. Decid que he sido un desdichado; que amé sin discreción y con furor, que aunque tardo en recelar, me dejé arrastrar como loco por la corriente de los celos; decid que fui tan insensato como el indio que arroja al lodo una pieza preciosa que vale más que toda su tribu. Decid que mis ojos que antes no lloraban nunca, han destilado luego largo caudal de lágrimas, como destilan su balsámico jugo los árboles de Arabia. Contádselo todo así, y decid también que un día que en Alepo un turco puso la mano en un veneciano, ultrajando la majestad de la República, yo agarré del cuello a aquel perro infiel y le maté así.

(Se hiere)

LUDOVICO

¡Lastimosa muerte!

GRACIANO

OTELLO

Vanas fueron nuestras palabras.

OTELLO

Esposa mía, quise besarte antes de matarte. Ahora te beso, y muero al besarte.

(Muere)

CASIO

Yo lo recelé, porque era de alma muy generosa, pero creí que no tenía armas.

LUDOVICO

¡Perro ladrón, más crudo y sanguinario que la muerte misma, más implacable que el mar alborotado! ¡Mira, mira los dos cadáveres que abruma ese lecho! Gózate en tu obra, cuyo solo espectáculo basta para envenenar los ojos. Cubrid el cadáver; haced guardar la casa, Graciano. Haced inventario de los bienes del moro. Sois su heredero. Y a vos, gobernador, incumbe el castigar a este perro sin ley, fijando el modo y la hora del tormento. Y ¡que sea cruel, muy cruel! Yo con lágrimas en los ojos voy a llevar a Venecia la relación del triste caso.